¿Qué es eso de ser fascista en España?

Un estudio sobre los discursos del fascismo a través de sus propagandas y contrapropagandas (1922-1945)

Ignacio Huerta Bravo

¿Qué es eso de ser fascista en España?

Un estudio sobre los discursos del fascismo a través de sus propagandas y contrapropagandas (1922-1945)

PUBLICACIONS DE LA UNIVERSITAT D'ALACANT

Col·lecció d'Assaig / 11
Director de la colección: Juan A. Ríos Carratalá

Publicacions de la Universitat d'Alacant
03690 Sant Vicent del Raspeig
publicaciones@ua.es
https://publicaciones.ua.es
Teléfono: 965 903 480

© Ignacio Huerta Bravo, 2025
© de esta edición: Universitat d'Alacant

ISBN: 978-84-9717-XXX-X
Depósito legal: A XXX-2025

Diseño de cubierta: candela ink
Composición: Marten Kwinkelenberg
Impresión y encuadernación:
XXXX

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Introducción 9

I. Facciosos y *fajistas* en los años veinte 27

II. La verbena fascista: Giménez Caballero y *La Gaceta Literaria* 65

III. No sabemos qué es eso de ser fascista: Ledesma Ramos y *La Conquista del Estado* en los inicios de la II República 109

IV. No son fascistas: *F.E.* y la Falange de José Antonio 169

V. Los anti-antifascistas: *Vértice* y la novela de Edgar Neville en la Guerra Civil 221

Epílogo: El fascismo sin fascistas 283

Bibliografía 303

Introducción

En los últimos tiempos se ha dado un incremento significativo del uso del término *fascista* en el vocabulario de los medios de comunicación y de las redes sociales. Este ascenso del «fascismo» como vocablo dentro de las nomenclaturas de la política se debe, por un lado, a la proliferación de movimientos y partidos políticos de derecha radical a escala mundial y, por otro, a un aumento de los discursos antifascistas –con independencia del tipo de «fascismo» al que se opongan–. Consecuencia de ello ha sido el aumento de la literatura especializada y divulgativa dedicada al fascismo en los últimos años [Berezin, 2019: 182-3]. El uso del fascismo como objeto de desacreditación ha afectado a líderes, partidos y movimientos de orígenes ideológicos diversos; asimismo, su aplicación se ha sistematizado erróneamente en contextos tanto coloquiales como académicos [Gottfried, 2016: 1-3]. En este sentido, Emilio Gentile denuncia el abuso del fascismo analógico, esto es: la calificación de fascista a una sigla o persona no identificadas con la etiqueta atribuida. El historiador afirma que tras la llegada de Mussolini al poder, se produjo «la difusión del adjetivo y el sustantivo por todo el mundo», difusión que atribuye fundamentalmente a la Internacional Comunista [2019: 65]. Desde el periodo de entreguerras hasta nuestros días, el fascismo y su adjetivo se propagaron por todo el mundo. El histórico fue derrotado en la Segunda Guerra Mundial, pero no desapareció definitivamente, y en la actualidad figuras notorias del panorama internacional como Bolsonaro, Modi, Milei, Putin o Trump constituyen para algunos un nuevo fascismo emergente en el mundo

post-pandemia[1]. En este sentido, llama la atención cómo se tradujo a nuestra lengua el título del ensayo de Jason Stanley *How Fascism Works: The Politics of Us and Them*: *Facha*, que en castellano es *Cómo funciona el fascismo y cómo ha entrado en tu vida* [2018]. La inmensa literatura especializada sobre la cuestión –muy superior en extensión a la producida por sus propios partidarios– dio razones para caracterizar de este modo a corrientes en las antípodas ideológicas: desde las derechas *neoliberales* hasta las izquierdas *populistas*. Según Gentile, tales analogías «solo producen falsificaciones del conocimiento histórico» [2019:14].

Los historiadores se enfrentaron a lo largo de un siglo a la falta de concreción del fascismo como ideología política y al problema que implicaba una definición positiva del mismo. La especificidad teórica y conceptual para abordarlo se hace aún más complicada teniendo en cuenta el sobreuso de un término que ya cuenta con un siglo de historia propagado como objeto de (des)identificación política. Según Gottfried, esta distancia histórica ha desvirtuado su significado, llegando incluso a extremos en los que sus detractores antifascistas «not feel the obligation to provide a historically and conceptually delimited definition of their object of hate» [2016: 1]. Esta imprecisión sería producto de un uso espurio e interesado, cuando no ignorante, del término aplicado a fenómenos completamente ajenos al genuino de entreguerras [Gentile, 2019: 31-42]. Sin embargo, no se trata simplemente de una cuestión de imprudencia contemporánea, ya que, si se visitan los textos de la prensa y la propaganda de los años veinte y treinta –incluidos periodos de la historia previos a la implantación estatal del fascismo en Italia–, se encuentra la misma indefinición, no ya solamente por el empleo de sus detractores, que hicieron un esfuerzo evidente por menoscabar e impopularizar el fascismo, sino por sus mismos militantes, acólitos, simpatizantes o aliados circunstanciales[2]. De ello se puede concluir

1. Véanse Roy, Arundhati: *Freedom. Fascism. Fiction*, Chicago, Haymarket, 2020 –sobre el nacionalismo de Modi y la represión contra la comunidad musulmana en la India– y Lawtoo, Nidesh: *(New) Fascism: Contagion, Community, Myth*. East Lansing, Michigan State University Press, 2019.
2. Véase el artículo de George Orwell, publicado en 1944, «What is fascism?», en el que hace mención a la imprecisión del término al aplicarse de forma disparatada

que, como el comunismo, el fascismo era un significante impreso en los discursos de la gran mayoría de los actores políticos, los cuales configuraron una red de significaciones muy dispersa basada en ecuaciones con otros relatos o *boundary stories* de más vieja tradición política[3].

En uno de los pasajes de su célebre ensayo de 1932 *El concepto de lo político*, afirma Carl Schmitt, quien entiende lo político como «el grado máximo de intensidad de una unión o separación, de una asociación o disociación» [1932: 57] o, lo que es lo mismo, la lucha entre una fuerza amiga y su opuesta enemiga, que «todos los conceptos, ideas y palabras poseen un sentido *polémico*» [1932: 60]. Se comprende que el lenguaje manifiesta la esencia antagónica del hecho político y que este mismo aparece cuando esos mismos conceptos, ideas y palabras «se formulan con vistas a un fenómeno concreto» –y añade– «cuya consecuencia última es una agrupación según amigos y enemigos (que se manifiesta en guerra o revolución), y se convierten en abstracciones vacías y fantasmales en cuanto pierde vigencia esa situación». Según Schmitt, el grado máximo de intensidad del lenguaje político se hace patente en la guerra, en oposición a un desarrollo del juego político parasitario o lo que son «formas ulteriores de "política", aún más debilitadas, degradas hasta extremos parasitarios y caricaturescos […] que acaba calificando de "políticos" los más extravagantes negocios y manipulaciones». Sin

---

a fenómenos sin ninguna relación entre sí: «It will be seen that, as used, the word *Fascism* is almost entirely meaningless. In conversation, of course, it is used even more wildly than in print. I have heard it applied to farmers, shopkeepers, Social Credit, corporal punishment, fox-hunting, bull-fighting, the 1922 Committee, the 1941 Committee, Kipling, Gandhi, Chiang Kai-Shek, homosexuality, Priestley's broadcasts, Youth Hostels, astrology, women, dogs and I do not know what else». Orwell se refería al significado vacío de determinados vocablos políticos como democracia, socialismo, libertad y patriotismo, entre los que destacaría el que es objeto de esta discusión: «The word *Fascism* has now meaning except in so far as it signifies "something not desirable" [132]. En la actualidad, el fascismo sería lo opuesto a otros conceptos vagos y poco claros como *libertad*, como sostiene el politólogo William E. Connolly, «surrounded by positive normative "connotations"» [1983: 140].

3. En referencia al término *boundary stories* de construcción social entre dos identidades antagonistas desarrollado en Tilly [2002].

embargo, pese a su naturaleza espuria, Schmitt entiende que, incluso en esta escenificación fraudulenta del juego político, «la presencia de un antagonismo concreto sigue vigente en la forma usual de emplear el lenguaje incluso en aquellos casos en los que falta toda conciencia de hablar "en serio"» [1932: 60]. De este modo, para el jurista alemán, «palabras como estado, república, sociedad, clase […] resultan […] incomprensibles si no se sabe a quién en concreto se trata en cada caso de afectar, de combatir, negar y refutar con tales términos» [1932: 61].

¿Podría comprenderse el fascismo fuera de los usos derivados del lenguaje polémico, es decir, de la dialéctica entre partes antagónicas? Si la respuesta a este interrogante es negativa, será preciso analizar el fascismo como significante de uso común durante las primeras décadas de su difusión –a favor o en contra– para determinar los antagonismos, las rivalidades y las filiaciones políticas. En suma, para ver en concreto a quién se trataba de afectar, combatir, negar y refutar al emplear este vocablo polémico mundial en un contexto nacional e internacional extremadamente polarizado, un trabajo que esbocé en el artículo «Del "faccioso" al "facha": Sobre el uso analógico del fascismo en España», publicado en *Revista de Occidente* [Huerta, 2021].

El presente libro no tiene por propósito ahondar en los orígenes del fascismo en España [Payne, 1999] o en la adaptación o interpretación de sus principios ideológicos por sus seguidores españoles [Saz, 2003], sino: *a*) en la naturalización del término en el lenguaje político para definir a través de su forma adjetiva a personajes públicos, movimientos o corrientes ideológicas, *b*) en la evolución de este uso peyorativo reflejado en varios derivados que han llegado a todos los ámbitos de la esfera pública me refiero a la adaptación retórica del término *fascismo* y la popularización del uso de diversos epítetos que jugaban con su lexema tales como *fascioso*, *facista* o, el más reciente, *facha* y, por último, en la codeterminación de la variedad de discursos sobre el fascismo y en el impacto que tuvo en los movimientos y las estrategias respectivas de figuras como Giménez Caballero, Ledesma Ramos y José Antonio Primo de Rivera.

De acuerdo con Federico Finchelstein (*From Fascism to Populism*), fascismo y populismo son movimientos hermanos. Este último no se comprende como una estrategia política presente en un gran número

de ideologías, movimientos y partidos diversos y radicalmente opuestos, sino que es una ideología en sí misma hermana del fascismo en su nacionalismo extremo y concepción de la política –«the people-anti-people binary defines political relations» [2017: 92]–. A pesar de una mayor aceptación de la discrepancia y la pluralidad social, el populismo consistiría en una reformulación del viejo fascismo adaptado a las sociedades democráticas contemporáneas –an «attempt to return fascism to the democratic path» [97]–. En la misma línea, Jason Stanley reduce el fascismo a un fenómeno antiliberal de *politics of us and them* [2018]. De este modo, la etiqueta «fascista» absorbería un gran número de movimientos de «extrema derecha» a escala mundial que presentarían elementos definitorios comunes referentes a la mitificación del pasado, el antiintelectualismo o el victimismo; componentes, entre otros muchos, ya identificados por historiadores como Roger Eatwell, Roger Griffin o Zeev Sternhell en los fascismos históricos (*International Fascism: Theories, Causes and The New Consensus*). A partir de unos presupuestos metodológicos completamente inversos, Ishay Landa trata las conexiones entre el fascismo y el pensamiento liberal-conservador desde el siglo xix. Contra una teoría del fascismo que se centra en sus componentes internos –«takes fascists at their word» [2010: 2]– o que lo hermana con otros totalitarismos o populismos, Landa propone trascender los límites de las propias concepciones y discursos fascistas para examinar sus puntos de encuentro con otras construcciones teóricas e ideológicas. Su aportación fundamental no consiste tanto en la provocación que supone la analogía entre el fascismo y su némesis –el liberalismo–, sino su comprensión como movimiento hegemónico que, con el propósito de ampliar su base popular y como resultado de contingencias eventuales, superó sus propios planteamientos y adoptó un sinfín de posiciones eclécticas.

En el caso español, el análisis del fascismo presenta vacíos e interrogantes históricos aún por resolver. Este se ha concebido como un fenómeno periférico e híbrido dentro de un autoritarismo nacional-católico cuyo *ethos* vendría de tradiciones políticas específicamente nacionales. De este modo, la variante española habría sido un fenómeno minoritario y bastardo cuyo único exponente –Falange– se asimiló a su homólogo italiano más en lo simbólico que en lo ideológico. La gran

mayoría de los «fascistizados» que integraron las filas de F.E. durante la Guerra Civil española serían reaccionarios no genuinamente fascistas. Según Stanley G. Payne, el único pensador nacional que se caracterizaría como tal, sin herencias ni equipajes ideológicos «tradicionalistas» o «nacionalcatólicos», sería Ramiro Ledesma Ramos [1999]. Eventualmente, las difíciles relaciones internas y equilibrios del poder en el primer franquismo finalizarían con la imposición de determinados miembros del *establishment* conservador contra los verdaderos y revolucionarios falangistas entre el verano de 1941 y 1942. Sin embargo, la literatura especializada sobre el fascismo aportó nuevos interrogantes a las conclusiones presentadas. La aceptación del fascismo –o su variante nacional: falangismo– por una amplia gama de corrientes hasta la defenestración y marginación de estos sectores en un Movimiento Nacional fue un proceso de «fascistización» y «desfascitización» no específicamente español. El fascismo español no debería entonces confundirse con la presencia marginal de formaciones propiamente fascistas hasta el estallido de la guerra, sino como un proceso heterogéneo ideológica y socialmente de articulación de fuerzas diferentes que se dio también en otras geografías[4].

En *Politics and Ideology in Marxist Theory*, Ernesto Laclau iniciaba la revisión de la literatura analítica del fascismo con la definición indefinida del filósofo español José Ortega y Gasset sobre su carácter enigmático [1977: 81-82]. Tan solo tres años después de la *marcia su Roma*, en 1925, Ortega observaba que el fascismo

4. Véanse Payne, Stanley G. *Fascism in Spain: 1923-1977*; Thomàs, Joan Maria. *Franquistas contra franquistas: Luchas por el poder en la cúpula del régimen de Franco*; Ibarra, Alonso. «Los límites del fascismo en España: un recorrido crítico por conceptos, interpretaciones y debates de la historiografía reciente sobre el franquismo»; y Gallego Margalef, Ferran. «Fascistization and Fascism: Spanish Dynamics in a European Process». Según Gallego, en *Ramiro Ledesma y el fascismo español*, Ledesma fue uno de los promotores de una amplia coalición con las fuerzas derechistas fascistizadas, atacando la deriva marginal y antiderechista de Falange en 1935.

> tiene un cariz enigmático porque aparecen en él los contenidos más opuestos. Afirma el autoritarismo, y a la vez organiza la rebelión. Combate la democracia contemporánea y, por otra parte, no cree en la restauración de nada pretérito. Parece proponerse la forja de un Estado fuerte y emplea los medios más disolventes, como si fuera una facción destructora o una sociedad secreta. Por cualquier parte que tomemos el fascismo hallamos que es una cosa y, a la vez, la contraria, es A y no A [1925: 497].

La ideología mussoliniana no se definiría simplemente por la contradicción «A» o «no A». Al no tratarse del producto de una doctrina cerrada y definida como el marxismo, su fuerza o poder de convocatoria se encontraba en el debilitamiento de las fuerzas adversas y, por lo tanto, debía abordarse desde su relación con esos mismos agentes: «En cada fenómeno colaboran todos los demás. Por esa razón es ilusorio buscar en él solo todo su sentido. Un grupo político no es más que una palabra suelta, y solo adquiere una significación completa cuando se reúne a las palabras de otros grupos y se integra a la frase histórica» [1925: 498]. En este sentido, Ortega sostenía que no era el dintorno –lo que los fascistas creían ser–, sino las significaciones de «otros grupos» las que dibujaban su contorno, su sentido definitorio. En consecuencia, el fascismo no podía comprenderse desde un enfoque reductivo de sus elementos ideológicos y simbólicos más destacados sin estudiar sus relaciones con otros agentes, su emplazamiento en una relación antagónica. Había así de integrarse la palabra suelta en la frase histórica.

Desde una perspectiva contemporánea, se observa su total desacreditación y su limitado poder de convocatoria –salvo para oponerse al mismo: al resurgimiento del fascismo o la extrema derecha–. Llegados a este punto, movimientos y partidos que han presentado analogías evidentes con el fascismo histórico –según la definición genérica de Roger Griffin: «A genus of political ideology whose mythic core in its various permutations is a palingenetic form of populist ultra-nationalism» [1993: 44]– atribuyen este a sus oponentes por su intolerancia ideológica o una actitud coercitiva hacia el oponente. El uso del epíteto *fascista* para desacreditar al adversario político es un ejemplo del carácter contradictorio y camaleónico del mismo fascismo. Desde su

internacionalización en la década de 1920, se sometió al escrutinio de ideologías y perspectivas opuestas que generaron una infinidad de interpretaciones negativas, muchas de ellas contradictorias entre sí. Su significado dinámico y dialéctico es producto de la codeterminación de sus discursos en *a favor* y *en contra*. En una primera fase del estudio de los fascismos españoles ya analizados por los historiadores –las JONS, la Falange de José Antonio y el partido unificado de Franco–, observamos que su desarrollo es independiente del origen y la popularización de estas experiencias concretas. Posteriormente, averiguamos que estas estaban codeterminadas por un amplio material de analogías previas. Las definiciones sobre un fascismo existente o inexistente en España no nos satisfacían porque no contaban con ellas o las usaban de material demostrativo para sus fines genéricos.

Uno de los primeros ejemplos de fascismo por analogía se halla en un editorial de la revista *España* fechado en noviembre de 1922. En él ya se reconocía unos «hipotéticos camisas negras»; un «fascismo latente», aún por desarrollar, «profundamente reaccionario». Y añadía: «Acaso el antecedente histórico haya que buscarlo en el carlismo español». Además, este fascismo español en latencia presentaba características simbólicas propias que tenían su reflejo en su hermano italiano. Si en Italia contaban con los *camicie nere*, España tenía a los «boinas rojas» –curiosa premonición de la unificación del carlismo y el falangismo durante la Guerra Civil–. «Entre el fascista y el faccioso» había «más analogías que las puramente auditivas»[5]. El fascista español era un faccioso de ideas reaccionarias ya operativo en el integrismo carlista desde el siglo xix. Con esta homologación entre el «fascista» y el «faccioso», se asociaban las tradiciones políticas españolas reaccionarias enemigas del progresismo que representaba la línea editorial de la revista *España*: desde el carlismo hasta el maurismo.

Los simpatizantes y grupúsculos aparecidos a finales de los veinte y principios de los treinta eran vulnerables a estos discursos de analogía y, también, de disimilitud. De este modo, en 1931, el diario *La Tierra* sostenía que detrás de Ledesma y sus correligionarios de *La conquista*

5. «El fascismo español», en *España* (4-XI-1922), p. 5.

del Estado estaba la burguesía primorriverista, siendo parte de un movimiento más amplio. Por su contra, en 1934, el diario *Abc* advertía que la minoría abanderada del fascismo en España compadreaba con los antifascistas en las Cortes y no respondían con la contundencia justa a las violencias de las izquierdas. Los discursos antifascistas denunciaban un contubernio de grandes proporciones que complicaba a las altas esferas de la política y la economía en pos de un fascismo más regresivo que el original. Los que no reconocían su versión española, en cambio, reducían la conspiración a una minoría de aventureros que mimetizaban al fascismo en su exterioridad sin conocer realmente su contenido doctrinal. El estereotipo del fascista patrio, inculto y violento, lejos del laico y moderno fascismo europeo, se nutría de estas dos visiones. En último término, observamos que los discursos sobre el fascismo se codeterminaban y su desenvolvimiento continuo nos alejaba de una concepción universal del mismo, bien fuera genérica [Griffin, 1993] o basada en el énfasis de un aspecto concreto –anticomunismo, racismo, interclasismo, estatismo, etc.–, incluso en su periodo de vigencia histórica. Esto no obsta para admitir que ambas interpretaciones del fenómeno fueron de gran ayuda en nuestra investigación.

Nuestra tesis se nutre de estas contribuciones historiográficas y reconoce su valor para los fines propuestos. Eso no es razón para esgrimir que solo los medios de comunicación, la política partidista o el uso coloquial del comercio cotidiano de ideas superficiales y derivaciones del «fascista» generan las falsificaciones del conocimiento histórico que llevan a la perversión de su significado. Entendemos que la historiografía se basa en la exposición y narración de los documentos de época con rigor académico. Sin embargo, este no procede de un espíritu crítico libre en unas condiciones ideales indeterminadas, ahistóricas, ajenas a esta dialéctica. La significación del complejo «fascismo» se encuentra en pleno proceso de desenvolvimiento al sufrir las constantes revisiones de analogía y refutación de una historiografía que coparticipa en este proceso contingente. Esta abarca las múltiples visiones que, desde antes de nuestra guerra hasta el presente, parten de la oposición comúnmente aceptada «democracia» ≠ «fascismo». Sirva de ejemplo la negación de una historiografía del totalitarismo por otra basada en otros presupuestos gnoseológicos. La primera interpretación del fascismo –producto de

geografías donde el capitalismo y, fundamentalmente, la democracia no se desarrollaron satisfactoriamente– no puede comprenderse sin el concurso de las democracias vencedoras y la universalización de los derechos humanos tras la Segunda Guerra Mundial. Las escuelas hijas del posestructuralismo, con su rechazo al ideal del progreso y el cuestionamiento de la Ilustración europea, refutaron la concepción de un fascismo propio de sociedades atrasadas para alinearlo con otras experiencias históricas censurables de lo que se entiende por civilización occidental. El fascismo definido como un fenómeno político fruto de la modernidad reproduce indirectamente la ideología vigente sobre el desarrollo insostenible y la destrucción de la ecología. En este sentido, observamos que la historiografía no es ajena al sentido polémico del significante *fascismo*. El siguiente modelo gnoseológico del fascismo que tomarán como referencia los historiadores lo determinarán otros valores en pugna con los precedentes hasta que su poder de convocatoria se reduzca.

El uso polémico del «fascismo» se transformó con las sucesivas luchas ideológicas y políticas a largo del siglo xx y xxi, dándose numerosas revisiones en este sentido [Gottfried, 2016: 4]. Desde la derrota de las potencias del Eje en la Segunda Guerra Mundial, aquellos más obstinados en conservar sus aspectos simbólicos y estéticos lo despreciaron. La etiqueta de *fascista* pasó a ser una forma desacreditación pública. En su atribución como insulto, o en su uso más o menos gratuito, es como ha llegado a formar parte del sentido común, es decir, de las nociones sobre la sociedad y la política asimiladas y aplicadas en el lenguaje cotidiano [Nun, 2015]. Denominaciones como *facha* –de uso en la Transición española y en boga tras el reciente crecimiento electoral del partido Vox– surgieron de la evolución de términos derivados del fascismo en las luchas ideológicas y partidistas de la España de las décadas de 1920 y 1930. Se trata del periodo en el cual el fascismo analógico tuvo una mayor difusión en el lenguaje polémico y en la construcción del discurso de distintas identidades políticas, con el inicio y desarrollo de un antifascismo internacional a la par que de un fascismo de exportación universal. Este estudio tiene como objeto ser una aproximación inicial

para historiar el fascismo analógico y el uso –y abuso– de sus derivados léxicos en España[6].

La metodología de la presente investigación se basa en el análisis y contraste de múltiples fuentes e interpretaciones, de la circulación reflexiva de distintos discursos –en términos de Warner en *Publics and Counterpublics*, «the reflexive circulation of a discourse» [2002: 91]– sobre el fascismo. Este proceso generador de múltiples analogías entre el fascismo y otros movimientos se desenvolvió independientemente de las doctrinas y propagandas de los dirigentes del señalado fascismo histórico. La recepción e impacto en España del mismo trajo consigo su asimilación a las ideologías y partidos ya existentes, que comenzaron a situarse en la dialéctica política universal fascismo *vs*. antifascismo. La asociación voluntaria –y sobre todo la involuntaria, de desacreditación del adversario– con el vocablo polémico mundial popularizó el uso de diversos epítetos derivados del *fascista*: desde el *faccioso* de la guerra al más reciente *facha*, prototipo del personaje conservador dispuesto a dar la batalla contra las ideologías y organizaciones subversivas. El estudio de las conexiones entre el fascismo y otros agentes muestra una gran variedad de usos analógicos que se extendió en el tiempo durante la dictadura de Primo de Rivera, la II República, la guerra, el franquismo y la Transición; comenzando con la asociación que hacía el editorial de noviembre de 1922 de la revista *España*, pasando por la burla en las páginas de *La Gaceta Literaria* a los intelectuales conservadores de «gris fascista», la denuncia del fascismo «frailuno» por los anarquistas, la proliferación de facciosos en la Guerra Civil y, tras el franquismo, la figura histriónica del «facha» popularizada, como antes señalábamos, en la Transición. Sirva de ejemplo el personaje de tebeo creado por Joaquim Aubert Puiganau –alias Kim– en 1977 para la popular revista de humor *El Jueves*: Martínez, el Facha. Las aventuras de este personaje –que guardaba un sorprendente parecido físico con Ernesto Giménez Caballero– consistían en disparatados complots

6. Sobre el uso del *fascista* como insulto del adversario durante la Transición véase Santiago Guervós, Javier [1992]: *Léxico político de la Transición: La lengua de la Constitución de 1978*, Salamanca: Ediciones Universidad, 2018.

contra el reciente régimen democrático para restablecer el viejo orden. El tebeo caricaturizaba la masa social profranquista de finales de 1970 que se resistía a las reformas democráticas y los cambios sociológicos que trajo el periodo de apertura[7]. Así se prosiguió en las primeras décadas de la democracia, cuando los gudaris de ETA acosaban, perseguían y asesinaban a «fascistas» españoles. Los mismos «antifascistas» vascos que eran tildados de «fascistas» por la prensa nacional[8]. Los derivados del fascismo continúan en circulación en la actualidad, sobre todo tras la llegada del partido Vox al parlamento nacional en 2019, cuya presencia en la vida pública ha generado múltiples debates sobre la vuelta del franquismo e, incluso, del fascismo a España. No mucho antes de la alerta antifascista de las elecciones regionales de Madrid, el «populismo» de Podemos, hoy en vías de desaparición, se asociaba a sus homólogos «populistas» de la derecha[9].

Toda esta confusión no se debe exclusivamente a que *fascista* se haya tornado un adjetivo descalificativo arrojado gratuitamente contra el enemigo político, sino que, fundamentalmente, tanto las izquierdas como las derechas desde la segunda mitad del siglo xx se nutrieron de: 1) una serie de lugares comunes contra el fascismo reforzados por la historia y la tradición de las disputas entre partidos e ideologías; 2) análisis de teóricos e historiadores que abordaron el fascismo desde diferentes perspectivas más o menos parciales cuya contribución suministró, a su vez, materiales para la contradicción contemporánea, con el *fascismo* y el *fascista* como herramientas retóricas de desacreditación máxima. En este sentido, las derechas enfatizaron el carácter laico, eugenésico, estatista y totalitario, en suma, que liga al fascismo con

7. En sentido contrario, las novelas de Vizcaíno Casas satirizaban el transformismo ideológico y retórico de los antiguos filofascistas que, tras la muerte de Franco, se integraron oportunistamente en el nuevo *statu quo* –véase la novela *De camisa nueva a chaqueta vieja* (1976)– negando sus vínculos económicos e ideológicos con el franquismo [Ríos Carratalá, 2019].
8. Véase Olabarría Agra, Juan: «Fascismo vasco», en *El País* (12-X-1995), https://elpais.com/diario/1995/10/13/opinion/813538807_850215.html.
9. Una de las analogías entre Podemos y la nueva derecha populista se puede ver en Llaneras, Kiko y Pérez Colomé, Jordi:

las izquierdas obreristas, en especial, el comunismo. Por otro lado, las izquierdas señalaron el perfil conservador, militarista, religioso, imperialista –capitalismo monopolista en su fase expansiva o imperial– y anticomunista del mismo y sus alianzas con sus compañeros de viaje derechistas. Ambas continúan asignando a su antagonista los eventos más sórdidos y atroces de la historia de la humanidad: terrorismo, deportaciones masivas, genocidios por razones étnicas e ideológicas, etc. Estas interpretaciones históricas, sociológicas, antropológicas y filosóficas contradictorias se resumen en argumentos parciales y eslóganes típicos reproducidos por los medios de comunicación: «el fascismo es en origen socialista y ateo»; «el fascismo se sostuvo gracias al concurso de la Iglesia»; «Stalin y Hitler tenían una gran sintonía» –juicio incluido en *Los orígenes del totalitarismo*, de Arendt–; «conservadores anticomunistas como Churchill aplaudieron a Mussolini»; «el fascismo impone a las mujeres el patriarcado»; «las abortistas aplican la eugenesia nazifascista»; «el fascismo se cura leyendo», etc. A este respecto, la historización de los discursos de sentido común acerca del fascismo y los derivados que han circulado desde hace un siglo, tanto en los medios de comunicación como en la producción cultural española de los siglos xx y xxi, marcan una línea de investigación futura más prometedora que la redundancia en sus componentes internos, mínimos comunes o definiciones genéricas, sean estas a favor de limitarlo al periodo de entreguerras o extenderlo en el tiempo a alguna geografía, comunidad, sujeto, conciencia o subconsciencia contemporáneas.

El presente estudio se centra en el análisis de las revistas *La Gaceta Literaria*, *La Conquista del Estado*, *F.E.* y *Vértice* y de sus principales figuras –Giménez, Ledesma y Primo de Rivera, entre otros– en relación dialéctica con los discursos de sus respectivos contextos. Como punto de partida, el capítulo primero versa sobre la recepción del fascismo por la prensa y su aplicación a la política del momento: desde la crisis del régimen de la Restauración que inició la década de los veinte a la implantación de la dictadura. Se analizan las distintas visiones sobre el fascismo de, entre otros, Unamuno, Pla, Sánchez Mazas, Ortega y Gasset o Cambó, además de los editoriales y las opiniones de los distintos protagonistas. El capítulo muestra cómo estos intelectuales divergentes sobre la ideología y el régimen naciente en Italia –a favor

o en contra– buscaron referentes políticos representativos nacionales, proyectaron el fascismo sobre determinados grupos, complicaron ideas, tradiciones y lugares comunes con el mismo y, a su vez, crearon los primeros derivados del epíteto *fascista*: del *faccioso* al unamuniano *fajista*. De este modo, la dictadura de Primo de Rivera fue el laboratorio de pruebas del fascismo analógico, tanto por el inicial interés de los somatenistas en imitar a los camisas negras como por la crítica de los opositores a Alfonso XIII y a los militares africanistas.

El capítulo segundo se concentra en las relaciones ya estudiadas sobre el fascismo y la vanguardia, donde se abordan los intentos de Giménez Caballero de comprender el fascismo dentro de las corrientes estéticas y políticas contemporáneas, tratando de desligarlo de los lugares comunes establecidos durante los primeros años de la década de 1920: derechas, tradicionalismo, ruralismo, dictadura de Primo, etc. El resultado de este *aggiornamento* del fenómeno aplicado a España sería un conglomerado de «grises fascistas» –como Gecé, en relación a Maeztu, denominó a los intelectuales derechistas que vivían en el barrio de Salamanca–; «Charlots cesáreos» –así resumió la personalidad aristocrática y a la vez popular de Mussolini–, y «musas de la masa» –como calificó a Santa Teresa de Ávila en relación con las ideas en boga de Ortega–. Ni los diarios que admiraban el fascismo italiano –como *La Nación*, dirigida por Manuel Delgado Barreto– ni los potenciales fascistas que Giménez imaginaba fuera de la órbita del primorriverismo asumieron el mensaje ni un estilo próximo al surrealismo y al disparate de Ramón Gómez de la Serna.

El capítulo tercero comprende la débil implantación política de iniciativas «fascistas» como la de Ramiro Ledesma Ramos en un ambiente dominado por un entusiasmo republicano y una derecha a la defensiva. La apelación de Ledesma a los anarcosindicalistas tendría como respuesta de los últimos la burla hacia los revolucionarios aristócratas jonsistas. Del mismo modo, otras figuras de claro perfil antifascista como el comandante Ramón Franco o el socialista Indalecio Prieto, los potenciales liderazgos de un movimiento hispánico. El fascismo analógico practicado en los años del primer bienio por los revolucionarios cenetistas tendría como blanco habitual al fascismo «azañista» así como a otros partidos y líderes de una izquierda descompuesta en sus luchas

intestinas. Por su parte, el gobierno republicano-socialista centraba sus esfuerzos en combatir el «anarcofascismo» de los cenetistas y el grupo de simpatizantes del nacionalsocialismo que luego integrarían las JONS no tendría mayor trascendencia sino como producto derivado de esta conspiración antirrepublicana. Finalmente, se confrontan las ideas con la acción de Ledesma Ramos. Su ensayo *Fascismo en España* contiene una de las más interesantes críticas del uso analógico del *fascismo* como vocablo polémico de confrontación universal entre ideologías y agrupaciones antagónicas.

El capítulo cuarto versa sobre José Antonio Primo de Rivera, fundador de Fascismo Español y, posteriormente, de Falange y la revista *F.E.* El partido más fascista español más reconocible se fundó en una República dividida en la que dominaba la dialéctica «fascista-antifascista» para definir la pugna entre las derechas católicas y los socialistas caballeristas. En este apartado, observo la intrincada significación del fascismo, atribuido a grupos de signo contrario y a corrientes de la más variada raíz ideológica: desde el fascismo como producto contrapuesto al tradicionalismo español hasta el fascismo frailuno que Federica Montseny denunciaba en la CEDA. En un terreno político extremadamente plural y cada vez más tendente al fraccionamiento partidario, el enfrentamiento dialéctico entre Falange y sus adversarios por representar el fascismo en España –primero, Gil Robles y, después, Calvo Sotelo y los jonsistas de Ledesma Ramos– se efectuó usando como armas términos ofensivos como «fascismo fiambre», «parlamentario» o «pacífico» –en referencia al modelo y discurso impostados de los derechistas católicos–. Asimismo, FE fue víctima de otras descalificaciones que trataban de restar autenticidad a sus idearios y propuestas «fascistas» –en el caso de los ataques que sufrió el hijo de dictador y su *Funeraria Española* por sus antiguos aliados («franciscano», «intelectualista» u «oligárquico»)–. Finalmente, trato la crisis de FE de las JONS a finales de 1934 y principios de 1935 desde una perspectiva que disiente con la división entre ledesmistas y joseantonianos basadas en presupuestos ideológicos y programáticos más o menos radicales que asume la historiografía.

Por su parte, el quinto capítulo examina el culmen del enfrentamiento fascismo y antifascismo: el Frente Popular, el golpe de Estado y

la guerra. Es en este periodo cuando se desarrollaron las propagandas más logradas y reconocidas en la actualidad sobre el mismo. Por un lado, se analiza el gran antifascismo iniciado por los frentes populares y continuado en la contienda en defensa de la «libertad», la «cultura», la «democracia» y la «patria». Por otro, el paulatino alineamiento de las derechas con el fascismo/falangismo durante la primavera de 1936, así como la lógica de victimización de la propaganda de los sublevados, que denunciará el uso arbitrario del epíteto *fascista*, o *fascioso*, para el ejercicio del terror rojo en la retaguardia republicana a través del análisis de los contenidos de la revista *Vértice*. Pese a citar varios de los contenidos de la revista editada en San Sebastián desde 1937, se centra fundamentalmente en la obra de Neville y su visión de la «necesaria» unidad del bando nacional ante unos republicanos enemistados con la mayoría de los españoles: católicos, liberales, antiguos republicanos o socialistas renegados. En estas propagandas, se ataca el sectarismo de los «rojos» que ven «fascismo» en un colgante con un crucifijo, en una vestimenta, en una profesión liberal y en un simple sentido de patriotismo, aun siendo republicano. Este capítulo incluye un estudio sobre el giro retórico de desfastización del régimen de Franco en la decadencia del Eje Roma-Berlín, del gran ideal fascista y de la gran unidad contra el bolchevismo que iniciara la contienda al nuevo marco democrático mundial –en cualesquiera de sus dos variantes: capitalista o popular– para abanderar con un catolicismo que «nunca había sido fascista» en la lucha de Occidente contra el comunismo.

En la conclusión se trata la importancia del fascismo como instrumento de desacreditación política en España examinando las principales influencias históricas y filosóficas a escala internacional. Este apartado final comprende un análisis de nuestra metodología sobre el fascismo analógico en contraste con la hermenéutica del fascismo histórico –y presente–. Observamos cómo las interpretaciones de la sociología, la historia y la filosofía se enlazan con aquellas de la política de partidos, no siendo tanto una aclaración de las posteriores, sino sustento teórico del sentido condenatorio del término *fascista* y parte de la misma operación analógica. Se conectan las filosofías postructuralistas con la extensión a todos los dominios de la sociedad del vocablo *fascismo* y se critican investigaciones basadas en estos presupuestos sobre un

fascismo español. Finalmente, se observan variados ejemplos del uso plural del *fascismo* en los discursos antagónicos que conforman la vida política española desde el franquismo a la actualidad con el propósito de extender su estudio más allá de los límites historiográficos del presente libro.

I. Facciosos y *fajistas* en los años veinte

La década de 1920 en España fue la de la crisis del régimen de la Restauración, de la dictadura de Primo de Rivera y de su caída, que comenzó a finales de 1929; la de los enfrentamientos entre los obreros anarcosindicalistas y los pistoleros del Sindicato Libre; la de la politización de las letras españolas y de la universidad, con los inicios del movimiento estudiantil, y la de la recepción y adaptación al lenguaje político-social de un nuevo movimiento anticomunista surgido y desarrollado en la Italia de posguerra. La toma del poder por Mussolini avecinaba la crisis del régimen demoliberal que ya había adelantado la Revolución rusa de 1917. En aquella España de los años 20, numerosos editoriales, columnas de opinión y reportajes sobre la Italia de los *camicie nere* se preguntaban qué significado tenía el fascismo y en qué medida su éxito afectaba la vida nacional[10]. Tanto las manifestaciones de rechazo como la aceptación de la ideología totalitaria no tardaron

10. Emilio Sánchez Pastor hacía referencia a los Nitti que están provocando la creación de un *fascio* español: «En Italia ha surgido una unión de ciudadanos que se llama el *Fascio.* El periódico francés *Le Temps* ha explicado recientemente lo que son los *fascistas*: constituyen una reacción contra los atentados que la debilidad de Nitti ha dejado realizar. En España también hemos tenido gobernantes como Nitti y no es extraño que surjan los *fascistas* ante la cobardía del poder, produciéndose un estado de barbarie que se debe desarraigar a toda costa, ya que no será posible exigir la debida responsabilidad a los Nittis que lo han originado», «El frente único», en *La Vanguardia,* Barcelona (21-IV-1921), p. 15.

en establecer paralelismos entre el fascismo y las fuerzas políticas españolas. Desde el liberal *El Sol*, Nicolás María de Urgoiti señalaba que el contexto italiano de fuerzas comunistas y fascistas era extrapolable a la lucha callejera en Barcelona entre los anarquistas y el somatén, los pistoleros del Sindicato Libre. De caudillos fascistas se calificaría a Miguel Primo de Rivera –al que Alfonso XIII presentaría en Italia de manera elogiosa como «su Mussolini»–, a Severiano Martínez Anido y a Alejandro Lerroux. El 25 de abril de 1921, Mariano Marfil detallaba en el diario conservador *Época* el significado de los *fascisti* y el fascismo, su naturaleza reactiva contra el socialismo, análoga a la de los sindicatos libres de Barcelona contra los obreros anarcosindicalistas, y su «espíritu» de orden[11]. El diario *La Acción*, dirigido por Manuel Delgado Barreto –que firmaba sus artículos como El Duque de G.–, sería de los primeros en hacer proselitismo de la revolución italiana y defender su aplicación en España. En «Contra el profesionalismo político: La significación del fascismo y el anhelo español», planteaba la similitud entre el fascismo y un movimiento político español: el maurismo y su «revolución desde arriba»[12]. Asimismo, en *El fascismo: Ideario de Benito Mussolini*, Vicente Clavel observaba la necesidad de su aplicación en España como respuesta a la corrupción de las élites políticas [Clavel, 1923: 13]. El fascismo habría venido a parar la «locura roja» y a defender la civilización y el orden. A estas apologías sobre el fascismo y su deseable aplicación en España se unían las de Francesc Cambó, José María Salaverría o Rafael Sánchez Mazas.

El corresponsal en Roma de *ABC* trazaba los fundamentos teóricos del fascismo en pensadores como Nietzsche, Carlyle y Maurrás. Los fascistas habían provocado el resurgimiento de un pensamiento literario frente al economicismo y el materialismo del progresismo: «La aristocracia, el heroísmo, el orden, la elevada naturalidad, el imperio

11. Marfil García, Mariano: «El fascismo italiano y la lucha político-social», en *La Época* (25-X-1921), p.1.
12. Delgado Barreto, Manuel: «Contra el profesionalismo político: La significación fascista y el anhelo español», en *La Acción* (30-X-1922), p.1.

conductor, la ley, la jerarquía, las clases del pueblo de Dios»[13]. En «La danza desconcertante de las ideas», José María Salaverría establecía que el fascismo era la salvación de una Europa decadente de la democracia, el liberalismo y el desenfreno. En 1925, el político catalán Francesc Cambó publicaba *En torno del fascismo italiano*, un ensayo que revisaba las novedades introducidas por el régimen italiano fundamentado en su carácter antidemocrático –de minorías–, jerárquico y antiparlamentario ¿Era una nueva forma de hacer política que venía a regenerar una sociedad corrupta y decadente para imponer una nueva ley contra el desorden imperante? Todo dependía de las simpatías y antipatías que despertaba el fascismo en la prensa española. *El Sol* asimilaba al «republicano anarquizante» Alejandro Lerroux con el líder fascista italiano. Lerroux, del mismo modo que Mussolini, era lo opuesto a la «elevada naturalidad», al contrario, un tribuno que se desenvolvía en «la farsa política»: «Mussolini y Lerroux se parecen en lo inmoral» [García de la Barga 1] por ser farsantes del teatro político, habida cuenta de sus escasas cualidades morales y espirituales. Ambos demagógicos y anarquizantes.

¿Quiénes son los fajistas?: Tradiciones, partidos, líderes y españoles a secas

Como podemos observar a través de los artículos de prensa, organizaciones y personajes se significaron en función de su posición frente al fascismo. Sobre su futurible adaptación a la vida política española, se predijeron sectores y personajes representativos del momento que habrían de organizarlo. Uno de los primeros en establecer variopintos paralelismos entre España, su historia y su presente, y la Italia prefascista fue don Miguel de Unamuno. Apenas dos meses antes de la *marcia su Roma* de los camisas negras y la toma del poder de Mussolini, el escritor vizcaíno dejaba patente su pensamiento acerca de la nueva ideología en

13. Sánchez Mazas, Rafael: «La revolución a paso gentil», en *ABC* (3-XI-1922), pp. 3-4.

un artículo con el revelador título «Gabilla [*sic*] y no nación»[14]. Todavía coleando la debacle militar de Annual de 1921, el autor de *En torno al casticismo* refería a una carta de un partidario de la guerra, o *cruzada*, de los españoles en el protectorado de Marruecos. Observemos de qué manera describe ideológicamente al escritor de la misiva:

> No sabemos si es cuadrillero honorario –de la nueva Santa Hermandad, ¡claro!– o miembro de algún requeté o somatén «el fascista» que nos escribe sobre el deber patriótico de predicar la cruzada marroquí. Él se llama «español a secas» –a mojadas son los que se desangran en el Rif– y se dice «nacionalista»; pero su lógica es de «fascista» [Unamuno, 1922: 1].

Al relacionar Santa Hermandad, requeté, cruzada y fascista, Unamuno trazaba una línea continua entre organizaciones estatales y paraestatales de la historia del país, desde el siglo xvi hasta el xx; desde la Santa Hermandad hasta los sindicatos libres. El *fajismo* –traducción del fascismo al español por Unamuno que viene de *fajo*, en lugar del italiano *fascio*– era consecuencia de la tradición y el pensamiento político derechistas de la España de finales del siglo xix y principios del xx. Según Unamuno, el requeté y el fascista serían fenómenos hermanos de exaltación nacionalista y religiosa que usaron la violencia como método característico para *agavillar* el pueblo. Más allá de las similitudes prácticas y filosóficas, en apenas unas líneas quedaba establecida una relación entre vocablos que se intercambiarán como sinónimos en los años siguientes: «Carlismo, fajismo, Tercio, colonización imperialista de Marruecos, poder personal…, todo se enlaza» [cit. Urrutia, 2009: 139, 221][15].

El escritor vasco reprobaba el empleo de términos como *imperio*, *nación* o *civilización* de la misiva propios de los «imperialistas» monárquicos y africanistas. Un método crítico de inversión del significado establecido de conceptos perennes como tradición e historia presente

14. *El Liberal*, (8-VIII-1922), p.1.
15. Véase Urrutia, Manuel M. *Evolución del pensamiento político de Unamuno*, Universidad de Deusto, 2009: 215-221.

en su obra desde *En torno al casticismo*. De este modo, la civilización que llevaría España a la colonia rifeña no sería sino incivilización. La España tantas veces predicada por este nacionalismo no englobaría al conjunto del pueblo, sino que se reduciría a un grupo minoritario que se impondría mediante la violencia: «La nación, tal y como nos la pinta, es un «fascio», un haz, una gabilla [*sic*]»; «eso, considerar a una nación como una especie de sindicato de resistencia y de presa, nos ha parecido siempre de una inhumanidad flagrante». Los fascistas, como las bandas de almogávares que aterrorizaron el Imperio bizantino, son «un haz o una gabilla [*sic*], y no una nación, era aquella compañía catalana que a fines del siglo XIII fundó el Ducado de Atenas». Y hoy, como entonces, el reino de España «se asienta en la arbitrariedad, en la clandestinidad y en la injusticia. Y se busca sostenerlo no en el espíritu de equidad, sino en los cuadrilleros de la nueva Santa Hermandad». En apenas unas líneas se emparentaban épocas y personajes separados por siglos de historia: desde la banda de mercenarios de Roger de Flor hasta la nueva Santa Hermandad del escuadrismo de extrema derecha.

Como sus homólogos europeos, los «fajistas» hispanos se habían significado en contra de las democracias aliadas y en favor del imperialismo alemán hasta su derrota en la Primera Guerra Mundial. Como guerra de imitación de imperialismo «tudesco», habían proclamado la misión imperial y religiosa de España en los territorios del protectorado marroquí. Unamuno ataca al africanismo como ideología o conjunto aglutinador del nacionalismo militarista. Una de las cabezas visibles de este militarismo «fajista» era el fundador de la Legión, José Millán-Astray y Terreros. Es por todos conocido el famoso desencuentro entre el entonces rector y el general en el paraninfo de la Universidad de Salamanca el 12 de octubre de 1936, colofón del célebre biopic de Alejandro Amenábar, *Mientras dure la guerra* (2019). Una animadversión cuyo origen se encuentra en la serie de artículos publicados en *El Liberal* a principios de la década de los 20 contra la derecha radical, la monarquía y el africanismo. Antes de que se consumara el ascenso al poder del *Duce*, Unamuno ya había nominado al general «candidato a Mussolini español» [cit. Urrutia, 2009: 221]. Al que fuera rector de la Universidad de la Salamanca, le debemos la difusión precoz de un estereotipo del fascista español aplicable a las personalidades públicas

nacionalistas, extremas, estridentes, vocingleras, etc. Un rudo y chovinista militar aunado al epíteto fascista en la imaginería popular desde hace un siglo.

A estas tradiciones políticas y líderes representativos del fajismo se unía el seguidor; el ciudadano anónimo sugestionado por su discurso imperialista al que Unamuno replica en «Gabilla y no nación». Unamuno refuta al «fascista», que se define como «español a secas», refiriéndose irónicamente a los «españoles a secas» que se han dejado la vida en la empresa colonial marroquí. Antes de la llegada de los escuadristas al poder, y de cualquier experimento similar o mimetizado por sus seguidores en otra parte del continente, el autor de *Vida de Don Quijote y Sancho* ya había identificado un estereotipo del fascista hispánico medio: imperialista, monárquico y antisocial. Se trata de un anticipo de la fuerza atributiva que iba tener el fascista en la discusión política, en su función de insulto. Con este descalificativo se desbordaba también la especificidad del derechista encuadrado en las filas del requeté carlista, de los católicos o del somatén catalán. El fascista, o el *español a secas* defensor de la guerra en Marruecos y de otras tantas iniciativas de las oligarquías patrias, podría encontrarse sin partido o sindicato y en cualesquiera condiciones sociales. En lo que respecta a la denuncia de fascistas, encontraremos numerosos ejemplos de prensa y propaganda de los sublevados en 1936 sobre «españoles a secas» tachados de fascistas, o faciosos, para ser expropiados, detenidos o asesinados en la retaguardia por las milicias republicanas. De forma inversa a la de Unamuno –desenmascarar a un fascista que se dice simplemente patriota– procederá la prensa de derechas en la primavera previa a la Guerra Civil cuando denuncie el asesinato y la persecución de ciudadanos a los que, simplemente por emitir opiniones mínimamente divergentes con el régimen «sovietizante» o por practicar la religión católica, se les habría aplicado el letal epíteto. Cuando aparece «Gabilla y no nación», nos encontramos en un estado embrionario de estas disputas terminológicas, que se harán más intensas en la década posterior. Aunque el apelativo no tuviera la carga peyorativa y gravedad de los años posteriores, Unamuno transmitía la idea de que el *fajismo* era aglutinante, consecuencia y finalidad de la política e ideología de los somatenes, requetés, los militares reaccionarios y la monarquía, y

fascista, el más grave adjetivo para designar a sus simpatizantes, sus conciliábulos, sus grupúsculos, sus medios de prensa y propaganda[16]. Esta imagen preestablecida y estereotipada del fascista como derechista exacerbado se sometió a las revisiones y a las reservas de aquellos que no veían un movimiento análogo en España, pero no sufrió muchos cambios hasta la guerra. Podríamos afirmar que, incluso, se mantiene en nuestros días.

Tal y como indica Hugo García, Unamuno fue una de las referencias de la cultura progresista y republicana contraria a Primo de Rivera y Alfonso XIII que más tarde se fundiría en el mito antifascista [2015]. Pese a ser uno de los iniciadores de un antifascismo opuesto a la reacción «cavernícola» y al militarismo africanista, modularía sus posiciones a lo largo de los años 30, cuando su inicial entusiasmo republicano pase a un pesimismo y desconfianza que, más tarde, se tornaría en un rechazo absoluto al gobierno del Frente Popular de 1936. Este cambio también afectaría a su interpretación del fascismo y del antifascismo, ambos equiparables en dogmatismo e ignorancia en opinión del que fuera tres veces rector de la Universidad de Salamanca. Una década después, en un artículo publicado en *Ahora* en el verano de 1933, ya en los estertores del primer bienio republicano, el pionero en el uso del término contra las derechas observaba que el fascismo se había convertido en un «comodín» de un republicanismo y un socialismo desnortados:

> Y se presenta un caso que por designarlo con un término extranjero, y aun sin traducirlo, parece algo traducido también. Nos referimos al llamado fascismo. ¡Tabú, tabú! Ya está nombrado el Coco. El Coco y el comodín.

16. Pese a ser uno de los primeros intelectuales que se manifestó contundentemente contra el fascismo y su aplicación en España, el patriotismo, el populismo y el antipositivismo –el rechazo a la incorporación de fórmulas y doctrinas preestablecidas externas al pueblo o el sentido *vivo* y orgánico de la tradición, hostil a la intervención *taxidérmica* de los académicos– que el escritor vasco vertió en sus *En torno al casticismo* o *Vida de Don Quijote y Sancho* serían, tanto para Giménez Caballero como para Ledesma Ramos, antecedentes filosóficos indispensables de un movimiento nacional de carácter fascista.

> Eso que los revolucionarios de mentirijillas, los semirrevolucionarios, llaman al fascismo, el fascio español, ni ellos saben lo que es ni lo saben los que así mismos, aquí en España, se llaman fascistas[17].

Transcurridos dos años de la gran fiesta del 14 de abril, El gobierno republicano-socialista, a juicio de Unamuno, se había hecho con un amplio concepto del fascismo mientras que los *fajistas* jugaban a ser algo que los mismos ignoraban. Hecho este breve apunte sobre la evolución del fascismo analógico en España, conviene analizar, mucho antes de la llegada de la República y de la atomización de la izquierda que trajo consigo la proliferación y multiplicación de discursos antifascistas, el primer fenómeno patrio asimilable y asimilado por muchos al fascismo: la dictadura de Miguel Primo de Rivera.

***

La década de 1920 iba a dar los dos primeros fenómenos calificados de fascistas: la organización de pistoleros financiados por la patronal catalana y la dictadura de Primo de Rivera. Un año antes del golpe militar, la lucha política que estaba teniendo lugar en Italia entre fascistas y socialistas se había traducido al caso español en la guerra abierta que mantenían los somatenistas contra los sindicalistas de la CNT. Para describir políticamente al somatén hay que irse al número 31 de abril de 1923 de su revista homónima, plagada, como era habitual, de anuncios de armas de fuego. Políticamente, la institución se definía como organización de defensa –de la propiedad y el orden– y apartidista. Ya en diciembre de 1922, el diario *La Libertad* denunciaba el empeño de la derecha en un fascismo español organizado por los patronos con base en los somatenes. Esto, que pudiera ser un exceso retórico contra el capitalismo imperialista del diario izquierdista, había sido explícitamente declarado por el presidente de la Federación Patronal de Barcelona, Félix Graupera: «Es preciso que los patronos hagan la revolución […], no les faltarán caudillos para dirigirles»[18]. La

17. Unamuno, Miguel de: «La revolución de dentro», *Ahora* (1-VIII-1933), p. 5.
18. «Hacia el fascismo español», *La Libertad* (20-XII-1922), p. 4.

patronal estaba dispuesta a apoyar un cuerpo paramilitar de resistencia contra los sindicatos hostiles, del mismo modo que lo habían hecho sus homólogos transalpinos contra los socialistas en las industrias y en las zonas rurales del valle del Po. Pese a la disposición de la patronal de apoyar cualquier iniciativa contrarrevolucionaria, no volvería a darse una identificación tan explícita con el fascismo ni tan siquiera en los prolegómenos de la guerra, cuando la batalla dialéctica fascistas *vs.* comunistas alcanzaría su cénit.

En el primero de sus artículos en *El Sol* sobre la Italia de Mussolini, José Pla se refería a un comentario del Blasco Ibáñez acerca del fascismo y sus semejanzas con los somatenistas. El novelista lo consideraba geográficamente un fenómeno mediterráneo. Una interpretación, por otro lado, similar a la de Ortega al comprender al fascismo dentro de la política irracional e indisciplinada de los países mediterráneos. Blasco Ibáñez declaraba que el fascismo era «una cosa así como la asamblea de parlamentarios y el Somatén de Barcelona, mezclados, agitados y elevados a la enésima potencia y sin la placidez idílica y pastoril de nuestra ínclita milicia burguesa»[19]. Al definir como «idílica» y «pastoril» al grupo parapolicial hermanado con el fascismo se enfatizaba la extracción rural, así como la falta de sustancia intelectual y doctrinal, de sus cuadros. De este modo, el fascismo español tendría ciertas características propias que lo harían más ordinario, artificial, grotesco y estúpido que el original: ruralismo exacerbado, antiintelectualismo extremo y clasismo sin concesiones a la justicia social. Un estereotipo del fascista que no mutaba en demasía las anteriores concepciones sobre el derechista, pero que ayudaba a reforzar y a exagerar sus defectos con un adjetivo de alcance universal. Pese a que su aparición era fruto de la globalización de la política en los tiempos de entreguerra y del contacto entre ideologías anticomunistas y antiliberales en toda Europa, el fascismo hispano venía de una tradición oriunda más atrasada, ultramontana y cerril.

19. «Camisas y esperanzas», *El Sol* (31-X-1922), p. 5.

En consonancia con el comentario del novelista, la revista *España* dedicaba su editorial a una forma particular de fascismo español, de extracción rural, en el número de noviembre de 1922. Se identificaban unos fascistas potenciales en España, o «hipotéticos camisas negras» integrantes de un movimiento en ciernes más reaccionario que su homólogo italiano. De vuelta a los paralelismos históricos, el germen del fascismo ya estaba en el siglo xix representado en el tradicionalismo carlista. Sin embargo, la relación reacción-fascismo no solo incluye ideas, principios y métodos –con la violencia como el más definitorio–, sino además elementos simbólicos. De modo premonitorio, se asimila la característica boina carlista y la *camicia nera*. Y estas analogías, además del vestuario y los símbolos, también se sostienen fonéticamente, ya que «entre el fascista y el faccioso» hay «más analogías que las puramente auditivas»[20]. El fascista español era el faccioso de ideas reaccionarias que había formado parte del integrismo carlista desde el siglo xix y que, en línea con lo defendido por Unamuno, tenía su base partidaria en el conglomerado de fuerzas heredero de esa tradición. Con esta homologación entre el fascista y el faccioso se ligaban ideológica y simbólicamente el fascismo y la reacción española. Además, se iniciaba un prolífico vocabulario de derivados de estos dos términos parónimos que, en el vocabulario político, se intercambiaron como sinónimos hasta su simbiosis definitiva, ya en los años treinta, en el «fascioso». Cabe añadir que estas licencias de una publicación ya antifascista dan cuenta de la capacidad que tenía su antagonista como gran significante que dominaba toda la retórica política. Empezando por los mismos fascistas y sus constantes llamamientos a fascistizar todos los ámbitos sociales –escuela, familia, trabajo, cultura, etc.– y a comprender todos los avances que consideraban positivos para la nación y la civilización dentro del *gran* ideal. Una estrategia de *branding* sin precedentes. Por otro lado, sus adversarios explotaron la sobredimensión semántica y discursiva de estos excesos retóricos con fines opuestos. Las palabras e imágenes contra el mismo fueron catalizadoras de otras como *barbarie*,

20. «El fascismo español», en *España* (4-XI-1922), p. 5.

violencia e *incultura*, disolviéndose su concreción en un significante universal[21].

Mi Mussolini

El golpe de Estado de septiembre de 1923 fue interpretado por sus partidarios como el triunfo de la antipolítica contra una clase política sumida en un estéril enfrentamiento de tendencias de izquierda y derecha. Como había ocurrido en Italia, aun con las diferencias propias de su sociología y arquitectura estatal, España dejaba atrás la política decimonónica del parlamentarismo y el partidismo. ¿Llegaba el fascismo con la dictadura? Podríamos examinar los elementos definitorios de un fascismo o prefascismo español –apoliticismo, nacionalismo, defensa del orden mediante métodos violentos, etc.–; no obstante, nuestro objetivo es analizar las relaciones que crearon unos y otros, partidarios y detractores, entre la política española y el fascismo. Conviene repasar lo que los historiadores han discutido al respecto. Periodo de regresión y modernización, autoritarismo y liberalismo, autarquía e internacionalización, proteccionismo y libre comercio, conservadurismo y regeneracionismo, casticismo y europeísmo, nacionalcatolicismo y cosmopolitismo; la historia bien privilegia uno de estos componentes o bien los complica. Shlomo Ben-Ami [1983] subraya el carácter protofascista y totalitario del régimen con raíces en el maurismo y otros sectores reaccionarios. Sin embargo, si bien la dictadura tenía un discurso autárquico e intervencionista, durante aquellos años se multiplicó la presencia de capital extranjero en el país y la exención de cargas fiscales a las grandes compañías inversoras. Martin Blinkhorn sostiene que, por encima de una dictadura de masas con una visión totalitaria,

21. En este sentido, el fascismo es como significante vacío teorizado por Ernesto Laclau por su capacidad de crear vínculos equivalenciales entre ideas. En otro orden de cosas dice el filósofo argentino: «Durante un tiempo breve después de 1989, por ejemplo, el *mercado* significó, en Europa del Este, mucho más que un orden puramente económico: abarcaba, a través de vínculos equivalenciales, contenidos tales como el fin del gobierno burocrático, las libertades civiles, ponerse a la altura de Occidente, etc. [Laclau, 2005: 124].

la de Primo de Rivera fue una versión *paternalista* con escasas posibilidades de perdurar en el tiempo [1990]. Sebastian Balfour resalta el ya previamente comentado papel del africanismo reaccionario en la formación del directorio militar. Francisco Javier Romero Salvadó y Angel Smith [2010] enfatizan el movimiento anticomunista paneuropeo que respondió a la solución ante la crisis del liberalismo con el estado corporativo. Stanley Payne [1999] subraya el nacionalismo autoritario de la dictadura, que fue un precedente del franquismo, al tiempo que reconoce un esfuerzo regenerador y europeísta cercano a las tesis políticas orteguianas. Por último, Alejandro Quiroga [2007] incide en el intento fallido de la dictadura de crear un movimiento de masas nacionalcatólico concentrado en el partido Unión Patriótica.

Sabemos también que la dictadura estaba favoreciendo con su política económica el cambio cultural que precedió la llegada de la República. Los años veinte fueron un periodo sin precedentes de recepción de productos culturales foráneos. Las masivas emigraciones del campo a la ciudad y la proliferación de una cultura urbana favorecida por la política económica de la dictadura convivía con la propaganda nacionalista implementada por la misma defensa de los valores tradicionales y la moral católica. En palabras de Paul Aubert y Carlos Serrano, el «régimen instalado» «dista mucho de ser una tiranía –se caracteriza por el voluntarismo y la autoglorificación, la improvisación y la falta de coherencia–» [2006: 51]. Estas contradicciones sobre el carácter totalitario, autoritario, regeneracionista, tradicionalista o modernizador de la dictadura que duró desde 1923 a 1929 son parte de un mismo sentido que ha operado en taxonomías historiográficas con el paso del tiempo más difusas y poco clarificadoras. Cuando se analiza el autoritarismo de Primo de Rivera, no debemos pasar por alto que la confusión e incoherencia entre los discursos del dictador y el verdadero alcance de sus mensajes en la política y economía nacionales también afectó al fascismo primigenio. En el caso italiano, la *fascistizzazione* de Mussolini se convirtió en un arma retórica para sancionar medidas de distinta índole que no solo suscitaron el rechazo de la oposición, sino también de los sectores internos que creían representar un fascismo revolucionario más puro y libre de hipotecas con el parlamentarismo y la vieja política

como el que decía representar Roberto Farinacci[22]. Aun teniendo en cuenta la naturaleza camaleónica y contingente del fascismo, no debemos confundirlo sin más con otros autoritarismos de la década, pero sí mostrar la dificultad de circunscribir una ideología heterodoxa y global dentro de los límites de un contorno idealmente concebido[23]. En cualquier caso, y teniendo en cuenta el objeto de nuestra investigación –esto es, el estudio sobre el sentido polémico del término *fascista* en la España de estos años–, tan útiles nos serán para este propósito los modelos ideales consensuados por los historiadores como las teorías más o menos enrevesadas de pactos y conspiraciones, las coincidencias doctrinales y simbólicas y las tácticas y propósitos entre el fascismo y otros partidos e ideologías.

22. Según Paul Aubert y Carlos Serrano, «la acción de Primo de Rivera se fundamenta en el paternalismo del dictador. Este procura seducir y establecer un contacto que cree directo con la opinión mediante la publicación de notas oficiosas en la prensa. El despotismo que practica, con un paternalismo algo campechano, parece más anclado en el autoritarismo y en el antiparlamentarismo del siglo precedente, más cercano en cualquier caso a los rasgos antidemocráticos o improvisados del regeneracionismo, que fruto de una emulación con Mussolini» [2006: 51].

23. Sostiene González Calleja que «la irrupción del fascismo en el debate político español de inicio de los años treinta, con su carga de ruptura radical con el pasado, no pudo ocultar su naturaleza en buena parte artificiosa y su promoción por parte de grupos contrarrevolucionarios que lo contemplaron como un útil instrumento de movilización violenta contra las izquierdas, especialmente contra el obrerismo organizado» [González Calleja, 2008: 86]. Como data Cambó en su *En torno del fascismo italiano* (1925), el ascenso al poder del Duce no hubiera sido posible sin la negociación y la aceptación implícita de aquellos aspectos de la política tradicional que originalmente rechazaban los camisas negras: la monarquía, el parlamento, la tradición, etc. El régimen siguió modulando su discurso entre lo social y lo jerárquico; lo moderno y lo antiguo; o lo revolucionario y lo contrarrevolucionario –si es posible dar un sentido preciso a ambos desde las coordenadas ideológicas que se manejaban–. La llegada de Mussolini al poder y la multiplicación de cuadros del PFI también se dio gracias aquellos *que lo contemplaron como un útil instrumento de movilización violenta contra las izquierdas, especialmente contra el obrerismo organizado.*

En el programa de la Unión Patriótica –fundada en 1926–, con ánimo de dotar al régimen de un partido (o movimiento antipartido), podemos encontrar parte del vocabulario que nutrirá los discursos de los fascismos y, quizás, de otros movimientos, partidos e ideologías de pretensiones revolucionarias o subversivas: la superación de la política de tertulia y de café –aunque las tertulias y cafés proliferarán en los años veinte–, el fin del profesionalismo político y la destrucción de los partidos. Junto a estos sintagmas ideológicos, una declaración de anticomunismo: «Extirpado el cáncer de la antigua política, muertos sus partidos, desarraigado el caciquismo, restablecido el orden público, desterrado el comunismo»)[24]. El que venía a extirpar la dictadura era el anarcosindicalismo pujante en Barcelona. La indiferencia entre anarquismo, socialismo y bolchevismo para referirse a la misma cosa sería en este sentido muy similar a la del fascismo. Sin el preciso contexto, algunos de estos discursos serían indistinguibles de aquellos que caracterizarían al bando nacional y a los primeros años del régimen de Franco.

Precedido de las manifestaciones de simpatía del monarca y demás personalidades públicas hacia el fascismo, el momento de mayor sintonía entre Roma y Madrid fue el viaje del rey Alfonso XIII a Italia y el desfile de regreso en las calles de Barcelona de 1923, apenas un mes después de proclamarse el Directorio de Miguel Primo de Rivera. De la visita de Alfonso XIII, quedan las palabras recogidas por otro de los simpatizantes, el escritor Sánchez Mazas, en la entrevista a Mussolini. El dictador fascista decía que España no era lo que «habían pintado leyendas malas y tendenciosas», sino un joven país mediterráneo ligado a Italia «por un vínculo indisoluble de civilización». *La Acción*, que cubrió con gran detalle este acontecimiento, recogía las impresiones de Primo de Rivera sobre el régimen italiano y el parecido significado político del directorio que presidía. Según el dictador, «el culto fascista, que renace glorias pasadas, cuenta con simpatías en España, que lo considera el movimiento salvador de Italia, restableciendo una ejemplar armonía entre el Soberano, el Gobierno y el pueblo. El pueblo español

24. Equis: «Unión Patriótica» (1926), p. 17.

tiene un alto concepto de Mussolini»[25]. La entrevista incluía una jugosa pregunta sobre la similitud entre los camisas negras y «nuestro Somatén»: «El día en que esté terminada la organización del Somatén en toda España, y el partido cívico somatenista actúe, España contará con una fuerza ciudadana de incontestable pujanza»[26]. La creación de una fuerza *ciudadana* se retrasaría hasta 1926, año de fundación de la fracasada Unión Patriótica.

En lo que refiere a esta semejanza, hay que decir que la parada de los somatenes en Barcelona en honor al monarca y a Primo de Rivera fue considerada por los periódicos, tanto contrarios como neutrales, como un desfile fascista. En su discurso a las milicias del Somatén, el dictador recomendaba «que mantengan la causa del orden y del derecho, la causa que el directorio considera necesaria para hacer una España grande, una España como todos deseamos»[27]. Los somatenistas, o tracistas –militantes de la Traza, organización política del Somatén [Payne, 1998: 100]–, se habían integrado en el desfile junto al resto de autoridades civiles y cuerpos oficiales del Estado. En un editorial de marzo de 1923 aparecido en *La Voz* se identificaba al «fascismo español» como el *tracismo*, una «copia» de su homólogo italiano[28]. Los tracistas desfilaron en Barcelona con una camisa azul y, según *El Sol*, «muchos de ellos, a imitación de los fascistas italianos, iban descubiertos»[29]. El Somatén aparecía en público como una fuerza parapolicial cívico-militar al servicio del nuevo directorio[30]. En el concierto que tuvo lugar en honor a

25. Declaraciones de Primo de Rivera en *La Acción* (16-XI-1923), p. 6.
26. *La Acción* (1-XII-1923), p. 6.
27. Declaraciones de Primo de Rivera en *La Acción* (16-XI-1923), p. 6.
28. «El fascismo español se llama tracismo», en *La Voz* (23-III-1923), pp. 1 y 8.
29. *El Sol* (2-XII-1923), p. 1.
30. Acerca de la Traza y otras formaciones parapoliciales de extrema derecha a principios del siglo xx, véase González Calleja, Eduardo, y Rey Reguillo, Fernando del, [1995]: *La defensa armada contra la revolución: Una historia de las guardias cívicas en la España del siglo xx,* Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, p. 172.

los reyes en el Liceo, el barítono «se adelantó a la batería y, con la mano en alto, a estilo fascista, gritó: "¡Viva la Reina!"»[31].

Aparte de estas manifestaciones de total armonía con el fascismo, tenemos que observar también las diferencias en lo que se refiere no tanto al debate de si la dictadura fue o no un experimento fascista o una adaptación *sui generis* amoldada a la realidad española, sino a la autopercepción de la dictadura de su posición con respecto al fascismo. En 1927, ya en el ecuador de la dictadura, Primo de Rivera afirmó sobre la implantación de un régimen postliberal en España que

> Italia, que vio el peligro cercano, ansiosa de salvarse, organiza bajo la dirección de un hombre extraordinario, un estado fascista, y España, más modesta y menos personalmente gobernada, pero inspirada también por el noble afán de engrandecerse, que es robustecer su personalidad y su vida, ha abierto en esta un periodo excepcional, precursor también de la organización de un nuevo estado cuya vida plena alumbrará las normas de la constitución estable, amparada por un ambiente de sana y robusta ciudadanía[32].

España, como Italia, también crearía su Estado nuevo. La diferencia, argumentaba el dictador, residía en la *modestia* y en el menor *personalismo* del gobierno de España[33].

Matteo Albanase y Pablo Hierro abordan la trascendencia de la ley laboral italiana en la reforma de Eduardo Aunós de 1926, así como el intercambio de ideas con Giuseppe Bottai al respecto. La fórmula económica corporativa suscitaba el acuerdo de amplios sectores de las derechas y de la patronal; la disensión llegaba cuando se positivaba el contenido del Estado corporativo y se concretaban los poderes y las bases políticas de un sindicato preponderante. En este debate, no solo

---

31. «Brillante homenaje a los Reyes en Barcelona», *La Época* (3-XII-1923), p. 2.
32. Primo de Rivera, Miguel: «Instrucciones del presidente», en *Unión Patriótica* (15-II-1927), p. 2.
33. Estas consideraciones se asemejan mucho a las del franquismo. Las propagandas del régimen de Franco también elogiaban la austeridad y modestia del dictador. «Un hombre sinceramente humano» que nunca había «jugado a ser un semidios» decía la voz en *off* en el *biopic* del dictador *Franco, ese hombre* (1964).

se trataban los aspectos concretos de la aplicabilidad del modelo económico fascista, sino aquellos referentes al mismo modelo y su supuesta originalidad. El editorial de *La Nación* que sucedió a la creación de la Organización Corporativa Nacional resaltaba la correspondencia entre la nueva legislación y la tradición española –«gremios y corporaciones son palabras evocadoras de todo un pasado español lleno de gratas y profundas realidades» [1]– desgarrada por el individualismo y el materialismo triunfantes durante el liberalismo político y económico. Frente a la «codicia» de los patronos injustos y los «desmanes» de los revolucionarios,

> reconstruida así la vida social de España, veremos de nuevo unidos a los elementos integrantes de la producción, alejadas las contiendas sociales, para todos nefastas, y renacerá ese espíritu de santa emulación que, encarnado en los oficios y profesiones, producirá como resultado un renacimiento de la espiritualidad colectiva[34].

El ministro de Trabajo, Eduardo Aunós, confirmaba este pronóstico vaticinando que «al calor de esta mayor compenetración de operarios y burgueses desaparecerían los odios de clase»[35]. Aunós defendía que la legislación española era menos lesiva para la libre empresa y restringía los poderes del Estado y su brazo político, el sindicato [Albanese & Hierro: 18-21]. El editorial de *La Época* juzgaba meramente formales las similitudes entre las leyes y organizaciones de ambos países mediterráneos e insistía en el «recio entronque» con «una tradición genuinamente nacional»[36]. En estos años se observa un mayor distanciamiento de los simpatizantes de la dictadura hacia un fascismo italiano que juzgan estatista en demasía. El recelo hacia las soluciones de la dictadura para acabar con la lucha político-social y lograr la ansiada armonía entre obreros y patronos se vislumbra en la columna de Manuel Sánchez Cuesta, alias Mirabal, publicada en *El Siglo Futuro*:

34. «La Organización Corporativa Nacional», *La Nación* (23-XI-1926), p. 1.
35. *El Imparcial* (28-XI-1926), p. 2.
36. *La Época*, 19-XII-1927, p. 1.

> Disfrutamos de paz material: se está operando en España una acción social intensa, de la que el actual gobierno hace alarde, sin que pase el día en que dé a conocer disposiciones o proyectos. Pero nadie será tan optimista que crea que las mejoras de orden material, que las concesiones y facilidades y auxilios de orden económico, bastan para calmar y para destruir principios ideológicos ni para operar sinceras conversiones[37].

***

En los más de seis años que duró la dictadura nunca se dio un evento que reuniera a todos los altos cargos del Estado, al Somatén y al rey con la presencia de camisas azules y brazos en alto como el del desfile de los monarcas en Barcelona. Esto también tiene que ver con la significación del fascismo para la prensa derechista y la patronal barcelonesa. Un movimiento nacional que había venido a salvar al Estado y a la monarquía de su completa destrucción por el comunismo y la decadencia del parlamentarismo. Sin embargo, durante los siete años que Primo de Rivera ejerció el poder, tanto la oposición como la oficialidad modularon sus opiniones sobre la dictadura española en particular y, en términos generales, como fórmula política viable y aceptable.

Hemos analizado las relaciones hechas interna y externamente entre las derechas y el movimiento panitaliano, viendo en el caso de Unamuno un retrato primigenio de lo que habría de ser el fascista en la política española. Nos toca ahora dilucidar, primero, la resistencia de algunas derechas a asociarse con el fascismo y, segundo, la insistencia de las izquierdas anticlericales de emparentar a ambas *reacciones* o, en otros casos, a dejar en peor lugar a la *reacción* española, haciendo un retrato de un fascismo patrio, o clerical, no menos agresivo y más intolerante, rudo e ignorante –recordemos la idea del Somatén de Blasco Ibáñez– que su homólogo italiano y otras variantes europeas. Observemos antes la línea divisoria que establecen las derechas católicas y tradicionalistas con respecto al fascismo italiano. En el tradicionalista *El Siglo Futur*o

37. Sánchez Cuesta, Manuel: «La amenaza del comunismo», *El Siglo Futuro* (4-II-1927), p. 1.

Jenaro Fernández Yáñez afirmaba que el fascismo, además de oponerse al socialismo, también «arremete contra los partidos católicos cuando llega el caso y ataca a la Iglesia misma si se le ofrece ocasión, como ya lo ha hecho alguna vez». Vemos entonces una primera frontera entre una ideología no católica y las derechas clericales. La otra refiere al panitalianismo. Según el autor, esta política expansiva lesiva para la paz internacional comenzó con la anexión de los Estados Pontificios. Las raíces del pensamiento fascista serían una nostalgia del dominio universal; una rémora del «imperialismo cesarista y pagano» que se inició con «el despojo de Roma y sus Estados de que fue víctima el Pontificado en 1870, violación primaria de sacratísimos derechos que quizás Europa está y seguirá pagando». Además, junto con el socialismo, «ha prescindido de Dios y adoptado y un sentido materialista de la vida y de la historia»[38]. «Roma, sustraída a la autoridad de los Papas, será la capital de la Revolución mundial o de un imperialismo desenfrenado que aspire al dominio universal, y de todos modos un peligro y un elemento de perturbación»[39]. Dos décadas después, la prensa franquista, que defenderá al régimen por haber salvado a España de la guerra mundial y, con ello, ser garantía de la paz, realizará los mismos

38. Fernández Yánez, Jenaro: «Más sobre el fascismo», en *El Siglo Futuro* (11-IX-1922), p. 1. El editorial del que fuera redactor jefe del periódico integrista viene precedido por otras dos columnas dedicadas al fascismo en la misma publicación (28-VII-1922), p. 1: «Aspectos de la realidad social y política: los fascistas». En él se exponen las mismas razones contra el fascismo, llegando a afirmarse que es «posible que los fascistas lleven a dicha ciudad [Roma] a Nerón».

39. El fascismo vendría a ser para Giovanni Gentile precisamente la lucha entre el sentido espiritual y religioso de la nación y de la historia, frente a la concepción, compartida entre ambos, socialismo y liberalismo, materialista e individualista del hombre. En lo que respecta a la cercanía y la diferencia entre derecha y fascismo, el materialismo vendría a servir tanto para establecer una diferencia entre la primera, católica, y el segundo, pagano y anticatólico, como para sentar las bases de una alianza entre los poseedores de la fe y la espiritualidad europeas contra el contubernio entre ateos judeomarxistas y masones.

juicios contra las ambiciones imperialistas y la visión ideológica anticristiana del fascismo[40].

Sus antagonistas no tendrán tan en cuenta estas discrepancias entre el secularismo fascista y el catolicismo de la derecha nacional para separar ideológica y simbólicamente ambos fenómenos. Con ello, el régimen italiano adaptado a España sería aún más lesivo, cerril y enemigo del progreso que su hermano transalpino[41]. Antes de observar estas caracterizaciones de la derecha reaccionaria, con los estereotipos que conllevaban, prosigamos con las reservas planteadas por las mismas derechas integristas hacia el fascismo. Veamos cómo todas aquellas cualidades negativas propias de los enemigos de la religión católica también lo eran del nuevo nacionalismo italiano, que no era sino otra rama del

40. En la revista *El Somatén*, Victor Espinós también al carácter no católico del fascismo frente a la confesionalidad del integrante en el movimiento ciudadano somatenista: «Pero el somatenismo, por lo que tiene de familiar, de interior, de doméstico, por así decirlo, tenía que ser, y es en España fundamentativamente [sic] religioso. Esta confesionalidad, que siendo española claro es que había de ser católica, y singularmente mariana, es lo que básicamente aparta el somatenismo del fascismo, por ejemplo» (VI-1924) p.19.

41. La idea un fascismo hispánico antiintelectual y antiteórico comienza con la caracterización por las izquierdas de las derechas, los militares y la patronal –desde el artículo de la revista *España*–. Esta ha tenido consecuencias en las definiciones positivas de los historiadores del fascismo sui géneris español, que, desde que Payne publicara *Falange: A History of Spanish Fascism* [1961], ha sido tildado de emocional, confuso y falto de doctrina social y económica, siempre en contraste con un homólogo occidental más teórico y concreto derivado de la moderna sociedad de masas. Sin embargo, los fascistizados españoles defendieron una combinación de elementos ideológicos heterodoxos y una concepción religiosa de la historia y de la política análoga a la de Giovanni Gentile y otros fascistas italianos. Si acudimos al *Manifesto degli intellettuali del fascismo* (1925) observamos la defensa de la idea religiosa de la nación y del Estado contra el materialismo que encarnan por igual el socialismo y el liberalismo. Precisamente el fascismo italiano basó su política en la acción y en el ataque a elaboraciones teóricas preestablecidas, que consideraban propios de los *positivistas* liberales y marxistas, mientras que, por ejemplo, el supuestamente menos «intelectual» tradicionalismo español se sentó sobre unas bases doctrinales católicas/integristas más elaboradas, desde Donoso Cortés a Ramiro Maeztu; superando con creces la producción teórico-política de los falangistas españoles.

mismo tronco impío. Tomemos la crítica de Manuel Sánchez Cuesta, alias Mirabal, en *El Siglo Futuro*. El editorialista halagaba la represión de los camisas negras contra los movimientos obreristas, así como la «invocación a Dios» de Mussolini en el parlamento, pero, afirmaba, «es lamentable no ver al jefe fascista resuelto a destruir los gérmenes vivos del liberalismo que subsisten en Italia. (…) Será inútil todo mientras el sistema liberal rija. Será inútil todo, mientras el Estado no se cimiente sobre las doctrinas de la política católica»[42]. Siguiendo la interpretación de Mirabal, los fenómenos políticos de nuevo cuño, aunque se dijeran anticomunistas y antiliberales, eran hijos de la misma época y sus resultados a la larga serían igualmente perniciosos para con los católicos y la Iglesia. Evidentemente, afirmar que el fascismo mantenía el régimen parlamentario liberal o se asentaba en las mismas concepciones antirreligiosas del socialismo y el liberalismo formaba parte del juego de identidades que tuvo lugar entre partidos llamados a representar el campo anticomunista y antiliberal.

---

42. Sánchez Cuesta, Manuel: «Los fascistas en el poder», en *El Siglo Futuro* (17-XI-1922), p. 1. El periódico integrista se hace eco de las opiniones vertidas en la prensa católica italiana y de las reservas contra el fascismo anteriormente expuestas. En el número del 20-XI-1922, Betibat –pseudónimo que significa «siempre igual», «impertérrito» en euskera– reflexiona sobre «Un artículo de la *Civiltà Cattolica*» correspondiente al pasado 22-X-1922, «Unidad de Italia y la desunión de los italianos», p. 1: «En él se afirma que el fascismo, más que partido, es un fenómeno asaz complejo y mudable, que dista mucho del ideal, que, si al principio pudo ser un movimiento instintivo y natural de reacción contra la violencia, muy pronto apareció él también violento y anticristiano, capitaneado por hombres tenebrosos y pagado por sospechosos embrolladores; que es el paroxismo de la desunión de los italianos (…) y esfuerzo impotente del viejo liberalismo, de masones, agrarios, industriales enriquecidos, periodistas, políticos y otros hombres de este jaez, para oponerse a los efectos de su propia necedad, o sea, a las aplicaciones del socialismo, fomentado y acariciado por los mismos que lo combaten con toda la propaganda laica o irreligiosa del liberalismo que profesan». ¿Es la masonería aliada del fascismo o, en cambio, lo es del catolicismo? La cuestión se plantea en el mismo rotativo en la columna humorística «En serio y de broma», del Bachiller Tijeras: «¡Cualquiera ata el pugilato de las dos masonerías italianas en apoyar resueltamente al fascismo con el hecho hermosísimo de colocar el Crucifijo en las escuelas!» (27-XII-1922), p. 1.

Podemos observar que todo contenido propagandístico en prensa y en cartelería de una agrupación partidista o ideológica particular tendría como objetivo asociar al más inmediato rival con los enemigos declarados, mediante paralelismos forzados o asociaciones basadas en hechos circunstanciales. La falacia de que el fascismo, al ser producto del periodo de decadencia de la democracia y de la lucha de clases, encarnaría los mismos *males* y abocaría a las naciones a similares resultados catastróficos que sus supuestos enemigos bolcheviques y liberales –los integristas católicos siguieron insistiendo durante los años 20 en el contubernio entre el liberalismo, la masonería y el fascismo– es parte de esta competencia de identidades[43]. En los años siguientes, esta distinción identitaria entre las derechas sería inversamente proporcional a la asimilación genérica de toda la reacción *fascista*, del mismo modo que las izquierdas y los partidos obreros, al tiempo que representaban para las derechas un mismo grupo o contubernio de intereses anticatólicos y antinacionales –la anti-España–, se distinguirían mediante las mismas tácticas de confusión, proyectando en sus competidores la sombra del adversario absoluto: para los comunistas los socialfascistas perpetuaban el capitalismo semifeudal; los anarquistas veían a los primeros como los aliados del Estado que combatían; los republicanos de izquierda aludieron a una conspiración anarcofascista durante el primer bienio republicano, etc.

A lo largo de la década de 1920, las tensiones internas y divergencias entre fascistas y derechistas de corrientes también heterogéneas, dieron

43. Hay numerosos artículos de *El Siglo Futuro* incluyendo al fascismo en la misma cosmovisión política de los enemigos del integrismo católico. En un artículo sobre las teorías del sociólogo Wilfredo Pareto –«Liberalismo y fascismo», en *El Siglo Futuro* (12-V-1924), p. 1–, Lázaro expone que la hipocresía de los liberales con respecto a su ideal de soberanía popular y el funcionamiento real de sus regímenes, gobernados por minorías, había sido adoptada sin reservas morales por los fascistas. De este modo, los fascistas conservarían los parlamentos siempre y cuando fueran manejados de acuerdo con sus intereses, asumiendo la farsa de la representación popular: «Pero como el liberalismo en la práctica jamás procedió de acuerdo con sus teorías, de ahí que el fascismo haga suyos sus procedimientos de todos conocidos y que no puede extrañar a nadie que piense el que los imitadores de Mussolini hagan confesiones de liberalismo».

lugar a derivados y sobrenombres como fascismo *católico*, o *frailuno*, y otros epítetos que acentuaban disensiones entre sectores ideológicos radicalmente distanciados –el adjetivo *fascista* era condición necesaria para identificar al máximo enemigo– o entre partidos más cercanos en programas y objetivos políticos que competían por atraerse la simpatía del votante o el simpatizante de derechas –y en este sentido, la utilización del fascismo analógico era para denigrar al rival por ser una mera copia o un intento frustrado de fascismo a la española–. Pero a estas últimas disputas retóricas entre fascistas y no fascistas todavía le quedarían años: primero para dar una respuesta teórica y política al fascismo desde distintas tribunas intelectuales, periodísticas y partidistas –de comunistas y socialistas a católicos o tradicionalistas, pasando por liberales, etc.– y segundo para que el fascismo se asentara como significante central de la lucha política –por delante de *reaccionario* o *derechista*, que pasarían a ser complementos meramente accesorios y enfáticos del epíteto– y su uso se extendiera aún más mediante derivados generalmente despectivos –*faccioso*–. Con respecto a la década inmediatamente posterior, las similitudes y el empeño por asimilarse al fascismo de los partidarios de la dictadura cuando apenas se proclamó no tendría parangón hasta la primavera de 1936, durante los prolegómenos de la gran lucha entre fascistas y antifascistas que sería la guerra civil. Para que se diera esto, fue fundamental el desarrollo del fascismo italiano –aún por definir–, de otras versiones internacionales y de la propia dictadura de Primo, cuya acción modularía las posiciones de sus iniciales simpatizantes, acérrimos partidarios y compañeros de viaje. Cabe decir que la llegada de Mussolini al poder sería facilitada por los giolittianos liberales, que, hasta el asesinato de Matteotti, formaron un parlamento de diputados de partidos divergentes y que, dentro del *establishment* conservador internacional, habría famosas manifestaciones de reconocimiento del régimen de Mussolini y de otras tantas dictaduras anticomunistas que habían servido de dique al leninismo posterior a la Primera Guerra Mundial –véase la de Churchill–. En Italia, el desarrollo interno del mismo régimen totalitario estuvo marcado por las disputas entre los moderados y aquellos más radicalizados cuyo objetivo era la fascistización total del Estado, incluso cuando esa demanda suponía cuestionar el liderazgo del Duce [Canali, 2009]. Los

más radicalizados siempre pusieron en duda la identidad fascista de los primeros a lo largo de toda la dictadura. Su discurso totalitario se caracterizaría por un vocabulario plagado de derivados léxicos del fascismo –«fascistizar» o «fascistizado»– que se aplicaron con fines maximalistas. Sin embargo, Mussolini dio a los mismos un significado confuso, cuando no contradictorio [Celli, 2013]. De este modo, «fascistizar» definiría toda acción que tomara el Duce y el Gran Consejo Fascista. Un sentido vago del que se valieron los contrafascistas para verbalizar las actitudes o medidas de sus antagonistas, fueran o no prosélitos del fascio.

En torno al fascismo

En su ensayo *En torno al fascismo italiano: Meditaciones y comentarios sobre problemas de política contemporánea*, Cambó sostenía que el fascismo previo a 1921 tuvo un discurso propiamente republicano y posteriormente se tornó el máximo garante de la monarquía y del orden en Italia. El propio partido y Mussolini abandonaron sus posiciones iniciales, arrastrados por una demanda popular de restablecimiento del orden, el prestigio del Estado y nacionalismo y, sobre todo, de combate violento al bolchevismo. Ello hizo que se alistaran grandes de masas de simpatizantes, haciendo que «el fascismo socialista, republicano, revolucionario, que había creado Mussolini en 1919, y que hasta entonces había vegetado en la impotencia», quedara «anegado por la incorporación en masa de elementos más numerosos y selectos, que del fascismo mussoliniano no siente más que la audacia de su acción» [1921: 103-104]. De ahí la contradicción que establece entre los nuevos militantes y los antiguos, y la paulatina pérdida de hegemonía de los primeros a medida que se ensanchaba la base. Al tiempo que el fascismo se propagaba y sus filas se engrosaban, el viejo partido fascista moría. El fascismo original se había transformado, pasando de un reducido partido de ardorosos militantes republicanos a un movimiento nacionalista de amplia aceptación social. En opinión de Cambó, el significado último del partido de Mussolini, ya asentado en el poder,

era *engrandecer* Italia trascendiendo cualquier proyecto político republicano, socialista o monárquico.

El debate sobre el sentido del fascismo lo continuaría Ortega con «Sobre el fascismo: *Sine ira et studio*», publicado en *El Sol* [1925][44]. Este ensayo se escribió a raíz de la última crónica del corresponsal de *El Sol* en Italia durante el mes de enero de 1925, tras el asesinato del diputado socialista Giacomo Matteotti, la salida del parlamento de la minoría socialista, la primera gran crisis del fascismo italiano y la consolidación final de Mussolini en el poder. En «La rebelión de las camisas», dice el periodista de *El Sol*: «Resulta que el fascismo es tan

44. Cambó, Francisco (1925): *En torno al fascismo italiano: Meditaciones y comentarios sobre problemas de política contemporánea*, Barcelona: Editorial Catalana. Según Cambó, el fascismo previo a 1921 había tenido un discurso propiamente republicano y posteriormente se había vuelto en el máximo garante de la monarquía y del orden en Italia. El propio partido y Mussolini eran arrastrados por una demanda popular de restablecimiento del orden, prestigio del Estado y nacionalismo. Hay dos capítulos muy interesantes en el estudio de Cambó que versan sobre la doctrina del fascismo y su evolución [101-120]. Cambó sostiene que la ola de violencia contra los socialistas y los comunistas populariza el fascismo. La simpatía conlleva el alistamiento de grandes de masas de simpatizantes que «al ingresar en ellas no aportan solo el concurso de su valor personal: aportan sus pensamientos, sus sentimientos. Y el fascismo socialista, republicano, revolucionario, que había creado Mussolini en 1919, y que hasta entonces había vegetado en la impotencia, queda anegado por la incorporación en masa de elementos más numerosos y selectos, que del fascismo mussoliniano no siente más que la audacia de su acción» [103-104]. Cambó relata la contradicción entre los nuevos militantes y los antiguos y la paulatina hegemonía de los primeros. Al tiempo que el fascismo se propagaba y sus filas se engrosaban, el viejo partido fascista moría. Es llamativo que, precisamente, el fascismo fuera la garantía de la permanencia de la corona italiana y que, en España, los somatenistas hicieran un partido a imagen y semejanza (tracismo), tan solo dos años después, sustentando un nacionalismo anticomunista eminentemente monárquico. La visita de Alfonso XIII a Italia y el desfile de Barcelona supuso la renovación de la monarquía. Cambó reporta la maniobra de Mussolini: Italia por encima de cualesquiera repúblicas o monarquías. Pero esto confirma la transformación del reducido partido originario en un movimiento nacionalista de amplia aceptación social. Por otra parte, nos informa de algunos de los primeros giros retóricos que caracterizarán a una ideología que, según Ortega, predicaría una cosa y su contraria.

desconocido como la camisa». «Daría unos dos mil pitillos, las doce botellas, el maletín de gran lujo y hasta la pelliza de conejo para señora por tener una definición de fascismo, aunque no fuese breve ni bella, con tal de que fuera precisa. Y esto es porque el sentido laxo del fascismo, escurridizo y misterioso, no lo pueden descifrar ni sus adictos ni sus más agudos detractores: "Es un hecho relativo", me ha insinuado Pirandello; "Es un estado de espíritu", me ha afirmado Mussolini; "Es la moral de la juventud", me han dicho los estudiantes de Pisa; "Es una partida de bandoleros", me han asegurado en el Aventino –los opuestos al dictador que abandonaron la asamblea–; "Es un día de fiesta más", me ha asegurado una camarera que asiste a las reuniones del fascio feminista»[45]. Tenemos entonces un corolario de definiciones vagas: la antropológica, de Pirandello –es un estadio más del desarrollo humano–; la psicológica, de Mussolini –una actitud vital–; la moral, de los estudiantes; la que lo define por su componente violento y arbitrario, de la oposición, y la de la camarera, o un día más en el calendario festivo. Corpus Barga concluye la columna apuntando a una serie de causas y hechos propios del fascismo: 1) este es un movimiento propio de sociedades con una débil democracia; 2) es la demostración, según el periodista, de la que la revolución violenta conlleva a sus autores problemas ulteriores como la petición de responsabilidades y el juicio de sus crímenes –recordemos que estamos en pleno asunto Matteotti–; 3) solo se define negativamente, contra sus adversarios; 4) la definición del fascismo está por realizarse; 5) Es un movimiento de rebelión nacionalista similar a otros como el turco y, en España, el catalanismo. De

45. Corpus Barga: «La rebelión de los camisas negras», en *El Sol* (11-II-1925), p. 1. Este artículo pertenece a una serie especial dedicada a una de las primeras grandes crisis del fascismo italiano. El periodista de *El Sol* viajó a Roma a principios de 1925 para presenciar la situación política tras el asesinato del diputado socialista Mateotti y dar constancia de los principales hechos que sucedieron a este crimen de repercusiones internacionales: la secesión del Aventino, la petición de responsabilidades de la prensa de la oposición, las acusaciones al gobierno de Mussolini, los asaltos a las redacciones de los periódicos antifascistas por los camisas negras y las manifestaciones de los *arditi del popolo* en la calles, con la vandalización de las estatuas del Duce.

los cinco puntos que hemos resumido brevemente, el tercero y el cuarto anticipan la reflexión que haría Ortega *en torno* al fascismo y que podemos resumir del siguiente modo: a) solo significa en cuanto opuesto a un antagonista liberal, comunista y/o socialista; b) es un movimiento vacío teóricamente y, por lo tanto, es imposible de definir debido a esta laxitud doctrinal y retórica; c) el tiempo determinará su significado. La pregunta, planteada en los albores de la dictadura fascista y del denominado fascismo internacional, tiene vigencia un siglo después.

En «Sobre el fascismo: *Sine ira et studio*», Ortega planteaba que si el objeto de estudio era comprender el entorno, marcar las lindes ideológicas y políticas del fascismo, la tarea no era tanto definir los componentes ideológicos y programáticos internos del camaleónico movimiento de Mussolini, sino, más bien, observar su exterior, es decir, aquellos elementos no asimilables por el mismo. Averiguar no tanto qué era el fascismo, sino a qué se oponía. Ortega ya había manifestado sus opiniones sobre la nueva política de masas en la línea de pensamiento de *España invertebrada*: se trataba de una ideología por y para la masa propia de sociedades donde la mediocridad es la norma; anarquía o, más bien, simulación de anarquía y rebeldía en instituciones liberales ya establecidas como el parlamento; y producto de una raza y un entorno en los cuales las dos características mencionadas –mediocridad e indisciplina– se han desenvuelto sin freno a lo largo de siglos: la raza meridional y los países del sur de Europa. Pero más allá de estas consideraciones problemáticas y un tanto desfasadas, lo que nos parece más interesante del ensayo de Ortega en torno al fascismo italiano reside en una de las primeras líneas del texto:

> El fascismo tiene un cariz enigmático, porque aparecen en él los contenidos más opuestos. Afirma el autoritarismo, y a la vez organiza la rebelión. Combate la democracia contemporánea y, por otra parte, no cree en la restauración de nada pretérito. Parece proponerse la forja de un Estado fuerte y emplea los medios más disolventes, como si fuera una facción destructora o una sociedad secreta. Por cualquier parte que tomemos el fascismo hallamos que es una cosa y a la vez la contraria, es A y no A [Ortega, 1925: 498].

El fascismo es A y no A: tiene un sentido contradictorio y una doctrina difusa y miscelánea capaz de abrazar conceptos opuestos. Precisamente por ello, va a ser a su vez un significante usado por las izquierdas contra las derechas apelando a sus componentes imperialistas, capitalistas, elitistas, etc. Esta característica de confusión ideológica la difundió el mismo Mussolini, que abrazó esta flexibilidad como una virtud:

> No creemos en los programas dogmáticos, en esa especie de marcos rígidos que habrían de encuadrar y sacrificar la mudable, cambiante y compleja realidad. Nos permitimos el lujo de asumir y conciliar y superar aquellas antítesis en la que los demás se embrutecen fosilizándose en un monosílabo afirmativo o negativo. Nos permitimos el lujo de ser aristocráticos y democráticos; conservadores y progresistas; reaccionarios y revolucionarios; legalistas y antilegalistas, según las circunstancias de tiempo, de lugar, de ambiente, en una palabra, de Historia, en las cuales estamos obligados a vivir y obrar [op. cit. Grande Sánchez, 2022: 63].

En consecuencia, para Ortega, su naturaleza compleja, como la de todo fenómeno político no se comprende mediante el análisis interno de sus componentes, sino, «como la palabra suelta», solo adquiere «una significación completa cuando se reúne a las palabras de otros grupos y se integra la frase histórica». Esto nos llevaría a la conclusión de que «parejamente, el fascismo, lo que dicen y hacen los fascistas, lo que ellos creen ser, no constituye su verdadera realidad. En cada fenómeno colaboran todos los demás. Por esta razón es ilusorio buscar en él un solo sentido» [498]. Del mismo modo, la definición de las figuras geométricas no depende tanto del dintorno, aquello que percibimos «como forma cerrada en sí misma», sino del contorno, en tanto que observamos «un hueco limitado por el espacio infinito en derredor» [499]. El contorno de un movimiento político es la línea que lo separa de su oposición; la acción negativa de su adversario lo define (refiere a liberales y conservadores). Con ello, hay que sopesar que, aun opuestos, «todos los fenómenos de una época son hermanos uterinos, aunque sean hermanos enemigos. Y es preciso explorar hasta que hallemos su común cuenca maternal» [Ortega, 1925: 500].

Siguiendo al autor de *La rebelión de las masas*, la originalidad del fascismo reside en su particular uso de la violencia desde el poder. Los comunistas también hicieron de la violencia su *modus operandi*, pero, a diferencia de los primeros, con el propósito de establecer un derecho, una nueva legitimidad una vez establecidos en el poder. En cambio, el fascismo «no pretende instaurar un nuevo derecho» [502], sino que esta forma de ejercer el poder deviene del descrédito en la legalidad que destruyó la confianza en la anterior democracia liberal: «La fuerza de las camisas fascistas consiste más bien en el escepticismo de liberales y demócratas, en su falta de fe en el antiguo ideal» [503][46]. Es decir, no es más que una manifestación de la falta de fe en la vieja política demoliberal: «Hoy todo el mundo presiente que las "formas establecidas" de democracia y liberalismo han degenerado hasta convertirse en meros vocablos. El fascismo ha tenido la resolución de declarar ese secreto y comportarse en consecuencia» [Ortega, 1925: 504]. El fascismo no ha triunfado por combatir las ideas del liberalismo con otras nuevas, sino por vaciarlas de todo contenido ideal y sugestivo.

El fascismo se define por su contorno, y no por su dintorno; es su enemigo el que lo determina, y el hecho de definirlo positivamente e identificarlo puede sobreestimar algunos componentes de su discurso sobre otros. Su potencial se encuentra en su multiplicidad discursiva, que es al tiempo la razón de su debilidad como fenómeno positivo. Se trata de un conjunto heterogéneo de ideas que convocan a su vez a grupos políticos y clases sociales de diferentes intereses. A su vez, muestra la desacreditación y desgaste del vocabulario político. Términos como «izquierda» o «derecha», «revolución» o «reacción», adquieren un sentido laxo siempre al albur de la lucha partidista. De ahí que para acercarse al fascismo sea necesario analizar los discursos en torno al mismo. El ensayo de Ortega nos plantea otros interrogantes sobre el

46. A la paradoja de que el fascismo ejerza como una ilegitimidad legítima se refería Sauer en la revista carlista *La Hormiga de Oro* apenas se instauró en el poder. Véase «El final de una paradoja» (4-XI-1922), p. 2: «El fascismo es un factor de orden mediante el desorden. Es un auxiliar del Estado que el Estado ha de meter en vereda. Es un auxiliar de la Guardia Regia y la Guardia Regia siempre lo acompaña para reprimir, si puede, sus extralimitaciones».

fascismo, es decir, a su opuesto antifascista. Comprendemos que, al ser una ideología cuya pretensión era abarcar y armonizar ideas heterogéneas y contradictorias, la confusión doctrinal no solo afectó a sus adictos, sino a la imagen e interpretación de la misma tomada por sus compañeros de viaje, por sus adversarios puntuales y, sobre todo, por sus enemigos declarados. Tanto en la defensa del fascismo por sus aliados como en la crítica por sus detractores, observamos argumentos dispares entre sí y contradictorios en los que se entremezclan sustantivos y adjetivos también escurridizos. Como vimos en el caso de la prensa católica integrista, el fascismo fue al mismo tiempo repudiado, tolerado y rechazado como experimento político moderno en línea con el comunismo, el socialismo y el liberalismo revolucionario y laico; por reestablecer un neofeudalismo antirrevolucionario y fanático; por atacar las bases de la civilización y los avances de la democracia parlamentaria; por ser un síntoma de esa misma civilización decadente; por reforzar los pilares del sistema capitalista en su fase imperialista y perpetuar a la burguesía en el poder; por ser una amenaza contra la libertad individual, la democracia y el comercio de esa misma burguesía; por subvertir el orden; por perpetuarlo, etc.[47]. Estas significaciones variadas y contradictorias del fascismo informan sobre la identidad contingente y mutable de sus enemigos. Las visiones divergentes del objeto de odio fundaron otras tantas tendencias contrafascistas hostiles entre sí. Estas llevaron incluso a la asignación mutua de cualidades y propósitos del antagonista absoluto, haciéndose aún más prolífico y maleable el

47. Para los anarquistas, comunismo, socialismo y fascismo compartían una misma misión: perpetuar el Estado, sus órganos represivos y burocráticos, y anular al individuo. Véase el artículo de Joan Montseny i Carrer –alias Federico Urales–, padre de Federica Montseny, para *La Revista Blanca*, «El Estado es el obstáculo» (1-X-1925), p. 9: «Y mientras exista el Estado, el individuo, o sea el pensamiento, tendrá siempre en frente el interés que el Estado representa. Buena prueba de ello nos dan las organizaciones nuevas del Estado: el fascismo y el comunismo de Rusia, que realmente no es más que un partido que se ha apoderado del Poder y que organiza sus fuerzas para que el Poder esté en sus manos el mayor número de años posible. El comunismo es el programa de aquel partido, programa que se realizará o no, como todos los programas políticos.

adjetivo «fascista». Así, siguiendo los dictados del VI Congreso de la Internacional Comunista, la socialdemocracia sería socialfascismo por su defensa del orden imperialista internacional y del sistema vigente; o el leninismo, según Kautsky, otro experimento caracterizado por un mismo sentido del poder dictatorial y del uso político de la violencia[48].

Estas definiciones dependieron del discurso político y de los diferentes sentidos de significantes en disputa muy maleables y que veremos afirmados y cuestionados, asumidos y repudiados por los mismos agentes en el inestable periodo de entreguerras ¿Qué se entendía por términos tales como democracia, dictadura, libertad u orden? ¿Qué lugar tuvieron en las cosmovisiones partidarias o ideológicas de cada organización? ¿Qué relación tuvieron con respecto al fascismo y al antifascismo? A lo largo de su desarrollo entre 1922 y 1945, presenciaremos un juego dialéctico que hará revisar y alterar la significación del fascismo y su relación con estas palabras en disputa. Es decir, si, por ejemplo, la simpatía por el fascismo de un determinado actor se basó en la defensa de unos presupuestos X, la redefinición posterior del mismo actor en otra coyuntura no implicó la negación sistemática del contenido X, sino que consistió en una revisión del fascismo para llevarlo a lo opuesto a X. Véase el caso de los tradicionalistas. Si en un principio se opusieron al fascismo por ser hijo de los *males* derivados de los

48. Esta identidad podemos comprenderla dentro del análisis relacional de Laclau, que entiende las identidades como operaciones contingentes sin una esencialidad objetiva más allá de la definición con respecto a otra identidad antagónica en un contexto determinado [Laclau, 1990: 34-39]. El *fascismo* sería un significante flotante articulado en diferentes proyectos políticos que intentarían hegemonizar unas relaciones de equivalencia determinadas con otros significantes. El filósofo argentino provee un caso acorde con nuestro estudio: «Por ejemplo, un significante como *democracia* es esencialmente ambiguo en razón de la amplitud de su circulación política: adquiere uno de sus posibles sentidos en la medida en que va articulado equivalencialmente a *antifascismo*, y otro totalmente distinto si la equivalencia se establece con *anticomunismo*. Hegemonizar un contenido equivaldría, por consiguiente, a fijar su significación en torno a un punto nodal. (…) El campo de lo social podría ser visto así como una guerra de trincheras en la que diferentes proyectos políticos intentan articular en torno de sí mismos un mayor número de significantes sociales» [Laclau, 1990: 45].

regímenes liberales del siglo xix, lo abrazaron en 1936 al considerarlo un aliado contra el comunismo y la masonería. Pemartín afirmó que el tradicionalismo español era un fascismo aún más perfeccionado que el original, ya que se asentaba en una tradición política totalitaria con siglos de existencia [Saz Campos, 2003: 168]. Durante el primer lustro de los años 40 se pasará de la sintonía entre el Movimiento Nacional y los regímenes nazi y fascista por la defensa de la civilización cristiana contra el ateísmo judeomarxista, al rechazo del neopaganismo anticristiano del Eje frente al sentido católico del régimen español. De las significaciones dadas al fascismo y de su aplicación en diferentes contextos hablaremos en los capítulos posteriores.

La banalización del fascista y el humor nuevo

La película de Leni Reifenstahl *El triunfo de la voluntad* representa el tipo de propaganda más identificada con el fascismo en la imaginería popular contemporánea: Hitler subido a un descapotable haciendo el saludo romano a las masas agolpadas en las calles de Nuremberg, militantes de las juventudes hitlerianas desfilando frente al dictador o Rudolph Hess exclamando su adhesión inquebrantable al partido y al líder, son ejemplos de ello. Sin embargo, sostiene el historiador británico Geoff Eley [2020] que, a medida que se asentaron los regímenes fascistas, fueron más frecuentes las propagandas sobre la vida cotidiana y privada de los ciudadanos –el hogar, las familias, los lugares de vacaciones, etc.– con el propósito de proyectar una imagen de normalidad y consentimiento popular. En el caso de España, las imágenes del noticiario documental NODO sobre el mundo laboral, el consumo, los espectáculos musicales o deportivos y cualquier actividad pública o privada de carácter lúdico, por banal que esta fuera, también se reprodujeron con mayor asiduidad que los desfiles y las celebraciones más significadas políticamente o, por decirlo de manera más precisa, más identificadas con la simbología nacionalcatólica de las cuatro décadas de régimen de Franco. En lo que respecta al estudio del fascismo analógico en nuestro país, también es necesario acercarse a la prensa ajena a las grandes manifestaciones políticas y disertaciones teóricas, en la cual

la trivialidad, lo intrascendente y lo banal eran la norma establecida. El fascismo y lo fascista no solo estuvieron presentes en la dialéctica animosa de las tribunas de sus simpatizantes o de sus detractores, sino que también fueron objeto de uso de observadores ajenos al fenómeno político, o, mejor dicho, partidista. Los creadores de imágenes y conceptos más o menos banales contribuyeron a la popularización e inmersión del fascismo en la cotidianidad de los españoles a través de viñetas, chistes e historias cortas en las que la nueva ideología se insertaba en un contexto completamente ajeno al de la prensa, la cartelería y otras impresiones gráficas adictas a una u otra tendencia. En revistas humorísticas como *Muchas Gracias. Buen Humor* o, la más reseñable en este campo, *Gutiérrez*, las revoluciones de cualquier signo político, los grandilocuentes editoriales sobre la actualidad mundial y las teorizaciones sobre el devenir de occidente, la democracia y la sociedad de masas no tenían mayor jerarquía que los anuncios de las modernas *commodities*, la moda chic, el cine y el charlestón estadounidenses o el automóvil de carreras. Estas publicaciones son exponentes de un humor nuevo, absurdo y deshumanizado que tiene por destino la burla ilimitada de cualquier sujeto u objeto representable, entre ellos el fascismo[49].

En una escena cómica de Ernesto Polo titulada «Los borrachos incoherentes» publicada en la revista *Buen Humor*, dos «curdas consuetudinarios» discuten acerca del modelo ideal de taberna –«¡Sí, señor… aquí debía pasar lo que pasa en Francia, que la taberna es un centro cultural!… ¡Y España no será un buen pueblo mientras en las tascas no se pueda vestir con sombrero de copa!»–. Los personajes acaban enzarzándose en una absurda discusión que termina con cruce de insultos entre los cuales se encuentra el descalificativo en boga: «¡¡¡Fascista!!!¡¡¡Tramposo!!!¡¡¡Payaso!!!»[50]. Se puede hacer la idea el lector de la longevidad de un insulto con un siglo de circulación desde las esferas de la alta política hasta las situaciones cotidianas más banales. Un relato publicado en la misma revista por un joven Enrique

49. Véase González-Grano, Emilio: *La otra Generación del 27: El Humor Nuevo español y La Codorniz primera*, Madrid: Polifemo, 2004.
50. Polo, Ernesto: «Los borrachos incoherentes» (19-XII-1922), pp. 3-4.

Jardiel Poncela cuenta la «Historia en seis cartas» de «una muchacha angelical». Un tal Baldomero Ansúrez le envía una carta a Francisco Montánchez –alias Paquete– en la cual le relata sus aventuras en la capital inglesa, donde ha conocido a una mujer maravillosa. Así expresa su gozo: «Comprenderás que el júbilo me rebosa por el borsalino» –y añade– «y que en esta situación hace chistes hasta un fascista, que, por ahora, es lo más serio que pulula por la sandía terráquea». En otra historia publicada en *Gutiérrez*, «El aguinaldo acusador», el personaje del que se hace burla es Don Ataúlfo, un moralista «más serio que un inspector de tranvía, más moral que una comedia de Fernández del Villar y más pudibundo que el arte fascista»[51]. Se comprende que el tono distendido y la actitud habitualmente burlesca de los autores de estas publicaciones no casaba bien con el sentido ascético y belicoso del nuevo movimiento político[52]. El humor sería lo más lejano de la severidad del fascismo y sus compañeros de viaje en España, que, como hemos visto anteriormente, ya se habían detectado en las filas del africanismo, del catolicismo político y, en suma, de la reacción que representaban las boinas carlistas y las pistolas de los somatenistas.

En la sección «En confianza» del semanario erótico *Muchas Gracias* –en el cual colaboraron, entre otros, Miguel Mihura y Rafael Penagos– eran habituales las columnas con breve información sobre los acontecimientos nacionales e internacionales más destacados. En ellas se comentaban con agudo sarcasmo opiniones y afirmaciones vertidas por representantes políticos y editoriales de los periódicos. Dadas las simpatías liberales y el carácter transgresor de sus contenidos escritos y visuales, los mayores ataques iban dirigidos habitualmente a los

51. Anónimo: «El aguinaldo acusador», en *Gutiérrez* (24-XII-1927), pp. 14.

52. La relación entre el humor y la política va más allá de las tiras cómicas de los periódicos y de las revistas específicas, incluso aquellas de humor político que abundaron en la República y la Guerra Civil, y se encuentra en los juegos de palabras, las ironías y los sarcasmos en las soflamas de los articulistas, teóricos y políticos del momento; también en las constantes interrupciones y exabruptos de los diputados en las Cortes republicanas. Recordemos la respuesta de un diputado en la sesión de junio de 1936 ante el testimonio de Calvo Sotelo declarando ser fascista: «¡Vaya una novedad!».

conservadores y a la prensa católica, con especial atención a las opiniones de *El Debate*. El número del 4 de julio de 1925 trataba sobre el propósito de Mussolini de introducir el fascismo en todos los ámbitos de la vida pública y personal. En tono humorístico se exagera el sentido totalizador del fascismo –«*fascistizzare* toda la nación, hasta sus menores rincones, recovecos y meandros»– y su pretensión de aunar, absorber y significar cualesquiera tendencias políticas, por extrañas que estas fueran entre sí. Solo se incluye una excepción a juicio del observador: «En el fascio entran el sindicalismo, el socialismo, el catolicismo, el judaísmo, el satanismo… Todo, menos el liberalismo. Pues, ¡no entendemos la contradicción manifiesta!»[53].

Una década después, buena parte de los autores de este humor escorado hacia a la izquierda formarían parte del aparato de propaganda del bando sublevado. Estos son los integrantes de la denominada otra generación del 27: Enrique Jardiel Poncela, Miguel Mihura, Edgar Neville o José López Rubio, entre otros. Más allá de este apunte biográfico, es importante señalar el papel que tuvieron estos escritores en las revistas humorísticas de los alzados durante la Guerra Civil –como *La Ametralladora*– en pos de representar un fascista apelado como tal por sus oponentes, cuya única falta era vestir de una determinada forma o verter opiniones no acordes con el dogmatismo ideológico de la retaguardia republicana. Podría decirse que fue un simple intercambio del objeto de la mofa: de burlarse del moralismo derechista y de sus manifiestas contradicciones espirituales y vitales, a hacerlo de la ortodoxia de los comunistas y de las débiles y malparadas figuras del republicanismo español. Precisamente, el primero de los nombres de esta ilustre lista sería el artífice de una breve comedia –«El arrojo de Tom Walter»– cuya acción se sitúa en el «oeste americano». Esta incluye todos los ingredientes de las ya en boga películas del género –un terrateniente de Texas, bandoleros, *sheriffs*, etc.–, concluye con un diálogo entre el autor y el lector, que pregunta al primero el porqué de la mofa al país norteamericano. Observemos este breve intercambio de pareceres que muestra cómo el adjetivo *fascista*, a fuerza de reproducirse en este y

53. *Muchas Gracias* (4-VII-1925), p. 3.

otros muchos ejemplos, ya es moneda común en la conversación más informal y desenfadada:

> El lector. ¿Dice usted que ese drama ocurre en América?
> Yo. Sí, señor.
> El lector. ¡Hombre! ¿Y por qué no le toma usted el pelo a un pariente de Mussolini?
> Yo. Porque soy fascista[54].

Dos años más tarde, en una ilustración/viñeta de Siaro aparece una mujer de pelo corto, a la moda de los años veinte, que, delante del calendario que marca la fecha de 1929, dice su propósito de año nuevo: «Yo cambio de camisa como de ideas. Así que este año por seguir la moda me he hecho fascista»[55]. En la misma línea que el anterior ejemplo, da la impresión de que se rebaja la animosidad transmitida por el epíteto. La política de grandes compromisos militantes se reduce a una moda de cambio de etiquetas y eslóganes. El chiste viene al caso porque se trata de un periodo de grandes convulsiones políticas internas –a punto está de caer la dictadura de Primo de Rivera– y de fuertes conversiones ideológicas; sobre todo en el ámbito de las artes y las letras.

Como ejemplo del personaje arquetípico de la literatura que comenzaría a escribirse a partir de estos años de politización de las letras españolas, tenemos al protagonista del relato «La tragedia de un hombre que no hizo nada en su vida», de Ernesto Polo. Prototipo del neurasténico, del hombre anónimo de clase media ahormado por la sociedad de masas –«un hombre estático, inerte, vallisoletano»–; de aficiones poco estimulantes en la sociedad del cine, de los espectáculos de variedades y del deporte moderno –«pescador de caña» y «jugador de ajedrez»–; y de simpatías políticas no precisamente a la moda en los años de las grandes revoluciones, convulsiones y luchas entre comunistas y fascistas –«correligionario de Lerroux»[56]–, Bonifacio busca una meta, un fin por

54. Jardiel Poncela, Enrique: «El arrojo de Tom Walter», *Buen humor* (5-XII-1926), pp. 6-7.
55. Siaro: «Camisas negras», *Muchas Gracias* (15-XII-1928), p. 34.
56. Estamos en un momento de transición política de Lerroux. El político pasaría de ser el emperador del Paralelo, el de la insubordinación y la agitación republicanas

el cual dar sentido a su triste y monótona existencia. El matrimonio tampoco ayuda a vencer el desánimo vital de nuestro protagonista que decide hacerse fascista:

> Bonifacio buscó consuelo en la política y se hizo fascista, empezando a escribir cariñosas cartas a Mussolini, en las cuales, para halagarle, se firmaba Boni-fascio. Pero como seguía siendo tan vago como antes de la boda, acabó cansándose de escribir y quedó mal con los fascistas, que me han dicho que no le perdonarán nunca la incorrección.

Este relato se asemeja al de las novelas en línea con el nuevo romanticismo de José Díaz Fernández: *El sello de la muerte* –Ledesma Ramos, 1924–, *La Venus mecánica* –José Díaz Fernández (1929)– *El hombre de los medios abrazos* –Samuel Ros (1932)– o *Hermes en la vía pública* –Antonio Obregón (1934)–, entre otros ejemplos. Sus protagonistas, desnortados, abrumados por las exigencias sociales y anestesiados en la monotonía de la urbe, deciden dar un giro radical a sus vidas para pasar a la acción revolucionaria. «La tragedia del hombre que no hizo nada en su vida» cumple con estos requisitos de partida, pero el tedio y la pereza del personaje son tan exagerados que es imposible revertir su penosa situación. Era tal su mediocridad e ineptitud para el oficio de *somatenista* que no sería siquiera capaz de asesinar a su suegra:

> Examinando ayer una pistola Star, el conocido somatenista Bonifacio Calvo tuvo la desgracia de que se le disparase en el momento en que se encontraba frente a él su señora madre política; y antes de que pudiese modificar la dirección del arma, fue la bala a incrustarse en la pared inmediata sin la que la dama sufriese el menor daño. El señor Calvo está recibiendo, con este triste motivo, innumerables testimonios de sentimiento y condolencia, a los que unimos los nuestros y más sinceros… ¡Otra vez será![57].

---

durante las dos primeras décadas del siglo xx, a la oposición contra el socialismo y las izquierdas en la Segunda República. Véase Álvarez Junco, José [1990]: *El Emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*, Madrid, RBA, 2012.

57. Polo, Ernesto: «La tragedia de un hombre que no hizo nada en su vida», *Buen Humor* (8-IV-1928), p. 4.

Aquí se encuentra la diferencia fundamental entre la literatura cómica presente en revistas como *Muchas Gracias*, *Buen Humor* y *Gutiérrez*, inspiradas en el ramonismo, de la literatura *engagée* que comenzaría a cultivarse a finales de la década. En contraste con el sentido moralizante de la segunda, las primeras simplemente se recreaban con las cualidades negativas del personaje hasta llevarlas al terreno de lo absurdo y lo metaliterario, tal y como se observa en el receso del relato: «Descansemos un momento, ya que Calvo descansaba tantos, y prosigamos la narración de la tragedia». En estos ejemplos de los años veinte vemos una caricatura del fascista sobre los aspectos más reconocibles: la vestimenta paramilitar, el tipo de moralidad estricta y el comportamiento incívico y violento, entre otros. Pese a la distancia cronológica, se trata de una caracterización muy similar a la que se hará de los nostálgicos del franquismo y de los militantes de la Fuerza Nueva de Blas Piñar durante la Transición a través de revistas de humor como *Hermano Lobo* o, posteriormente, *El Jueves*. En el siguiente capítulo, observaremos de qué manera el fascismo, como movimiento político hijo del militarismo y la vida marcial ajena a los placeres y a las banalidades de la sociedad de masas, tendría su contrapartida en Giménez Caballero. En el caso del vanguardista madrileño, la irreverencia y el sentido del humor ramoniano caracterizarían unos escritos políticos heterodoxos, repletos de exageraciones y asociaciones absurdas entre la alta y la baja cultura[58].

58. En cuanto a la denominada vía estética del fascismo en España están aún por tratar, más allá de las conexiones entre literatura y política, la vanguardia y las letras politizadas. Como veremos a través de *La Gaceta Literaria*, el escritor madrileño parte de la cosmovisión ramoniana de la celebración de lo espontáneo, lo burlesco y lo antimonumental. Con esto, trata de revertir la idea sobre el fascismo como epítome de la seriedad, la estricta moralidad y, en suma, el conservadurismo de las derechas y de la dictadura de Primo.

II. La verbena fascista: Giménez Caballero y *La Gaceta Literaria*

Se considera a Ernesto Giménez Caballero uno de los iniciadores del fascismo en España antes de que se formalizaran organizaciones inspiradas en esta ideología como las JONS de Ramiro Ledesma o la Falange de José Antonio Primo Rivera. El interés por esta figura viene, más que por ser el fermento, el origen, el poeta del fascismo en España –mérito que el propio escritor siempre se atribuyó–, por su particular manera de entender la ideología totalitaria y su aplicabilidad en el país. Giménez fue uno de tantos en los años veinte que tomaron como ejemplo la Italia de Mussolini y alzaron la bandera de un fascismo español. Su originalidad residió en su concepción de la ideología y su adaptación a la realidad política y cultural españolas. Una obra de proselitismo que no presentaba ninguna similitud con la de los antibolcheviques defensores de la civilización que aparecían en la prensa derechista, pero que tampoco, o no solo, se comprendía como una expresión de espíritu juvenil y revolucionario de la España prerrepublicana. En sus escritos, el vocablo *fascismo* adquirió un significado extremadamente confuso, difícil de asociar al fascismo tanto en la actualidad como en su mismo contexto histórico. Cualesquiera ideas, materias, disciplinas o autores de la sociedad y cultura españolas de su tiempo y del pasado estuvieron sometidos a sus estrambóticas declaraciones políticas. Para Giménez, todo fenómeno actual era susceptible de ser «fascista». Por ello, el autor madrileño contribuyó en gran medida al sentido laxo que adquirió el

término a lo largo de los años. Sin embargo, su propaganda no atrajo ni las simpatías de los revolucionarios ni las de los conservadores. De ello se infiere su incompatibilidad no ya con los antifascistas, sino con los que luego engrosaron las filas del falangismo [Foard, 1975: 6]. Un fascismo a la medida de un escritor extremadamente ecléctico.

Se ha dicho de él que fue un autor «camaleónico», «cuya capacidad de acumular contradicciones en una sola página permanece imbatida en lo que va de siglo» [Baker, 1975: 10], o que escribió sinsentidos que difícilmente pueden ser tomados en serio [Foard, 1975: 2]. Según Enrique Selva, «uno de los más dotados de talento, pero con toda seguridad el peor administrador de su fama» [2005: 69], su posterior militancia fascista eclipsó el reconocimiento literario que recibió durante su etapa vanguardista en la década de 1920. En 1928, *Gecé* –su pseudónimo de vanguardia– publicó *Yo, inspector de alcantarillas*, obra que, según Nigel Dennis [2002], fue uno de los primeros escritos surrealistas en prosa publicados en español junto a otros no menos reseñables como *Carteles*, *Los toros, las castañuelas y la Virgen* (ambas de 1927), *Hércules jugando a los dados* (1928) o *Julepe de menta* (1929). Pese a su renuncia posterior al vanguardismo, la ensayística política de Gecé le debe mucho al barroquismo, la irreverencia, las asociaciones disparatadas y la atracción por la inmundicia de su narrativa *superrealista* de finales de 1920 [Labanyi, 1996]. Asimismo, toda su obra literaria y ensayística comparte un histrionismo exacerbado que le da la capacidad de estar en todas las modas y no permanecer en ninguna demasiado tiempo [Dennis, 2002].

Gecé se valió de *La Gaceta Literaria* para promover el fascismo italiano y crear las bases culturales e ideológicas de otro nacional. Durante la primera etapa de la revista –establecida entre la fecha de su primera publicación, en 1927, y 1930, cuando se produjo la ruptura política entre buena parte de sus colaboradores–, la retórica fascista de los editoriales y artículos de Giménez asimiló un conjunto de elementos muy heterogéneos cuyo denominador común era el rechazo de la vieja cultura política y literaria: organizaciones intelectuales, medios de comunicación, estamentos tradicionales y, en su conjunto, todo lo que no formaba parte activa de la nueva sociedad española fueron el blanco de su pluma. Giménez trató de aunar vanguardia y viejas generaciones

literarias, clases populares y minorías intelectuales, tradiciones nacionales y nuevas convenciones. Es lo que Manuel Pastor define como la vía estética del fascismo en España[59]. Concibió el fascismo como el desencadenante necesario de todas aquellas expresiones contradictorias de la modernidad; una tercera vía entre la vanguardia y la tradición. En palabras de su protagonista: el «vino revolucionario en odres tradicionales» [op. cit. en Selva, 2000: 88]. Este sincretismo de tradición y revolución parecía cuestionar las ideas sobre el fascismo vertidas por la prensa liberal durante los años veinte que lo asimilaban al africanismo, al conservadurismo, al pistolerismo somatenista y, en último término, a la dictadura de Primo de Rivera. Un intento de implantar un movimiento de similares características en España que nada se parecía al sentido clasicista, ascético y sobrio de un protofascista más precoz –hablamos del corresponsal de *Abc* en Roma, Rafael Sánchez Mazas [Morente, 2013]–, en el que, al contrario, se advertía la irreverencia y transgresión de la tardía vanguardia española y del humor nuevo[60].

Renovación y fascismo gris

Giménez hizo de *LGL* un espacio de contenidos muy heterogéneos que la convirtieron en algo más que una revista de vanguardia [Moreno-Caballud, 2010]. En particular, los editoriales de su director alternaban varias disciplinas con dosis de cultura popular sin rigor cronológico

59. Sobre la vía estética del fascismo, véase Pastor, *Los orígenes del fascismo en España*, y Selva, «Gecé y la *vía estética* del fascismo en España» [1975: 69-131]. Para un estudio más detallado de los escritores españoles de vanguardia vinculados al fascismo, véase Mechthild, *Vanguardistas de camisa azul*. Por último, un interesante análisis de la estética vanguardista en el pensamiento de Ramiro Ledesma lo constituye Gallego: *Ramiro Ledesma Ramos y el fascismo español.*

60. Sánchez Mazas, Rafael: «La revolución a paso gentil», en *ABC* (3-XI-1922), pp. 3-4. Tras la Marcha sobre Roma, el corresponsal de *Abc* celebraba la evolución del fascismo republicano y radical de los primeros tiempos hacia un partido de estilo aristocrático y definitivo sentido monárquico: «Un partido político –cuyo jefe venía del arroyo radical– alegraba este mediodía de 1922 con un «¡Viva el Rey!» clamoroso y sabía montar a caballo. El fascismo –dijimos– ha ganado definitivamente» [3].

ni explicación diacrónica que, de forma similar a los manifiestos de las vanguardias históricas, proclamaban un antagonismo radical entre lo nuevo y lo viejo [Caws, 2001]. La revista quincenal contó con la colaboración de las más destacadas figuras literarias e intelectuales de la época: Gómez de la Serna, Marañón, Ortega y Gasset, Pérez de Ayala o Bergamín, entre otros, publicaron en la revista. Precisamente Ortega dio paso al primer editorial sobre la superación de los moldes intelectuales y políticos decimonónicos y la incorporación de un pensamiento español revitalizado al mundo. Según el filósofo madrileño, el objeto de *La Gaceta* como órgano cultural vanguardista era dejar a las letras españolas a la zaga de las corrientes literarias e intelectuales del mundo [1927: 1][61]. El excéntrico escritor quería hacer de *La Gaceta*, como su mismo subtítulo indicaba –ibérica-americana-internacional–, un medio en español de dimensión internacional. Una pretensión de trascendencia más allá de las fronteras que ya había manifestado el fundador de *La Revista de Occidente*. Pese a todo, *La Gaceta* sería una publicación muy diferente en contenidos, tono y estilo debido a la figura de su editor y a sus influencias literarias. Las entrevistas, artículos y editoriales dedicados a lo más granado de las letras españolas se caracterizaron por su notoria frivolidad e irreverencia. Mismo trato que los personajes, grupos y fenómenos que ocuparon sus páginas –bien fueran líderes políticos, partidos o ideologías–.

El 1 de abril de 1927, apareció el editorial «El disco rojo, por la otra vía». Un comentario sobre la Asamblea Nacional del Libro que criticaba el sentido estrecho y economicista de los editores y académicos encargados de promover la literatura española: «Buscan ustedes una ampliación, una consolidación de mercado de la manera que el médico, ante un enfermo sin apetito, le ofreciese estimulárselo con un poco de engrudo». La regeneración de las letras españolas pasaba únicamente por los escritores y no era un asunto de «editores y libreros»: «A un país como el nuestro, sin apenas curiosidades, sin apetito

61. Todas las citas de los artículos de *La Gaceta* corresponden a la edición facsímil de *La Gaceta Literaria I*, Vaduz: Topos Verlag AG, 1980, en la que se incluyen los números 1-72 publicados en Madrid entre enero de 1927 y diciembre 1929.

excesivo, literario y científico, le proponen ustedes remedios de encuadernadores, de tintas de imprenta y de cola de papel de prensa». A los últimos les recordaba que existía «un motor de posibles grandes vuelos, que ustedes quizás abandonen y dejan oxidarse por tomar la vieja mula de la diligencia antigua». A estas manifestaciones sobre el anquilosado estado de la cultura española, se le sumaba la irreverencia y la provocación características: «Mi propuesta –señores asambleístas– es la de tocar un poco el pito a todos ustedes (o a todas vuestras señorías, como tan bien suena en este salón de las pomposidades, las elocuencias y las ineficacias)» [37]–. Un regeneracionismo acompañado de salidas de tono y de, incluso, un lenguaje obsceno. La combinación entre estos dos componentes conformaría el sello de autenticidad de la producción política de Gecé.

La pretensión de hegemonizar el panorama cultural del mundo hispano, de hacer de Madrid el meridiano de las letras en español, provocó reacciones hostiles en el panorama hispanoamericano. Tras la misiva de la publicación bonaerense *Martín Fierro* cuestionando la aportación de los escritores madrileños a la literatura hispanoamericana, el secretario de la revista Guillermo de Torre respondió de forma desenfadada que, en primer lugar, el espíritu bélico de las nuevas juventudes españolas no tenía miedo a la confrontación y, en segundo lugar, que, ante los ataques de la vieja élite intelectual, convenía adoptar una posición acorde con los tiempos y el espíritu de *La Gaceta*: «A las actitudes rígidas y deficientes, un poco de buen humor y de risa» [101] –apostillaba–. Los modos soberbios eran propios de la vieja España, no así del carácter popular de la joven España que, acorde con su mundo oscilante y cambiante, afrontaba la falta de certidumbres de la nueva época con buen humor y sin excesiva seriedad. El titular de este editorial, «La verbena del meridiano» [105], con el que *La Gaceta* cerró la controversia con *Martín Fierro*, era una clara provocación y un ejemplo de su aproximación a los asuntos de relevancia internacional, entre ellos, el fascismo.

***

Como han señalado otros autores, *LGL* marcó la transición de una vanguardia desinteresada de la política a otra comprometida.[62] El paso de la vanguardia al compromiso no fue tan brusco, sobre todo para aquellos intelectuales y literatos que luego se hicieron fascistas o comunistas. El desinterés por la política de la generación de Gecé no era otra cosa que el desprecio a la vieja «casta» que, desde 1876, se turnó en el poder, conduciendo al pueblo español por una ruta atrasada, contraria a aquella que las revoluciones bolchevique y fascista marcaron. Así lo denunciaba rotundamente el futuro miembro del PCE Cesar María Arconada. En la encuesta que realizó la publicación a varios escritores, un joven Arconada negaba la connivencia entre política y literatura: «No. No. No». No obstante, este «no» no era por la enajenación social y el subjetivismo del escritor, sino, al contrario, un rechazo de la política entendida como el coto privado de una burguesía liberal que se encontraba «en el desván, a punto de ser retirada de la circulación del mundo» [*La Gaceta* 153]. De manera inversa a la política oficial y a los viejos liberales del siglo xix, la literatura expresaba el sentir del auténtico pueblo, el que acudía a las verbenas, a los espectáculos de masas, a los toros y al fútbol. Según Arconada, solo había dos movimientos políticos que habían entendido el paso raudo de la sociedad de las masas y su hartazgo por transitar los caminos procedimentales y pacíficos del viejo orden liberal: comunismo y fascismo. El «despertar» de las naciones europeas que adoptaron modelos alternativos a la democracia. La actitud de rechazo a lo viejo aunaba a un nutrido grupo de escritores noveles que, a pesar de desenvolverse en los últimos años de una dictadura, solo veían en Miguel Primo de Rivera, una continuación del pasado y, desde luego, nada similar al fascismo.

La primera referencia al fascismo se produjo en la entrevista que realizó Giménez a Ramiro de Maeztu: «Conversación con un camisa

62. Veánse los trabajos de Geist, *La poética de la generacion del 27 y las revistas literarias: De la vanguardia al compromiso (1918-1936)*, y, en particular sobre la trascendencia de *La Gaceta*, de Selva, *Ernesto Giménez Caballero: Entre la vanguardia y el fascismo*.

negra», publicada el 15 de febrero de 1927. La introducción al miembro de la Unión Patriótica de Primo de Rivera y futuro embajador en Argentina iba acompañada de las siguientes apreciaciones genéricas sobre el hombre de letras hispánico:

> El escritor de fama es uno de los mejores casos de almas fronterizas. La plebe y lo distinguido luchan en él sus mejores luchas. Casi siempre suele salir vencido lo popular, en favor de lo dogmático, de lo feudal, de lo mandón. Sobre todo, ya digo, si el escritor es hispánico y vive en el barrio de Salamanca [15 de febrero de 1927: 1].

Según Gecé, el lado dogmático y serio del intelectual nacional, especialmente si el escritor es hispánico y vive en el barrio de Salamanca, suele vencer sobre su lado «pícaro» y «popular» [19]. Maeztu era el paradigma de intelectual español: dogmático y serio, aristocrático, antidemocrático e impopular. Políticamente, no ocultaba sus simpatías por la dictadura y su ánimo de colaborar con ella. Aunque Maeztu contemplaba su viraje ideológico –el que le había llevado a abandonar el liberal *El Sol*–, en términos similares a otros discursos derechistas –la lucha final entre civilización y bolchevismo–, no había declarado explícitamente su filiación fascista. Fue Giménez Caballero el que, en la introducción a la entrevista, le atribuía el mérito de ser «la más audaz camisa negra de las que hasta ahora han alzado el brazo cesáreamente en la vida pública de las letras españolas» [15 de febrero de 1927: 1]. Juzgar a Maeztu como un fascista español poseía un claro sentido equívoco y hasta cierto punto burlón, ya que, en otro pasaje de la «Conversación», el estridente director, muy dado a crear categorías y grupos de personalidades notarias de forma aleatoria y extravagante, afirmaba que todos los escritores que vivían «en el Barrio de Salamanca terminan de teñirse de un "gris fascista", gran color de moda, de una tentación aristocrática y ademocrática… Ortega, D'Ors, Salaverría, Maeztu, Gómez de la Serna…». *El Socialista* criticó a la publicación por la conversación con Maeztu.

Agrupar a figuras tan dispares por su vestuario «fascista» es otro claro gesto de irreverencia que traza la línea de politización de Gecé. Como observamos anteriormente, el adjetivo «fascista» no solo pasó

muy tempranamente a identificar una serie de figuras de la vida pública nacional encuadradas en los sectores «reaccionarios» de la política y la cultura –ahí sí entrarían los Salaverría o un Maeztu defensor del primorriverismo–, sino a la proliferación del término en aquellos ámbitos ajenos a la política «en serio», tal y como hemos observado en el caso de los semanarios de humor. Y esta maleabilidad del significante, que ya estaba presente cuando Giménez se erigió en el rapsoda del fascismo hispano, fue estirada por el autor madrileño hasta límites insospechados en sus asociaciones libres y yuxtaposiciones de ideas de raigambre vanguardista.

Fascismo de alcantarillas

Seis años antes de fundar el quincenario, en 1921, tras ejercer de lector de Lengua y Literatura Españolas en la Universidad de Estrasburgo, Giménez fue llamado a filas en el protectorado español de Marruecos. De su paso por suelo africano, dejó un ensayo a caballo entre lo literario y lo político que plasmaba en tono poético sus experiencias como reservista: *Notas marruecas de un soldado*. Influido por uno de sus maestros en la Facultad de Filosofía y Letras, Ramón Menéndez Pidal, el libro le abrió las puertas de la fama gracias a los elogios dedicados por Miguel de Unamuno, Ramiro de Maeztu, Eugenio D'Ors o el socialista Indalecio Prieto. *Notas marruecas* conjugaba una nostalgia nacionalista con la crítica irónica a las autoridades militares en la colonia marroquí [Selva, 2005]. La ironía que desprendía el libro fue del agrado de uno de los más precoces acicates del fascismo africanista, monárquico y somatenista. Atacar a Millán Astray, el «Mussolini español», le valió el aplauso de los más opuestos a los militares africanistas. Gecé retrataba al jefe de la Legión como un tipo acelerado, impetuoso y hasta cierto punto carnavalesco; un personaje ridículamente paternalista que se paseaba orgulloso de sí mismo ante una desanimada tropa reclutada a la fuerza para defender un interés ajeno al pueblo español y que se había cobrado la vida de miles de sus compañeros. A continuación, citamos un extracto de la reseña laudatoria de Miguel de Unamuno para la revista *España* fechada el 7 de abril de 1923:

> Hay en el libro de Ernesto Giménez Caballero un pasaje delicioso en el que se narra una visita del jefe del tercio, un acabado peliculero, a sus *chacales*. Es una excelente pieza de ironía. El excandidato a Mussolini español aparece allí filmando –peliculeando– un pasillo de entremés dinástico-patriotero. Y se va en un pequeño Ford tras el que caracolea una cola de humo.
>
> Cola de humo que quedará tras del reguero de sangre de la grotesca aventura de Marruecos [Unamuno, 1923: 2][63].

Resulta llamativo que la nominación a Mussolini español se consumiera en apenas un año de fascismo en el poder. El objeto de los ataques de Unamuno a partir de entonces fue un Primo de Rivera que lo desterraría. Por su parte, Giménez Caballero estaría a las órdenes del excandidato a Mussolini años después, durante la guerra, en el Departamento Nacional de Propaganda instalado en Salamanca.

Aparte de la crítica al estado penoso del ejército colonial tras la debacle de Annual, las *Notas* contenían elementos que identificaban a su autor y su característico sincretismo. Pese a la ironía sobre la aventura militar en Marruecos, el autor exaltaba el poso cultural de España en la población rifeña y la necesidad de adaptar un sentimiento de apego a lo español a los nuevos tiempos. Era la conjugación de aprendido de los medievalistas más reseñables –de Américo Castro a Menéndez Pidal– y el cine que atraía a la nueva generación de escritores:

> Pero vayámonos, también, orientándonos, medievalistas, estudiosos de la épica (…), hacia el género donde ha evolucionado, en sustancia, la poesía de los romances. Y es el cinematógrafo. No es accidental que las judías de Xauen narrasen, a la par, las proezas del Conde Claros y de Douglas Fairbanks [1923: 143].

En este pasaje, Giménez reclamaba la necesaria aparición de un «nuevo Cervantes del film» que le diera a España un auténtico cine nacional. Un anticipo de lo que haría desde las páginas de *La Gaceta Literaria* demandando un lugar para España en el cinematógrafo. Por otro lado, observamos un anticipo de la sintaxis vanguardista del lenguaje

63. Unamuno, Miguel de: «Cola de humo», *España*, 364, (7-IV-1923), pp. 1-2.

plagado de neologismos, la yuxtaposición de elementos contradictorios y el párrafo corto y el culto a la emergente sociedad del espectáculo de la literatura ultraísta. Asimismo, y lo que sostenemos es el fundamento de su posterior ideologización, vemos la integración de las tradiciones literarias en la modernidad potenciando el humorismo y la excentricidad[64].

Gecé aclamaba a Don Juan Tenorio por ser el *recordman* del amor [237] o, haciendo un juego de palabras con el hombre-masa de Ortega, a Santa Teresa como la Mujer-Musa del sindicalismo obrero [465]. En el verano de 1928, Giménez Caballero viajó a Italia y regresó convencido de implantar el fascismo en España. Su conversión no excluyó este tipo de asociaciones disparatadas, sino que, al contrario, la ideología mussoliniana fue el *leitmotiv* perfecto para desarrollarlas sistemáticamente. En la misiva publicada en el número del 15 de agosto de 1928 expresaba su fascinación al entrar en Roma, donde «al poco está uno a muchos metros de profundidad», sintiendo un «fondo turbio y fraternal»:

> ¿Qué cosa me pasó? No sé. Solo recuerdo que girovagué alucinado por las calles, y jardines, y cielos, y árboles, y palacios, y acentos de aquella vida. Y que de pronto me encontré abrazado a Roma con un ansia incontenible y desarticulada de balbucear tenuemente *madre*.

En línea con *España invertebrada*, de Ortega, Roma era el modelo que Castilla había emulado para conformar la matriz de la identidad nacional española. Para Giménez, la *città eterna* evocaba los elementos y acontecimientos del pasado que ahormaban su identidad nacional: «mi lengua, el manantial de mi habla»; «aquella iglesia de mi infancia»; «era la procesión de ese día y de ese pueblo, y de esa tarde castellana, y de esa noche madrileña y de ese alba en el mar». En ella se respiraba «el olor a madre que nunca había olido en mi cultura, que es peor que el olor a hembra, porque enloquece de modo más terrible».

64. Dennis, Nigel: «Ernesto Giménez Caballero and Surrealism: A Reading of *Yo, Inspector de alcantarillas* (1928)», y Anderson, «Herky, Kerky: Playing Fast and Loose in Giménez Caballero's *Hércules jugando a los dados*».

Es importante hacer un breve inciso después de esta cita para ver en qué momento de su prolífica vida literaria se encontraba Gecé. Pese a que a partir de la década de los 30 renegó de «la ingenua aberrundez surrealista» [op. cit. Pino, 2004: 127], en sus elogios al «azul sexual» del cielo de la capital italiana persistía el «fondo turbio» [40: 4] de su narrativa de influjo surrealista, especialmente en su *Yo, inspector de alcantarillas*. Otros autores han señalado la fuerte influencia del psicoanálisis en *Yo, inspector*, obra de un intencionado «influjo freudiano» de Gecé [*Memorias*] y la presencia de perversiones masculinas en línea con la pintura de Salvador Dalí o el cine de Luís Buñuel. Tal es el caso de relatos como *Infancia de Don Juan* [Krauel, 2006; Pino, 2004; Santos Torroella, 1988]. Refiriéndose a uno de los relatos del misceláneo *Yo, inspector*, «El redentor mal parido», Maria T. Pao [2004; 2010] afirma que el carácter «folklorista» de Gecé, no entra en contradicción con el predicado vanguardismo del escritor [2004: 136]. Sobre *Yo, inspector*, María T. Pao señala que la temática erótica de los textos de vanguardia es similar a la de los fascistas, contiene elementos de una misoginia característica del fascismo. Dejando para un debate posterior de qué forma se representaba lo femenino en la literatura española de los 20 y 30 y en qué medida ello reflejaba la adscripción ideológica del escritor en cuestión, lo cierto es que en la transformación política de Giménez durante «La etapa italiana» hay una fijación obsesiva por lo femenino asociado a la fertilidad y a la maternidad. En «12.203 kilómetros de literatura». Su visita a Roma le produjo una sensación incontenible que nublaba sus sentidos: «el olor a madre». Alrededor de una década después de «La etapa italiana», Gecé reafirmaba este sentir en un libro titulado con un explícito *Roma madre* (1939), y, pasada la postguerra e incluso el régimen de Franco, publicó uno de sus últimos ensayos sobre la misma temática –*Exaltación del matrimonio* (1982)–. Esta fascinación por lo materno ya se encuentra en ese conjunto que su mismo autor juzgó de «delicada y alta literatura» [*Memorias*]. En particular, en uno de sus relatos más surrealistas y provocativos: «Esa vaca y yo».

El relato cuenta la historia de un pobre cuarentón de «vientre abultado», calvo y sin dientes, desesperado y vencido por la vida: «una verdadera ruindad humana», «uno de esos productos que cría y pudre la

gran ciudad», «un producto de trapero». Cansado de la rutina diaria en la oficina y por recomendación del médico, el protagonista se marcha de la ciudad y se instala en una hospedería situada en un arrabal de periferia: «Parece como que me liberaba, al fin, de la ciudad; que ganaba casi el campo, la abertura y la indisciplina del campo. ¡Oh, qué sueño!» [1928: 55]. El médico le ha recomendado descanso, ejercicio y que beba mucha leche: «Solo ahora me he lanzado "casi" a salir de la ciudad, a emanciparme, a vengarme de mi mismo y, sobre todo, a tomar leche, mucha leche!» [1928: 55]. Este pobre «producto de trapero» perdió a su madre de un sobreparto cuando era pequeño, «una nodriza de origen asturiano». Breve apunte biográfico que explica la perversión del protagonista, enamorado de una vaca «blanca y sonrosada como una flor como un paquetón de manteca» [1928: 55]. Cuando la encierran en el establo al atardecer, el personaje aprovecha para llevar a cabo su «vicio secreto»:

> He conseguido que me enseñen a ordeñarla. Y me quedo solo, al atardecido, entre el estiércol, la paja y la hierba. Borracho de este olor nauseabundo fuerte, que me transfigura, que me transe […], luego la exprimo las ubres… Y, este es mi pecado, llego hacerlo directamente con la boca. (…) Oigo allá dentro de mis entrañas un ¡Madre!… ¡Madre!…¡Madre!… [y prosigue]. Tengo cuarenta y seis años. Soy un débil y un enfermo. He conservado un charco sentimental que ansiaba reflejar un cielo perdido, una naturaleza olvidada, un rostro inefable. ¡Mi pueblo y mi madre! ¡Mi fuerza antigua, mis posibilidades de una vida que no se me ha logrado! [1928: 60-61].

José M. del Pino señala que, a través de la lectura de *Yo, inspector*, se invita al lector a participar en la lectura como un psicoanalista: «La mayoría de los casos (presentados en *Yo, inspector*) son fantasías, perversiones y patologías propiamente masculinas» [126]. El amor del maltrecho protagonista hacia la vaca sería una desviación sexual del objeto primigenio de deseo: la madre de «origen asturiano» que murió de un sobreparto en la infancia del protagonista. El narrador protagonista presenta la relación con la vaca y su gusto por lo repugnante –«borracho de ese olor nauseabundo y fuerte»– como una cosa sublime que, aunque desbordando los límites de lo moralmente aceptable, es

una «delicia» [1928: 60], mientras el resto de los personajes –«mis compañeros de mesa y mi patrona»– lo ven simplemente como un «una aberración excesiva», invitando al lector «a ser comprendido» [1928: 61].

Un hombre desenraizado en el medio urbano termina por reconocer el objeto perdido; la madre que se murió cuando aún era un niño, en un lugar alejado de la ciudad. Tal y como nos muestra el cuento, el protagonista, tras beber la leche de la vaca, el que se decía una «verdadera ruindad humana», un individuo más de «esos productos que cría y pudre la gran ciudad», siente la llamada en sus entrañas de la «¡Madre!». El personaje, «borracho del olor nauseabundo» que lo «transfigura» y le «transe», ha renacido, reencontrándose con una «fuerza antigua», un origen que expresa con un exaltado «mi pueblo»: «En el viejo Oriente la vaca tenía un sentido divino, importantísimo, místico», y relata el mito del hijo pródigo Osiris y su madre Isis en forma de vaca que «le encontró y se le atrajo munífica, obsesiva y mugidora» [1928: 60][65]. El protagonista descubre en la vaca del arrabal una «fuerza antigua» y unas nuevas ganas de vivir que describe como un «renacimiento ridículo» que, al contrario de lo que piensan los personajes que le rodean, «no es un vicio ni una aberración excesiva». El olor «nauseabundo y fuerte» del establo en el arrabal de «confusión urbana, de casas nuevas, de bocinas de taxi, de cerrajerías, de gallinas, de llanura entrevista, de hilos de telégrafo, de coches de muerto que pasan», lo «transfigura» y lo «transe». Análogamente, la atracción que describe el autor de *Yo, inspector* hacia la Roma fascista «viene de muchos metros de profundidad», es el mismo olor a madre, «que es peor que el olor a hembra, porque enloquece de modo más terrible». Ese reconocimiento entrañable que viene desde un fondo turbio, inconsciente, responde a «un mandato familiar» que suspende toda su capacidad de juicio y le domina acríticamente.

En un periodo de renovación y experimentación de la estética surrealista, no sería desventurado afirmar que Gecé sobreactuaba su papel de escritor irreverente, histriónico y perverso. Sin embargo, el viaje identitario de «Esa vaca y yo», se repite sistemáticamente tanto en los artículos

65. Giménez confunde a Osiris con su hijo Horus.

de «La etapa italiana» como en su toda su literatura posterior. Que el tránsito de surrealista a fascista no era una coincidencia nos los dice el mismo director de *La Gaceta* en diciembre de 1929 – «Mi regreso a España»–, donde anima a crear más obra surrealista como la película de Luís Buñuel y Salvador Dalí *Un perro andaluz,* para que España «progrese en la barbarie». Por su parte, el circuito imperial romano de Gecé se asemejaba increíblemente a la compulsiva rutina diaria del protagonista del cuento. Allí oía «el grito de la sangre», lo que le impulsaba, como el cuarentón «producto de trapero» con la vaca, a abrazarla «con un ansia incontenible y desarticulada de balbucear tenuemente *madre*». Roma exhalaba el «olor a madre que nunca había olido en mi cultura», y añadía: «Cuando el fenómeno fascista irrumpió en mi conciencia, *a posteriori* de mi reconocimiento entrañable con Roma, me vi perdido. Tenía que admitirlo *acríticamente*. Como un mandato familiar, como una imperiosa mirada de obediencia».

Otros autores señalan el interés de Giménez por la mitología, en la cual la materialización de la unión con la divinidad se lleva a cabo a través de rituales de carácter sexual: «Todo ello se desarrolla en la novela de acuerdo con la ética y la estética del surrealismo» [Pino, 2004: 143]. En la producción literaria postvanguardista el escritor sigue «obsesionado» con esos mismos «mitos genésicos» [2004: 147]. De este modo, podemos observar que en la fascinación por Roma de «12.203 kilómetros» se conserva la misma estructura de un ritual en el que siguen funcionando los componentes sexuales del surrealismo, el «fondo turbio». Del mismo modo presenta sus «revoluciones» artísticas y políticas como si de sus experiencias vitales más íntimas se tratara. En este sentido, en sus memorias Gecé relata cómo se enamoró de su mujer –la florentina Edith Sironi– en una recepción en Estrasburgo y de qué manera aquel encuentro fortuito definió por completo su filiación política fascista. O, en la entrevista televisiva concedida a Joaquín Soler Serrano en 1977, Giménez describe la conversión política de los escritores de su generación –como en el caso de Alberti con la comunista María Teresa León– como los que han seguido el mismo «camino de la mujer». En la misma entrevista declaraba que el poeta es el elemento macho que germina el polen que el elemento femenino, el político, recoge fundando el partido. Su fascismo es un compendio de elementos

contradictorios que más que productos de un usual lenguaje político connotativo y metafórico reflejan las asociaciones arbitrarias, las yuxtaposiciones ilógicas y la exaltación de lo inconsciente del surrealismo combinadas con un cierto sentido irónico no menos vanguardista. De este modo, el escritor madrileño expresa que un renacimiento puede ser ridículo, un incesto transformase en un mandato familiar o una experiencia pura reflejar las prácticas más inmorales y repugnantes.

Fascismo gregueriano

Cuando Giménez Caballero se hizo fascista lo hizo manteniendo el mismo tono frívolo e irreverente que caracterizó su prosa surrealista. El uso gratuito del epíteto *fascista*, como un significante flotante, avenido a cualquier tipo de fenómeno social o cultural y de personaje notorio, no es un defecto contemporáneo, sino que ya se dio desde los años veinte. Sus escritos desbordaban todos los paralelismos que ya habían hecho izquierdas y derechas entre el fenómeno transnacional y la vida política y cultural nacional. Estamos ante un escritor que se dedicó a relacionar en sus obras –desde *Los toros, las castañuelas y la virgen* hasta *Genio de España*– nombres de literatos, cineastas, políticos, por un lado, y movimientos políticos y artísticos, casi de forma arbitraria, como si de un juego de palabras se tratara. Gecé asignó a los fenómenos más variados y extraños entre sí el vocablo *fascista*. Como en la conversación con Maeztu, siempre sosteniendo un equilibrio imposible entre el comentario liviano y frívolo y una afectación propia de un profeta. El tratamiento banal de la alta política unido a un convencimiento de augur es un calco del estilo de los popes de la vanguardia española: Ramón Gómez de la Serna y Guillermo de Torre.

«Un más allá, juvenil y liberador» [Torre, 1925: 47] con «un sentido del humor cósmico» [Torre, 1925: 42] que era una «violenta reacción contra la era del rubenianismo agonizante» [Torre, 1925: 46]. Así se expresaba el secretario de *La Gaceta*, Guillermo de Torre, al contraponer en *Literaturas europeas de vanguardia* (1925) la literatura contemporánea a la del periclitado modernismo. Torre fue el artífice del ultraísmo, un movimiento aglutinador de «todas las tendencias estéticas

mundiales de vanguardia» en el que afluían el belicismo y el activismo que las caracterizaban, pero también la frivolidad, la espontaneidad y el gusto por lo no convencional [1925: 48]. El iniciador y referente de esta generación ultravanguardista, díscola y provocadora fue su amigo y también colaborador habitual de *LGL*, Ramón Gómez de la Serna. «Si bien no se puede decir que el mundo es un disparate, el pensamiento del hombre y el alma humana son unos puros disparates» [1921: 5], afirmaba Gómez de la Serna en la estridente disertación teórica que prologa sus *Disparates*. El pope de la tertulia del Café Pombo celebraba en sus *Disparates* la transformación que estaba experimentando la sociedad española y la manera en que las antiguas fiestas populares se conjugaban con las novedades que traía la modernidad. Ejemplo de ello es la caricatura de una revolución que tiene lugar en una plaza de toros en la que el público, liderado por el primer espada, se rebela contra el presidente [1921: 34]. Otro de sus disparates representaba el cine como un corral de comedias donde ya no hay gallinas, sino gallos –en referencia al logo de la productora Pathé– «que las noches de luna se proyectan sobre la pantalla cinematográfica de la noche y cacarean numerosas ¡BU-E-NAS NO-CHES!» [1921: 13-14].

El creador de la greguería tuvo una enorme repercusión en la síntesis de Giménez Caballero de la vanguardia juvenil y relativista –la del disparate y la greguería– y el nacionalismo de las viejas instancias intelectuales del 98 [Mainer, 2013: XV]. La atropellada, ansiada y en muchos casos disparatada convergencia entre modernidad y nacionalismo de Gecé le debía mucho a un declarado apolítico como Gómez de la Serna –aunque ello no le eximiera de colaborar con publicaciones literarias fascistas como la revista dirigida por Malaparte: *La Fiera Letteraria*, o la publicada en lengua francesa *900*–. El propio inventor de la greguería tuvo que aclarar en más de una ocasión que no se había hecho fascista. Los elementos anacrónicos de difícil maridaje relativos a la modernidad, a la tradición y a la hispanidad son de neta herencia ramonista. Pero no solo. En lo que respecta al fascismo, en el prefacio de la traducción al español de *Forse che sì, forse che no*, de Gabriele D'Annunzio, Gómez de la Serna hacía una semblanza del escritor-aviador fascista que bien hubiera escrito el mismo Giménez de no ser porque la fecha de publicación data de 1925. Analogías históricas

con la tradición española, juegos de palabras y combinaciones delirantes con el invasor de Fiume: «De él se puede decir que ha reconquistado el derecho de su país, como un Cid rebelde amigo de la Romanza en vez del Romance del Romancero, pero valiente, decidido y "expulsa-moros" y "reconquista-ciudades para sí"» [Gómez de la Serna, 1925: 12]. Estas aumentaron en número y paroxismo después del raid literario por Italia del director de *La Gaceta Literaria*, pero es evidente que la inspiración venía del oficiante de la tertulia del Pombo.

Por su parte, Gecé nos ofrecía una imagen no muy diferente de Mussolini Duce como la encarnación de lo aristocrático, pero también del espíritu popular y plebeyo de la Italia subalterna. Sostenía que el carácter masivo y egregio del movimiento fascista italiano se reflejaba en su líder. El *duce* no solo triunfó por sus características hercúleas, su cesarismo o su fuerte disciplina, sino porque, de algún modo, su personalidad reflejaba al pueblo, a la masa, al *strapaese* italiano. De este modo, el dictador era a la vez un caudillo de estirpe aristocrática y un arribista hecho a sí mismo. Gecé representaba al Duce como un emigrante de origen plebeyo, un pícaro *robanidos* en su infancia y un buscavidas en su juventud que había tenido que emplearse en todo tipo de menesteres hasta ingresar en el socialismo y, después, fundar el Partido Nacional Fascista. La síntesis de esta contradicción nos la ofrece en una imagen todavía más chocante: el dictador encarna a un César y a un Chaplin; es el emperador de la nueva Italia y el bufón de las masas populares.

Aunque en un contexto completamente diferente, esta disparatada asociación de imágenes, que difícilmente se puede atribuir a un convencido partidario del fascismo, conservaba muchas similitudes con los *collages* burlescos que, en el número dedicado al carnaval, hizo *La Gaceta* a diversas referencias de la literatura contemporánea: Paul Valery, travestido de gitana, José María Pereda, haciendo de improvisado boxeador o Ramiro de Maeztu, de «socialista» [25]. Observamos referencias políticas y literarias que eran al mismo tiempo objeto de elogio y de burla. Ejemplo de ello era la sección realizada en coautoría con Arconada, Giménez, Gómez de la Serna y Torre, «Manías de los escritores», que, en tono jocoso e histriónico, presentaba el lado más personal de las vacas sagradas de la literatura española: se decía de Juan

Ramón Jiménez que era un «lepidóptero asocial» alérgico al contacto con sus vecinos [43]; Ortega, un maniático de la velocidad y del progreso que recorría con su automóvil los páramos atrasados de Castilla [31]; o Pío Baroja, víctima de su propia «manía» hacia los judíos al ser mordido por su perro Thor, apodado como el dios de la mitología aria [99].

Veamos más ejemplos de este procedimiento trasladados al tema que nos compete. En una reseña dedicada a la película *El circo* (1928), Gecé rendía culto a la figura individual de Chaplin por conciliar a públicos antagónicos como las masas y las minorías, lo que confería al actor el carácter trascendental de «un ideal sintético a priori. Eso es. Un mito: una fabulosidad» [188][66]. A continuación, *Gecé* definía el circo como un espacio público que generaba consenso entre las clases bajas y las burguesas, entre la masa irracional y las élites intelectuales. «Pueblo» e «inteligencia» acudían fraternalmente a un lugar reservado al entretenimiento:

> Mientras los niños y los obreros y el burgués, a nuestro lado, reían con sus vientres tiernos e inocentes, reía nuestro cerebro con claridad y sonrisa metálica y pura.

Fue un experimento de alta tensión. De suprema fraternidad entre clases humanas. Vientre popular y médula de minoría. Folklore y matemática [188].

El circo, como el cine, era el espacio de encuentro de las minorías intelectuales y de las masas populares. Élite y pueblo se abrazaban en el circo. Y, de nuevo, ¿no decía Gómez de la Serna que habría que convertir la vida en un circo? [Dennis, 2002: 115]. El circo, el teatro, el cine, la plaza de toros o el estadio de fútbol acabarían con los decimonónicos ateneos, las tertulias de salón, las academias y los parlamentos.

66. Primero de la mano de Luis Buñuel y luego de Antonio Piqueras, el cine tuvo siempre un lugar privilegiado en la revista [Gubern, 1999: 202-207].

***

No es difícil suponer el porqué del fracaso del proselitismo fascista de Giménez. Una cosa era la síntesis entre opuestos que prometía el fascismo –clase obrera y burguesía, masa y minoría, socialismo y capitalismo–, y otra muy distinta equiparar a Chaplin y al líder del fascismo; o disertar sobre el circo como el Estado corporativo que armonizaría las clases sociales. El sincretismo ideológico llevado a extremos surrealistas. Estos disparates, que bien podrían tener la autoría de un colaborador de *Gutiérrez*, o de cualquier otro semanario de humor de los veinte, fueron objeto de escarnio y burla por uno y otro lado del espectro político. Giménez no fue *il profeta* de los poetas nacionalistas –como se autodenominaba el escritor fascista D'Annunzio–. Por un lado, los prosélitos del fascismo, como, por poner el ejemplo más destacado, el periódico de Delgado Barreto *La Nación*, no congeniaban con la pluma ramonista de Gecé. Ejemplo de ello es la columna de este diario publicada en 27 de abril de 1927 en la que José Pemartín sostenía que Giménez Caballero formaba parte de la decadencia o «entropía» de las letras nacionales. Su «librito» *Los toros, las castañuelas y la virgen* era considerado por el escritor tradicionalista un atentado contra los sentimientos religiosos. Una «irreverencia blasfematoria», «bullanguera mediocridad de procedimientos literarios tan reprobables como es el herir respetabilísimos sentimientos religiosos»[67]. El 15 de junio de 1929, la misma publicación dedicaba una elogiosa entrevista a Benito Mussolini firmada por Irene Vasconcellos que trataba la situación de Italia ante la Sociedad de Naciones, la paz mundial y la obra económica y social del fascismo. La redactora de *La Nación* escribía la siguiente semblanza del Duce: «No hay transportes ni arrebatamientos en sus palabras. Mussolini es un hombre calmo, ponderado, que todo lo prevé y observa, sin fantasías ni ilusiones». La entrevista a dos columnas pasaría a ser una más de las manifestaciones de simpatía del diario por la Italia fascista si no fuera porque, en la misma portada con dos columnas y un retrato del Duce, se dedicaba la sátira de la prensa del día al «introductor» del fascismo

67. Pemartín, José: «La entropía del universo literario es una función creciente», en *La Nación* (27-IV-1927), p. 2.

en España: «El estilo de Giménez Caballero ha logrado ser (en Giménez Caballero en nadie más…)». Y se añade: ¡Gracias a Dios!»[68].

El público al que trataba de atraer Gecé estaba en las antípodas de aquellos que asimilaban positivamente el fascismo a la dictadura y sus defensores o lo consideraban el último dique civilizatorio contra la «barbarie bolchevique». En el capítulo anterior hemos analizado cómo en la España de finales de la década de 1920 el fascismo se asociaba a los actores ligados a la dictadura de Primo de Rivera y a las organizaciones políticas de carácter tradicional y contrarrevolucionario, enemigos acérrimos de la innovación. Sin embargo, su pretensión de interpelar a los sectores opositores también fracasó –desde Prieto a Azaña [Selva, 2005: 102]–. Las estridencias, exageraciones, confusiones y delirios de grandeza de Giménez en su viaje a Italia serían objeto de mofa del anarquista Joan Montseny –alias Baturrillo– desde su tribuna en *La Revista Blanca*. «Ahora llamamos intelectual a cualquier histrión hinchado», decía con desprecio sobre el director de *La Gaceta Funeraria*. En tono irónico se refería a la «literatura nueva» que representaba su conjunto de relatos «de título tan estético y simpático»: *Yo, inspector de alcantarillas*[69]. Salvo la citada ofensa a los sentimientos religiosos, el rechazo al «histrionismo» y la «hediondez» de la literatura de Gecé unían por igual a voces tan dispares.

LGL, más que, tal y como observa Enrique Selva, un «laboratorio intelectual donde se incubaron las actitudes protofascistas en nuestro país» [2005: 72] –«actitudes» ya practicadas en los ejemplos observados en el capítulo anterior–, fue una experimentación con componentes ya manejados por otros –tanto los amigos de la solución italiana como sus enemigos–. A finales de 1927 ya existía un inmenso material escrito tanto por simpatizantes del fascismo como por los que temían que una solución política equivalente se implantara en el país. También por sus detractores, que habían establecido analogías entre los camisas negras y sus enemigos políticos, así como se valían del adjetivo *fascista* como

68. *La Nación* (15-VI-1929), p. 1.

69. Montseny, Joan: «Comentarios: los intelectuales y Baturrillo», en *La Revista Blanca,* suplemento (1-VII-1928), p. i-iv.

insulto a los mismos. El resultado original de este ensayo de proyecto político no residió tanto en ser avanzadilla del movimiento fascista español, sino en la peculiaridad de su propaganda. Gecé dispuso de todo aquello que ya habían generado opiniones favorables y hostiles al fascismo en la esfera pública española desde hacía un lustro para mezclarlo y enrevesarlo aún más. Infinidad de contenidos relativos a la literatura y la cultura popular se conectaban a un presumible movimiento español sin respetar un mínimo principio de contradicción. De esta manera, contribuyó a la confusión que ya de por sí entrañaban los holgados principios doctrinales fascistas e hizo más difícil discriminar las personalidades relevantes supuestamente imbuidas de su espíritu. Todo sometido a su caleidoscopio. Ello hizo que el significante *fascismo* ampliara hasta límites insospechados su alcance semántico. No solamente se complicaba el establecimiento de los principios teóricos y estratégicos de un fascismo patrio, sino el lugar que ocupaba el significante en la dialéctica política de derechas e izquierdas.

La masa y la musa

Desde *LGL*, Giménez Caballero exaltaba la modernidad y la pureza de la política totalitaria, antónimo de la decadente y corrompida sociedad española. La crítica alcanzaba tanto a las élites –el clero y ejército– como a las clases medias de asalariados y funcionarios que aceptaban pasivamente la situación. Del mismo modo que Unamuno en su *En torno al casticismo* señalaba como culpables de la situación española a aquellos elementos residuales de la sociedad derrotista de finales de siglo que continuaban reproduciendo hábitos de inactividad y conformismo social: «el sentido del bar […] de la merienda y de la cuchipanda»; de la «butaca y el café, el limpiabotas y el cigarrito» que descansaba, engordaba, se abanicaba [252], y un joven español «que hoy siente adormecidos sus instintos brutales y agresivos, por tantos años de burocracia pacifista, de militarismo oficinesco, de predominio oficial de los viejos, de los ramplones, de una clase media estricta» [246]. A diferencia de su hermano mediterráneo, el estado autoritario italiano había revitalizado su pueblo «lejos de toda oficina, de toda covachuela, de todo destinejo

ministerial, en plena vía férrea, en pleno periodismo audaz, en plena frontera, en plena alta hora de la noche, en plena tensión vigilante y dominadora» [246]. Y este panorama social de decadencia que destilaba la España de la dictadura no era propia del fascismo. Para Giménez, se asociaba erróneamente a Miguel Primo de Rivera porque ni dirigía la revolución necesaria ni creaba las condiciones para la misma. Su, según el vanguardista madrileño, gobierno «pacifista» era una continuación de la Restauración. La generación del cine, del deporte y de la propaganda de masas acabaría con la España del café, la siesta y el abanico para alumbrar una nueva sociedad[70]. Esta contradicción entre lo viejo y lo nuevo emparentaba a los vanguardistas que se politizaron a fines de los veinte. Uno de ellos, el más tarde militante comunista César María Arconada, en la entrevista que el jugador del Real Madrid Félix Pérez concedió a *LGL*, proclamaba que

> de la multitud ardorosa de los estadios, como de la multitud religiosa de los cines, ha de salir el mundo nuevo, el mundo de nuestra época. Frente al café, la tertulia, la política, el teatro, exaltemos nuestras cosas: el cine, la acción, los deportistas, las mujeres con pelo corto. Frente al artista, al político o al cómico, exaltemos al nuevo héroe: al futbolista, al boxeador, al chófer [143].

La ideologización de los escritores a finales de los años veinte y su adscripción a corrientes fascista o comunista ha sido objeto de estudio de numerosos autores. Estos tratan fundamentalmente la introducción de estas corrientes en la literatura y el arte en España, así como en la cultura popular de la nueva sociedad del siglo xx. La politización de las letras fue un proceso de correspondencia entre la nueva literatura y nuevas formas de hacer política: comunismo y fascismo. Desde esta

70. Nieland [2008] desarrolla el concepto de *publicness*, que abarca la noción habermasiana de esfera pública y el concepto de *publicity* –que refleja la proliferación de la industria del espectáculo y del consumo–. Los vanguardistas explotaron la dimensión afectiva de la esfera pública: «The strange, public life of modernist feeling is a poetry of virtuosity, crafting the forms of erotic attachment, sociability and political affiliation that make public life even worth living» [Nieland, 2008, 28].

perspectiva, la literatura sería lo contrario a la política institucional, de interés individualista y de componendas entre grupos en el parlamento ajenos a la sociedad de masas. La misma asociación encontramos en el caso del deporte como expresión contemporánea que expresa un sentir contrario al *statu quo* demoliberal. Culto al cuerpo, disciplina militar, riesgo ante un porvenir indeterminado, una suerte de religiosidad panteísta, resucitada con las olimpiadas modernas, y sumisión a la nación o una ideología transnacional. La multitud, la acción y la velocidad son cualidades del nuevo siglo que ha despertado gracias al concurso del deporte y otros espectáculos de masas las viejas tradiciones de Occidente. La contraposición con el pasado sirve de contrapunto; un pasado mítico que se usa para rechazar el inmediato y aquellos elementos que subsisten en el presente del mismo. Escritores como el mismo Arconada o el mencionado Giménez se oponen a la España decimonónica, que asocian con la inadaptación y el inmovilismo de unas clases rectoras periclitadas, ancladas en sus convenciones e impermeables a las innovaciones. Al contrario, la nueva literatura como la nueva política, se congratulaba de coincidir cronológicamente con el automóvil, el cine y el *sportsman* [Huerta Bravo, 2023].

Giménez y Arconada son representativos de una vanguardia española considerada epigonal o tardía que Mechtild Albert concibe inscrita «en aquel giro general desde el formalismo al compromiso que caracteriza la literatura española e incluso la vida cultural en su conjunto» [2003: 21]. Durante este periodo, los literatos cuestionaron los fundamentos vanguardistas que daban prioridad a la forma sobre el contenido, al elitismo estético deshumanizador sobre el gusto popular y al ego del autor sobre la obra colectiva con miras a un mayor compromiso de la literatura: «La deshumanización comienza a ser vista como una falta de responsabilidad política y como un instrumento de los intereses reaccionarios» [Albert, 2003: 31]. La vanguardia pasa al plano político y muchos de los literatos del momento abandonan el purismo y el juego formal –considerados propios del arte burgués– para abanderar la ruptura contra lo establecido del orden capitalista y el credo liberal-democrático.

La exaltación de la nueva masa frente a una España decadente es una característica de la joven literatura seguidora de Ortega.

Paradójicamente, el autor de *La rebelión de las masas* (1930) no veía ningún avance en la composición moral e intelectual de la sociedad que alumbraba la modernidad. El hombre-masa era un sujeto social moral y cualitativamente menor derivado de la esfera de consumo capitalista, que ofrecía un acceso sin límites de bienes y servicios. Al creerse con derecho a todo, ningún obstáculo material o espiritual impedía a este demandar una participación en política e, incluso, suplantar a las minorías gobernantes. La intromisión de la masa y los valores negativos asociados a ella –la vulgaridad, la mediocridad y la indiferencia– en todos los ámbitos de la sociedad desembocaría necesariamente en el fin de la política como una actividad exclusiva de las minorías egregias: los individuos diferenciados por su superioridad técnica y moral. En consecuencia, la presencia avasalladora de la masa en la vida política llevaría a la sociedad avanzada, que le había dado las herramientas técnicas, materiales y legales para prosperar, a su completa destrucción, a la barbarie preexistente. Según Ortega, históricamente la masa se hizo con el poder en Rusia y en Italia, otro país mediterráneo como España en el que, aun manteniéndose las viejas instituciones burguesas, el poder actuaba con el mismo ánimo anárquico de la masa. Para Ortega, el problema del fascismo no era tanto la brutalidad de sus métodos represivos, como la instauración, aunque transitoria, de la masa dentro del poder. Es decir, la barbarie, la anarquía y el odio a la aristocracia se insertaban en la máxima expresión de la civilización: el Estado. Aun manteniendo las antiguas instituciones y legislaciones, el poder perdía su función rectora y ejemplarizante esforzándose por actuar con la irracionalidad de las masas. Giménez llevó esta polémica a las páginas de *LGL*. En oposición al elitismo liberal de Ortega –que relaciona con su europeísmo–, Gecé sostenía que el hombre-masa «quizás no es tan masa y seguramente es más hombre que los de otras épocas históricas» [465].

Como hemos mencionado anteriormente, Giménez representaba a santa Teresa como la «mujer-musa» que, «si se me permitiera decirlo», diría que es «sindicalista», porque nadie era «más popular que ella» y «nadie estaba más metida en la "masa" que la fundadora de las Carmelitas Descalzas» [465]. Esta yuxtaposición tan disparatada entre la época imperial y la acción revolucionaria de los sindicatos quedaría patente en la enseña falangista creada por Ledesma y por el mismo

Giménez cuando, según cuenta en sus *Memorias de un dictador* (1979), estaban cerca del ateneo libertario y vieron cómo ondeaba la bandera rojinegra anarquista. Los fundadores del nacionalsindicalismo colocaron sobre el rojo y negro de la bandera de la Confederación Nacional del Trabajo el yugo y el haz de flechas de los Reyes Católicos, nacionalizando de esta forma el sindicalismo revolucionario. Decía Gómez de la Serna que la máxima, por su carácter trascendental y lapidario, es «a lo que menos se quiere parecer a la Greguería» [1919: VIII]. Sin embargo, Gecé escribió máximas como greguerías. El ejercicio ramonista de superponer elementos de difícil maridaje para generar una metáfora hilarante no solo produce un distanciamiento cínico al poner dos conceptos antitéticos, sino que expresa el funcionamiento en fondo y superficie de los sentidos comunes, de la ideología en sí misma ¿Cómo pensar que el fascismo de la Falange nace de un chiste? El orden de estos desplazamientos nos ofrece un chocante silogismo: el arnacosindicalismo expresa la contradicción anarquía e intolerancia del alma española; el alma española es anarquista, pero a la vez intolerante; los Reyes Católicos son la encarnación soberana y autoritaria de ese espíritu anarquista eminentemente español. Rojo y negro, haz y flechas son signos que refieren a un sentido común de la modernidad de España y su considerada «problemática» configuración como nación –tesis de los regeneracionistas y sus disquisiciones sobre el ser de España–, pero su unidad forma parte del ritmo libre y estrambótico de Gómez de la Serna; de la capacidad de aglutinar contrarios y formar relaciones desternillantes que posee la greguería[71]. Por otro lado, el símbolo falangista se procesa con la inmediatez de un instante en la calle, una revelación pasajera que posee la misma frivolidad que la chocante asociación santa Teresa-musa de la masa o Don Juan-*Recordman*.

71. Juli Highfill define la greguería como una «small epiphany, a brief instant of (mis) perception that brings two or more disparate objects into a surprising, humorous relationship of equivalence» [2014: 86].

El fascismo contra Europa: Malaparte y casticismo antieuropeo

Ortega consideraba que el fascismo y los episodios revolucionarios que auparon la masa al poder eran propios de sociedades periféricas cuyos caracteres estaban moldeados por la irracionalidad de Oriente –en el caso de Rusia– y del Mediterráneo –en el de Italia–[72]. En su caso, Gecé hizo campaña contra el desprecio europeísta hacia los movimientos totalitarios periféricos. Las tesis de Kurt Erich Suckert –alias Malaparte– y su libro, *Italia barbara* (1925), que achacaba la sumisión cultural y política del sur de Europa a la civilización nórdica erigida sobre los pilares del protestantismo son fundamentales para comprender obras desaparecidas como *El fermento*[73]. Tal fue su influencia que no sería excesivo considerar el pensamiento político de Giménez, desde su prólogo a *Italia barbara* –«En torno al casticismo de Italia. Carta a un compañero de la joven de España» publicado en *LGL*– hasta su opera prima *Genio de España: Exaltaciones a una resurrección nacional y del mundo* (1932), una adaptación a la española de Malaparte con las peculiaridades vanguardistas de un discípulo de Gómez de la Serna. Del mismo modo que el escritor nacido en Prato, Giménez se identificaba con los movimientos políticos italianos y rusos por ser modelos de «una política original y sin préstamos nórdicos» [*La Gaceta*, 173], haciendo una apología del sur, identificándose con lo moro y lo africano, antagonistas de lo ario; la raza que había extendido el espíritu racionalista en Europa hasta convertirlo en hegemónico, subalternizando al bárbaro espíritu de los pueblos meridionales. En la «Carta a un compañero de la joven España», fechada el 15 de febrero de 1929, Giménez apoyaba la petición de un joven español «embebido de tradición germanizante y occidentalizante» de crear un movimiento fascista a la española «de Sur contra Norte»: «¡No somos europeos!» [337] –exclamaba–. La misiva llamaba

72. Véase Ortega y Gasset, José: «Sobre el problema del fascismo».

73. El número 3 de *La Gaceta* reseñaba el eco que tuvo la aparición de la revista en las páginas de la *Fiera Letteraria* [13], publicación que, tras su traslado a Roma en 1928, fue codirigida por Malaparte. Sobre la politización fascista de la publicación dirigida por Malaparte, véase Divano, Diego: *Alla origini della «Fiera letteraria» (1925-1926)*, Florencia, Societá Editice Fiorentina, 2009.

a la confluencia de todos los pensamientos, ideas y manifestaciones de la España moderna contra el orden turnista que había fracasado en su proyecto de europeizar a un país periférico como España. Un *risorgimento* nacional que uniera en un haz las diferentes generaciones: la del 98 de Unamuno, la novecentista de Ortega y la vanguardista de Gómez de la Serna; tal y como el mismo autor refleja plásticamente en su obra gráfica *Carteles literarios*.

Sin embargo, el fascismo transversal de Giménez contenía tales contradicciones que difícilmente podía ser el inicio de un proyecto nacional-popular. En el año 1928, Gecé alternaba la defensa del catolicismo hispánico con el pansexualismo de *Yo, inspector de alcantarillas*, un libro caleidoscópico en el que narraba, tabúes aparte, relaciones zoófilas, sacrilegios y actos onanistas[74]. Cierto es que la defensa de la catolicidad de Giménez no denunciaba una sociedad secularizada en la cual la Iglesia había perdido su papel rector, sino que respondía fundamentalmente al antieuropeísmo de Malaparte. Según el autor de *Italia barbara*, el espíritu racional e ilustrado decimonónico había suplantado el vitalismo y la irracionalidad de los países católicos del sur de Europa. Cuando Giménez se refería al psicoanálisis en su *Yo, inspector* defendía que no era otra cosa que una manifestación más de la mística nacional. La asociación de misticismo y psicoanálisis ejemplifica perfectamente la retroalimentación contradictoria del pasado y el presente en un nacionalismo que no rechazaba la modernidad, sino que se reproducía en todo fenómeno actual.

A través del discurso fascista de *La Gaceta* hay ciertos componentes retóricos que responden a juegos del lenguaje dentro de un mismo sentido común. Un ejemplo es cómo se defendían distintos modelos ideológicos –comunismo y fascismo– como si fueran lo mismo. El comunismo ruso y el fascismo italiano no se entendían como dos

74. Sobre lo escatológico de Giménez en su etapa vanguardista y su relación con el fascismo, véanse Labanyi, «Women, Asian Hordes and the Threath to the Self in Giménez Caballero's *Genio de España*»; Pino, *Del tren al aeroplano: Ensayos sobre la vanguardia española*; Krauel, «Escatología, fetichismo y bestialismo en "Yo, inspector de alcantarillas" de Giménez Caballero»; y Pao, «Giménez Caballero's Fractured Fairy Tale: *El Rendetor mal parido* (1926)».

modelos contrapuestos, no tanto por compartir elementos ideológicos o por partir de una misma lógica política de antagonismo absoluto, sino porque ambos eran asimilados como dos movimientos alternativos que se rebelaban contra un mundo occidental al que había arrastrado a su decadencia más absoluta el capitalismo protestante que despreciaba a las culturas y las sociedades periféricas europeas. La defensa de la barbarie del sur contra la democracia racional y liberal del norte aúna la reivindicación de la Contrarreforma, del espíritu antipositivista y de las corrientes literarias basadas en el descubrimiento psicoanalítico del inconsciente. Por ejemplo, la «catolicidad» se podría entender en términos de irracionalidad y del libre desenvolvimiento del inconsciente –así lo hace ver Giménez en *Yo, inspector de alcantarillas*–, de vuelta a una sociedad inocente y no corrompida por la artificialidad de la cultura racionalista, y a la vez de defensa de las instituciones autoritarias, códigos morales y tradiciones previas a la llegada de la modernidad. La celebración de la pasión del sur del latino contra el norte de Europa y el espíritu reformista e ilustrado que apartó de los grandes destinos a España, Italia o Rusia.

***

Por su elasticidad y confusión, la interpretación del escritor de *Julepe de menta* del fascismo malapartiano nos lleva a preguntarnos por las definiciones canónicas ofrecidas por la historiografía[75]. Al tratar de definir el fascismo con caracteres positivos, o se tiene la sensación de que existe una cosa que falta –por ejemplo, la tesis de un populismo más dentro de los muchos que surgen desde el siglo xix omitiría su carácter aristocrático y elitista– o se comete la generalización de dar un significado demasiado amplio y necesariamente contradictorio, a saber: un populismo de masas que a su vez defiende un orden más jerarquizado y aristocrático. En un momento convulso en el que los viejos modelos habían caducado, el fascismo promovido desde la tribuna de Gecé en *La*

75. Según la definición de Griffin en *The Nature of Fascism*: «A genus of political ideology whose mythic core in its various permutations is a palingenetic form of populist ultra-nationalism» [1993: 44].

Gaceta acumulaba todas las contradicciones de la modernidad. Según Roger Eatwell, el fascismo no planteaba simplemente una síntesis de todas las ideologías a su izquierda o a su derecha, sino que respondía a una pulsión a la síntesis que estaría presente en todas las ideologías –no solo las totalitarias– y que fue capaz de interpelar al unísono. Al tiempo que defendía la preservación de la individualidad construida en la modernidad contra el peligro del materialismo comunista, atacaba la atomización social que había provocado la modernización. Es por ello por lo que, según Eatwell, definir el fascismo como la pulsión a la síntesis sería una definición menos completa, pero más satisfactoria de una ideología que no se puede comprender en el espectro de la terminología izquierda-derecha [1998]. Claro que esta pulsión a la síntesis amalgamando en una ideología todas las aportaciones culturales, políticas y científicas de un signo y de otro podría, incluso, atribuirse al krausismo de Giner de los Ríos, a la Institución Libre de Enseñanza y al republicanismo español. La otra cuestión es si Gecé fue, como otros coetáneos de signo contrario, un producto del desarrollo de estas corrientes en su máximo apogeo académico y pedagógico, con las contradicciones inherentes de un movimiento con una influencia creciente desde la segunda mitad del XIX[76].

76. Pudiera añadirse que muchas de las concepciones idealistas y organicistas del hecho literario heredadas por Giménez Caballero también las compartían antagonistas históricos del catolicismo imperante en la España de finales del XIX, como ejemplifica Giner de los Ríos en sus *Estudios de literatura y arte* (1876). Un ejemplo es cómo su concepción krausista como signo del carácter de un pueblo influyó decisivamente en las letras finiseculares, así como en la heterodoxa generación del 98, precediendo históricamente al filólogo a quien se atribuyen casi en exclusiva las tesis nacionalistas sobre la literatura española: Menéndez Pelayo. Véase De Jongh-Rossel, Elena (1985): *El krausismo español y la generación de 1898*, Valencia, Albatros. Por otro lado, Juan J. Linz sostiene que el fascismo se constituyó en una religión secularizada que transfirió los espacios de culto de sus antiguos lugares sagrados a la esfera pública. Una «religión-sucedáneo» implementada por los aparatos coercitivos de un estado totalitario [Linz, 2006]. No obstante, el desplazamiento teológico de las ideologías es más complejo y dialéctico, y de ninguna manera se puede atribuir específicamente al fascismo o a movimientos asimilados con el mismo.

La «Carta a un compañero de la joven España» refleja la confluencia de toda la actividad cultural e intelectual española de sucesivas generaciones, con especial cuidado de distinguir su fascismo de aquel propagando por los «reaccionarios» fascistas identificados por la prensa liberal desde principios de la década. Gecé lamenta que España sigue divida en un enfrentamiento extendido universalmente entre «los de "acá" y los de "allá"» [341]: entre liberales y casticistas; entre las tendencias occidentales democráticas y las orientales comunistas. De manera opuesta al partidismo practicado desde el siglo xx, el reino de los Reyes Católicos, «con libertades, pero sin liberalismos; con santas hermandades, pero sin somatenismos», condensaba la idea de una España surgida de preceptos opuestos a los que tanto liberales como derechistas promovían. En lo que respecta al modelo territorial, su proyecto universal difería de aquel de la «España del novecientos, uniformada, provincial, centralista». El fascismo, como en la época de los Reyes Católicos, se conformaría observando el desenvolvimiento de los regionalismos específicos, pero con «unidad». Esta comunidad ideal de intereses responde a la idea de los intelectuales desde 1898 hasta la generación de los 20 que, pese a sus divergencias notorias, conformarían el nuevo *risorgimento* español. Aparecen citados los Menéndez Pidal, Ortega, Gómez de la Serna, Baroja, Azorín, Maeztu, Araquistáin y, por su puesto, el artífice del resurgir de «España contra Europa» [337]: don Miguel de Unamuno. Hay evidentes conexiones entre *En torno al casticismo* y las tesis de Giménez Caballero –como entre otros contemporáneos que lucharían en el bando enemigo iniciada la guerra del 36–. Según Unamuno, la intrahistoria confronta a la gran historia pergeñada por el frío aparato de las academias. Es la historia por y para los estratos sociales y culturales del pueblo, cuya tradición fue robada por los «clasificadores de insectos» de las instituciones oficiales. La intrahistoria es el «verdadero contrato social no formulado que es la efectiva constitución de cada pueblo» [Unamuno, 1895: 160]. Esta sería el basamento de una política sin moldes importados, enraizada en las tradiciones castizas del pueblo español, pero a su vez diferenciada del patriotismo vacuo y de palabrería que representaban los conservadores y «mal denominados» tradicionalistas –el mismo que identificaba con los «fascistas», o «hacistas» del tradicionalismo y del africanismo (cap. 1)–.

Esencia de verbena

La Gaceta promocionó la cultura de los felices años 20: el charleston, las fiestas populares, el circo, el *star-system* hollywoodiense y los deportes. En la mayoría de los casos, productos culturales importados de la industria americana, que formaban parte de lo que el troskista Clement Greenberg llamó en 1939 la cultura *kitsch*[77]. Por su parte, Gecé festejaba la novedad de una cultura gradualmente globalizada, que no contraponía, sino que, como la generación de Gómez de la Serna, yuxtaponía en asociaciones libres con la tradición española. Su opuesto era la política oficial recluida en los parlamentos, templos del liberalismo decimonónico. La nueva sociedad se expandía al estadio, el cinematógrafo, a las fiestas populares tal y como reflejaban las vanguardias italiana y soviética. La recepción en España del arte de la velocidad, de la guerra y del récord deportivo parecía arribar con retraso. No obstante, esta anacronía dotaba a los escritores de una ventaja sobre la ortodoxia de las vanguardias históricas y sus polémicos manifiestos: la aceptación de todo el cúmulo de experiencias políticas –revoluciones de uno y otro signo– y artísticas –cubistas, dadaístas, surrealistas y futuristas combinadas– sin ánimo de confrontar unas contra otras, sino simplemente de aunarlas contra lo «viejo» y «decrépito» del mundo político y literario que, a su entender, dominaba las instituciones académicas españolas. Todo ello, sumado a una actitud irreverente y burlona practicada en las filas de los seguidores de Gómez de la Serna, hacía de ellos un grupo heterogéneo que se resquebrajaría con el enfrentamiento y la militancia posterior de unos y de otros.

Un ejemplo de la colaboración entre vanguardistas es el cortometraje que dirigió Giménez Caballero con la colaboración actoral de Ramón: *Esencia de verbena* (1930). Este cortometraje de apariencia y realización improvisadas contiene los elementos propios de la vanguardia tardía

77. En su estudio sobre «Libros y medios de comunicación de masas» durante la dictadura, Paul Aubert y Jean-Michel Desvois subrayan la proliferación de películas de Hollywood en la segunda mitad de la década de 1920 en detrimento de una producción cinematográfica nacional que se encontraba en constante declive [2006: 86-88].

con el sello indistinguible del fascista español. Esta película ofrece la síntesis de un mundo moderno del hombre-masa oscilante y frívolo y el Madrid castizo de fiestas y tradiciones eternas. La fiesta popular que celebra *Esencia de verbena*. En la película sobre las verbenas de San Antonio y de La Paloma, los planos de botijos «milenarios» y los churros «de abolengo moruno» son la esencia permanente de una verbena cuyos artefactos –la noria, el tiovivo o el tubo de la risa– reproducen el ritmo desenfrenado, oscilante y giratorio de los tiempos modernos. El tiempo pasajero del «humo» de las cigarreras del Rastro es como el humo de la parrilla en la que se martirizó a San Lorenzo. La virgen de la Paloma es como la diosa Diana de Roma. Las sillas voladoras embriagan como el morapio. El charleston se baila mientras suena en otra parte el ritmo verbenero del organillo. El enano Don Paquito, los mantones de Manila, las rosquillas, las verbeneras y los toros mecánicos. Sociedad de consumo y *volkgeist* madrileño. Tradición y modernidad. Todo ello en sintonía con el ultraísmo de Guillermo de Torre [1925]: «Júbilo dionisiaco o, más bien, sentido del humor cósmico, afirmación occidental, exaltación de nuevos valores vitales» [42].

Una de las secuencias de la película hace mención a la obra de Maruja Mallo, cuya exposición patrocinada por Ortega en *La Revista de Occidente* en el verano de 1928 fue reseñada en la primera página de *La Gaceta*. Antonio Espina firma la crítica a «la nueva pintor» en la cual se centra en las composiciones sobrecargadas de motivos populares como las «verbenas y los carrouseles» [225]. La veneración que expresa Espina a Ortega en el artículo dedicado a la pintora nos da una idea de la importancia de las tesis orteguianas en los debates artísticos de finales de 1920 tanto para los futuros literatos y artistas de izquierda–ejemplo fue *El nuevo romanticismo* (1930), de José Díaz Fernández– como para sus adversarios. En la conferencia que diera casi una década después en la sociedad «Amigo del arte» de Montevideo, en 1937, Mallo explica su evolución a partir de la tensión entre el arte popular y el de las élites que disertara Ortega en su breve ensayo de 1925 *La deshumanización del arte*. Según la pintora, «en las fiestas y ferias populares, año nuevo, carnaval, verbenas y navidades, está grabado el impulso creador, la edificación consciente del pueblo» [39].

Uno de los defectos que señalaba el crítico y literato Antonio Espina en la obra de Mallo era la sobreacumulación de figuras. Precisamente, el cortometraje comparte esta sobredimensión o *horror vacui* en la que vertiginosamente se suceden las tomas con el ritmo frenético de un montaje a lo Dziga Vertov. La propia pintora reflexiona acerca de la confusión de personajes, de la alteración del orden simbólico de las fiestas populares de sus primeras obras. Esta alteración del orden de lo popular en el que la élite y el pueblo se confunden en una misma masa viene secundada por la decadencia y la decrepitud de las naturalezas que pinta en la segunda etapa. Según Mallo, ambos periodos de su evolución artística están correlacionados: las alteraciones de las jerarquías sociales en las fiestas populares y la destrucción de la naturaleza por el triunfo del residuo señalaban la decadencia de lo viejo. En la última etapa, se alumbra el mundo nuevo: «El orden es la arquitectura íntima de la naturaleza y el hombre, la matemática viviente del esqueleto» [42]. Lo popular y los elementos de interpelación del proletariado y de la clase obrera se transfieren del espacio urbano al rural; de lo «artificial» a lo «natural».

Cuando Mallo escribió estas líneas, ya se había concretado el viraje político y estético del realismo socialista. En cambio, durante los años de *La Gaceta*, lo revolucionario se identificaba con el triunfo de la masa y cultura urbanas. A principios de 1930, el imaginario de lo popular comienza a sesgarse de lo urbano por estar asociado a la alienación subjetiva y económica del proletariado y a la decadencia de la sociedad capitalista. Dos novelas fundamentales para entender el viraje son *La venus mecánica*, de Díaz Fernández (1929), y la menos conocida *El sello de la muerte* (1924), de un jovencísimo Ledesma Ramos. El protagonista y su compañero, Antonio de Castro, se reconocen hastiados por la corrupción e hipocresía sociales, así como por la falta de resolución de una subjetividad contemporánea abúlica, sedada por la burguesía rectora. Como alternativa, la obra del futuro líder de las JONS propone la vuelta a un mundo en el que los excluidos del capitalismo recondujeran la deriva de una civilización artificial que estaba forzando al hombre a la aceptación resignada de una vida subjetivamente truncada. *Esencia de verbena* consagra el despertar de la sociedad española en las fiestas populares. Como en el circo –proletariado y burguesía; masa y élite–, se

concilian. Es difícil ver en *Esencia de verbena* una película apologética del fascismo, pero aún es más extraño comprender los escritos del vanguardista madrileño sobre el Chaplin cesáreo de Mussolini o el circo como modelo de organización interclasista como parte de una propaganda por un fascismo español.

Sin duda, Giménez Caballero y su ramonismo «fascista» difícilmente se puede entender en los términos con los que se identifica vulgarmente la ideología –y con ello no distinguimos las principales aportaciones académicas en las cuales se fundamenta esta vulgaridad–: un antagonismo contra el norte de Europa, la hegemonía protestante y el liberalismo democrático defendiendo a su vez el surrealismo, el inconsciente y la cultura corrompida contra la que luego se manifestarían las militancias de los años 30. Una alianza difícilmente asimilable para sus contemporáneos –lo «soviético-oriental-moro-católico-español-fascista»– y que le llevó a ser el Robinson de las letras españolas.

Hacia el compromiso de los escritores

Dos años antes de la formación de Falange Española, a finales de 1933, Ramiro Ledesma Ramos fundó el semanario *La Conquista del Estado*. Tras proclamarse la Segunda República, el filósofo zamorano sostenía que el 14 de abril era una oportunidad de ruptura con la vieja política demoliberal. Pensaba que lo que se estaba dirimiendo durante aquellas fechas era la lucha de una España vieja contra otra nueva, de la que posteriormente saldría el vencedor de las únicas vías posibles frente a la decadencia del sistema capitalista: el fascismo y el comunismo. Sin embargo, las primeras hostilidades entre el tradicionalismo católico y el republicanismo generaron un antagonismo en el que el fascismo, como ideología revolucionaria y transversal, tendría un papel subalterno. Cuando el 15 de diciembre de 1931 salió a la luz el primer número de la revista dirigida por Ramiro de Maeztu *Acción Española*, su primer editorial proclamaba la defensa del pensamiento católico español atacando todas las ideologías que no brotaron «de nuestro ser, sino de nuestro no ser»; a saber, la «antipatria», en cuyas filas estarían los partidarios del liberalismo, el socialismo, el anarquismo y todos los movimientos

revolucionarios[78]. En el segundo número del quincenario, el escritor y periodista José María Pemán Pemartín hacía una crítica a la totalidad de las letras españolas que desde Benito Pérez Galdós habían sido una proyección de la política sin rumbo de Estado español; del mismo modo que la literatura española importaba las tendencias estéticas extranjeras y su cariz individualista, la política hacía lo mismo aplicando modelos foráneos que minaban la unidad espiritual de la patria. Según Pemán, uno de los paradigmas de esta literatura decadente era Unamuno, intelectualmente, «por carecer de un propósito directivo y formador» y, personalmente, por ser «el hombre más rabiosamente individualista y antisocial de nuestra patria»[79]. Veremos más ejemplos de esta relación conflictiva entre el tradicionalismo, los opositores a la dictadura y los artífices de una ideología a caballo entre ambos. En 1931, el fascismo proclamado desde las páginas de *LGL* y *LCE* aún se encontraba lejos del discurso de la «patria» y la «antipatria» que otras fuerzas ya venían desarrollando desde tiempos previos a la Marcha sobre Roma. Pudiera agregarse que en ellas encontramos muchos menos ingredientes de lo que groseramente se entiende por fascismo. En especial, los componentes antisemitas que vemos en la obra de Albiñana o en la de tantos otros precedentes catalogados de conservadores o tradicionalistas. Unos meses antes de proclamarse la Segunda República, en el segundo número de *La Conquista del Estado*, publicado el 21 de marzo de 1931, Ledesma Ramos destacaba la actualidad, la espontaneidad y la acción fecunda del pensamiento del autor de «El sepulcro de Don Quijote», mientras Unamuno volvía a España aclamado por los republicanos y tildado de oportunista, traidor y revolucionario de opereta por los simpatizantes del primorriverismo.

Jamás el fascismo en España lograría disputar el discurso revolucionario a la izquierda, sino que, al contrario, sería con la condensación de la izquierda, antes enfrentada, en el antifascismo, cuando se definiría

78. Maeztu Ramiro, *et al*.: «Acción española», en *Acción Española* (15-XII-1931), pp. 1-7.

79. Pemán Pemartín, José María: «Perfiles de la nueva barbarie: Proyecciones de la literatura romántica sobre la política liberal», en *Acción Española* (1-I-1932), pp. 131-41.

como epítome de la contrarrevolución; discurso que, por otra parte, José Antonio Primo de Rivera adoptó como propio. Al tiempo que el fascismo español abandonaba el vanguardismo –en plena sintonía con sus opositores antifascistas–, su discurso se iría asimilando al de Ramiro de Maeztu con la defensa de la hispanidad y el catolicismo del nacionalismo conservador pergeñado desde los tiempos de Marcelino Menéndez Pelayo como bandera. En 1929, Giménez Caballero acusaba a la dictadura de Primero de Rivera de perpetuar el liberalismo y, al partido Unión Patriótica, cuyo principal ideólogo era Pemán, de ser una muleta más del extinto régimen alfonsino y, por lo tanto, un síntoma más de la decadencia española. Concluido el directorio de Primo de Rivera, el relato antes negativo del dictador, considerado un generalote golpista más como los que se habían sucedido en el siglo xix, se tornará más benigno. En el segundo número de *La Conquista del Estado*, Ledesma Ramos alababa la figura del dictador por ser el hombre de acción que «introdujo la pirotecnia de su uniforme, templado de afanes patrióticos y de sinceridades hondas». En los mismos términos que lo hacía con Unamuno, el filósofo zamorano hacía un balance positivo de la dictadura por haber imbuido de espíritu de lucha y acción a la antes pacífica y pacifista esfera pública española:

> Espada en mano, pronto a la pelea y a la hazaña. En medio de la charca burguesa que toma chocolate y fuma puro todas las tardes en el café. En medio del ambiente antiheroico y lechuzo de los señoritos liberales que pasean [2: 1].

En los años siguientes, el fascismo español pasaría a las filas de los sectores conservadores antirrepublicanos adquiriendo un rol gradualmente más relevante en la esfera pública. Con relación a este último periodo, se antoja necesaria la elaboración de un estudio completo de los elementos ideológicos en disputa y de aquellos compartidos por los protagonistas del conflicto durante la Segunda República hasta y después del estallido de la guerra. Un buen inicio es el trabajo de Rafael Cruz [2006], que observa el enfrentamiento entre el republicanismo y los sectores contrarios al cambio de régimen mediante el análisis de la construcción social imaginada de un «pueblo» y un «contrapueblo» durante la

República. A partir de este referente, debiéramos considerar un estudio más completo de la literatura y la política vanguardista y su relación con esta construcción de la idea de pueblo. El mismo autor publicó un valioso estudio sobre el «Discurso político y literatura: César Arconada. 1930-1936». A través del autor de *Los pobres contra los ricos*, se observa la retroalimentación entre la política y la literatura en un periodo en que es imposible aproximarse a ambas como ámbitos autónomos. Cruz [1993] sostiene que la literatura no solo se adapta a la construcción de un significado de la realidad, sino que también construye significados sociales y definiciones de la realidad concreta. Este análisis nos lleva a la conclusión de que la literatura no es un objeto pasivo manipulado por intereses políticos, sino que, al contrario, desempeña un papel prioritario tanto en la reproducción y construcción de los sentidos comunes –que responde a lo que Cruz define como «unas estrategias» de significación de la desigualdad y la injusticia social «establecidas, en ocasiones desde el siglo xix» [2006: 156]– como en la politización de la esfera pública a partir de la articulación de un *ellos* contra un *nosotros*. A principios de la década de 1930, el renovado interés por la novela social que inauguraba José Díaz Fernández y su *nuevo Romanticismo*, dio paso a la lucha entre los anarcosindicalistas, los socialistas y las comunistas por la hegemonía del relato que interpelaba al sujeto político *proletariado*. Un ejemplo lo tenemos en la controversia entre el órgano de las Juventudes Socialistas, la revista *Renovación*, y Ramón J. Sender. En un artículo publicado el 5 de agosto de 1931 en el diario *El Sol*, el autor de *Imán* atacaba a los socialistas por formar parte del Gobierno provisional y, con ello, de pactar con la burguesía republicana, lo cual constituía una traición al proletariado. La réplica socialista llegaba solo cinco días después, el 10 de agosto de 1931, en un artículo firmado por Carlos Hernández Zancajo, titulado «El cretinismo teórico del anarcosindicalismo», en el que acusaba al anarcosindicalismo de ser reaccionario y de hacer un ejercicio de histerismo izquierdista. Ambos discursos partían de la misma definición del antagonismo político –la burguesía contra el proletariado– y ambos también, eran excluyentes entre sí al intentar hegemonizar el relato compartido. En este mismo espacio retórico se encontraba el Partido Comunista de España a principios de la República, que, aunque tuvo una mayor repercusión en la esfera pública

que el fascismo revolucionario de Ledesma Ramos y Giménez, también desempeñaba un papel testimonial, prácticamente de comparsa de los dos grandes sindicatos obreros en España –la anarcosindicalista Confederación Nacional del Trabajo y la socialista Unión General de Trabajadores– hasta la fusión de las juventudes socialistas y las comunistas tras las elecciones de febrero de 1936. Arconada, militante del PCE desde 1931, publicó la novela *Los pobres contra los ricos*, en la que se articula el discurso comunista del antagonismo burguesía-proletariado: la República como otro engaño burgués, la Guardia Civil como instrumento de represión de los ricos, los traidores socialistas, representados por el alcalde de Morcuende, un moderador que protege los intereses de los ricos, etc. Un esquema que cambió sensiblemente en la novela *Reparto de tierras*, publicada en 1934, en la que los sectores de la reacción, el clero y los terranientes, son los enemigos de una coalición más amplia de luchadores proletarios, sabedores de que la República, con un gobierno conservador, nada hará por satisfacer las demandas de la clase obrera. En «Quince años de literatura española», publicado en el número de junio-julio de 1933 de la revista *Octubre*, el mismo escritor palentino categorizaba a las letras españolas en tres bloques políticos: a) una sección de contrarrevolución y fascismo con «Montes, Bergamín, Ledesma Ramos, Giménez Caballero y Sánchez Mazas»; b) una de «tradición favorable a la pequeña burguesía» con «Jarnés, Gómez de la Serna y Obregón»; c) «y por último, los escritores que estaban con el proletariado, como Arderíus, Sender y Alberti» [166]. A estas alturas, el antifascismo estaba superando las disensiones de las organizaciones obreras por hegemonizar el discurso de la lucha de clases, mientras que el fascismo español seguía acercando posiciones con el antirrepublicanismo conservador y católico. Desde que Díaz Fernández publicara *El nuevo Romanticismo* en 1930, la literatura de vanguardia había dejado de ser revolucionaria y antiburguesa para considerarse producto de neurasténicos y pequeñoburgueses sin ningún interés por la transformación social. El sector de Gómez de la Serna o Jarnés configuraba el bloque de los indecisos políticos cuya identificación con la pequeña burguesía señalaba su falta de compromiso con la verdadera lucha política y, en consecuencia, su cercanía ideológica con el enemigo «fascista» y «capitalista».

Conclusiones sobre el fascismo de Gecé

De acuerdo con esta exposición, el tránsito ideológico de una «interpretación nacionalista liberal de España» [Mainer, 2013: LII] al fascismo excluyente que Giménez manifestara en el periodo republicano no es una evidencia constatable. Con la caída del régimen alfonsino y la redefinición de los antagonismos, los «disparates» del escritor madrileño fueron sintonizando con el bloque antirrepublicano que se configuró antes del estallido de la Guerra Civil. Para analizar esta transición, debiera excluirse como marco analítico la simple oposición entre un liberalismo nacional integrador y aglutinador de diferentes sensibilidades ideológicas y un fascismo excluyente, fanático y ortodoxo. La transversalidad, heterogeneidad y pluralidad de ideologías que acogió *LGL* fue el punto de partida del fascismo de Giménez, del comunismo de Arconada y de la militancia de tantos otros.

En un momento de decadencia de las viejas instituciones, Giménez Caballero imaginó una publicación literaria «excluyendo toda exclusión» que, en realidad, excluía a aquellos tildados de fascistas y trataba de llegar a ultraístas, nacionalistas catalanes, socialistas, sefardíes, regeneracionistas, surrealistas y a todas las capas de la modernidad intelectual y artística de los veinte. Un amplio antagonismo entre lo nuevo y lo viejo que señalaba como enemigo un demoliberalismo que estaba en franca decadencia y crisis en toda Europa. La síntesis contradictoria que promulgaba simultáneamente la defensa de la tradición y de la modernidad –como diría Ortega entre, A y no A– da unos resultados tan enrevesados y paradójicos que es difícil asociarla a un escritor cuyo sincero propósito fuera la promoción del fascismo y el admirado homenaje a sus líderes. Los fascismos aparecidos en el periodo republicano fueron menos plurales en la medida en que se definían los antagonismos, las militancias y las exclusiones que establecieron la relación entre la política, la sociedad y las letras [Payne, 1999]. Y esto es algo que se puede seguir no solo en los fascistas o en otras ideologías «extremistas» antifascistas, sino en otras tribunas «moderadas» que también se replegarían en su discurso y disminuirían la colaboración intelectual con sus contrarios.

Desde sus inicios en la Italia, el fascismo se caracterizó por tener unos presupuestos muy elásticos: adaptarse a la realidad, ir a contracorriente o no tener prejuicios fundados en doctrinas preestablecidas eran algunos de ellos [Gentile, 2019: 134]. Los fascistas italianos, tanto en la oposición como en el poder, llevaron el epíteto *fascista* a las más paradójicas expresiones. Así lo hicieron también los antifascistas que trataban de colgar el sambenito a otros antifascistas. Y este desarrollo contradictorio también se dio en España. Pero el caso de Giménez Caballero sobrepasa todas las mutaciones que sufrió el vocablo y sus defensas del fascismo, parecen en algunos casos, escritos por aquellos interesados en ridiculizar el discurso de renovación nacional y expansión imperial de los fascistas. Los disparates de Gecé parecen creados por un humorista más interesado en hacer contrapropaganda, vejar el cesarismo mussoliniano y burlarse de su exagerada teatralidad.

En referencia a la internacionalización de una ideología antiinternacionalista como el fascismo, *LGL* fue su órgano receptor, que, al tiempo que atacaba el universalismo predicado por las internacionales y la masonería, influía política, ideológica y estéticamente en la esfera internacional, propagando su mensaje y creando filiales por todo el mundo [Ben-Ghiat, 2001: 12]. En lo que atañe al fascismo como un discurso identitario de rechazo a una minoría étnica, el disparate de Giménez es, al contrario, un canto a la aglomeración de identidades y culturas heterogéneas en un mismo contenedor. Recordemos que la conversión fascista de Giménez comienza por la defensa de una identidad sojuzgada por el norte de Europa–el aparente oxímoron moro-católico contra lo nórdico-protestante–; un discurso difícilmente comparable con el del posterior nazismo alemán o con el neofascismo actual, que señala a la inmigración musulmana como parte de un proyecto transnacional de desintegración de una identidad europea homogénea. Esta interpelación victimista del fascismo tiene su origen en Malaparte y sus ya mencionadas proclamas contra la cultura hegemónica de los países protestantes. Giménez Caballero asumió sus tesis sobre el despertar de las naciones bárbaras de Europa con el objeto de configurar una idea de España a la cual le era más ajena, ya fuera por rasgos culturales o étnicos, Europa que los judíos sefardíes y moros del norte de África.

Otro de los elementos que se han discutido en este capítulo es el de la politización a través de las nuevas experiencias subjetivas que transformaron la esfera pública. Mabel Berezin [1997] sostiene que la violencia y la excepción no fueron las características definitorias de esta ideología, sino la construcción de una nueva identidad pública y privada comunitaria en un momento de crisis de las formaciones ideológicas dominantes. De esta traslación de las experiencias colectivas al ámbito de la política formaron parte las religiones y tradiciones, pero también las nuevas culturas populares que emergieron por las contradicciones entre los nuevos y los viejos hábitos –como es el caso de *Esencia de verbena*–. El fascismo fue parte de los procesos de subjetividad que transformaron las sociedades europeas a finales del siglo XIX y principios del XX. En el caso específico del emergente fascismo español, hemos analizado un discurso de celebración de la subjetividad formada por las experiencias de consumo colectivas.

Se ha analizado la vía estética al fascismo como un proyecto transversal que incluyera a todos los actores de lo nuevo contra lo viejo. La génesis del fascismo español que tanto le debía al disparate ramonista fue definitivamente rechazada por el fascismo de los años treinta. Ledesma Ramos excluyó a Giménez de *La Conquista del Estado* por expresar un pensamiento demasiado literario[80]. Las propias ideas elitistas de Ortega fueron asimiladas por José Antonio Primo de Rivera y el proyecto fascista español. De ser una celebración de la modernidad, viró en los términos conservadores que, desde antes de comenzar la década de 1920, habían configurado el discurso del miedo contra el bolchevique: epítome de masa y la barbarie. Esta metamorfosis se puede ver claramente entre el pseudónimo del Giménez fascista de la vanguardia –Gecé– y el Giménez fascista de la República, apodado

80. Tan solo dos meses después de publicarse el primer número de *La Conquista del Estado*, Ramiro Ledesma declara que Gecé «ya no pertenece» a la revista y añade que, aunque se trata de un hombre «de emoción impoluta» tiene «el defecto de lanzarse a los escarceos políticos con un exclusivo sentido literario (…). Ha reconocido –y le hemos ayudado a reconocer notablemente– que no está hecho para las bregas políticas, y así, a completa satisfacción nuestra, abandona en estos momentos» [7:1].

Gran Inquisidor. Ello no obsta para insistir en la permeabilidad de los escritores politizados a finales de los veinte, su falta de concreción partidista y la admiración por la cultura urbana frente a la militancia excluyente y la exaltación de lo rural que caracterizaría la producción literaria de los 30.

A principios de esta década, el cambio de paradigma del realismo social y la decadencia del vanguardismo traslada de la ciudad al campo el espacio imaginario de la disputa del conflicto social y, aunque la lucha en la esfera pública es fundamentalmente urbana, las interpelaciones ideológicas se realizaron desde el campo semántico de lo rural. Así, el circo, Charlot y el charleston de Josephine Baker pasaron de ser los iconos de una cultura emergente al residuo de una sociedad urbana capitalista y decadente. El después comunista Arconada o Giménez, de cantar la aglomeración, la multitud y el cambio de hábitos de las masas concentradas en las ciudades, se hicieron poetas de la comunidad reducida y los hábitos rurales. Aunque tenemos el vanguardismo tardío de los ulteriores falangistas Samuel Ros o Antonio Obregón como últimos reductos del vanguardismo ramonista –sobre todo en el caso de Ros– es evidente que los desenlaces del *Hombre de los medios abrazos* y de *Hermes en la vía pública* –sendas novelas publicadas en 1932– pregonaban el final de la vanguardia cosmopolita y disgregadora de identidades, la vuelta a la inscripción del individuo en una comunidad y su reafirmación subjetiva a través de ella. Evidentemente, esta problemática no es solamente tratada por el fascismo, aunque los elementos de identificación con la comunidad sean tan dispares respecto a los de otras ideologías antagónicas.

Finalizada la dictadura de Franco, a diferencia de otros de sus camaradas *bunkerizados* –aquellos que rechazaban cualquier cambio del régimen inaugurado el 18 de julio de 1936– o de los oportunistas que se unieron a la transición de la dictadura a la democracia rechazando los Principios del Movimiento, Giménez mantendría sus disparatados planteamientos fascistas de primera hora siempre dentro de los consensos de la ideología dominante: en una entrevista concedida en Televisión Española en plena Transición, argüía que el proceso descentralizador puesto en marcha tras la caída de la dictadura incorporaba el sueño falangista de la regionalización ideal de las provincias españolas.

Además, espetaba que su síntesis nacional del genio de oriente o de occidente se asimilaba al eurocomunismo de Enrico Berlinguer y Santiago Carrillo[81]. En una época de crisis del régimen alfonsino, el primer fascismo español interpeló a todos los sectores en una cadena heterogénea de lugares comunes: la vanguardia ultraísta, el socialismo, el nacionalismo, el anarcosindicalismo, con el ánimo de configurar un sentido común fascista en España. Un momento populista que, no es descabellado afirmarlo, guarda enormes similitudes con el proceso de Transición a la democracia que comenzó a finales de 1975.

Gecé trató de llevar el fascismo a una posición de consideración en la cambiante realidad social y literaria de la España prerrepublicana. A tal objeto dedicó sus esfuerzos de desligar el fenómeno del estereotipo del derechismo, de la imagen construida por las izquierdas liberales para atacar a su antagonista monárquico y primorriverista. Para ello, comprendió el fascismo en la sociedad de consumo emergente de las novedades y los grandes espectáculos de masas –del cine, el deporte, el circo…– y no como un fenómeno reactivo de impugnación y descalificación de esa misma frívola sociedad contemporánea contra la que se revolvían las derechas y ciertas élites intelectuales –de ahí su crítica a Ortega–. El fracaso vino de que, en su afán modernizador, produjo una serie de sinsentidos –a modo de greguerías– que, en último término, retroalimentaban el imaginario antifascista generado en los años veinte. Un exceso retórico de un *oportunista* que servía para reafirmar la concepción de Blasco Ibáñez del fascismo español como un engendro grotesco e ignorante [18] –o la de Unamuno sobre el tartarinesco movimiento reaccionario nacional [14-17]– y lo hacía aún más indeseable para la generación de la Segunda República que el originario. Su figura sería objeto de escarnio y burla como aquella del patético personaje Boni-fascio ideado por Ernesto Polo [26]. En los albores de la República, *La Gaceta Literaria* devino definitivamente en *La Gaceta Funeraria*[82].

81. Véase la entrevista que le concede Giménez a Joaquín Soler en el programa televisivo *A Fondo* de RTVE em 1977.

82. Montseny, Joan: Suplemento de *La Revista Blanca* (1-I-1930), VII.

III. No sabemos qué es eso de ser fascista: Ledesma Ramos y *La Conquista del Estado* en los inicios de la II República

A finales de la década de 1920, Giménez Caballero confeccionó un embrionario movimiento fascista cuya matriz condensaba los discursos de distintas generaciones de intelectuales y escritores, desde el grupo del 98 al vanguardismo. El léxico del autor madrileño contenía un *ethos* vanguardista que se oponía a todo lo viejo, lo caduco, aquello que representaba el régimen de la Restauración y la política liberal decimonónica. En 1931, Giménez Caballero pasó a integrar el grupúsculo de simpatizantes del fascismo que fundó el semanario *La Conquista del Estado: Semanario de Lucha y de Información Política*, cuyo director era un filósofo discípulo de Ortega e influenciado por el idealismo alemán que había colaborado en *La Gaceta Literaria* llamado Ramiro Ledesma Ramos [Payne, 1999: 54-65; Saz, 2003: 118-21][83]. El pequeño grupo en torno a Ledesma pretendía organizar un movimiento revolucionario y anticomunista inspirado en el fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán sobre las bases políticas y culturales que emergieron en el periodo de entreguerras [Gallego, 2005a]. El proyecto

83. Véase la completa biografía de Ledesma de José Gallego Margaleff: *Ledesma Ramos y el fascismo español*. Aparte de *La Gaceta Literaria*, fue colaborador del periódico *El Sol* y de la *Revista de Occidente*. Como escritor de ficción, Ledesma es autor de *El sello de la muerte* (1924).

editorial encabezado por Ledesma y Juan Aparicio López, secretario de la revista, trató de articular un fascismo a la española en un momento de transición, o de, como Rafael Cruz se refiere a abril de 1931, de revolución «elegante» [2013a].

El primer ejemplar del semanario se publicó el 14 de marzo de 1931 y, después de varias suspensiones, fue definitivamente clausurado a finales de octubre de 1931. Pese a su corta existencia, *La Conquista del Estado* (*LCE*) se reconoce en la literatura falangista como la «bandera inicial» del «nacionalsindicalismo» [Montero Díaz, 1985: 36[, la «alborada» [Guillén Salaya, 1953: 85] de un movimiento juvenil antiliberal y antimarxista descontento con la Segunda República que, más tarde, cristalizaría en Falange Española de la JONS. Sin embargo, en el momento en el que se publicaron los 23 números de la revista, al cual se limita históricamente este capítulo –los prolegómenos y los meses que siguieron a la proclamación de la República–, todavía no habían cristalizado los bloques políticos confrontados a lo largo de los años siguientes, ni tan siquiera la «naturaleza misma del régimen» republicano [Juliá Díaz, 2006: XII]. Este capítulo versa sobre la construcción del discurso de *LCE* en la coyuntura específica de un proceso de cambio e incertidumbre, teniendo en cuenta los mensajes de la prensa y la propaganda de las diversas tendencias y partidos políticos existentes. La finalidad de este capítulo no es acentuar las características propias de *LCE* o los elementos ideológicos, retóricos y escénicos de convergencia con otros partidos afines o un fascismo europeo, sino la intersección de la propaganda del semanario en culturas políticas e ideológicas, en principio, antagónicas. De este modo, mi objetivo es condensar en lo posible los discursos del republicanismo, la emergente derecha antirrepublicana y la izquierda revolucionaria para observar cómo el discurso de *LCE* intervino sobre sus elementos transversales.

En primer lugar, analizaré la recepción positiva de *LCE* de la movilización popular del 14 de abril de 1931 y la configuración de su discurso en relación con los lenguajes de otros actores políticos tras el cambio de régimen. En este sentido, el semanario realizó un seguimiento de la construcción nacional republicana; la creación de una nueva comunidad imaginada [Anderson, 1983] que generó paradigmas, demandas y sujetos políticos sobre los cuales sustentar y particularizar su retórica

fascista. En este proceso se observa una tensión en el discurso de *LCE* sobre el nacimiento de la República que se debate entre un apoyo unánime a la movilización popular que la secundó y el rechazo a la élite de la coalición de partidos antimonárquicos que hegemonizó el proceso político. De manera similar a Giménez Caballero en *La Gaceta Literaria*, la recepción por la revista –fuera negativa o positiva– del 14 de abril y de los discursos de los grupos confrontados se estableció sobre los cimientos de un antagonismo de lo «nuevo» contra lo «viejo». En especial, de la juventud española y los movimientos caracterizados por su efusión juvenil y actualidad en la nueva coyuntura europea contra el «pasado» o «siglo XIX» a izquierda –republicanismo «ateneista»– y derecha –patriotismo «zarzuelero» de *ABC*–.

Durante las semanas posteriores a las elecciones del 12 de abril, Ramiro Ledesma atacó a los elementos deemoliberales y aburguesados del gobierno provisional. A pesar de la divergencia programática con los republicanos, Ledesma apeló recurrentemente a la movilización popular del 14 de abril. La revista se alineó con los más radicales antimonárquicos –y antifascistas–, sintonizando en un principio con Ramón Franco. En un ambiente de rechazo a la dictadura –y por ende al fascismo «monárquico» y «derechista»–, *LCE* se defendió de los ataques de «fascista» y colaboracionista de la dictadura de Primo. Con el propósito de patentar una política original y por diferenciarse del vocablo acusador, apellidaron su propaganda y la de otros grupos presumiblemente afines con el epíteto «hispánico». En este capítulo, me centraré en la divergencia del grupúsculo con las derechas, en su acercamiento a los sectores de la izquierda revolucionaria y en su lineamiento progresivo con la derecha antirrepublicana en lucha contra una inminente revolución marxista, la desintegración de España por los separatismos y el anticatolicismo de la masonería afecta al régimen. Este último componente religioso fue el aglutinante de una identidad política opuesta a la República representada por diferentes organizaciones, aunque, eminentemente, por Acción Popular y la coalición Confederación Española de Derechas Autónomas [Montero, 2009: 159-179]. Partido que, siguiendo la dialéctica política aplicada desde los veinte, comunismo *vs*. fascismo, fue el «fascismo» más reconocible hasta 1936.

Analizaré también la vinculación de Ledesma con el fascismo en un periodo en el que se había asentado el antifascismo en España y en el cual el gobierno republicano sancionó y clausuró organizaciones y periódicos como *LCE* por hacer propaganda fascista. Se observará la incompatibilidad de los autodenominados hispánicos con los grupos republicanos y anarcosindicalistas a los cuales intentaron atraer. A pesar de hacer proselitismo del fascismo italiano y del nacionalsocialismo alemán, *LCE* se guardó de llamarse «fascista», ya que se advertían las escasas posibilidades de atracción de los elementos más radicales del naciente régimen. El fascismo, sus múltiples interpretaciones a izquierda y derecha y una cultura de rechazo a la ideología totalitaria ya tenían una década de arraigo: la dictadura de Primo de Rivera, sus conexiones directas e indirectas con Mussolini y, tras la caída del primorriverismo, la aparición de José María Albiñana, el Partido Nacionalista Español y sus legionarios en defensa de la obra política de los siete años anteriores[84]. Además, el legado de Giménez Caballero como poeta del fascismo

84. El 1 de enero de 1931, *La Nación* informa sobre el primer número de *La Legión*, semanario del Partido Nacionalista Español en el que aparece un artículo de José María Albiñana Sanz, más conocido por su título de doctor Albiñana: «Preludios de la gran tragedia. La ofensiva contra España», p. 1. En *Después de la dictadura: Los cuervos sobre la tumba*, Albiñana defiende la dictadura de Primo de Rivera contra la España del «caciquismo envilecido» [1930: 6] que «persigue la memoria del vencedor de Alhucemas» [1930: 7]. En el contexto internacional, Albiñana refiere a la anglomanía de la inteligencia y el desprecio a España, como refleja en la controversia con el profesor de la Universidad de Columbia Russell Smith [1930: 17-24]. Además, carga contra los intelectuales conjurados contra la dictadura, especialmente Unamuno, al que acusa de propagar mentiras sobre España en Francia. Otro de sus ataques se dirigía al Ateneo de Madrid, por ser centro de conspiración para destronar a Alfonso XIII e implantar un supuesto soviet en España. El líder del PNE defendía el legado de la dictadura de Primo de Rivera y de Martínez Anido contra el sindicalismo único. A diferencia de Giménez Caballero o Ledesma, desprecia las ideas del filósofo vasco y denigra su figura, que los jóvenes fascistas acogen y hacen propias del movimiento español. De la misma manera, la figura de Pietro, que era denigrada por Albiñana, se ensalzaba inicialmente en las páginas de *La Conquista del Estado*. El devenir de los primeros meses del régimen del 14 de abril, con la aplicación de la ley de defensa de la república y el secuestro de la revista, acercó al director de *LCE* y

español únicamente lastró sus posibilidades de éxito. Todo ello, junto a otros factores, justificó su rotundo fracaso.

El 14 de abril y la construcción de la identidad republicana

La Segunda República Española fue la culminación de un proceso de alianzas accidentales de múltiples organizaciones y personalidades que constituyeron una identidad política opuesta a la monarquía y a la dictadura de Primo de Rivera. Esta última había pasado de postularse como una vía autoritaria alternativa a la España «decadente» de la Restauración borbónica de 1876 a ser el epítome de la decadencia monárquica. El socialista Indalecio Prieto, figura política imprescindible para la confluencia de los antiguos monárquicos, republicanos liberales y socialistas contra el rey, afirmaba en el discurso de bienvenida a Unamuno tras su exilio durante la dictadura: «En España no son posibles ahora más que dos grandes agrupaciones políticas: hay que estar con el rey o contra el rey. Esa es la línea divisoria, el mojón, el hito que no permite posiciones esfumadas, distingo ni confusiones»[85]. Manuel Azaña, líder de Acción Republicana y futuro ministro de Guerra, exclamaba que los españoles no podían ser vasallos, súbditos de un «régimen [en referencia a la dictadura] que, llamándose nuevo, era lo más podrido y lo más bastardo del régimen anterior» [1967: 14]. Un mes después, Ortega sentenciaba a la monarquía en *El Sol* por haber

---

fundador de las JONS a estas posiciones. En apenas unos meses, la revista pasó de ensalzar a Prieto como el líder de un socialismo nacional frente al bolchevismo internacionalista a despreciarlo como uno más del proyecto republicano marxista. Por su parte, ya en 1930, Albiñana denunciaba un proyecto republicano «sovietizante» de viejos ateneístas financiados por la masonería y el capital judío: «¡Cómo degeneran los mantenedores de la idea! En el año 68, las revoluciones se hacían a pecho descubierto, con fusiles y sangre. Ahora se intenta transformar radicalmente la sociedad española con trapos que se caen de viejos y viejos que parecen trapo» [Albiñana, 1930: 121]. Estómagos agradecidos de la monarquía dedicados a un «dantonismo de opereta» [1930: 123].

85. «La línea divisoria», *El Liberal* [edición Bilbao] (7-IV-1931), en Sala González, Luis: *Indalecio Prieto: República y socialismo (1930-1936)*, Madrid, Tecnos, 2017, pp. 33-34.

permitido una excepción sin parangón «en todo el ámbito de la historia incluyendo los pueblos salvajes[86]. Tras las elecciones municipales del 12 de abril, el rey Alfonso XIII abandonaba el país y, desde la madrugada del 14, se proclamaba la República española. Una movilización masiva, y pacífica, de manifestantes celebraba la caída de la monarquía en las principales urbes del país. El 14 de abril se produjo la adhesión de actores de procedencia y tradiciones políticas diversas en torno a un gran significante: la República[87]. María Zambrano relataba este episodio como el renacimiento de una comunidad nacional negada por siglos de absolutismo monárquico –«la España virgen rescatada de los malos encantadores» [1953: 250]– en toda su plenitud en «la hora de la esperanza pura, la hora en la que lo que se espera hay que traerlo a la realidad» [1953: 228].

Mayoritariamente, las cabeceras y los editoriales de la prensa del día que siguió la proclamación de la República destacaban la excepcionalidad de una movilización popular pacífica, ajena a las revoluciones violentas que la precedieron, la ausencia de injerencias externas en el proceso revolucionario, la revitalización de la comunidad nacional o la legitimidad de una revolución popular que representaba con mayor o menor fidelidad el gobierno provisional de la República [Cruz, 2013a]. El editorial del republicano *Heraldo de Madrid* expresaba el júbilo ante la «fiesta nacional»; una revolución sin revolución por su ejecución pacífica, «sin violencia» y «sin oro ruso», en la cual «los terribles carbonarios, los depredadores, los violadores de la propiedad, los estupradores se limitan a pasear por las calles de la ciudad su entusiasmo y su júbilo»[88]. El editorial de *El Heraldo* mandaba así un mensaje a las rotativas monárquicas, que insistieron en la financiación soviética del comité revolucionario durante el año anterior y en la certeza de una subversión antimonárquica sangrienta. La exaltación de la llegada sin

86. Ortega y Gasset, José: «El error Berenguer», en *El Sol* (15-XI-1930).

87. Véase la reflexión de Ernesto Laclau sobre el populismo como modo de construcción política que puede estar presente en propuestas de diverso signo político (*La razón populista* 11, 29).

88. «Sin oro ruso: Una lección de civilidad», en *El Heraldo de Madrid* (15-IV-1931), p. 3.

violencia de una revolución pacífica no era exclusiva de la prensa abiertamente republicana. Los antiguos monárquicos liberales se sumaban a los festejos. El vespertino *Ahora* describía las manifestaciones como un «espectáculo de la multitud española, serena y disciplinada, dueña de sí misma y que exterioriza su entusiasmo en medio de una absoluta tranquilidad»[89].

Los republicanos exaltaban un patriotismo de raigambre y la tradición liberal. La revolución había sido pacífica y nacional, sin injerencias externas, lo que suponía para los rotativos un acontecimiento único en la historia de las revoluciones. España lograba, después de siglos de «despotismo» monárquico, su plena soberanía nacional. De este modo, el 14 de abril evocaba episodios ilustres del pueblo español, como la revolución de los comuneros del siglo XVI. Al igual que entonces, el pueblo se levantó contra la «arbitrariedad» y el «despotismo» monárquicos, aunque esta vez sin violencia, «con un orden absoluto y un entusiasmo frenético». Una expresión de «la suprema soberanía popular»[90]. Por último, el izquierdista *La Libertad* dedicaba sus loas a una República por y para el pueblo. No obstante, se mostraba más reacio a la transición pacífica y llamaba a continuar con las movilizaciones a fin de extinguir los últimos bastiones de la monarquía; sus representantes, medios y organizaciones.

Como consecuencia de la tensión entre la legitimidad del pueblo y la de los gobernantes, el grado de aceptación del régimen republicano era divergente en la prensa de las organizaciones obreras. Aunque se mostraba unánime en conceder al pueblo el protagonismo en los días posteriores a las elecciones municipales del 12 de abril –subrayando el alcance universal, único en la historia de España, de lo acontecido–, su visión del gobierno provisional como representante legítimo de la revolución «pacífica» variaba considerablemente[91]. La portada de *El Socialista* alababa las manifestaciones de entusiasmo popular en las

89. *Ahora* (15-IV-1931), p. 3.

90. Araquistáin Quevedo, Luis: «Un gran ciclo histórico: 1521-1931», en *El Sol* (15-IV-1931), p. 1.

91. Un completo análisis de las reacciones de la prensa y de los partidos políticos se encuentra en Rafael Cruz: *La revolución elegante: España 1931*.

calles, sin violencia, y la regeneración de una comunidad nacional que había sido negada por la monarquía durante siglos. En un homenaje a la revolución de 1868 que precedió la instauración de la Primera República, el mismo rotativo titulaba «¡Viva España con honra!», añadiendo la proclama antimonárquica: «¡Y sin borbones!». Sin embargo, a diferencia de los republicanos, reivindicaba el origen «proletario» de la revolución pacífica y una necesaria «política progresiva» que diera «satisfacción a los justos deseos de los trabajadores»[92]. Para los socialistas, la República era la única forma de Estado que podría facilitar la implantación del socialismo de forma pacífica, consolidando el nuevo régimen. Por su parte, la otra organización obrerista de amplio alcance, la anarcosindicalista de la CNT veía el 14 de abril como una etapa transitoria hacia una revolución todavía pendiente. Se reabría la disputa por ser la «verdadera» organización de los trabajadores apartada durante la persecución de la dictadura a los cenetistas. Estos últimos y los socialistas se acusaban mutuamente de traición a la clase obrera y de connivencia con la burguesía capitalista, cuando no de abierta colaboración con el régimen anterior. Apenas cuatro días después de proclamarse el nuevo Estado, el anarcosindicalista *Solidaridad Obrera* aplaudía las primeras medidas del gobierno con relación a la libertad de los presos y la garantía de libre expresión en el espacio público, pero alertaba a sus seguidores sobre la influencia negativa que pudieran ejercer los socialistas de la UGT, «traidores burgueses» que habían colaborado con la dictadura, representada en el gobierno provisional por varios ministros, entre los que se encontraba el ya mencionado Prieto. En los meses siguientes, la CNT se posicionó como la gran organización revolucionaria opuesta al nuevo régimen, al considerar insuficiente tanto el modelo social y las reformas laborales, que se equiparaban con las de la dictadura, como la represión insuficiente contra las plataformas propagandísticas de los monárquicos y de la Iglesia, elementos troncales del «fascismo». En los días postreros publicaron manifestaciones contra la «raza vil» de los borbones, los restos monárquicos del

92. «Después de la victoria: la emoción del instante», en *El Socialista* (15-IV-1931), p. 1.

Ejército, la pervivencia de los «criminales» sindicatos libres, el «fascismo» clerical y la falta de contundencia del gobierno provisional para represaliarlos. Ni la República ni la democracia constituían una meta para la clase obrera[93].

Por su parte, la prensa conservadora divergía tanto en el diagnóstico de la situación ni en su posición ante el régimen republicano. El medio más exaltado en la defensa del régimen anterior, *ABC* acusaba a los republicanos de una «campaña sañuda y tenaz de odio y sectarismo» que obligó al rey Alfonso XIII «a retirarse de España con la dinastía». El discurso de apego al pasado de *ABC* no era compartido por otros medios que en cuestión de meses se opondrían de forma beligerante al proceso constituyente republicano[94]. *La Nación*, diario oficioso de la dictadura de Primo de Rivera, titulaba: «Tengamos confianza y fe en los destinos de España». Aunque en el editorial se expresaba la preferencia por la monarquía, la publicación de Delgado Barreto se mostraba más cauta con la nueva situación que el diario monárquico, sin cuestionar la legalidad del nuevo régimen y ofreciéndose como su aliado siempre y cuando se garantizara el «orden» y se acabara con «los

93. *Solidaridad Obrera*, «Un insulto y una amenaza: la raza vil de los borbones continúa siendo un peligro para la seguridad de la España libre» (18-IV-1931), p. 1: «En Barcelona los escolapios envenenan a los niños y organizan el fascismo […]. En los colegios de escolapios de esta capital se imbuye a los niños que los republicanos y los sindicalistas quieren asesinar a sus padres y deshonrar a sus madres. ¡Textual! […] Y tras de esto dan unas hojitas incendiarias a los padres de los niños para alistarles al fascismo de los terroristas del libre, invocando la salvación de cosas sacratísimas».

94. El 15 de abril, *ABC* se alineaba inequívocamente con el anterior régimen: «Nuestra fe y nuestros principios (…) no se los lleva el huracán de pasiones que ha turbado tantas conciencias y ha extraviado a gran parte del pueblo (…). La monarquía es el signo de todo lo que defendemos; es la historia de España. Los hombres y los azares pueden interrumpir, pero no borrar la tradición y la historia, ni extirpar las raíces espirituales de un pueblo, ni cambiar su destino» –«Nuestra actitud», en *ABC* (15-IV-1931), p. 21–. El 17 de abril, el editorial de *ABC* se hacía eco de un artículo salido en el diario republicano *Crisol* en el que se valoraba su coherencia ideológica por ser «digna, decorosa y leal» –«Juicio de una revista republicana», en *ABC* (17-IV-1931), p. 15–.

extremismos»[95]. La diferencia entre *La Nación* y el *ABC* estribaba, más allá de sus convicciones monárquicas, en las disensiones en el declive de la dictadura de Primo de Rivera, cuando un amplio sector de las élites monárquicas se opuso los decretos del Directorio. Durante el bienio en el que gobernaron las fuerzas republicanas de izquierda, este grupo de comunicación sería, junto al dirigido por Ángel Herrera Oria –*El Debate*–, uno de los espolones de la oposición antirrepublicana. En 1933, Delgado Barreto fundó el diario *El Fascio*, órgano que pretendía ser la plataforma de un futuro partido fascista en España y cuya publicación fue secuestrada por el gobierno tras publicarse el primer número. Por su parte, *El Debate* fue el diario oficioso del primer gran partido antirrepublicano, Acción Nacional que, más tarde, ya renombrado Acción Popular, coaligó a los partidos de la derecha antirrepublicana en la CEDA.

La República era considerada transversalmente como una resurrección nacional que alumbraba un nuevo destino. La movilización de abril de 1931 era del «pueblo». De esta idea de la revolución del 31 se derivó un léxico político heterogéneo y opuesto entre sí. Para los anarquistas, la superación del viejo régimen solo podía venir del protagonismo de las masas, por lo que la República era parte de un proceso apenas iniciado. Los anarquistas alertaban contra el posible fraude o a la «traición al pueblo» de gobierno «burgués» complicado con los socialistas. En este sentido, la República y los primeros objetivos del gobierno eran insuficientes para aquellos que consideraban las medidas

95. «Tengamos confianza y fe en los destinos de España», en *La Nación* (15-IV-1931), p. 1. En sus editoriales abogaba por una monarquía de tipo autoritario siguiendo los modelos antirrevolucionarios que se habían impuesto a lo largo de Europa. Un año antes, en abril de 1930, el periódico anunciaba la fundación de la Unión Monárquica Nacional. Heredera de la anterior Unión Patriótica, estaba formada por los antiguos partidarios de la dictadura: José Calvo Sotelo, Ramiro de Maeztu y el hijo del dictador, José Antonio Primo de Rivera, entre otros. En opinión de Mercedes Cabrera [2006], Calvo-Sotelo «rompió las tradiciones liberales con un lenguaje radical que incomodaba y rechazaban los viejos políticos. pero que, quizás para desgracia de estos, se convirtió en protagonista de la campaña, desplazando la defensa de la monarquía [8].

cobardes, lastradas por la moderación de los «oportunistas» –otrora «monárquicos»–, y que acusaban a los protagonistas del proceso de sustituir el anterior régimen por una «monarquía de gorro frigio». Por su parte, la prensa republicana liberal señalaba que el gran acontecimiento de una movilización popular y pacífica ya era de por sí la meta necesaria. Aquellos simpatizantes del fascismo, sin vínculos con la monarquía por la traición de Alfonso XIII, no consideraban legítima una fase revolucionaria, sino una República que garantizara el «orden». Ni una revisión radical del orden de la propiedad ni de los fundamentos identitarios de la nación, sobre todo aquello que afectaba a las relaciones entre el Estado y la Iglesia católica.

Ante la retórica de los republicanos contra la «tiranía» de los borbones y de las oligarquías que los sustentaron durante siglos, gran parte de los conservadores, al igual que la oposición anarcosindicalista, equiparaban el nuevo régimen con el periodo que se consideraba la acumulación de todos los agravios: la dictadura de Primo de Rivera. Hay ejemplos de cómo, durante los últimos años del Directorio y a lo largo de la República, el término «dictadura» se lanzaba desde todos los partidos contra sus enemigos. Andrés Révész atribuía la génesis de los dictadores modernos al socialismo revolucionario que Mussolini integró en su juventud[96]. Apenas un mes después de su proclamación, *ABC* atacaba al régimen republicano asimilándolo al Directorio: «Negamos por igual la tesis de las facultades legislativas en el Gobierno revolucionario, lo mismo cuando ese gobierno se llama Directorio que cuando se denomina demócrata y republicano». «En el pórtico» del régimen republicano las lesiones a las libertades superaban con creces aquellas que –reconocían– se sucedieron en los siete años de dictadura: «Tan dictatorial y rechazable es el sistema tanto en manos de unos como de otros»[97]. En el tercer aniversario del 14 de abril, el artículo «Aquello y esto» contrastaba de forma irónica los «logros» del régimen presente con las «penurias» del anterior:

---

96. Rèvèsz, Andrés: «El dictador y las izquierdas», en *ABC* (18-XI-1926), pp. 7-8. La camaleónica opinión de Révész contra y a favor de los fascismos se puede ver en Costa [2023].

97. «Menos pasión y más consecuencia», en *ABC*, (10-V-1931), p. 23.

> «Títulos de nobleza», «coronas», «tratamientos»,…Todo eso es antidemocrático y no puede admitirse en un régimen de igualdad. Pero nuestros demócratas siguen llamándose «excelencia» y «usía» (…). Por lo demás, si antes se hablaba de sangre azul, más importancia le dan hoy a la «sangre roja» (…). ¿Distintivos? ¿Galones? Igual que antes. ¿Automóviles? Más, y más lujosos. Y allá van homenajes y banquetes y fiestas y desfiles… ¡Todo muy democrático![98].

Este artículo fechado en 1934 resume concisamente el discurso de las fuerzas antirrepublicanas, muchas de las cuales construyeron su identidad desde el antagonismo republicano que enfrentaba a las élites burguesas y aristócratas monárquicas y a una República popular. Se resaltaban así las contradicciones de una identidad que decía ser antagónica a la monárquica y a la burguesa, pero que era tan «vieja» y «corrupta» como su precedente. Los republicanos no venían del pueblo, sino de la alta burguesía; eran aristócratas de «sangre roja» beneficiarios de un sinfín de comodidades materiales nunca visto en las aristocracias precedentes. Si del 14 de abril se derivó una identidad de lo popular asociada a la República que establecía una dicotomía entre el nuevo y el viejo régimen, los opositores que fueron surgiendo en el devenir de los primeros meses del gobierno provisional –de tan diferente extracción ideológica y tradición política como los anarcosindicalistas de la CNT y las derechas católicas– explotaron esta dicotomía en su favor, asimilando la República con lo peor del régimen de la Restauración y otras etapas históricas «decadentes». Sobre la identificación con el discurso revolucionario del 14 de abril y su divergencia con la vieja élite del gobierno provisional de la República a la espera de una gran revolución hacia un Estado totalitario que emulara las que habían tenido lugar en media Europa –desde la fascista italiana hasta la soviética– se fundamentaría el discurso del semanario *La Conquista del Estado*.

98. López-Montenegro, Ramón: «Aquello y esto», en *ABC* (14-IV-1934), p. 4.

La Conquista del Estado ante el 14 de abril: República y Dictadura

Esta panorámica de los discursos políticos a principios de la República resulta de especial utilidad para entender la articulación en el nuevo régimen del proyecto de la revista *La Conquista del Estado: Semanario de Lucha y de Información Política*. Pese a que en los estadios previos a la llegada de la República la revista se mostraba escéptica ante otro posible régimen demoliberal que no cambiara sustancialmente la organización del Estado y de la sociedad, Ledesma dio la bienvenida al nuevo régimen y la movilización popular en las calles que lo apoyaba. En el número del 18 de abril de *LCE* titulaba «La proclamación de la República: Una fase de la revolución española. Muy pronto llegarán los minutos decisivos del porvenir hispánico. ¡¡Españoles!! ¡¡Alerta!!». El editorial dedicaba «un elogio y un aplauso al régimen republicano» producto de «la voluntad del pueblo español» que se ha decidido «de un modo magnífico por la República» y enfatizaba la carga afectiva de la movilización masiva del 14 de abril: «Todos cuantos estiman que la emoción primera de las luchas políticas es la emoción del pueblo deben hoy acatar sin reservas a la República». *LCE* concluía advirtiendo que «la fase liberal» ya estaba superada por otros pueblos, advirtiendo que la nueva forma de Estado tenía que salir de «la entraña hispánica» y debía concentrarse «en las auténticas eficacias, que son las de índole económica y social» (6: 1).[99] En primer lugar, el editorial otorgaba legitimidad a la República (con mayúsculas) por ser producto de una movilización popular, un elemento que destacaba mayoritariamente la prensa del momento. Sin embargo, a diferencia de los medios republicanos liberales, *LCE* advertía sobre los peligros de que la República se concretara en forma de Estado liberal-parlamentario y de gobierno elegido en sufragio. En este aspecto, el semanario compartía ciertos elementos del discurso de los anarcosindicalistas de *Solidaridad Obrera*, que proclamaban la necesaria superación de «todas las morbosidades

99. Todas las citas de los artículos de *La Conquista del Estado: Semanario de Lucha e Información Política* corresponden a la edición facsímil editada por Barcelona: Círculo doctrinal José Antonio de Barcelona, 1974.

políticas y sociales del viejo Estado», así como la consideración de que el 14 de abril era una fase primigenia de un proceso revolucionario aún por desarrollarse.

Los puntos del discurso del semanario contenían elementos trasversales a los medios de comunicación republicanos que no se encontraban ni en la defensa de la legalidad ni en la nostalgia por la monarquía. La revista fascista apoyaba la República por ser una manifestación popular y nacional –«nosotros, fervorosos exaltados de la energía nacional, hispánica, celebramos su disciplinado triunfo» [6: 1] – en la que el pueblo había sido el principal protagonista. A diferencia de los medios conservadores, *LCE* expresaba abiertamente su simpatía por las manifestaciones de apoyo popular en las calles y, además, las vinculaba a una exaltación de nacionalismo. En consonancia con la retórica de la prensa asociada a los partidos y sindicatos de izquierda, el semanario se posicionaba contra la formación de una república liberal y burguesa. Las consignas de exaltación del proceso republicano como una manifestación popular que demandaba una «etapa revolucionaria» eran muy similares a la de los anarcosindicalistas de la CNT. Por otro lado, el discurso de la derecha alertando por la posible secesión de Cataluña de España se combinaba con las llamadas y consignas de la izquierda revolucionaria contra cualquier proyecto que no defendiera el control estatal de la economía. En cierta medida, el populismo de *LCE* contenía la misma base heterogénea de los manifiestos fascistas de Giménez Caballero en *La Gaceta Literaria*, pero con un mayor seguimiento de los acontecimientos actuales y con una voluntad de incorporar a los movilizados por el cambio. Independientemente de su deriva política inicial, el semanario sostenía que las diferencias serían leves en los inicios y que bien estaba «ese primordial deseo de consolidar el régimen republicano» [7: 1]. El 25 de abril dedicaba su primera página a los sucesos acaecidos durante los días posteriores al 14 de abril y a la implantación del gobierno provisional. Favorable a la República y dispuesto a defenderla «contra los enemigos que surjan» [7: 1], decía compartir planteamientos con los republicanos intransigentes[100] y la izquierda

100. La definición de estas fuerzas de *republicanos intransigentes* proviene de Rafael Cruz [2013a].

más radical, al exigir medidas de colectivización de la economía y control de la vida social por el Estado. En este aspecto, el proyecto económico de la *LCE* no contemplaba una tercera vía que resolviera la tensión entre el capitalismo y el socialismo, sino que apelaba a una transformación radical del capitalismo y a una estatalización absoluta de todos los ámbitos de la sociedad.

Lo viejo y nuevo

El editorial «Comentarios actuales: La vida política» encabezaba el primer número de la *LCE,* el 14 de marzo de 1931, un mes antes de proclamarse la Segunda República. El antes colaborador de *La Gaceta Literaria* Ramiro Ledesma llamaba a «las fuerzas auténticamente jóvenes y nuevas» contra «la vieja España liberal y agotada, setentona y miope» [1: 1]; «hombres jóvenes, repetimos, que nos traen a España el fervor de la época nueva» y que no se rendirán «ante la presencia de las vejeces tortuosas» [2: 1]. Tras las jornadas revolucionarias posteriores a las elecciones del 12 de abril se enfatizaba el protagonismo de la juventud en la celebración del triunfo electoral y en la transformación política del país, ya que la juventud era el sujeto político histórico que estaba llamado a transformar la sociedad y a conquistar el Estado. En consecuencia, en el manifiesto «Pedimos y queremos» se especificaba que la afiliación a la organización fascista estaba limitada por edad a militantes entre los 18 y los 45 años: «¡Españoles jóvenes! El único Grupo que puede satisfacer vuestros intereses dentro de la República es el nuestro. ¡¡Afiliaos!!» –en un anuncio de las páginas interiores exaltado en letras grandes [6: 5].

En línea con estos postulados, en los primeros números de la revista se publicaba una sección a dos columnas titulada «La España que hace» que solía venir acompañada por otra a modo de contrapunto bajo el epígrafe «La España que deshace». En ambas secciones se comentaban diversas instituciones y medios de comunicación que representaban el anverso y el reverso del antagonismo entre lo nuevo y lo viejo, sin tener en cuenta las filias y fobias hacia lo «fascista» de unos y de otros. El primer artículo de «La España que hace» se dedicaba a la Federación

Universitaria Escolar (FUE), la primera gran organización universitaria que lideró las protestas callejeras contra la dictadura de Primo de Rivera y está firmada por uno de los integrantes del partido-revista, Antonio Riaño Lanzarote, bajo el título «La obra de Sbert: Las F. U. Es.». En las dos columnas que contienen el texto se exaltaba la labor de la FUE por «despertar» en el estudiante español «la conciencia colectiva» que daba la batalla «a todo cuanto hubiera en la Universidad de viejo y decrépito» para «levantar una juventud universitaria con bríos y empuje suficiente para derrumbar vejeces y oponer a la desintegración suicida del ochocientos sus anhelos de organización y de estructura». Se atacaba sin ambages al Directorio de Primo de Rivera, que «se caracterizó por ser marcadamente antijuvenil» y que se encontró con la oposición beligerante que se encontró de las organizaciones universitarias [1: 5]. De manera similar a *La Gaceta Literaria*, el texto segregaba la esfera pública en unos espacios asociados al pasado, donde se recluían los vestigios del siglo anterior –los cafés, los viejos círculos de intelectuales y determinados centros culturales asociados al *demoliberalismo*– y otros asociados a la transformación y la lucha políticas donde se politizaban las masas llamadas a liderar la revolución: la juventud universitaria, cuyo núcleo de actividad política lo desempeñaba la FUE en la Universidad Central de Madrid.

Por otro lado, «La España que deshace» representaba lo viejo, el proyecto antagónico al cambio; todo aquello *decrépito* y *caduco*. El artículo del primer número iba dedicado al Ateneo de Madrid,[101] una institución vinculada a la izquierda que se caracterizaba negativamente por ser un centro asociado a los viejos intelectuales liberales. El Ateneo, rezaba

101. El Ateneo de Madrid es una institución cultural nacida en el siglo xix presidida por los más destacados intelectuales: Miguel de Unamuno, Gregorio Marañón, Ramón del Valle-Inclán o Fernando de los Ríos, entre otros, pero cuyo presidente más notorio fue Manuel Azaña, ministro de la Guerra y, más tarde, presidente de la República. Fue un centro asociado a la izquierda durante la República que fue asaltado por pistoleros antirrepublicanos en varias ocasiones. Al finalizar la Guerra Civil, se pondría a disposición de la Delegación Provincial de Educación Nacional controlada por el partido único Falange Española Tradicionalista de las JONS.

el artículo, «ha perdido el contacto con los nuevos tiempos (…) adorando los viejos mitos del viejo siglo» y de la que «no ha salido ni una idea universal ni un síntoma de que el sentido de los nuevos tiempos era allí comprendido» [1: 5]. No obstante, *La España que deshace* no solo disparaba sus dardos contra los centros e instituciones inclinadas hacia el republicanismo de izquierdas, sino que lo hacía también de forma furibunda a aquello de viejo, burgués y liberal, en el sentido de unos modos de hacer política decimonónicos inherentes a las organizaciones y medios conservadores. El periódico *ABC* se retrata como «un refugio de arrepentidas, de Don Juanes jubilados; un sumidero de desperdicios, de gente escéptica, enclenque y fatigada; de plumas sucias, avariósicas, que se engominan el bisoñé y todavía gallean ante las duquesas de Gil de Escalante» [4:5]. Toda esta serie de referencias negativas comunes a buena parte de las vanguardias revolucionarias de exaltación de la masculinidad, culto a la juventud, y desprecio de la feminidad asociada a la burguesía, así como de la aristocracia decadentes son muy frecuentes en *LCE* para atacar tanto al izquierdismo moderado como al conservadurismo, referido en este caso particular a la tradición política de la Restauración. El texto asocia al *ABC* con las tradiciones y los hábitos del conservadurismo y nacionalismo del siglo XIX. Todo un repertorio de ingredientes asociados a una cultura popular que rechazaban: «La España que haremos no necesita de colorines dominicales [en referencia a las portadas de los domingos de *ABC* y *Blanco y Negro*], de superrealistas hipócritas, de D'Ors, de la mediocridad celestinesca de Fernández Flórez, del patio sevillano de Abc, de las familias honestamente españolas, de la flatulencia conmemorativa de *La Restauración*».

Estas retóricas de la juventud se basan en el antagonismo de un tiempo pasado de crisis de la cultura, de instituciones asociadas a proyectos políticos e ideologías moribundas suplantadas por unos valores de época colectivistas y antiparlamentarios. Un ejemplo de esta batería contra el mundo de ayer es la revista *El Estudiante* –dirigida por Rafael Giménez Siles–, que se editó en Salamanca y, luego, en Madrid entre 1924 y 1926. Los editoriales del semanario comprenden la visión de la juventud unida contra la decrepitud política y social: «Es esencial en nuestra época una comunidad y compenetración continua entre los individuos que hoy experimentan en España anhelos de renovación».

Aunque la línea editorial de esta publicación simpatizaba eminentemente con la revolución rusa y el establecimiento del Estado soviético, el mensaje se asimilaba al de *LCE*: «Nuestra intención fue, desde un comienzo, formar un núcleo de juventudes libres españolas, para ir despertando de esta forma, en la España joven, un sano descontento que la obligase, a su vez, a una actuación eficaz en los problemas perentorios de nuestra patria»[102]. La superación de lo viejo en España, reflejado en el «hombre sin necesidades, espíritu de vida estrecha, corta, limitadísima», pasaba por la activación política del estudiante universitario, al que se le asignaba un papel rector en la construcción de un Estado Republicano[103]. El cambio no debía dejarse en las manos de los liberales y republicanos que se proyectaban en el abecedario político decimonónico y que, en cambio, no contemplaban la transformación económica y social del país, dejando de lado al proletariado, con el que había de alumbrarse un porvenir de «libertad» social y de «cultura» unánime[104].

La España que hace contiene elementos asociados al republicanismo al exaltar los movimientos contra la dictadura de Primo de Rivera, en especial las rebeliones universitarias opuestas a la actividad de los sindicatos conservadores, católicos en su mayor parte, y a la hegemonía de la Iglesia en la educación superior. Durante 1928 y 1929, el Directorio civil confrontó varias huelgas dirigidas por la organización fundada por Antoni Maria Sbert Massanet, siendo las movilizaciones estudiantiles uno de los factores principales acicates contra su gobierno[105]. Precisamente, el número de universitarios se disparó

102. «Comentando nuestra labor», en *El Estudiante* (24-I-1926), p. 1.
103. «Al reaparecer», *El Estudiante* (6-XII-1925), p. 1.
104. «Las efemérides de hoy», en *El Estudiante* (11-II-1926), p. 1.
105. En este sentido, el aumento del número de universitarios, que se incrementó de 19.000 a 27.000, y el proyecto de construcción de la Ciudad Universitaria en Madrid. El crecimiento de la masa de estudiantes de grado superior vino acompañado de reformas educativas como la ley Callejo, que promulgaba la imposición en los centros educativos de una ideología nacionalista articulada en el centralismo cultural, la religión católica y la defensa de la monarquía. En respuesta a las medidas de intervención de la universidad y a los ataques contra la libertad de cátedra, el movimiento estudiantil liderado por la FUE se convirtió en uno de los más directos opositores a la dictadura. La excepcionalidad y

durante la dictadura. Durante la República, la FUE se consolidó como una organización antifascista a la que se enfrentó desde 1933 al Sindicato Español Universitario (SEU), formado por estudiantes falangistas y jonsistas. Poco antes de comenzar la República, el antiguo líder de la FUE se integraría en las filas de Esquerra Republicana de Catalunya (ERC), un partido cuya dirección se movió entre la defensa de la República contra el «fascismo» –español– y la creación de un estado catalán soportado por las milicias «fascistas» de los *escamots* del Estat Català. En el momento en que se publicaba el artículo, la FUE se movía en un radio más amplio, sin participar abiertamente en los conflictos sucesivos del fascismo contra el antifascismo. Su lucha era contra las instituciones que no «comprendían» los tiempos actuales[106].

En busca de líder: El hijo del pueblo

En el empeño de encontrar alianzas con los actores revolucionarios de abril de 1931, *LCE* atribuyó su mensaje a líderes de otras formaciones, muchos de los cuales no eran únicamente ajenos al fascismo, sino declaradamente antifascistas. Los señalados eran los demoliberales que contemplaban la República parlamentaria como un fin en sí mismo y no como una fase para la creación de un Estado sindicalista. De los integrantes del gobierno provisional, «tan solo un hombre entre los del comité famoso, Indalecio Prieto, nos garantizaba con su talento y firmeza un viraje radical» [3: 1] ¿Cuál era la razón de que el político vasco fuera una garantía en una coalición integrada mayoritariamente por políticos que representaban lo viejo? Prieto era uno de los socialistas que, pese a las reticencias de gran parte del PSOE, había promovido

---

la arbitrariedad con las que actuó la dictadura contra las huelgas estudiantiles fueron reprobadas públicamente por intelectuales de un amplio radio ideológico [González Calleja, 2005].

106. Llama la atención que, justo en el siguiente número del 21 de marzo de 1931, *LCE* una valoración positiva de la dictadura de Primo de Rivera: «En aquella farsa liberal del año 1923, podrida de Parlamento y de acechos cobardes, introdujo la pirotecnia de su uniforme, templado de afanes patrióticos y de sinceridades hondas» [2: 1].

Fig. 1. Siete: «Los pobres inmigrantes», en *La Conquista del Estado* [8: 3].

la coalición entre formaciones del más amplio espectro a favor de la República, pese a que eran calificadas por muchos de sus compañeros de partido de burguesas y de responder a intereses ajenos a los del proletariado. Si a principios 1930 sus tesis no recibían el apoyo mayoritario de su partido, a finales de ese mismo año se convirtieron en la línea a seguir por el PSOE. Una vez formado el gobierno provisional, la portada del 17 de abril de *El Socialista* dedicaba dos columnas a la toma de posesión del político vasco como ministro de Hacienda. En ellas se destacaba el «interesante discurso» del «camarada» Prieto. Un hombre ajeno a la casta burguesa y aristocrática que antaño gobernaba los destinos del país. El ministro era «un hijo del pueblo, que desde ahora es un funcionario más en el Ministerio»[107].

En una de las habituales viñetas que aparecían en el semanario sobre la actualidad política [fig. 1] se representaban una serie de personajes estereotípicos: miembros estereotipados de la clase alta acompañados por un sacerdote hacen en cola en la estación de tren para irse a Francia. El pie de la viñeta describe con sarcasmo la huida de los evasores de capital al país vecino: «Ved el desfile risueño. ¿Encontrarán trabajo en la emigración?». En la segunda viñeta los personajes se topan con

107. «Nuestro camarada Prieto pronuncia un interesante discurso», en *El Socialista* (17-IV-1931), p. 1.

un bando firmado por el ministro Prieto, mientras que, en la tercera, ocupa el paisaje la titánica efigie del ministro, que ordena con su fusta un firme y lacónico mandato a los cabizbajos evasores: «¡Media vuelta!». Esta caricatura representaba a las decadentes derechas: los monárquicos, clérigos y capitalistas que pretendían abandonar la nueva España republicana, pero cuya fuga evitaba el llamado a ser líder de la revolución nacional. El ministro se representa como el «hijo del pueblo» que somete, amenazando con su fusta, a los traidores que abandonaban una patria otrora patrimonio de minorías. Con el objeto de contextualizar la viñeta de Siete, se pueden observan los números publicados de los primeros días de la República de *El Socialista*, en el que se denunciaban las facilidades con las que el rey y los partidarios del primorriverismo abandonaban el país cargados de riquezas y sin castigo por sus desmanes. El «puente de plata» era una metáfora de uso corriente en los medios antimonárquicos contra las facilidades para la emigración de «infinidad de aristócratas, holgazanes de profesión, que han vivido una vida muelle, de confort y comodidades excesivas, explotando a los trabajadores españoles». El editorial concluía afirmando que el Gobierno, con mayúsculas, debía «tomar en serio a estos emigrantes y vigilarlos de cerca» para reintegrarlos y juzgarlos por sus crímenes contra el pueblo. Los burgueses caricaturizados en la viñeta de Siete son los explotadores que huían de la nación con sus rentas «para poder seguir viviendo lujosamente». Estos burgueses, proseguía *El Socialista*, habían disfrutado de una vida muelle, es decir, una vida fácil y despreocupada dedicada a los placeres a costa del sacrificio del pueblo. Este léxico que la revista fascista compartía con la izquierda revolucionaria delineaba la franja que separaba a dos enemigos irreconciliables: por un lado, los viejos burgueses de hábitos decadentes que huían de la revolución; por otro, los participantes de la movilización popular: masas de jóvenes trabajadores que acabarían con la generación corrupta y decadente fenecida.

La retórica antiburguesa no era exclusiva de las formaciones republicanas o de las formaciones revolucionarias, entre las que se podría incluir los fascistas de *LCE*, sino que formaba parte de un lenguaje de sentido común extendido por todos los partidos e ideologías. Para contrastar la representación idealizada de Indalecio Prieto como «hombre del pueblo», véase una caricatura en la revista de humor *Gracia y*

Fig. 2. Caricatura de Indalecio Prieto, en *Gracia y Justicia* (3-IX-1931).

Justicia publicada el 5 de septiembre de 1931 (fig. 2). La acentuada obesidad del personaje y su opulencia en el vestir se presumía en evidente contradicción con la estética del proletario. Bajo la figura del ministro se lee lo siguiente: «Lo encontramos completamente transformado, dispuesto a lanzarse a la vía pública». Ironía sobre la predisposición revolucionaria del dirigente que supuestamente defendía los intereses de los trabajadores. Se observa que esta revista fundada por Delgado Barreto, como otros tantos medios antirrepublicanos, utilizaba el antagonismo burguesía-proletariado y toda la imaginería que lo rodeaba para identificar a su enemigo político con todo aquello que se oponía a su propia identidad. Como señalé anteriormente en el caso de la dictadura *vs.* la República –como también veremos en el caso del «fascismo»–, se trataría de otro ejemplo de utilización del lenguaje característico de la izquierda republicana y socialista para desarticular su discurso.

Parte de estos reclamos a favor de Prieto se encuentran en momento de significación del republicanismo a caballo entre un proyecto «obrero» o «burgués», verdaderamente republicano o con rémoras de la vieja política, hecho por el «pueblo» o monopolizado por «leguleyos»

adictos a minorías secretas como la masonería. La retórica de medios, como *El Socialista*, conciliaba las demandas por un Estado controlado por la clase obrera con la defensa de los procedimientos legales de un estado liberal. Una capacidad de aglutinamiento de diferentes discursos acusada de oportunista y traidora por sus rivales inmediatos en la representación de los «intereses» de los obreros: la CNT. Entre la primavera y el verano de 1931, la figura del socialista «nacional» se fue desdibujando. En sus últimos números, *LCE* lo añadió a la colección de políticos republicano-marxistas por la disolución de la nación española. En abril de ese mismo año, la contingencia invitaba a la incertidumbre y los antagonismos estaban por definirse. Especialmente en lo que refería a la gran lucha universal entre fascistas y antifascistas.

En aquel momento, *LCE* apeló a toda personalidad no comunista de filiación izquierdista comprometida con la fundación de un nuevo Estado basado en un modelo posdemocrático y poscapitalista. Ejemplo de ello es el artículo «La honda precisión de Luis Araquistáin», publicado el 25 de abril. En él se decía que la República tenía «sus hombres macizos y sus hombres entecos» [7: 2]. A este grupo de hombres «macizos» pertenecían figuras como el ya tratado Prieto, Fernando de los Ríos –desconocemos en qué medida se había acercado Ledesma a su pensamiento «kautskiano» y «demoliberal» en obras como *Mi viaje a la Rusia sovietista* o *El sentido humanista del socialismo*–, el comandante Franco –que trataremos a continuación– o el que sería referencia intelectual e ideológica del caballerismo: Luis Araquistáin. El socialista compartía diagnóstico con los «hispánicos»: en la crisis del sistema demoliberal las alternativas estatalistas surgidas eran socialistas o fascistas. La tesis de Araquistáin parte de una idea psicoanálitica del complejo al que se someten los hombres, así como las acciones que conlleva: «Si ese sentimiento se empequeñece en su fase negativa o rencorosa, puede ennoblecerse, en cambio, como impulso de superación, e incluso elevar al hombre a las cimas del genio». De igual manera, los pueblos experimentan una fase de compensación destructiva y otra de expansión creativa: «Puede lanzarse como compensación personal, primero, a destruir lo que le oprime o humille, pero, después, a organizar una superestructura colectiva, una revolución, un Estado que sea orgullo de propios y asombro de extraños» [7: 2]. Así pasó en Italia o

Rusia, naciones rebeldes ante un mundo decadente de capitalismo y liberalismo que emergían desacomplejadas con dos modelos estatalistas genuinos. España había tenido su «revolución pacífica del 14 de abril». A pesar de ello, como demostraban otras experiencias, no era sino la fase previa de un porvenir más arrollador de significado incierto. El artículo termina citando las palabras de Araquistáin al respecto ¿Sería el 14 de abril el inicio de un periodo revolucionario violento?:

> El sentimiento de inferioridad política, que empieza por querer una revolución moderada –como la querían Lenin y antes los franceses–, acaba en un sentimiento mesiánico, en la paradoja napoleónica de un imperio universal (…). Poco a poco, la revolución proletaria evoluciona a un comunismo de guerra, paralelo al fascismo de guerra en Italia, como en Francia la revolución burguesa evolucionó a un liberalismo de guerra, personificado en Napoleón [7: 2].

En busca de líder. Segunda parte: Franco, caudillo republicano

Una vez establecido el gobierno provisional, *LCE* manifestó un marcado desprecio a la mayoría de sus dirigentes por su vejez moral, física y política, anclada en las aspiraciones del viejo parlamentario burgués decimonónico. En consonancia con los republicanos «intransigentes» y con la Confederación Nacional del Trabajo, para el semanario el gobierno no reflejaba enteramente el espíritu del 14 de abril y sus demandas maximalistas de auténtica «revolución» transformadora. Una de las personalidades más beligerantes contra un republicanismo conformista era Ramón Franco, hermano del futuro Generalísmo. El por entonces famoso comandante de la aviación, protagonista de la hazaña transatlántica del Plus Ultra, era una de las voces destacadas de la Unión Militar Republicana, organizada durante los años de la dictadura. En octubre de 1930 publicó un artículo referente a la situación de la aviación en la que acusaba a la dictadura de haber obrado a espaldas de la soberanía popular. La evasión de la prisión militar en la que se le recluyó por esta manifestación pública de desafección con la dictadura y con la monarquía tuvo una enorme repercusión en una

sociedad cada vez más desafecta al rey[108]. Franco era un icono de resistencia para la prensa republicana por ser el principal oficial contra la monarquía de un Ejército que, desde el desastre de 1898, se inclinaba hacia soluciones autoritarias y profesaba gran admiración hacia Alfonso XIII. En la carta animaba al pueblo a romper sus cadenas opresoras para alcanzar la libertad:

> Por salir en defensa de la libertad ciudadana me tuvisteis aprisionado, pero nunca amordazado. Mi pensamiento vuela más alto que toda la gloria que para España ganó el Plus Ultra. Poco a poco, el pájaro rebelde, con su pico, ha quebrado los barrotes de hierro, y todo el orín de los mismos lo ha lanzado al viento para que sirva de ejemplo al país, que está anhelando romper sus cadenas [op. cit. Garriga, 1978: 191].

A la fuga de prisión le sucedió la sublevación militar de Jaca, en la que cayeron los primeros mártires de la causa republicana, Fermín Galán Rodríguez y Ángel García Hernández, tras ser condenados a muerte y fusilados. Tan solo dos días después de los fusilamientos, Franco organizó la sublevación de la base área de Cuatro Vientos, en la periferia sur de Madrid. Desde los aviones se lanzaron proclamas de saludo a la República en las que se invitaba a «los defensores del régimen caduco» que salieran «a la calle, que en ella» les bombardearían [Garriga, 1978: 207]. Franco se convirtió en un héroe de la revolución antimonárquica. Desde su exilio en Francia entabló relaciones con los políticos exiliados, entre ellos los anarcosindicalistas, lo que repercutió en su republicanismo de izquierdas. Una vez proclamada la República, pronto se manifestó contra el gobierno provisional por las facilidades dadas a los sostenedores del anterior régimen –el mencionado «puente de plata» a la «reacción»– y por su irresolución en la transformación radical del Estado y del Ejército. La admiración que despertaba entre los sectores intransigentes la refleja el diario la *La Tierra*, donde se dedicaba un cancionero al aviador transoceánico. El comandante volvería a

108. Véase Zavala, José María: *Franco, el republicano: La vida secreta de Ramón Franco, el hermano maldito del Caudillo*, Madrid: Altera, 2009.

volar en «alas» de la juventud cansada de «impunismo», «vacilaciones» y «contemplaciones»:

> Diles a tus aviadores que es preciso volar:
> es preciso seguir hacia la luz
> en alas de la noble juventud
> que quiere despegar
> de lo que sean campos de falsa democracia (…)
> donde pueda crecer el impunismo,
> y los tristes helechos de las vacilaciones,
> y las hirientes zarzas de las contemplaciones,
> y la mala entraña del tirar y aflojar…
> Aviador: ten dispuesto el motor
> si acaso tenemos que volver a volar[109].

El 9 de mayo, *LCE* publicó en primera página una carta abierta al reintegrado jefe de la Aviación Militar. Las tres columnas estaban dedicadas a la juventud revolucionaria, estatista, antiburguesa, anticapitalista, imperialista que apoyaba al aviador. Decía que la República necesitaba una revolución acaudillada por las juventudes «dispuestas a entrar en fuego para defender el hervor revolucionario» contra «el vil señoritismo de izquierdas» [9: 1]. Esta lideraría un movimiento allende izquierdas y derechas, burgueses y marxistas:

> 1.º El grupo retrógrado, reaccionario, cuyo programa sea establecer aquí una purísima democracia parlamentaria, mediocre y burguesa. 2.º El grupo marxista, socializante e internacional, pacifista y derrotista, al que hay que vigilar como posible traidor a la Patria. Y 3.º, el grupo joven, corajudo y revolucionario, que entone marchas de guerra y se disponga a sembrar con sus vidas lo caminos del imperio [9: 1].

Ramón Franco era la garantía de los jóvenes revolucionarios contra los periclitados aburguesados republicanos y los marxistas internacionalistas. Todos ellos «caudillos viejos, de poltrona y de café, que desconocen los resortes de la gallardía española que hoy resurge» [9: 1].

---

109. Gerineldo: «Cancionero popular: ¡Volar, volar…!: Al comandante Franco», en *La Tierra* (24-IV-1931), p. 1.

El entusiasmo no duró mucho. El «candidato» a acaudillar la revolución nacional se cayó cuando se hizo pública la presencia del comandante en las listas para las constituyentes de los andalucistas de Blas Infante Pérez de Vargas. El regionalista que en su *Ideal andaluz* (1917) reivindicaba una identidad histórica propia de Andalucía [Ruiz Romero, 2010]. Franco se aliaba así con los viejos modelos separatistas y autonomistas de «radio corto». Desde su manifiesto fundador, *LCE* había encadenado una serie de significantes como «revolución» y «juventud» ligados indefectiblemente a la unidad de la nación española, un proyecto que excluía de la futura República hispánica a otras sensibilidades nacionales o reivindicaciones autonomistas. La defensa del centralismo seguía las tesis de Ortega sobre la hegemonía de Castilla en la nación española, que debía ejercer el papel rector de Estado e imponerse a la amenaza que suponía el desenvolvimiento de los regionalismos y separatismo. El semanario integró esta concepción identitaria homogénea de España en un discurso revolucionario sobre el eje burguesía-proletariado. Los proyectos autonomistas, como el que estaba promoviendo el partido catalanista Esquerra Republicana (ERC), se consideraban burgueses, demoliberales, decimonónicos y decadentes. De modo opuesto, lo antiburgués, lo fecundo y lo contemporáneo se ligaba al desarrollo de un Estado centralista, imperial e hispánico. Ramón Franco se apartaba de ese camino.

En un periodo tumultuoso de continuas transformaciones políticas, alianzas contingentes y virajes inesperados, el paso de la amistad a la enemistad con figuras como Prieto o Franco fue una constante del semanario. Durante la primavera de 1931 se hizo evidente el poco recorrido que tenía la colaboración planteada por Ledesma y sus seguidores con los republicanos revolucionarios. Pese a todo, el semanario, ya identificado por sus enemigos como «fascista» y de «extrema derecha», prosiguió sus propagandas por la República revolucionaria que apartara a los viejos monárquicos, a un clero que recibía continuos ataques en los editoriales, a los demoliberales y a los separatistas. Hacia mediados de 1931, ya solo quedaba una fuerza «hispánica» capaz de radicalizar la sociedad. Una organización y una militancia que consideraba el Estado burgués republicano como una fase transitoria hacia una revolución inminente; que no simpatizaba con las aspiraciones autonomistas de

los partidos regionalistas; que se apartaba de las internacionales socialistas y comunistas; que denunciaba el «engaño» de una democracia amparada en las urnas, y no en las aspiraciones de la clase obrera, y que desenmascaraba la «farsa» de un partido representativo de la clase obrera –el PSOE– ligado a la burguesía y al capitalismo: los anarcosindicalistas de la Confederación Nacional del Trabajo.

Los anarcofascistas

La enemistad entre el PSOE y las CNT venía de varias décadas atrás. Ambas organizaciones se arrogaban la representación de los proletarios y acusaban a sus rivales de traicionarlos. La retórica de los anarcosindicalistas identificaba a los socialistas con las fuerzas de lo viejo y su colaboración con una República burguesa les convertía en traidores a la clase obrera. Tras la proclamación de la República, la CNT no tardó en pronunciarse contra el monopolio del sindicato socialista UGT en el gabinete gubernamental. *Solidaridad Obrera* recordaba que la UGT había pactado con la dictadura del mismo modo que ahora lo hacía con una República que estaba en manos de la burguesía, que no era suficientemente beligerante con la Iglesia y los monárquicos y que, en consecuencia, era un instrumento de la reacción más para continuar explotando a los obreros y jornaleros. Los socialistas, en cambio, señalaban que los llamamientos a la violencia contra los enemigos del pueblo que pregonaban los anarcosindicalistas eran contraproducentes y fortalecían las propagandas de los monárquicos agazapados.

Esta dialéctica se evidenciaba en *LCE* de manera inconcluyente. Los de Ledesma especulaban semana tras semana sobre el partido/líder de la juventud «hispánica». A partir de mayo, con unas elecciones constituyentes a la vuelta de la esquina, los editoriales de *LCE* se inclinaron definitivamente por los situados al margen del proceso republicano. De este modo, en España se repetían las fases de la revolución bolchevique de 1917. El presidente Niceto Alcalá-Zamora era el Alexander Kérenski español que transitaba entre la caída Alfonso XIII y el triunfo de una revolución de signo incierto. El editorial del 23 de mayo se deshacía en elogios hacia la CNT por ser el sindicato que había «logrado la

mayor eficiencia de lucha, y su fidelidad social, de clase, no [había] sido nunca desvirtuada»; «mucho más actual y fecunda que las organizaciones moribundas del socialismo» [11: 1]. Si las páginas de los meses de abril y mayo se dedicaron a los liderazgos de Prieto –único referente fiable dentro de la coalición «demoburguesa» socialista y republicana– y de Franco –futurible caudillo de una revolución hispánica de «altos vuelos»–, las que siguieron el verano de 1931 se deshacía en alabanzas a la intransigencia y resolución antirrepublicana de los cenetistas.

***

Conviene en este punto hacer un inciso que precise los términos del léxico revolucionario de los «fascistas» en línea con las ideologías de la España de 1930. En *España invertebrada* Ortega afirmaba que, tras la Gran Guerra, se había impuesto un pacifismo burgués en Europa contrario a la fuerza de las armas por suponer «un torpe residuo de la animalidad», «lo contrapuesto al espíritu». Al contrario, la ética burguesa era «moral y vitalmente inferior a la ética del guerrero» [1921: 35]. Las sociedades burguesas decadentes eran aquellas en las que prevalecía el espíritu pacifista en detrimento de la ética del guerrero. Aun opuestas, las tendencias ideológicas del periodo de entreguerras proponen la sanación de la mediocre y enfermiza masa; de una sociedad atrasada y supersticiosa que no se ajusta a la modernidad, o de un Occidente materialista en decadencia que ha olvidado los valores espirituales que fundaron sus heroicidades pretéritas. Todas ellas diagnostican los estertores de la sociedad presente y promueven la creación de una nueva, bien sobre las ruinas del capitalismo en su fase monopolística –marxismo-leninismo–, retornando a los valores espirituales previos a la Ilustración y al liberal siglo XIX –corporativismo fascista e integrismo–, o salvando al liberalismo de la oclocracia de la masa con un gobierno de minorías egregias –solución orteguiana–.

Georges Sorel ligaba la subsistencia de una civilización al grado de conflicto y animosidad entre las clases altas y bajas. Por ello, contra lo que sostenían los apocalípticos de la revolución proletaria, la violencia de la huelga no estaba sino «al servicio de los intereses primordiales de la civilización» [1919: 95]. Al contrario, eran las sociedades en las que

la burguesía, mediante pactos y legislaciones positivas, se amistaba con el proletariado las que decaían, implosionaban y fenecían. El peor enemigo del proletariado no era el capitalismo burgués, sino los partidos políticos socialdemócratas y los partidarios del corporativismo, ya que su sistema económico mixto abortaba la conflictividad social y acababa sumiendo al pueblo en un plácido conformismo. Este era el modelo de los republicanos y los socialistas aburguesados.

Según Sorel, no era la violencia en sentido general lo que impedía el desarrollo de las sociedades humanas, sino su uso como «fuerza». Su aplicación gradual por parte de sindicalistas burócratas y propietarios acomodados para sostener la maquinaria del Estado. Desde su antipositivismo declarado, Sorel no sería tanto un apóstol de una guerra pautada y estratégica, sino de la violencia desatada sin fines objetivos ni programas de transición hacia una sociedad preestablecida. El problema no era entonces la violencia en sí misma, sino su transmutación en fuerza utilizada por el Estado o en una violencia calculada por un liderazgo político cuyo único objetivo se basaba en el oportunismo del momento, buscando su rédito en pequeñas reformas favorables a los obreros y en la representación de los sindicatos en los órganos de poder del Estado. La huelga política acabaría instaurando otro régimen despótico que aplicaría la fuerza al servicio de un aparato estatal de delación y terror aún más nocivo que el precedente. De este modo, la única forma de violencia válida sería aquella encaminada a la destrucción del Estado, libre de toda estrategia política que objetivara sus condiciones de realización y estableciera su éxito positivo en un futuro cierto. A la violencia instrumentalizada –o fuerza estatal–, Sorel opone la violencia revolucionaria «pura», que no proyecta la transformación de la sociedad blandiendo un programa para el mañana. La defensa de una revolución contra un Estado «irreformable» no se podría compaginar con una violencia programada desde arriba cuya solución viniese dictada *a priori* por los políticos. La teoría de Sorel viene de la mano del antimecanicismo de Henri Bergson y su idea de la «experiencia integral», a saber: que el contacto bruto del ser con el tiempo y su propia experiencia hacen que la historia sea impredecible y que dependa del desenvolvimiento espontáneo del sujeto en el tiempo y en el espacio. La lucha de clases se integraría en esta idea de la experiencia conjunta, que no se ocupa por

los detalles ni por las particularidades de la realización del comunismo, sino del mito-imagen de la revolución en su conjunto. Lo importante es la eficacia de esos mitos-imágenes –«imágenes de un porvenir indeterminado en el tiempo» [Sorel, 1919: 125]– para las transformaciones venideras, aunque estas no se asemejaran –ni se asemejarían nunca– a las proyecciones de los revolucionarios. La ejecución de la huelga general tendría consecuencias impredecibles y disertar sobre su finalidad sería un ejercicio fútil. Sorel sostenía que el mero designio de una existencia programada por un supuesto Estado socialista solo alentaba a los oportunistas deseosos de una vida cómoda en el desempeño de una política conciliadora que cesara la conflictividad social.

En consonancia con estas tesis, *Solidaridad Obrera* urgía oponerse al pacto entre los burgueses y socialistas traidores de la UGT, haciendo continuos llamamientos a la violencia revolucionaria; herramienta indispensable del pueblo para hacer justicia. El sindicalismo cenetista era incluso más fiel a la concepción soreliana de la violencia que el estatalismo fascista de Ledesma. Desde su tribuna diaria, los anarcosindicalistas reivindicaban la revolución nacional que prometía el 14 de abril y que había sido abortada por los republicanos burgueses, definiéndose como los únicos portadores de la revolución, a diferencia de «los miserables» de la organización socialista UGT, «cada día más desarraigada del proletariado español» y «servidores descarados del capitalismo extranjero»[110]. Precisamente, en 1931 el anarcosindicalismo se debatía entre el pestañismo –corriente asociada a Ángel Pestaña, favorable a la conjunción con otras fuerzas republicanas, así como a la postergación de la revolución– y la vía insurreccional de los anarquistas de la Federación Anarquista Ibérica, que, fieles a los principios revolucionarios de Sorel, rechazaban pactar con el régimen burgués. *LCE* se manifestó inequívocamente pestañista, porque su estrategia podía aglutinar a los trabajadores en un gran sindicato nacional que impidiera una disgregación del movimiento revolucionario, una posibilidad que Ledesma asociaba con la victoria de las tesis anarquistas. A partir del verano de 1931, *LCE* dedicó varios editoriales

110. «Encima de un volcán», en *Solidaridad Obrera* (21-VII-1931), p. 1.

a la CNT, con un seguimiento exhaustivo del funcionamiento interno del sindicalismo anarquista y de su acción en las calles. El semanario hizo un seguimiento del Congreso Extraordinario en el que la CNT se debatía sobre la estrategia a seguir en el nuevo régimen republicano. En la página dedicada a la primera sesión del congreso, se apelaba a los revolucionarios cenetistas «hispánicos» frente a los estúpidos y medrosos gobiernos que, desde la dictadura de «Miguelito» hasta la «republiquita» de «frailes, banqueros y generales» dirigían los destinos del país:

> Surgió la estúpida Dictadura de Miguelito. Hubo cárceles y destierro para el Sindicato Único. Vinieron las dictablandas de Berenguer y Aznar. Llegó la republiquita medrosa y burguesa, con su cortejo de frailes, banqueros y generales. Por encima de tales mostrencos sucesos, ha crecido y se ha granado la nueva generación hispánica, que es muy nacional y muy revolucionaria [14: 6].

Los anarcosindicalistas venían de la España «joven» y «revolucionaria». El que mejor representaba estas virtudes era Ángel Pestaña, al que se reivindicaba por ser, además de revolucionario, un patriota genuinamente español. De él se decía que «bien pudo acompañar a Mio Cid a reconquistar la justicia». Pestaña era «la verdad y el amor» que se abría «camino sobre los espíritus y las ansias de los trabajadores» [14: 6]. El que los ensamblaba y unificaba. Un discurso que integraba al líder anarcosindicalista dentro de un proyecto de reactualización de los mitos pretéritos nacionales en un presente de agitación revolucionaria en línea con lo que sostiene Neocleous sobre el fascismo [1997]. En este sentido, el sindicato anarcosindicalista era plenamente nacional, porque, pese a que su hegemonía como organización obrera se circunscribía a Cataluña –donde culminó un proceso de reconocimiento federal por parte de la República y se gestaba un estatuto de autonomía promovido por las fuerzas catalanistas–, interpelaba al conjunto de trabajadores españoles y desconfiaba de los proyectos autonomistas por amenazar su unidad. El catalanismo de Macià y la Esquerra era antitético a la «muy nacional y muy revolucionaria», de «rudeza ibérica», CNT [14: 6]. Por otro lado, el anarcosindialismo desconfiaba de las internacionales y no se sometía ni a Amsterdam

ni a Moscú. Su base y su liderazgo eran plenamente españoles y sus resoluciones no tenían hipotecas ideológicas y financieras con países extranjeros.

Los anarcosindicalistas asimilaban las políticas económicas del pasado y las de la República «burguesa» y se revolvían contra las «injusticias» que los reformadores «ocultaban» con urnas y democracia. Una de las movilizaciones con más repercusión de la CNT fue contra el monopolio de telecomunicaciones Telefónica en julio de 1931. La revista dedicó varias páginas a la huelga con numerosos elogios al sindicato de clase «no marxista» que rechazaba la participación extranjera de la American Telephone and Telegraph Company. Exigían la nacionalización de la compañía subordinada a los intereses del «imperialismo» americano. Una reivindicación que, según *LCE*, convertía el sindicato en el único portavoz de los intereses nacionales contra el «el rapaz capitalismo extranjero».

La idealización de la CNT por *LCE* conecta con algunas interpretaciones históricas ulteriores del sindicalismo anarquista que lo retratan positivamente como una fuerza antiburocrática organizada de base por gente común, ajena a élites y credos políticos impuestos [Bookchin, 1978]. Al contrario, desde parámetros liberal-progresistas, la historiografía la concibe como un irracionalismo antimoderno que compartía en esencia la misma matriz moral-religiosa que la ultraderecha [Martin, 2014]. Si bien el cenetismo estaba en guerra contra el fascismo, la simpatía de LCE respondía a la elasticidad ideológica y programática del sindicato. Estos tampoco se librarían de las acusaciones de republicanos y socialistas de colaboradores necesarios del complot fascista y monárquico, o anarcofascista. Mismo trato que los anarcosindicalistas dispensarían a sus oponentes de la coalición republicano-socialista durante el primer bienio. Ya para el 17 de octubre de 1931, en uno de los últimos números de *LCE* que vieron la luz, se atacaba el cambio de estrategia de la CNT tras la Asamblea regional de sindicatos únicos catalanes. Esta daba la victoria a los sectores más cercanos al anarquismo; lo que, a entender de los ledesmistas, se esfumaban las posibilidades de un gran sindicato en el que basara su economía un nuevo Estado totalitario. A pesar de su oposición a las reformas republicanas, como ocurrió en los casos de Indalecio Prieto o

Ramón Franco, el intento de «hispanizar» un sindicalismo anarquista enfrentado durante años al «fascismo» somatenista fue un rotundo fracaso.

Hispanidad y República hispánica

Ismael Saz [2003] sostiene que el nacionalismo español, compuesto de una serie de elementos identitarios aparentemente estables, perdurables en el tiempo y con escasas modificaciones estructurales, respondía a la crisis de identidad que trajo consigo el Desastre de 1898 y los comienzos del siglo xx en España. Aquellos que integrarían una corriente «fascista» o «fascistizante» española, desde el conservadurismo tradicionalista al fascismo revolucionario, respondían a las exigencias y demandas de la sociedad, y su constitución era más voluble e inestable que la de otras fuerzas de la izquierda con una tradición política mucho más asentada. La identificación del «fascismo» con una tradición política y una organización social preexistente, lejana en el tiempo, formaba parte de su propia retórica de proyección en un pasado opuesto a un presente de decadencia que, si en el caso del marxismo había sido identificado con el capitalismo, se justificaba por la ausencia o disolución de la identidad nacional homogénea pasada.

En esta línea, el primer punto del manifiesto de *LCE*, «Pedimos y queremos», exigía el establecimiento de un «Estado hispánico, robusto y poderoso» apelando a un pasado imperial que dio sus frutos: «la táctica imperial que nos convierta en el pueblo más poderoso de Occidente». Merece especial atención el adjetivo «hispánico» que acompaña buena parte de su lenguaje y su utilización sistemática como un vocablo de aplicación múltiple a fenómenos y personajes que convergían, en principio, con sus presupuestos ideológicos. De este modo, adjetivaron la recién llegada República de «hispánica» o a los jóvenes estudiantes FUE de «hispánicos». Asimismo, halagaron el sentido «hispánico» de ciertas figuras políticas relevantes como Prieto, del comandante Franco o de líderes como Ángel Pestaña. En este sentido, *LCE* disponía del epíteto para calificar al movimiento de resistencia contra el régimen demoliberal y del capitalismo. El «nuevo» modelo de organización de la sociedad

y del Estado que emergía en tiempos de agitación del nacionalsocialismo alemán, del fascismo italiano y del nacionalismo kemalista era a su vez «hispánico». El semanario hacía su propio uso de un término indefinido para granjearse los apoyos de aquellos obreros y estudiantes desalentados por la retórica internacionalista del marxismo.

A lo largo de 1920 se inició una discusión sobre las implicaciones politicoideológicas de la hispanidad. El socialista Luis Araquistáin publicó en *El Sol* un artículo en el que defendía un hispanismo ligado a las tradiciones liberales. Según Araquistáin, un hispanoamericanismo oficial de reconocimiento entre tiranos y déspotas se situaba a ambos lados del continente. Era necesaria una reacción de la «inteligencia crítica» de las naciones hispanoamericanas que superaran una idea de hispanismo acrítica y conservadora: «Necesitamos un hispanoamericanismo liberal, por contraposición a ese otro hispanoamericanismo conservador o indiferenciado que coloca la idea de hispanidad –como en otro orden la idea de nacionalidad– por encima de nuestras imperfecciones y nuestras miserias, llevándole a adular todo lo que pertenece a nuestra raza, aunque sea falso, inepto, feo o injusto»[111]. El socialista se refería al uso específico del término hispanidad adoptado por los partidarios de la dictadura y de un «conservadurismo» transoceánico al que combatiría otra hispanidad «liberal». Veamos en qué consistía el debate por la hispanidad. Ya en 1944, Zacarías Vizcarra Arana señalaba que el vocablo refería a los pueblos hispanos diseminados por el mundo que poseían un «conjunto de cualidades» espirituales que los diferenciaban. Independientemente de las diferencias raciales entre estos pueblos, este conjunto se definía por la religión católica, contrapeso espiritual de las «luchas raciales y apetitos materialistas»[112]. La fiesta del Día de la Raza trasladaba la concepción opuesta al sentido espiritual de la obra hispánica, por lo que debía de sustituirse por Día de la Hispanidad. Desde la sociedad cultural y su revista homónima *Acción Española*, Maeztu

111. Araquistáin Quevedo, Luis: «Hacia un nuevo hispanoamericanismo», en *El Sol* (13-XII-1927), p. 1.

112. Vizcarra Arana, Zacarías: «Origen del nombre, concepto y fiesta de la Hispanidad», en *El Español: Semanario de la Política y del Espíritu* (7-X-1944), pp. 1-13.

adoptó la definición de Vizcarra, la profundizó histórica y filosóficamente y la dotó de una significación política contemporánea[113].

LCE se hizo eco de las reflexiones de Maeztu sobre la hispanidad como una solución alternativa a las dos tendencias ideológicas exógenas que lastraban a las «naciones hispanoamericas»: la capitalista y la comunista [2: 5]. Maeztu hacía una analogía entre hispanidad y los modelos sociopolíticos anticomunistas en toda Europa derivados del fascismo que se oponían al liberalismo decadente y que confrontaban al materialismo socialista revolucionario. En términos políticos, la hispanidad teorizada por Maeztu era una reacción a tradiciones políticas mucho más antiguas y asentadas en la España de 1930 como el liberalismo, el socialismo o el anarquismo, además de un discurso crítico con los movimientos regeneracionistas que, desde principios del siglo xx, se sustentaban sobre concepciones foráneas. La construcción ideológica del concepto formaba parte de una estrategia de galvanización de una identidad monárquica que había perdido sus referentes el 14 de abril, con el exilio de Alfonso XIII y el fin de una institución sobre la que se asentaban los pilares del conservadurismo católico y monárquico.

En *LCE* lo hispánico se reivindica vinculado a la historia y a los mitos nacionales de la Reconquista y el Imperio, pero, a su vez, abrazará el regeneracionismo y la generación del 98[114]. En el proceso de constitución de la República española, el término se usaba sistemáticamente para calificar a las fuerzas políticas revolucionarias que habían desempeñado un rol central en el movimiento contra la dictadura de Primo de Rivera –a la que el propio Maeztu y sus colaboradores habían secundado– y en la llegada de la República. En lo hispánico se subsumían reivindicaciones de movimientos que por su desarrollo y estrategia eran proyectos antitéticos al de *Acción Española* y que constituían lo que Maeztu denominaba como la anti-España. Si, según Rafael Cruz, durante el periodo

113. La sociedad cultural se constituyó en octubre de 1931. El primer número de la revista data del 15 de diciembre de 1931 y duró hasta un mes antes del estallido de la Guerra Civil, en julio de 1936 [González Cuevas, 2003].

114. Véase el artículo de *LCE*: «La monarquía en la España de los siglos modernos», de M. Almagro Bosch en el que se contraponen los ideales imperiales del «morir de la Edad Media» en oposición a la época «de leyes y leguleyos» [7: 4].

se visibilizaron «una variedad de identidades de pueblo» circunscritas a una comunidad popular, un pueblo republicano, un pueblo trabajador, un pueblo revolucionario o un pueblo español [Cruz, 2006: 26], *LCE* trató de aglutinar esa multiplicidad, en muchos casos excluyente, en una gran identidad hispánica. La retórica se sustentaba en una ecuación entre lo hispano y los movimientos actuales. Lo actual o lo nuevo se asociaba a lo opuesto al decadente régimen demoliberal y a sus promotores burgueses y «leguleyos». Lo hispánico apellidaba los fenómenos contemporáneos que, en convergencia con las experiencias del resto de Europa, eran antiburgueses y revolucionarios, mientras que eran su opuesto aquellos que proponían proyectos residuales del siglo anterior. De este modo, la mayor parte de los miembros del gobierno provisional eran objeto de descalificaciones por parte del semanario porque, enmascarados en la apariencia de lo «nuevo», no eran otra cosa que expresiones burguesas de «señoritos», como la ideología socialdemócrata cuya «entraña, ideología y afanes son específicamente burgueses». Por otro lado, aunque se considerara un fenómeno actual que venía a superar el modelo demoliberal del siglo XIX, el comunismo se oponía a lo hispánico no tanto por sus presupuestos colectivistas, sino porque introducía «en las sagradas fidelidades hispánicas el morbo de la deslealtad, de la traición y del error», siendo un «vago extranjerismo de una cultura antinacional» [12:1]. Tanto la estrategia socialdemócrata como la comunista no eran hispánicas, porque la primera no se ajustaba al principio soreliano de la revolución violenta y la segunda se enajenaba de la nación española como componente identitario central[115].

La contingencia de los primeros meses de la República fue un factor determinante para que la ideología de *LCE* se identificara con bloques ideológicos que más tarde se distinguirían claramente de sus adversarios «fascistas». La apelación a una República hispánica, a los estudiantes hispánicos de la FUE, al sentido hispánico de Prieto o del comandante Franco y al sindicalismo hispánico de la CNT eran productos derivados de una retórica construida improvisadamente, a partir

115. Véase Maeztu y Whitney, Ramiro de: «El quinto voto», en *ABC* (12-I-1933), p. 4.

de las contingencias de un periodo de crisis orgánica del viejo Estado monárquico hacia un modelo republicano con una identidad incierta. Estos derivados heterogéneos, en la mayoría de los casos contradictorios, respondían a una estrategia de convergencia del movimiento de Ledesma con los nuevos movimientos políticos y culturales. Al estar sometidos a las contingencias y a la indefinición propia de movimientos que estaban siguiendo el proceso de construcción republicana, *LCE* apelaba a los anarcosindicalistas o republicanos extremistas que adoptaron posiciones más definidas, caso del comandante Franco.

Qué es eso de ser fascista

¿Qué decían aquellas organizaciones y personalidades «republicanas», «revolucionarias», «de aires jóvenes», a las cuales apelaba el periódico de Ledesma? Todas ellas manifestaron su escepticismo, cuando no su abierto rechazo a LCE y a las ideas fascistas que defendían. En un artículo de *La Tierra*, Álvaro Fernández Suárez argumentaba la razón por la cual «en España, afortunadamente, estamos libres de esa plaga. La fina ironía aristocrática de nuestro pueblo los pulveriza y transforma, lo que en otro lugar sería un desfile de camisas negras, en una ridícula mascarada de carnaval»[116]. Asimismo, la bienvenida al semanario la iniciaba *Muchas Gracias*, en la sección dedicada a los acontecimientos políticos de rabiosa actualidad, aludiendo al «grupo de jóvenes escritores de ultraderecha fascista, muy inteligentes y versados en todas las disciplinas cultas»:

> Van, según se dice, a publicar su semanario.
> –¿Y cómo se titula? –Le preguntaron a uno de los caudillos del grupo.
> –«La Conquista del Estado»– contestó.
> –¿Nada más?– Preguntó con cierta sorna uno de los oyentes.
> –Nada menos– Replicó el otro[117].

116. Fernández Suárez, Álvaro: «Rocco, nuestra universidad y el fascismo», en *La Tierra* (7-III-1931), p. 6.
117. Quijano, José de, *Scaramouche*: *Muchas Gracias*, (28-II-1931), p. 7.

Empero, más allá de las burlas recurrentes en la prensa satírica a los políticos de uno y otro signo, el fracaso más estrepitoso de la revista de Ledesma fue convocar al grito de sus consignas a aquellos sectores de la intelectualidad y de la política vinculados al 14 de abril. Algunas de ellas no se demoraron en enviar respectivas cartas a la prensa a fin de que su nombre no se asociara a la revista. A ello y al intento de simpatizar con la corriente republicana imperante, refería el editorial de *La Libertad* «Los nuevos republicanos: los de "La Conquista del Estado"» publicado apenas cuatro días después de la proclamación de la República. El comentario aludía al intencionado confusionismo y camaleonismo de sus promotores «Sres. Giménez Caballero y Ledesma Ramos» que habían incluido «en la lista de colaboradores destacados intelectuales republicanos y aún más avanzados todavía»[118]. Sin embargo, contra la intención espuria de los directores, «estos señores se apresuraron a hacer saber que sus nombres habían sido utilizados sin autorización suya». El republicanismo difundido en los editoriales posteriores al 14 de abril no era sino producto del entrismo y oportunismo de los «viejos upetistas» –en alusión al partido de Primo de Rivera del que nunca formaron parte– que ahora cantaban loas de entusiasmo a la *Niña Bonita*. En este sentido no solo se referían a los fascistas sorprendentemente republicanos, sino tantos otros interesados en hacer proselitismo de la República a costa de pervertirla y desviarla de su ideal antimonárquico, antiderechista y anticlerical: «Los nuncios del fascismo, no bien ha triunfado el régimen actual, se han sentido como tantos otros leales insospechados, poseídos de un repentino fervor republicano»[119]. La denuncia de «upetistas» y «primorriveristas» ahondaba en el sentido derechista del

118. Uno de los citados falsos colaboradores de *LCE* fue el escritor Esteban Salazar Chapela que una carta al director de *La Tierra* negaba una supuesta pertenencia al grupo o sintonía con sus ideales: «Me interesa decir en público (…) que mis ideas son el extremo opuesto al repertorio de efusiones de «La Conquista del Estado», en *La Tierra* (7-III-1931), p. 6.

119. «Los nuevos republicanos: los de "La Conquista del Estado"», *La Libertad*, 18-IV-1931, p. 1. El editorial hacía mención al arribismo de Giménez Caballero en los siguientes términos: «Siempre fue un buceador de ministerios ese escritor, hasta hace poco tiempo absolutista».

fascismo y recordaba que nada juvenil o radical encarnaban sus presuntos continuadores. En ello incidió el dibujante Francisco Mateos, que había participado en los primeros cuatro números del semanario con sendas viñetas críticas con los oportunistas monárquico-republicanos y el dictador Berenguer. Según Mateos, Giménez Caballero le había engañado a razón de una cantidad que le adeudaba por una anterior colaboración. Solo tiempo después supo de «los antecedentes fascistas y primorriveristas» del autor de *Julepe de menta* y decidió dejar de dibujar para la revista[120].

En la dialéctica imperante, los ataques contra la revista se enmarcaban en el discurso de las izquierdas más radicales. La República había llegado de la mano del pueblo, pero a esta se habían unido un conjunto de malintencionados oportunistas de reconocida biografía monárquica, clerical o primorriverista. Las acusaciones cruzadas estaban a la orden del día: así, los anarcosindalistas recordaban a los socialistas su colaboración con la dictadura o los izquierdistas recordaban la confesión religiosa y las tendencias derechistas de neorrepublicanos como Maura o Alcalá Zamora. Durante 1931 y 1932, el gobierno justificó la censura a los periódicos anarcosindicalistas en aplicación de la Ley de Defensa de la República debido a su carácter anarcofascista. Para 1931 era imposible navegar por el maremagnum ideológico y partidista español con el apellido *fascista* unido al de *revolucionario* o *juvenil*. Años antes del asesinato de Matteotti y del establecimiento definitivo de la dictadura en Italia surgieron antifascistas españoles que desgranaron el sentido «reaccionario» del fascismo e identificaron con nombres y apellidos a sus colaboradores españoles. Más aún, el adjetivo *fascista* comenzaba a usarse para censurar discursos y acciones de adversarios que mostraran cualesquiera características propias de una ideología que se decía síntesis absoluta de tendencias antagónicas. Así, la etiqueta *fascista* acompañaba sin principio de contradicción al autoritario, al anarquista, al irracionalista, al colectivista, al burgués, al pequeñoburgués, al escuadrista, al militarista, al socialista, al capitalista, al clerical, al anticristiano, etc. Llegará incluso a señalar al «enmascarado»

120. *La Tierra* (7-XII-1931), p. 6.

en un discurso presumiblemente antifascista, pero cuyos actos o intenciones definían a un declarado o posible aliado de un fascismo por llegar. El sobreuso del «fascista» comenzará a proliferar a medida que el régimen republicano se asiente, sus opositores crezcan exponencialmente a izquierda y derecha y, por último, el gobierno del primer bienio implosione, surgiendo nuevas organizaciones políticas republicanas enfrentadas entre sí, y el partido obrero hegemónico –PSOE– se enfrasque en luchas intestinas.

En los comienzos del régimen republicano, aún estaban por definirse múltiples entusiastas del 14 de abril. Para entonces, *LCE* tenía que desembarazarse de una pesada mochila: la «España negra», el «atraso», la «aristocracia», el «caciquismo» y la «dictadura» amenazaban con su sombra a los nuevos republicanos, a los derechistas y, por supuesto, a los fascistas. No tardó *LCE* en replicar las acusaciones vertidas por la prensa izquierdista acerca del oportunista neorrepublicanismo de sus directores y del carácter fascista-primorriverista de la publicación. Otro lastre lo causaba la relación del grupo con Giménez Caballero, su ramoniana interpretación del fascismo y su más que discutida figura de autoproclamado pope de los literatos revolucionarios españoles. De modo inequívoco figura en la portada del número 7 del 25 de abril de 1931: «El señor Giménez Caballero ya no pertenece a *La Conquista del Estado*». En él defendían al «amigo, cuya colaboración hemos estimado mucho» para, a continuación, distanciarse de sus «particularísimos puntos de vista, fluctuantes en presencia de los hechos»; «Giménez Caballero, en nuestra opinión, tiene solo el defecto de lanzarse a los escarceos políticos con un exclusivo sentido literario, sin capacidad para enfrentarse con las durezas de la realidad»; «ha reconocido –y le hemos ayudado a reconocer noblemente– que no está hecho para las bregas políticas, y así, a completa satisfacción nuestra, abandona en estos momentos *La Conquista del Estado*». Obras como *Genio de España*, *Arte y Estado*, el discurso de la unificación que inauguraba el recién fundado partido Falange Tradicionalista de las JONS en la Guerra Civil, sus iniciativas político-culturales en la posguerra y su cargo de embajador de España en Paraguay nos informan de cuán lejos estuvo Giménez Caballero de aceptar su falta de competencia en asuntos políticos. Gecé también era protagonista de la columna anexa

«Para *La Libertad*», que le acusaba de ser haber defendido una cosa y la contraria; «de antiguo contemporizador del Directorio y de actualísimo republicano». «Giménez Caballero se ha defendido, al parecer, de esas imputaciones. A su cargo exclusivo corre, claro, su defensa» [7: 1]. En lo que respecta a su filiación política, decía lo siguiente:

> Desde el primer día se nos tachó infundadamente de fascistas. Es verdad que este apellido sigue a Giménez Caballero como la sombra al cuerpo. Contra su voluntad, claro. No sabemos ni comprendemos qué es eso de ser fascista en España. (…) Pero esto nos importa poco. Lo que somos está bien claro en los números de nuestro periódico. Léase con los ojos abiertos y la mente abierta. El que sea capaz de abrir ambas cosas [7: 1].

Señalaremos que Giménez Caballero nunca renunció a denominarse fascista, aunque los principios adheridos a su identidad variaran, parafraseando a *LCE*, «fluctuantes en presencia de los hechos». En cuanto al sentido fascista de la publicación, la separación de epíteto será la usada por otras organizaciones como Falange. El fascismo era propio de Italia y España tenía su propia tradición nacionalista. Este argumento también fue esgrimido por otras derechas que se negaban a imitar un escuadrismo a la española, pero aludiendo no solo a la diferencia geográfica y otras razones esencialistas que separaban al «italiano» fascismo del *ethos* hispánico, sino a todo tipo de elementos que vincularan fascismo con otros fenómenos extraños a la «esencia» de España como el liberalismo, la masonería o el bolchevismo.

Las izquierdas habían desarrollado todo un arsenal retórico de adjetivaciones antifascistas, en el cual podemos encontrar la referencia a un «fascismo rojo» aplicado en Rusia. Aquel embrionario en España debía crecer en un organismo maduro de fascismos establecidos y definidos en cada una de sus manifestaciones particulares por los antifascistas españoles. Una de las más relevantes del heterogéneo grupo, Federica Montseny, postulaba su visión libertaria en un artículo publicado en *La Revista Blanca* el 1 de enero de 1931: «Las enseñanzas de una dictadura». En el mismo analizaba la llegada de Uriburu al poder en Argentina como «una manifestación localizada de la gran enfermedad del siglo: el fascismo». En esta reflexión encontramos elementos de

un contrafascismo de muy amplio espectro –«las fuerzas que podemos llamar de la libertad»– opuesta al fascismo en ambos lados del Atlántico: «Un fascismo injertado en dos grandes ramas de ferocidad primaria: la mano de presa de Yanquilandia y el instinto autoritario de los caciques españoles». Un fascismo de alcance universal que superaba generosamente las previsiones más optimistas de los predicadores de la nueva era anticomunista: «En el viejo mundo, representa al fascismo internacional la defensa armada y organizada de los intereses creados de la aristocracia, la burguesía y el clero. En América, es el brazo tentacular de Wall Street, que tiende a asegurarse la hegemonía del mundo por medio de un tipo, también intercambiable, de dictadura industrialista que sume a los hombres en el todo y concibe al mundo como un enorme engranaje». «Ambos fascismos –el italiano, tradicional, imbuido de grandes frases hueras y de sueños de gloria y de dominio; el yanqui, práctico, feroz, anulador de la personalidad humana, que convierte a los hombres en un rebaño– tenderán inexorablemente a la expansión». A este fascismo expansivo se podría sumar un tercero: «A ellos se sumará una tercera forma de retroceso, una tercera modalidad destructora de la realidad hombre y exaltadora de la abstracción Estado: Rusia, fascismo rojo que tiende a anexionarse el Asia». El fascismo no solo se insertaba en la reacción y en el capitalismo, sino que se encontraba en todas aquellas fuerzas cuyo objetivo estratégico fuera la implantación de una dictadura y la aplicación de un programa mediante el «terrorismo estatal»[121]. En este inesperado grupo de fascistas encontrábamos al comunismo leninista, que entonces se encontraba en la etapa más pujante contra el socialfascismo. El anarcosindalismo se posicionaba en contra del comunismo por lo que había en él de fascista. Una teoría de los hermanos uterinos que abrazaba gran parte de los discursos políticos visionarios de un monstruo fascista de múltiples caras[122].

---

121. Montseny, Federica: «Las enseñanzas de una dictadura», en *La Revista Blanca* (1-I-1931), pp. 347-349.

122. Como veremos en el capítulo posterior, la dispersión de siglas y culturas políticas de izquierda en la República acarrearía la generación de múltiples antifascismos [García, 2015]. El uso indiscriminado del fascismo analógico sería a su vez

Aun por motivos antitéticos, similar celo contrafascista observaron las filas «reaccionarias», supuestas aliadas de los fascistas de *LCE* para la prensa izquierdista. De este modo, el integrista *El Siglo Futuro* asimilaba al grupúsculo con aquellos a los que, con rotundo fracaso, pretendían convencer: los revolucionarios, republicanos y «zurdos» que, con el cambio del régimen, aspiraban a implantar un Estado anticatólico:

> Ya ha salido el número 2 de un semanario titulado con muchos bríos «La Conquista del Estado» (…) queremos (dice el esforzado «conquistador») al político con sentido militar de responsabilidad y de lucha». Así, clarito, en la primera plana y con letras gordas. ¿Se enteran ustedes? (…) Otro compadre le acaba de salir, zurdo también, pues ambos zurdean una barbaridad. «La Calle», «revista de izquierdas», para que nadie dude de lo que es el naciente papelillo[123].

Según el diario conservador *La Época*, el fascismo era una vía fracasada más en un panorama internacional desolador de democracias, dictaduras, liberalismos y socialismos, contra los que se posicionaba frontalmente. El editorial que daba la bienvenida al año del 1 de enero de 1931 llamaba a construir una alternativa a todo aquello bajo los siguientes preceptos: «El día en que hayamos escrito un lema conservador: Religión, Monarquía, Orden, Familia, Propiedad, Derecho, Autoridad, Ley, y que en función de ellos se agrupen las personas». Y el fascismo no únicamente representaba lo contrario a esos valores tradicionales, sino que se mostraba incapaz de resolver los problemas más acuciantes tras la crisis de 1929. Además, sus planes de expansión en la parte septentrional de la península itálica y en el Mediterráneo amenazaban con una nueva guerra: «El fascismo italiano no ha podido vencer las dificultades en el campo económico y esto exalta más y más su nacionalismo, constituyendo un grave peligro para la

---

causa y efecto de este proceso de atomización de las izquierdas. Cada una de las identidades vendría a monopolizar el discursos progresista u obrerista contra un oponente que, por serlo, se situaba anejo al fascismo.

123. Un viejo, muy viejo… demasiado viejo (pseud.): «Otra ofensiva…, y otra… ¡Y otras!», en *El Siglo Futuro* (2-IV-1931), p. 1.

paz»[124]. En este contexto de 1931, el ataque al fascismo como producto del liberalismo y el laicismo revolucionario y anticatólico tenía más fuerza en la prensa derechista. Ello no significa que podamos generalizar la corriente de opinión de un momento político puntual con el fin de elevarla a una disposición categórica de un conservadurismo ideal enfrentado en todas sus etapas al fascismo. El vocablo se adaptó a múltiples predicados a lo largo de las décadas de 1920, 1930 y 1940 y en su forma adjetiva acompañó infinidad de discursos. En determinados contextos significó todo aquello rechazable por el conservadurismo –y en otros, como veremos en los capítulos siguientes–, llegó a confundirse con los términos citados de Ley, Orden, Familia, etc… en un Nuevo Orden superador del capitalismo demoliberal que se enfrentaría mortalmente con la otra alternativa posible: el comunismo de Stalin.

Un asunto espinoso era el lugar del catolicismo en un futurible régimen fascista en España. De la crítica de los católicos italianos hacia el régimen mussoliniano se hacían eco revistas católicas como *La Escuela Moderna*, que publicaba un artículo de Giuseppe Monti –autor de *La libertà della scuola* (1928)– sobre la reforma Gentile. Pese a los notables avances de la escuela católica en la Italia fascista, Monti consideraba que el espíritu laico y no católico del filósofo italiano permeaba toda la legislación: enseñanza religiosa pero no monopolizada por el clero, respeto a minorías religiosas y objetivo programático de superar la conciencia religiosa de los infantes en favor de una disposición filosófica propia de la madurez intelectual. En suma, una mejora leve con respecto al modelo laicista anterior, pero insuficiente para el pensador católico: instructores no supervisados por el clero, no obligatoria observación de las fiestas de guardar en las escuelas o aproximación no doctrinal e idealista a la religión: «Verdad que en muchos sitios, por las condiciones favorables del ambiente y por la buena voluntad de los elementos locales, la aplicación de la ley ha sido beneficiosa, y puede asegurarse sinceramente que lo será cada día más; pero esto no justifica las lagunas ni los defectos de la ley, considerada en sí misma,

124. «¿Cómo se presenta el año 1931?», en *La Época* (1-I-1931), p. 1.

ni puede dejar tranquilos a los católicos de cara al porvenir», finalizaba Monti[125]. Todo ello fue tratado por *LCE*. En particular, nos referimos a las violencias antiderechistas y anticlericales desatadas durante los días 11 y 12 de mayo y a la reorganización de las derechas en el nuevo contexto histórico.

El pueblo republicano contra el pueblo católico

Los acontecimientos acaecidos en mayo de 1931 desencadenaron una lucha entre identidades políticas antagónicas que empezaron a definirse a partir del grave enfrentamiento entre republicanos y católicos. Desde finales del siglo xix, la oposición a la hegemonía de la Iglesia católica fue un elemento de unidad de sectores anarquistas, federalistas y socialistas, para los cuales, dentro de las concepciones marxistas, la cuestión religiosa era «un epifenómeno de la confrontación central de su imaginario: capital y trabajo, burguesía y proletariado» [Suárez Cortina, 2014: 250]. La identidad de republicanos se basaba también en su unidad contra uno de los pilares políticos e ideológicos que sustentaban el régimen de la Restauración, la monarquía y toda tentativa iliberal precedente [Cueva Merino: 2009]. La Constitución declaraba que España no tenía religión oficial y prohibía en su artículo 26 la enseñanza a las órdenes religiosas.

A través de sus medios y organizaciones políticas, la derecha posmonárquica se basó en la identidad católica del pueblo español, que se oponía a una República beligerante contra sus creencias más íntimas y manifestaciones del espíritu colectivo. Se daba así paso al enfrentamiento entre dos modelos de pueblo: uno republicano y otro católico [Cruz, 2006]. La prensa de derechas resaltaba las contradicciones de unos republicanos que abogaban por un Estado en el que todos pudieran disfrutar de una ciudadanía libre e igual en derechos, pero que excluía con sus leyes a los católicos. En esta disputa de los derechos del ciudadano en la nueva República, estos medios y sus organizaciones

125. Monti, Giuseppe: «La reforma Gentile», en *La Escuela Moderna* (1-I-1931), pp. 18-26.

señalaban que la ciudadanía y la identidad española tenían que ser necesariamente católicas, porque tanto España como la libertad de los españoles eran patrimonio del catolicismo. Sin catolicismo y sin la colaboración generosa entre sus instituciones y el Estado no había libertad ni igualdad entre los ciudadanos. Un ejemplo de esta cadena libertad-ciudadanía-religión lo ofrecía el editorial del primer número de *Gracia y Justicia*, que acusaba a los dirigentes republicanos de no

> encauzar la vida pública por el camino del bien, que está en el orden, en el respeto a las ideas, en la garantía para todos los derechos, en la consideración a las tradiciones del país, en el mantenimiento del espíritu cristiano, en la conservación de la moral, en las leyes de convivencia[126].

De este modo, se asimilaba la hegemonía de las doctrinas del credo católico con el respeto a los derechos e ideas de todos los ciudadanos. En consecuencia, no se estaba defendiendo el *statu quo* previo al régimen republicano, en el que se privilegiaba la catolicidad del Estado, sino desde la inevitabilidad del actual régimen se consideraba que la ciudadanía tenía que fundamentarse en una religión.

A principios de mayo, el cardenal primado Pedro Segura y Sáez hacía público el agradecimiento a los servicios a España del rey destronado Alfonso XIII, así como un mensaje directo contra el proceso de instauración de un Estado laico y republicano: «Cuando los enemigos del reinado de Jesucristo avanzan resueltamente, ningún católico puede permanecer inactivo». La misiva de Segura hacía una apología del anterior régimen e identificaba a la República con el enemigo del catolicismo, animando a sus fieles a movilizarse contra el nuevo régimen. Este discurso de identificación de la comunidad nacional con la monarquía y la religión católica se puede seguir a través de los números de abril y de mayo del diario católico *Siglo Futuro*. El editorial del 12 de mayo, titulado «La triste jornada de ayer», afirmaba que el móvil de los ataques contra los edificios eclesiásticos era el odio a la religión católica que había sido canalizado a través de «todos los sistemas inspirados

126. «Un ratito en serio», en *Gracia y Justicia* (5-IX-1931), p. 4.

por el liberalismo», como la República, cuyos gobernantes «profesan principios incompatibles con la doctrina católica»[127]. Anteriormente, el diario había sido uno de los más beligerantes contra la proclamación de la República por tratarse de la antítesis del Estado tradicionalista, monárquico y católico que se ajustaba a sus principios. La imagen del Cristo del Sagrado Corazón acompañado de la leyenda «Reinaré en España» encabezaba su portada diaria. En 1919, Alfonso XIII había consagrado en Getafe la estatua del Sagrado Corazón de Jesús, un gesto que le granjeó el apoyo de los sectores tradicionalistas y que asimilaba a la monarquía con el catolicismo y la nación española: «Dos principios inconmovibles arraigan en nuestro corazón: Dios y la Patria. (…) Eso es lo nuestro: la fe católica y España, que es eso»[128]. El proceso de construcción nacional republicano no era solo alternativo a esta identificación entre la nación y la religión católica, sino que se oponía radicalmente a ella.

El efecto directo de la contienda entre una nueva ciudadanía republicana opuesta a la católica fue la primera organización posmonárquica de amplio alcance nacida al albor del nuevo régimen: el partido Acción Nacional, de Ángel Herrera Oria, director de *El Debate*. El periódico de Herrera Oria contribuyó en gran medida a una identidad católica que, a diferencia de los postulados de medios de comunicación monárquicos como el *ABC*, no se alimentaba de una nostalgia de la monarquía. Los acontecimientos de mayo de 1931 fueron el comienzo de numerosas manifestaciones católicas que propagaban la preservación de la Iglesia, algo que era más pretérito y profundo que las instituciones parlamentarias y monárquicas refrendadas en 1876[129]. A esta emergente identidad política católica de victimismo antirrepublicano se sumó el grupo

127. «La triste jornada de ayer», en *Siglo Futuro* (12-V-1931), p. 1.

128. «La religión y la patria», en *Siglo Futuro* (15-V-1931), p. 1.

129. La asociación politicosocial de las organizaciones laicas de la iglesia católica en España, sus contactos internacionales con el Vaticano y organizaciones de otros países y las tensiones entre los diferentes sectores procatólicos constituyen el objeto el estudio de Feliciano Montero [2009]. Sobre la vía accidentalista de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas en la República, véase Barreiro Gordillo [2007].

de Delgado Barreto, cuyo discurso se sostenía en una República que había adquirido los males que decía combatir –una monarquía de gorro frigio–, con políticas económicas que depauperaban a las clases medias urbanas y una acción en general destructiva. Sumado a la destrucción de las clases medias, la identificación de un poder político corrupto y al peligro eminente de una revolución marxista, el catolicismo se convirtió en el elemento clave de aglutinamiento de las fuerzas antirrepublicanas, que, mediante la gran coalición Confederación Española de Derechas Autónomas, lograron una amplia representación parlamentaria tras las elecciones de 1933[130].

El pueblo contra el pueblo: *LCE* ante el discurso revolucionario de mayo de 1931

Por su parte, los medios que abogaban por una transformación radical del anterior *statu quo* acusaban a la República de haber transigido con los viejos monárquicos, que eran calificados de «neorrepublicanos», y pedían una República identificada con el «pueblo» dispuesta a reprimir a sus enemigos seculares y a asumir las transformaciones sociales que requería un Estado moderno. El gobierno de la República se ponía de perfil o, aún peor, ponía un «puente de plata» a muchos de los anteriores colaboradores de la dictadura de Primo de Rivera. Tampoco impedía que los monárquicos y los católicos se reorganizaran políticamente en nuevas formaciones que amenazaban la revolución del 14 de abril. El editorial de *La Tierra* justificaba de este modo la violencia callejera de las masas:

> Las masas que votaron en alarde magnífico de civismo la República han demostrado violentamente en la calle que quieren salvar el régimen […]; al advertir la forma vacilante con la que actuaban [los miembros del gobierno provisional] frente a los enemigos de la República, ha salido a la calle y le ha enseñado una vez más, violentamente, a la

130. Un estudio sobre el fascismo como religión política y su conexión con las organizaciones políticas católicas lo constituye González Cuevas, Pedro Carlos: «Las religiones políticas contemporáneas: Su incidencia en España».

> monarquía y a sus hombres que jamás volverán a regir los destinos de España («Por el bien de la República: Las rutas que marca el país» 1)[131].

El editorial proseguía defiendo «el espíritu religioso, sano», «amparado y defendido por el pueblo», que no eran «aquellos elementos que, con la capa de la religión», encubrían «un estado de cosas retrógrado». Y concluía: «Con la Iglesia liberal representando el espíritu de Cristo, sí. Con los frailes, acaparadores de conciencias y fortunas, no». Los monárquicos y, por ende, los enemigos de la República se valían de la religión católica para extender un mensaje de subversión contra el mandato popular. Ante la pasividad de las instituciones republicanas, el pueblo actuaba resueltamente.

Pese a que por entonces *LCE* proclama abiertamente su hostilidad al gobierno «demoliberal», la defensa del «pueblo» católico de las derechas no se constituyó en un elemento de galvanización del nacionalismo «hispánico» que pregonaba el semanario. A propósito de las primeras medidas de laicización de la educación, en el número del 13 de junio, bajo el epígrafe «Notas universitarias», se demandaba a las asociaciones católicas que no hicieran «petición de ningún género, pues su misión había acabado el 14 de abril. La enseñanza no puede ser en manera alguna patrimonio de una religión o de cierto número de asociaciones católicas o no católicas». En el verano de 1931 las esperanzas de *LCE* en la República del 14 de abril ya se habían desvanecido. Pese a todo, el semanario se distanció del discurso de los diarios monárquicos y católicos sobre la quema de conventos de mayo de 1931 [Gallego Margalef, 2005].

La quema de edificios eclesiásticos que tuvo lugar en Madrid entre el 14 y el 15 de mayo no fue objeto de las simpatías del semanario, pero tampoco de una consideración especialmente animosa. El editorial del 16 de mayo de 1931 atacaba el protagonismo de las «turbas que incendian conventos», ya que el anticlericalismo era un residuo de una lógica política que consideraban pasada: el enfrentamiento entre el laicismo burgués y el catolicismo reaccionario del siglo xix.

131. «Por el bien de la República: Las rutas que marca el país», en *La Tierra* (12-V-1931), p. 1.

En línea con su defensa de la violencia, el editorial no negaba «la eficacia rotunda a las llamas purificadoras»; sin embargo, consideraba obsoleto un supuesto antagonismo entre las fuerzas del progreso y de la «frailería». A pesar de que este lenguaje recordaba la dialéctica de las organizaciones revolucionarias, el semanario no consideraba la quema de conventos la acción de una movilización legítima del pueblo, sino de una turba identificada con el anticlericalismo del siglo XIX, la cual era una lógica política que nada tenía que ver con los «nuevos tiempos». Para buena parte de las izquierdas radicales, los incendios eran el justo enfado de las masas ante los incumplimientos del gobierno provisional y el rearme de los monárquicos «fascistas». *Solidaridad Obrera* exaltaba la acción del «pueblo» –resaltado en mayúsculas– que tomaba las calles contra la reacción de «la Alianza monárquica, sus subhombres –jamás hombres– y sus elementos» –y proseguía– «cuando las multitudes ven el peligro antilibertario, saben dirigir sus tiros al blanco reaccionario y quemarse bravamente al fuego de la acción que todo lo purifica»; pero que compartía la ecuanimidad entre pureza y violencia, siempre que aquella última fuera una acción del pueblo[132]. La exaltación de la violencia era uno de los elementos centrales del fascismo revolucionario, una parte consustancial de su *ethos*. Sin embargo, *LCE* rechazaba la quema de conventos porque no se podía escamotear «los objetivos revolucionarios más directos», que eran la superación del viejo Estado demoliberal y la creación de un Estado totalitario sindicalista. La diferencia sustancial se centraba en la acción de la violencia contra los edificios eclesiásticos, un ejercicio de empoderamiento del «pueblo» para los anarcosindicalistas de *Solidaridad Obrera* y una acción de la

132. «El momento actual», en *Solidaridad Obrera* (14-V-1931), p. 1. Barbara Spackman [1996] sostiene que el elemento de condensación que articulaba la retórica fascista era su virilidad exacerbada. No obstante, las retóricas de la virilidad en mayor o menor intensidad se encontraban en muchos de los discursos del periodo. La descalificación del adversario por su «anormatividad» sexual fue bastante recurrente en los discursos republicanos contra los monárquicos a principios de la República. Se les describía como señoritos improductivos dedicados exclusivamente a las pasiones «vesánicas» cuando no se les atacaba por su homosexualidad.

«turba» para *LCE*. En definitiva, se trataba de una posición no tanto de neutralidad ante los sucesos de mayo, sino a medio camino en distintos lenguajes revolucionarios que estaba tan lejos de los planteamientos de la derecha de vuelta al anterior régimen como de los movimientos revolucionarios que hacían del anticlericalismo un elemento central para articular una noción de pueblo. El editorial de *LCE* sentenciaba «¡Nada sobre el Estado! Por tanto, ni la Iglesia, por muy católica y romana que sea» [10: 1].

El debate que inauguró los primeros conflictos del periodo republicano se relegó a un lugar secundario y la acción política de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas y el partido Acción Nacional, posteriormente Acción Popular, se ignoró en el pasquín de la pequeña organización. Los contenidos de la revista se contradicen con el ensayo *¿Fascismo en España?*, en el que, ya en 1935, llamaba a las fuerzas de la derecha a unirse contra la República. En un análisis retrospectivo de los meses de *LCE*, el filósofo zamorano decía haber compartido objetivos políticos con Acción Popular al tratarse de una fuerza antimarxista «como la nuestra» [1935: 64]. En los primeros meses del semanario, *LCE* no dedicó ninguna atención a la politización de un catolicismo que fuera una alternativa a la vieja monarquía y la República. Tampoco planteó que en la configuración de un fascismo a la española la religión fuera un elemento clave en la identidad «hispánica». Al contrario, la defensa de las organizaciones como la FUE en *La España que hace* interpelaba al sentido común de los jóvenes que se había puesto «enfrente del poder» [1: 6] contra la intervención de la Iglesia en la universidad a través de las asociaciones católicas: «El orbe humano en el que se mueven las preocupaciones de lo religioso las creemos en todo ajenas al orbe político, y nada nos importan, una vez asegurada aquella supremacía» [10: 1].

LCE no recurrió al catolicismo como un elemento de identidad política. El manifiesto fundacional del semanario «Pedimos y queremos» hacía referencia a un Estado «robusto y poderoso», una dictadura de «origen popular» que garantizara «todas las necesidades materiales y espirituales del obrero», con la «entrada en las Universidades de los hijos del pueblo». Nada se decía sobre las creencias y la religión como un

elemento vertebrador del fascismo español. A propósito de la expulsión del cardenal Segura se decía:

> La Iglesia, por muy católica y romana que sea, no puede jamás pretender soberanía alguna frente al Estado (…); es execrable que la Iglesia haya sido muchos años sostenedora y amparadora de todos los abusos y de todos los crímenes contra la prosperidad y la pujanza del pueblo español. Creemos, pues, que el Gobierno está obligado a reajustar el papel de la Iglesia en la vida civil de nuestro país [15: 2].

A medida que se reducía el campo de acción del fascismo revolucionario y sus compañeros de viaje significaban sus proyectos lejos de los presupuestos del manifiesto «Pedimos y queremos», así como se configuraban dos pueblos antagónicos, *LCE* radicalizó su discurso contra el anticlericalismo de la izquierda: «anticlericalismo bufo» de «odio burgués» y «partidos masónicos». Una serie de términos que no habían aparecido en número anteriores y que se concluían con un nuevo alegato: «La cosa va ya pasando la raya, y vamos a permitirnos denunciar un nuevo problema: el problema anticlerical». En los últimos números se planteaba como un problema la persecución religiosa y el celo anticlerical del gobierno provisional, al que ya se calificaba de tiránico.

El fascismo como vocablo polémico mundial y los fascistizados españoles

La cita que encabeza esta sección corresponde a una de las últimas reflexiones de Ramiro Ledesma Ramos (1905-1936) como ideólogo y organizador del movimiento fascista en España en 1935, un año antes de ser condenado a muerte y fusilado apenas estalló la Guerra Civil. *¿Fascismo en España?*, un breve ensayo que publicó bajo el pseudónimo de Roberto Lanzas, en el que se plantea a modo de interrogación partiendo de dos cuestiones: la primera refiere al fascismo como una tendencia internacional; y la segunda a su aplicación en España a través de diferentes partidos y organizaciones políticas. Según el texto de Ledesma, el fascismo, a mediados de 1930, ya no debía someterse a examen como una ideología circunscrita a Italia, porque en estos

momentos era «un concepto mundial operante» [1935: 45]. El ensayo es una extensión de los presupuestos ideológicos expuestos en *LCE* por el mismo Ledesma: el fascismo es antimarxista porque es nacional, a diferencia del comunismo, que funciona como una religión universal y cuyos componentes se caracterizan por su homogeneidad, por no estar arraigados a una cultura particular. Es antiburgués porque se opone a los viejos estados decimonónicos y al sufragio democrático a través de los partidos políticos; y es ante todo un movimiento juvenil de inconformistas con el *statu quo*. El fascismo se extendía por Europa convirtiéndose en un vocablo internacional por ser el germen de una alternativa viable al marxismo y al demoliberalismo.

En 1935, Ledesma ya había abandonado el proyecto fascista de *LCE*, vertebrado en torno a los actores del *cambio* del 14 de abril, los cuales formaban parte del bloque antagónico o antifascista. El programa que se plantea difiere enormemente del de *LCE*, un fascismo transversal que acogiera desde aquellos actores identificados con el 14 de abril hasta los sindicatos más radicales y que excluía a los monárquicos, los tradicionalistas vinculados a la dictadura de Primo de Rivera y los grupos católicos. El primer elemento que se diferenciaba claramente del discurso anterior era el énfasis en el carácter de movimiento de clase media, alternativa al «partido clasista de los proletarios». Según Ledesma, el fascismo interpelaba a todas las clases sociales, pero se trataba eminentemente de un movimiento de clase media. Tan solo unos años antes, Giménez Caballero decía en las páginas de *La Gaceta Literaria* que la juventud «hoy siente adormecidos sus instintos brutales y agresivos por tantos años de burocracia pacifista, de militarismo oficinesco, de predominio oficial de los viejos, de los ramplones, de una clase media estricta» [246]. No obstante, la apelación a la clase media de Ledesma no era tanto en favor de lo viejo y en contra de lo nuevo, que seguía identificando con el fascismo, sino de un cambio de actitud inherente a la clase media y sus formaciones de representación política, las antiguas fuerzas conservadoras, ahora «fuerzas fascistizadas» que reunían a «los sectores más capaces, heroicos y abnegados» [1935: 52]. El uso adjetival del vocablo *fascista* o de su derivado *fascistizado* era consecuencia de su extensión a la política internacional, dando como resultado un movimiento popular de amplio alcance que interpelaba

a las masas de forma más eficaz que el comunismo, limitado a ser el representante del proletariado. La apelación de Ledesma a las fuerzas «fascistizadas» y a la clase media se realizaba en un momento en el que la derecha estaba movilizando a su militancia fuera de los esquemas de la política «demoburguesa». Esa clase media tomaba parte, renunciaba al pacifismo demoliberal y no se arredraba ante la violencia.

Cuando se publicó *¿Fascismo en España?* ninguno de los partidos «fascistas» reconocidos –ni las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista ni su reconstitución en Falange Española– prosperó lo suficiente como para competir electoralmente con las otras fuerzas políticas. A pesar de ello, las manifestaciones, motines, huelgas, golpes de estado y revoluciones que se dieron hasta la fecha respondían a unas dialécticas permeadas por el «fascismo» [González Calleja, 2008]. La falta de corporeidad de un proyecto fascista asentado en España no fue óbice para que el fascismo entrara en la escena política sin contar con los «verdaderos» fascistas[133]. Del mismo modo que pasó en otras partes de Europa, escritores, intelectuales y periodistas se interesaron por el fascismo como un fenómeno político contemporáneo que, tarde o temprano, llegaría a España. Los defensores de las vías alternativas a la derecha conservadora se habían manifestado en el diario maurista *La Acción*, de Delgado Barreto, el sindicato libre Somatén, los seguidores del dictador Primo de Rivera y las organizaciones políticas católicas a través del diario *El Debate*. Muchos de estos actores eran acusados de «fascistas» por sus enemigos y sus mismos periódicos declaraban, con mayor o menor reserva, simpatizar con un fenómeno político que se propagaba por el continente. Estas manifestaciones políticas eran consideradas más «fascistas» para sus adversarios que las de los grupúsculos analizados. Ya en 1934, Giménez Caballero lamentaba en la revista de Falange, *F.E.* (1933-1934), que la «sanjurjada» –el golpe militar fracasado contra el gobierno de Manuel Azaña liderado por José Sanjurjo en

133. En referencia a la diferencia entre un espacio polémico de difusión del fascismo y un movimiento específico de esta ideología, señala Ferran Gallego [2012]: «Thus, for example, the small Spanish fascist "party" should not be confused with the larger fascist "space" that was being built in Spain during the Second Republic» [164].

1932– recibiera el sambenito de «fascista»[134]. Lo que se puede extraer de la queja de Gecé es que, aunque el fascismo era un elemento de suma importancia en los argumentarios de los actores políticos durante la República, aquel escuálido grupo de fascistas de Falange apenas tenían repercusión en el conflicto político. Ello corroboraba cómo el término *fascista* se usaba para adjetivar una animadversión absoluta hacia un rival político, aunque el enemigo al que se calificaba como tal negara serlo y aun sintiera aversión absoluta por lo que el fascismo significaba. Sirva de ejemplo cómo los anarcosindicalistas no tardaron en caracterizar a la República y su la ley de defensa de octubre de 1931 como tal[135].

En 1935, Ledesma vuelve sobre esta problemática en torno al fascismo como vocablo polémico internacionalizado:

> ¡Lucha mundial contra el fascismo! Una consigna así dio la vuelta al mundo antes que el propio fascismo tuviese en él análogo cinturón de admiradores. En casi todas partes se propagó el antifascismo antes de que el fascismo apareciese [1935: 48].

Constataba la paradoja de que, a pesar de que no cristalizaron movimientos fascistas genuinos en España, ya existía una extensa red de respuesta contra el fascismo. En opinión del intelectual zamorano, el antifascismo español no reaccionaba tanto contra las formaciones fascistas –en aquellos momentos, Falange Española de las JONS–, sino contra las fuerzas de la derecha que, pese a no tener el mismo origen político, habían asumido finalmente la nueva dialéctica política mundial:

> La mecánica actual de las luchas político-sociales hace que el fascismo sea la bandera de una red complejísima de gentes insatisfechas, postergadas y descontentas (…). Pues no hay solo individuos, grupos y organizaciones fascistas, sino también, y quizás en mayor relieve, individuos, grupos y organizaciones fascistizadas [1935: 55].

134. Giménez Caballero, Ernesto: «Un complot no puede ser fascista», en *FE* (19-VII-1934), p. 6.
135. «El caos», en *Solidaridad Obrera* (22-X-1931), p. 1.

De esta diferencia entre fuerzas fascistas y fascistizadas concluía Ledesma que las primeras, aquellas que habían mimetizado el fascismo italiano de un modo directo, habían fracasado, y las otras, las fascistizadas, ofrecían la única alternativa viable. El discurso de la mímesis de un movimiento extranjero frente al fascismo originario fue clave en las disputas entre las formaciones antirrepublicanas. Una vez relegado de los órganos de dirección y expulsado del partido Falange Española, el antiguo director de *LCE* criticaba abiertamente la formación de José Antonio por su corto radio como movimiento político que aspiraba a hegemonizar a la derecha antirrepublicana, así como partido de masas obreras insatisfechas con el republicanismo y opuestas al marxismo. Precisamente, como veremos a continuación, Falange utilizó el mismo discurso del fascismo «mimético» para distanciarse de sus rivales inmediatos de Acción Popular y de las juventudes que secundaban el partido –Juventudes de Acción Popular (JAP)–, a los que acusaban de ser un fascismo «fiambre», falso, frío y técnico opuesto a la autenticidad, la pasión y el lirismo del falangismo. Estos, a diferencia de los «auténticos» fascistas, sí que tenían una red extensa de cuadros por toda España que reforzaba un amplio apoyo electoral en 1933 y la hostilidad de los antifascismos.

Ledesma concluía que atrás había quedado la posible revolución nacional del 14 abril, monopolio de las fuerzas «azañomarxistas» [1935: 72] –palabro que describía la coalición entre republicanos, socialistas y comunistas–, las cuales habían encontrado otro elemento de unidad popular en el antifascismo. La única respuesta eficaz contra ellas no la protagonizaban los grupos «miméticamente» fascistas, sino, según el exdirigente de las JONS, fuerzas que tendían «a fascistizarse» [1935: 63]. José Calvo Sotelo, anterior ministro de la dictadura, miembro de Acción Española y jefe por entonces de Renovación Española, era un claro ejemplo de «líder derechista fascistizado». Desde la concepción de Ledesma, la fascistización era, más que una ideología, un proceso por el cual los conservadores renunciaban a limitarse a las vías electorales y a no emplear la violencia para contrarrestar a sus enemigos, concienciándose de la necesidad de una guerra total contra un antagonista absoluto fuera de los cauces parlamentarios. Preveía las «perspectivas inmediatas» de un enfrentamiento armado contra el bloque antifascista, que

no pasaba por el fascismo «mimético» de los falangistas, sino por la aprobación de las derechas católicas del empleo de otros medios fuera de los cauces demoliberales para la conquista del poder. En su tesis de la fascistización, Ledesma liberaba al fascismo de todo compromiso con unos principios ideológicos a favor de una estrategia directa de golpe de Estado que asimilara el fundamento de lo político como el enfrentamiento a muerte contra un enemigo irreconciliable.

En este capítulo he analizado el proyecto de Ledesma Ramos en relación a su interacción con otras identidades políticas en el proceso de transformación política del 14 de abril. El discurso de la revista es propio de un momento populista de ruptura con el pasado en el que las viejas y decadentes élites habían dado paso a las nuevas y fecundas generaciones. He analizado cómo ante el momento populista 14 del abril y respondiendo a las retóricas de los actores principales, *LCE* hizo una serie de desplazamientos de los grandes significantes que interpelaban al nuevo sujeto popular republicano. El lenguaje de la revista alternaba el discurso de republicanos revolucionarios y los anarcosindialistas identificados con la derecha no republicana, sobre todo en lo referente al rechazo a la configuración federal del Estado o al auge de los regionalismos. Esta primera etapa fue paralela a los intentos de reconstrucción del campo político de la derecha que se presentó con un discurso renovado que enfatizaba el carácter anticatólico y neoaristocrático del régimen republicano contra un «pueblo» humilde esencialmente católico. La ruptura con el 14 de abril a partir de los sucesos de mayo y el fracaso en la tentativa de hacer un anarcosindicalismo «hispánico» provocó un cambio de estrategia que llevaría paulatinamente a *LCE* a posiciones más cercanas a las de los antirrepublicanos significados en el catolicismo político. Cuando Ledesma publicó *¿Fascismo en España?* en 1935, el proceso de ideologización o fascistización había tomado unas coordenadas distintas, siendo el campo de interpelación completamente distinto. Aunque el sujeto histórico seguía siendo la juventud, el sujeto político al que interpelar no era tanto la clase obrera nacional, sino la clase media y los encargados de tomar el poder las fuerzas militares desafectas con el régimen republicano. Como señala Ferran Gallego [2005], a partir de 1934, Ledesma, identificado por la historiografía con el fascismo revolucionario, dio un giro radical a su anterior

discurso revolucionario posicionándose a favor de un frente amplio antirrepublicano con el resto de las derechas españolas para fundar un Estado corporativo.

En el siguiente capítulo trato la retórica del movimiento liderado por José Antonio Primo de Rivera, Falange Española de las JONS, a través de la revista *F.E.*, en un momento de crisis del proyecto republicano en el que el vocablo *fascismo*, ya fuera a través de su rechazo o aceptación, se haría omnipresente como elemento de movilización de diversas fuerzas políticas enfrentadas. El capítulo se centra en el discurso de Falange en relación con la ambigüedad que, de manera sistemática, adquirió lo «fascista» como epíteto de identificación y de desacreditación del enemigo político.

IV. No son fascistas: *F.E.* y la Falange de José Antonio

Fácilmente se comprenderá que cuantas veces utilicemos aquí la palabra «fascismo» lo hacemos como concesión al vocabulario polémico mundial, pero sin gran fe en la exactitud expresiva

Ramiro Ledesma, *¿Fascismo en España?*

En noviembre de 1933, el jefe de Acción Popular y cabeza electoral de la coalición católica CEDA, José María Gil-Robles y Quiñones, obtuvo una amplia victoria electoral. La nueva mayoría de derechas en las Cortes se reflejaba en la prensa nacional como el fin del proyecto republicano del 14 abril y el inicio de un proceso que guardaba similitudes con los rumbos políticos de Austria o Alemania. La prensa de izquierdas anunciaba que el fascismo había llegado al poder en España o estaba camino de asentarse en forma de dictadura. En el ocaso del proyecto republicano, del que buena parte de los socialistas se habían desvinculado a lo largo de ese mismo año, un grupo de simpatizantes del fascismo, que solía compartir tertulia en un café Lyon de la madrileña calle Alcalá con el joven abogado José Antonio Primo de Rivera –Eugenio Montes, José María Alfaro, Agustín de Foxá, Giménez Caballero, Samuel Ros, Alfonso Bardají, Alfonso García Valdecasas, entre otros–, fundó el partido que, tras el Decreto de Unificación de 1937, sellaría la marca política y simbólica del posterior régimen de Franco: Falange Española. En febrero de 1934, las JONS de Ledesma

se unieron a este nuevo partido con el propósito de aunar fuerzas en la nueva coyuntura [Ruiz-Manjón, 2006].

El líder de Falange era el hijo del dictador Miguel Primo de Rivera, némesis del movimiento republicano que emergió en 1930. En los años precedentes a la fundación del partido, José Antonio había desarrollado una prolífica actividad política, publicando artículos en diferentes medios y siendo a su vez miembro de Unión Monárquica Nacional. Uno de los factores determinantes para su entrada en la política fue la defensa del legado político de su padre, acusado, además de ejercer el poder de forma despótica, de múltiples irregularidades económicas durante su gestión. Todavía antes de la fundación de Falange, José Antonio había secundado otros proyectos embrionarios de un fascismo español, tales como el periódico *El Fascio* o, el precedente más inmediato, Movimiento Español Sindicalista - Fascismo Español. Hasta la fusión con las JONS, compartiría la dirección del partido con Julio Ruiz de Alda y Alfonso García Valdecasas. Tras la constitución oficial del partido, el 23 de octubre de 1933, José Antonio protagonizó la puesta en escena de *F.E.* con un discurso que tuvo lugar en el Teatro de la Comedia [Payne, 1999; Thomàs, 2017].

La revista *F.E.* fue el órgano de prensa de Falange desde finales de 1933 hasta julio de 1934, tras «varias suspensiones gubernativas, una censura continua y frecuentes atropellos en la calle» (Gibson, 1980: 73). La portada del semanario la encabezaban las siglas del partido y, después de la fusión con las JONS, el característico yugo superpuesto al haz de flechas. En la revista se publicaron artículos, manifiestos y reportajes sobre la actualidad política española e internacional –incluidos en las secciones «Noticiero de España» y «Noticiero del mundo», respectivamente –, con un seguimiento especial de otros movimientos análogos en toda Europa, bajo el epígrafe «Vida fascista». Cada número contenía una variedad de ilustraciones propagandísticas, la mayoría de ellas contra el parlamentarismo y el comunismo, así como fotografías de los actos de Falange. Estos últimos solían presentarse de forma detallada en las dos páginas interiores que incluían, en la parte inferior, la información para suscriptores. En ellas se recogían los obituarios y oraciones dedicadas a los militantes asesinados, las crónicas de las manifestaciones en diversas localidades españolas, generalmente

en Madrid y provincias castellanas –Valladolid, Medina del Campo o Carpio de Tajo– o los principios doctrinales del partido.

En este capítulo analizaré el discurso del partido en esta revista en el segundo bienio republicano, en el que el significante *fascismo* desempeñaría un papel fundamental en los antagonismos entre los actores hegemónicos. A través de *F.E.* se estudiará a Falange y los elementos de su discurso: 1) como partido de reacción unas derechas que no articulaban un proyecto nacionalista contra la República del 14 de abril; 2) como partido secundario en un contexto preexistente en el que el fascismo era un significante central en la dialéctica política –un fascismo que tenía que rivalizar en originalidad con el «falso» fascismo de las derechas católicas–; 3) como vanguardia de la política enfrentada violentamente a la alternativa antifascista: los partidos marxistas, y 4) como movimiento de inspiración orteguiana que salvaría la inseparable brecha entre el republicanismo, las derechas y el socialismo marxista de las izquierdas. Finalmente, estudiaré los discursos de ruptura en la primera crisis del falangismo entre finales de 1934 y principios de 1935.

Análisis del sentido polémico del significante *fascismo* en 1933

El discurso de Falange Española fue muy similar al de otras organizaciones europeas del fascismo de entreguerras y al de otros núcleos precedentes en España, entre los cuales ya se trataron ejemplos como *La Conquista del Estado* y las JONS. En este sentido, la aparición de un partido fascista español no supuso una novedad reseñable en un contexto de polarización del discurso público en que el fascismo, como vocablo polémico, aparecía con asiduidad en la hemeroteca del año 1933. Para las organizaciones de izquierda republicanas u obreristas, Falange era un elemento más del fascismo reaccionario preexistente, hegemonizado por Gil-Robles y Acción Popular. Si se tuviera por objeto un estudio general sobre el fascismo y su operatividad política durante la República, sería del todo insuficiente limitarse al análisis interno de pequeñas formaciones explícitamente fascistas, como los proyectos de Giménez Caballero o Ledesma Ramos. En este sentido, tampoco sería

satisfactorio abordar la resonancia que el léxico y la simbología fascistas tuvieron en distintas organizaciones políticas y culturales cuyo discurso presentaba abundantes coincidencias con el de otras organizaciones anticomunistas europeas –los seguidores del Partido Nacionalista Español de José María Albiñana o las Juventudes de Acción Popular–.

Ferran Gallego establece que, en el caso de España, hubo un bloque de síntesis de elementos ideológicos y culturales que compartían un conjunto de enemigos reconocibles del republicanismo, el socialismo y el regionalismo. Estas fuerzas, recuerda Gallego Margalef [2012], no eran exactamente fascistas, sino fascistizadas, y, más allá de sus diferencias doctrinales y programáticas con otras foráneas y nativas, se acercaron al *political magnetic field* del fascismo[136]. La metáfora de la atracción magnética es enormemente sugestiva a efectos de estudiar la cercanía doctrinal, simbólica, personal y económica entre líderes y movimientos de raíz tradicionalista, alfonsina, cedista o jonsista, situados a la derecha o derecha extrema del espectro político, y que darían consistencia ideológico-política a lo que, más tarde, vino a denominarse franquismo. Sin embargo, en 1933, en un contexto de esfera pública abierta, con múltiples discursos y contiendas –electorales y parlamentarias–, las rivalidades de partidos políticos de este signo podrían manifestarse, incluso, en el monopolio de esa doctrina política llamada fascismo, el cual no se había concretado en un gran movimiento de masas en España. Sin embargo, la recopilación de los discursos de 1933 hace del todo imposible determinar una unidad coherente entre el significante –*fascismo*– y el objeto –si existiera, de una organización genuina o nuclearmente fascista–. Si se determinara el fascismo y sus simpatías a partir de esta coherencia, sus partidarios se limitarían a un grupo exclusivo de estudiosos entusiastas de la doctrina, como Giménez Caballero o Ledesma Ramos.

La metáfora del fascismo como imán también podría ilustrar la repulsión, el rechazo o la oposición de otras fuerzas políticas a ese núcleo de atracción que sería el fascismo. Me refiero al antifascismo

136. Expresión tomada de Burrin, Philipe [1984]: «La France dans le champ magnétique des fascismes», *Le Débat* 32, pp. 52-72.

como elemento de cohesión de fuerzas no siempre afines, pero opuestas a una serie de organizaciones vinculadas de forma voluntaria o involuntaria al fascismo. Cuando digo «de forma involuntaria», me refiero a que muchas organizaciones y fuerzas del espectro político republicano fueron etiquetadas por sus enemigos como fascistas, aunque no se identificaban directamente con el *fascismo* o, incluso, lo repudiaban. Esto es, el uso negativo del significante fascismo para nombrar y categorizar a un enemigo, independientemente de si este defendía una doctrina o un movimiento fascistas. Este enemigo trasvasaría los límites de un movimiento específico claramente significado –véanse las JONS de Ledesma– e, incluso, un movimiento ideológico cultural de más amplio alcance; el bloque al que Ferran Gallego, utilizando la terminología de Ledesma Ramos, denomina «fascistizado». Se observa esa misma etiqueta en su función negativa, para rechazar a un enemigo político e interpelar al aliado en ese mismo contexto. Históricamente se suele resaltar el rechazo al fascismo como factor de unidad de las fuerzas republicanas en un nuevo bloque que, tras el fracaso del pacto del 14 abril durante el primer bienio, superó las diferencias entre socialistas y las fuerzas republicanas «burguesas», abiertamente reconocidas desde 1933 hasta el comienzo de la guerra. Las contradicciones políticas e ideológicas en este bloque disminuyeron una vez que unieron sus fuerzas contra el fascismo[137]. Sin embargo, la situación en el momento en que Falange se puso en escena era muy diferente y el significante fascismo funcionaba más como un elemento de disensión que de cohesión.

En referencia al uso de un significante de denominación del enemigo político, en uno de los pasajes de su célebre ensayo de 1932 *El concepto de lo político*, afirma Carl Schmitt, quien entiende lo político como el «el grado máximo de intensidad de una unión o separación, de una asociación o disociación» [57] o, lo que es lo mismo, la lucha entre una fuerza amiga y su opuesta enemiga, que «todos los conceptos,

137. Aunque la rama bolchevizada del Partido Socialista Obrero Español, representada por políticos como Francisco Largo Caballero o Luis Araquistáin, defensores de la unidad de las fuerzas obreras, no llegara a asimilar la dialéctica entre antifascistas y republicanos que protagonizó el mensaje electoral del Frente Popular, vencedor en las elecciones de febrero de 1936.

ideas y palabras poseen un sentido polémico» [60]. Se comprende que el lenguaje manifiesta la esencia antagónica del hecho político y que este mismo aparece cuando esos mismos conceptos, ideas y palabras «se formulan con vistas a un fenómeno concreto» –y añade– «cuya consecuencia última es una agrupación según amigos y enemigos (que se manifiesta en guerra o revolución), y se convierten en abstracciones vacías y fantasmales en cuanto pierde vigencia esa situación». Según Schmitt, el grado máximo de intensidad del lenguaje político se manifiesta en la guerra, en oposición a un desarrollo del juego político parasitario o lo que son «formas ulteriores de "política", aún más debilitadas, degradas hasta extremos parasitarios y caricaturescos (…) que acaba calificando de "políticos" los más extravagantes negocios y manipulaciones». Sin embargo, pese a su naturaleza espuria, Schmitt entiende que, incluso en esta escenificación fraudulenta del juego político, «la presencia de un antagonismo concreto sigue vigente en la forma usual de emplear el lenguaje (…) incluso en aquellos casos en los que falta toda conciencia de hablar "en serio"» [60]. De este modo, para el jurista alemán, «palabras como *estado*, *república*, *sociedad*, *clase* (…) resultan incomprensibles si no se sabe a quién en concreto se trata en cada caso de afectar, de combatir, negar y refutar con tales términos» [1932: 61].

¿Podría comprenderse el fascismo fuera de los usos derivados del lenguaje polémico? En el primer capítulo, se hacía referencia a la falta de concreción del fascismo como ideología política y al problema que implicaba una definición positiva como la del fascismo genérico. La concreción teórica y conceptual se hace más complicada teniendo en cuenta el sobreuso de un término que ya cuenta con un siglo de historia y que no ha parado de reproducirse como objeto de (des)identificación política. Según Gottfried, los antifascitas ya no sienten la obligación de justificar conceptualmente una definición delimitada de su objeto de odio [2016]. Según Gentile [2019], todo responde a una definición laxa o injustificada, cuando no ignorante, de un «fascismo» ajeno a su real movimiento histórico. Sin embargo, su uso como insulto a los opuestos ideológicos, su indefinición conceptual, su falta de concreción en un grupo militante, en una organización extensa es, como exponía en la introducción al presente ensayo, algo que se observa desde los

inicios del fascismo mussoliniano. Del mismo modo que el bolchevismo o el comunismo, el fascismo era un arma de uso en la discusión política de los veinte y los treinta tejido en una red de significaciones políticas previas y otros relatos o *boundary stories* –según el concepto de Tilly [2002]– que se conformaron históricamente: véase «reaccionarios» contra «liberales»; o «derechistas» e «izquierdistas», etc. Conviene entonces analizar el fascismo como significante de uso común durante este periodo para determinar los antagonismos, las rivalidades y las filiaciones políticas. En suma, para identificar a los grupos y personalidades que afectaron, combatieron y negaron a sus enemigos con el fascismo.

El 18 de enero de 1933, *El Siglo Futuro* informaba sobre una conferencia del escritor tradicionalista José María Pemán, organizada por la Federación de Estudiantes Católicos en la Universidad de Salamanca. Pemán observaba «la diferencia del sentido nacionalista español del tradicionalismo al compararlo con el fascismo italiano», ya «que, en el fondo, es el italianismo liberal del siglo pasado». El que fuera uno de los intelectuales más representativos de *Acción Española* atacaba la raíz liberal del fascismo, opuesta a la del tradicionalismo, y acusaba a sus seguidores de tomarlo como ejemplo «por lo que el fascismo tiene de externo», de extranjero. El tradicionalismo no tendría «nada que aprender, ni, por tanto, que copiar, porque el régimen político tradicional de España, original, propio y perfecto, fue, es y será superior a todo otro»[138]. El discurso de Pemán contraindicaba las bases ideológicas sobre las que se asentaba el fascismo con el objeto de persuadir a sus potenciales seguidores en España: nacionalistas católicos antirrepublicanos. De este modo, el fascismo no es nacional, sino que es extranjero; no es original, sino que es una copia, y, pese a que se autorrepresenta como una fuerza antiliberal, viene de la tradición política de los liberales italianos[139]. Al

138. «Temas del momento: Una conferencia de Pemán», en *El Siglo Futuro* (18-I-1933), p. 1.

139. La distinción objetiva y subjetiva entre el conservadurismo y el fascismo en España es el objeto de estudio de Martin Blinkhorn [1990]. A este respecto sostiene: «Conservative Spaniards of the 1930s, even many of the more demagogically inclined, repeatedly insisted that Spain had not need of an Italianate

ser una fuerza liberal podría identificarse con la tradición republicana española, la masonería, la Institución de Libre Enseñanza y, en suma, todas aquellas organizaciones que representaban lo opuesto a los tradicionalistas alfonsinos: la denominada anti-España. De la conferencia del escritor gaditano no se puede concluir directamente que el fascismo fuera una fuerza antagónica a la de los tradicionalistas, sino que competía en interpelar al mismo lector de *Acción Española* o de otras asociaciones conservadoras católicas representadas en el discurso del ya mencionado *El Siglo Futuro*. En este sentido, el fascismo es definido en unos términos muy específicos por su magnitud como significante político para no aglutinar a los jóvenes tradicionalistas y católicos, a los que Pemán alerta a fin de que no se dejen seducir por su vigencia en otros países y su popularidad internacional.

La izquierda también compartía la denuncia por la falta de originalidad del fascismo como producto ideológico extranjero. Sin embargo, al contrario que en la analogía anterior, que asimilaba fascismo y liberalismo, la izquierda liberal apelaba a la esencia democrática del pueblo español, opuesta a la dictadura y la tiranía, más apta para otros pueblos como el italiano o el ruso: «El fascismo requiere un temperamento racial del que carecemos. Como si intentáramos –valga el símil– que una flor creciese lozana en el surco abierto de roca viva»[140]. En líneas generales, la candidatura de la CEDA era identificada por las izquierdas con la reacción católica y la burguesía, «pilares del fascismo». Las candidaturas integradas en la coalición derechista tenían en la religión su aglutinante popular y fundamentaron parte de su discurso en su oposición a una república anticatólica que amenazaba la esencia cristiana del pueblo español [Cruz, 2006]. Como contrapeso al discurso de las derechas, medios republicanos liberales, como el *Heraldo de Madrid*, advertían a los católicos de que las derechas querían imponer el fascismo y acabar con la libertad de culto para dar comienzo a un estado totalitario que

---

or Germanic form of antiliberal, anti-leftist mass movement for the simple reason that the country possessed a vigorous counterrevolutionary heritage of its own» [120].

140. Somoza Silva, Lázaro: «La ciudadanía y el voto», en *La Libertad* (14-XI-1933), p. 3.

absorbería todas las actividades de la vida privada y familiar, incluidas aquellas ligadas a las creencias religiosas más íntimas. El diario republicano avisaba a sus potenciales votantes de que, tras el triunfo de los fascistas, se prohibirían los centros católicos y se clausurarían sus asociaciones. Esta propaganda del fascismo antirreligioso suponía el contrapeso al discurso de la derecha contra una República laica que quería destruir el sentimiento popular vinculado al credo católico.

Tal y como se observa en los ejemplos anteriores, el término no se utilizaba para limitar una ideología muy específica, sino que, de manera opuesta, se recurría a él en un sentido extremadamente laxo. El 1 de noviembre de 1933, *La Tierra* se hacía eco de un artículo del sindicato anarquista CNT en el que se advertían de los peligros del éxito de sus máximos enemigos políticos en las próximas elecciones, que se presentaban bajo las siglas de la Confederación Española de Derechas Autónomas, y de la presumible implantación de una dictadura precedida por un proceso electoral democrático, del mismo modo que había ocurrido en Alemania o en Austria. No obstante, los de la CEDA no eran los únicos «fascistas»:

> Uno de los sectores políticos que con más entusiasmo actúa preparando su triunfo es el fascismo, ya declarado, ya encubierto, bajo diferentes denominaciones que se encuadran en la CEDA (…). Al fundamentar ese optimismo concurren también las divisiones de los partidos que se llaman de izquierda, representantes de otro fascismo que tuvo su exponente definidor en Casas Viejas[141].

Para los anarcosindicalistas, la CEDA representaba el fascismo, ya que se trataba de una coalición de la «reacción» apoyada financieramente por la burguesía. Este discurso lo suscribían otros actores en la contienda electoral de 1933, como el PSOE. Sin embargo, la CNT iba más allá en el uso del término, ampliando su campo semántico para atacar a «los partidos que se llaman de izquierda». El sindicato, uno de los espolones desde la izquierda contra la coalición socialista

141. «El peligro fascista: su inminencia y gravedad. Un importante artículo de la CNT», en *La Tierra* (1-XI-1933), p. 1.

y republicana que gobernó entre 1931 y 1933, denominaba fascistas a esas fuerzas por su defensa de la censura a través de la ley de defensa de la República y, fundamentalmente, la represión de la revolución libertaria en la pequeña localidad andaluza de Casas Viejas, mandando la fuerza pública para asesinar a los campesinos sublevados. De acuerdo con este discurso, el fascismo representaba todo aquello que se oponía al proletariado en el movimiento libertario, desde la reacción católica hasta la hipócrita burguesía republicana, que se decía de izquierdas, cuya connivencia con el fascismo se patentaba en sucesos criminales, como el asesinato de revolucionarios en Casas Viejas, perpetrados por la República «burguesa».

A finales de 1933, el fascismo se desenvolvió como un instrumento dialéctico de desacreditación de derechistas contra derechistas; de republicanos contra derechistas; de anarquistas contra los mismos republicanos o socialistas, y de comunistas contra socialistas y anarquistas. Los comunistas habían desarrollado la tesis del socialfascismo: fascismo y socialdemocracia eran similares en tanto en cuanto enmascaraban los intereses de la burguesía con un falso discurso de justicia social. Los comunistas españoles no escatimaban el uso del epíteto *fascista* para apellidar a cualquier organización política, dentro o fuera de los cauces «democrático-burgueses», opuesta al partido, único adalid de la revolución mundial contra el capitalismo en su fase terminal [Haro, 2011; Payne, 2003]. En consecuencia, los socialistas eran socialfascistas, los anarquistas eran anarcofascistas y el gobierno de Azaña era «el centro de la contrarrevolución fascista» [Pagès i Elies, 1976: 237]. El último extremo de esta denominación laxa lo representaba Rafael Alberti en una caricatura publicada en la revista *Octubre* dedicada a los enemigos del comunismo [fig. 3]. Un monstruoso octópodo capitalista sostiene con sus tentáculos los principales diarios de tirada nacional, entre los que se pueden observar desde el conservador *Ahora* hasta el revolucionario *La Tierra*. El texto que acompaña el dibujo del poeta advierte sobre el monstruo «propagador de mentiras y calumnias contra la Unión Soviética» que «crea la confusión, preparando el fascismo y la guerra». Más allá de la obviedad del fascismo «reaccionario» –«*ABC*, *El Debate* y *La Nación* no se incluyen aquí, porque su marcada posición reaccionaria no deja lugar a dudas»–, desenmascarar aquel oculto en

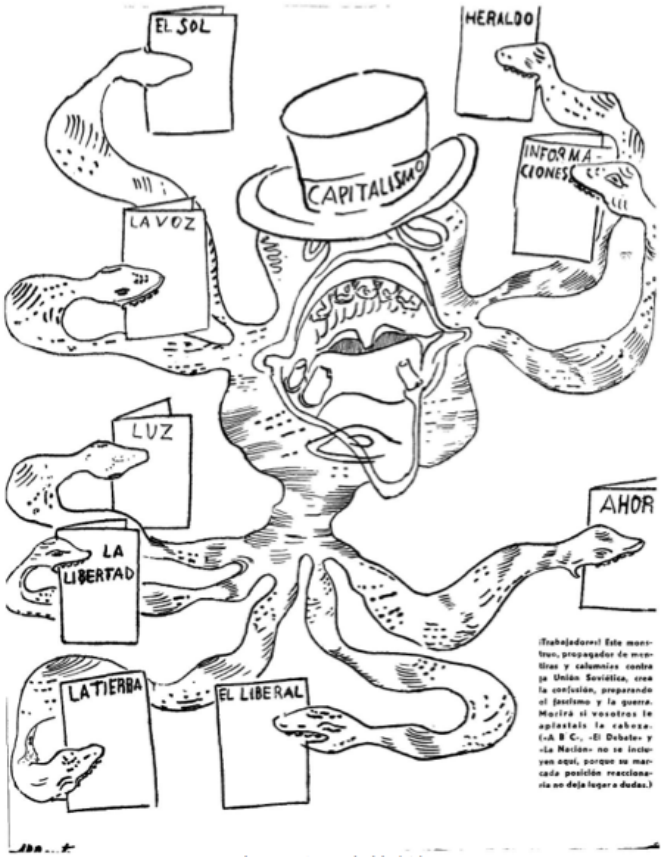

Fig. 3. Alberti, Rafael: «El monstruo del fascismo propagador de mentiras contra la Unión Soviética», en *Octubre* (X/XI-1933), p. 25.

múltiples disfraces era una de las tareas de un «verdadero» revolucionario comunista. El anticomunismo o antisovietismo, en cualquiera de sus manifestaciones –bien se tratara del republicanismo liberal o, incluso, del izquierdismo anarquista de *La Tierra*–, era fascismo, contribuía a su difusión o le «abonaba el terreno», porque, en definitiva, ayudaba a perpetuar el sistema capitalista. A través de estos discursos que precedieron a las elecciones de noviembre de 1933, el significante

fascismo estuvo omnipresente en la propaganda de los partidos y de los medios de comunicación, tanto para atacar a sus máximos enemigos como para diferenciarse de sus más inmediatos rivales electorales.

Comunistas, anarcosindicalistas, socialistas o republicanos contribuyeron con sus relatos a dibujar el fascismo con generosos trazos, hasta el punto de que, al representarlo con unas aristas tan difuminadas, se achacaban mutuamente una colaboración directa o indirecta con el mismo. El fascismo, a imagen y semejanza de la caricatura de Alberti, era un monstruo de múltiples cabezas que mostraba su faz más odiosa en la reacción explícita de los partidos que promocionaban los beneficios de una dictadura corporativa y antimarxista, pero que también disponía de otras facetas más amables con el objetivo de confundir a las masas. En este sentido, la aceptación de los republicanos de una mayoría parlamentaria hegemonizada por las derechas suponía el triunfo del fascismo; la alianza reformista entre republicanos burgueses y socialistas no revolucionarios «facilitaba la llegada» al fascismo; la estrategia de los «falsos» socialistas de recuperar el pacto republicano-socialista del 14 de abril «abonaba el terreno» al fascismo, o la abstención electoral de ciertas organizaciones de falsos revolucionarios que se negaban a integrar un frente de unidad antifascista garantizaba el éxito del fascismo. Los relatos contradictorios del antifascismo de 1933 eran consecuencia de la división entre las fuerzas del 14 de abril y las organizaciones de la clase obrera. Estas se denunciaban mutuamente como aliadas del fascismo, señalando la colaboración de sus rivales republicanos, socialistas o anarquistas en las etapas preparatorias de la burguesía para implantar la dictadura más sanguinaria y cruel jamás conocida.

Por su parte, los ataques al fascismo eran contrarrestados por los periódicos más identificados con un movimiento asociado a unos presupuestos ideológicos que juzgaban muy favorablemente. Un editorial de *La Nación* previo a las elecciones generales de 1933 denunciaba, a modo de interrogación, la manipulación del significante y la tergiversación de su contenido por las candidaturas de la izquierda:

> ¿Por qué quienes emplean con tanta facilidad la palabra «fascismo», aplicándola a diestra y siniestra, no se toman la molestia de enterarse de lo que el «fascismo» es y de lo que pretende? Si se supiese bien

> que el «fascismo» supone una convicción y una conducta, jamás se le atribuirían propósitos absurdos, y menos que nada hostilidad hacia los obreros, porque el «fascismo» descansa en un programa y en una honda preocupación de carácter social, hasta tal punto, que un estado fascista ha de definirse como una organización fuerte y permanente de jerarquías de trabajo[142].

Es esta definición positiva del fascismo –la tercera vía entre capitalismo y comunismo que satisfaría a todas las clases sociales– la que sirvió como nexo entre las distintas organizaciones políticas que se disputaban el voto de las derechas en el campo magnético del fascismo. Estas derechas «fascitizadas» estaban dispersas y enfrentadas entre sí a través de múltiples marcas –el Partido Nacionalista Español, o los denominados albiñanistas, las JONS, Renovación Española, las Juventudes de Acción Popular, entre otras–, con una simbología y guardarropía singulares [Pecharromán, 1994].

¿No cuestionan todos estos relatos que daban múltiples significaciones al fascismo en 1933 el que, más allá de una formación específica, se trataba de un significante totalizador aplicable tanto para un enemigo parcial como para el mayor adversario político o para un proyecto de plenitud social y política? Si para la prensa liberal-republicana el fascismo significaba una coerción estatal brutal, y, por lo tanto, un proyecto totalitario que acabaría con las libertades individuales, para el socialismo marxista de Largo Caballero el desenvolvimiento de esas mismas «libertades» a través del voto y de su representación en el parlamento burgués suponía el origen del fascismo. La viñeta de Alberti sobre los múltiples tentáculos con los que el monstruo del fascismo se camuflaba en una variedad de editoriales e ideologías es un ejemplo exacerbado de este discurso. Todos los periódicos de tendencias izquierdistas no socialistas tenían una naturaleza común, su rechazo a la Unión Soviética, su anticomunismo y, por lo tanto, su fascismo. Ejemplos como el anterior denotan de qué modo el fascismo se transformó en un significante independiente que trascendía los límites de

142. «Frente a la lucha electoral: Hay hombres gratos al fascismo, pero no hay una sola candidatura fascista», en *La Nación* (11-XI-1933), p. 1.

un proyecto político ligado a una formación y a unos representantes. Su laxitud comunicativa fue uno de los elementos de la erosión del proyecto socialista-republicano y de las mismas organizaciones obreras. El fascismo como objeto de odio conceptualmente indeterminado al que hacía referencia Gottfried al criticar el abuso del término por la izquierda contemporánea también se dio en la izquierda de los años en el que el fascismo, como régimen y doctrina política internacionalizada, tenía vigencia histórica plena. Esta inconcreción sobre lo es el fascismo, no únicamente de sus promotores, seguidores y simpatizantes en todo el mundo, sino también, y en especial, de los antifascistas, es el inicio de una infinidad de definiciones insatisfactorias –«too narrow» o «too wide» [Griffiths, 2000: 3]– que la historia, la sociología y la filosofía sobre el fascismo han aportado con posterioridad. En lo que se refiere específicamente a la confrontación de identidades que caracterizó la Segunda República, el fascismo se dio en un contexto complejo en el que participaron múltiples actores y discursos. Este no solamente funcionó como un denominador común de un bloque de síntesis de fuerzas antirrepublicanas y anticomunistas, sino que operó como un significante vacío con la que se investía negativa o positivamente, parcial o totalmente, al enemigo o amigo político. El fascismo formaría también parte de la «guerra de definiciones, de palabras, de nombres para legitimar posiciones propias y deslegitimar las ajenas, buscar apoyos, difundir y extender mensajes, influir, en definitiva, en las interpretaciones compartidas existentes» entre las diferentes identidades populares que Cruz analiza en el periodo republicano [Cruz, 2006: 7]. En las elecciones de 1933, se desempeñó como un elemento de disociación de las fuerzas del anarcosindicalismo, el comunismo, el socialismo y el republicanismo. Tras la huelga general revolucionaria de octubre de 1934, que se saldó con la represión y detención de buena parte de los líderes de las organizaciones obreras, entre ellos Largo Caballero –y pese a la resistencia de la corriente que representaba este último en el PSOE–, el fascismo, como opuesto a la democracia y las libertades «democrático-burguesas», fue el catalizador de la asociación de las fuerzas del Frente Popular que, dando forma a un amplio arco de fuerzas liberales, socialistas, comunistas y nacionalistas, ganó las elecciones generales de febrero de 1936.

La disensión entre fascistas

Falange surgió en un momento de crisis de un proyecto republicano seriamente cuestionado, no ya por las derechas, sino por una gran parte de las izquierdas, entre ellas una militancia del PSOE, sobre todo la rama juvenil –Federación de Juventudes Socialistas–, adscrita a la tesis de Largo de Caballero de instauración de una dictadura socialista[143]. El significante *fascismo* proliferó en el vocabulario de los actores políticos a partir del triunfo de la CEDA en las elecciones de 1933, con la mayoría parlamentaria del Partido Radical y de la coalición de Gil-Robles en las Cortes de la *reacción*. De acuerdo con la izquierda republicana y los socialistas, Falange no era el partido fascista en España, ya que la calificación recaía en otras formaciones de mayor relevancia en la actividad institucional republicana, sino un grupo de matones, de esbirros al servicio de otros protagonistas. Acción Popular, la facción más representativa de la coalición CEDA, y su rama juvenil, Juventudes de Acción Popular (JAP), eran para sus más declarados adversarios la verdadera y más peligrosa fuerza fascista. Según gran parte de la prensa opuesta a Gil-Robles, la amplia representación parlamentaria de la CEDA en las Cortes de la «reacción» y una futurible entrada en el gobierno constituían la llegada del fascismo a España y el inicio de un proceso que acabaría con la instauración de la dictadura fascista.

El 22 de abril de 1934 las juntas de Acción Popular y su organización juvenil JAP celebraron en El Escorial un congreso que atrajo a miles de militantes de toda España. Un mes antes, el periódico de la Federación de Juventudes Socialistas, *Renovación*, alertaba de la manifestación «fascista» convocada en la localidad madrileña. El 15 de abril, el dominical de *ABC*, *Blanco y Negro*, dedicaba un extenso reportaje al Congreso de la Juventud de Acción Popular. Señalaba la atención que había traído en sus enemigos, «los socialistas», que habían encontrado «en esa fiesta un pretexto fácil para tachar de fascistas a esas Juventudes». El vicepresidente de JAP, José María Pérez Laborda, afirmaba que el acto tenía

143. Véanse Sala González, Luis [2007]; Aróstegui, Julio [2013]; Tuñón de Lara, Manuel [1972]; Souto Kustrín, Sandra [2005], y Araquistáin Quevedo, Luis [1980].

como finalidad «demostrar al país que Acción Popular cuenta con una masa extensa y disciplinada de jóvenes que siguen con fe y con entusiasmo las inspiraciones de su jefe y que le alientan para la difícil tarea que la Historia ha venido a confiarle». Unos líderes en las Cortes que se veían obligados a «hacer sacrificios y someterse a prácticas y métodos (…) completamente desacreditados» en el mundo. Si sus directores hacían ese «sacrificio» en una institución como el parlamento, de «prácticas desacreditadas», las JAP se encargaban de «dar a la organización una savia nueva, una tónica de vibraciones que recoja el ambiente actual y purifique los sistemas las costumbres políticas». Aun con estos presupuestos, Pérez Laborda distinguía el «nuevo» movimiento del fascismo: «No somos fascistas. No lo somos porque no estamos conformes con una gran parte de los principios básicos del fascismo y porque además creemos que no hay necesidad de copiar patrones extranjeros». No obstante, reconocía una similitud con el fascismo: «Acaso en la parte externa, en lo que se pudiera llamar espectacular, se pueda encontrar alguna coincidencia entre nosotros y los fascistas. Es inevitable, porque para dar entusiasmo y disciplina a organizaciones extensas es preciso hacerlas acompañar de ese aparato que tienen sus medios de eficacia en el saludo, en el himno, en el desfile». A ello habría que sumarle la obediencia a un líder infalible cuya «presencia en la vida pública era un designio providencial para salvar el país»[144]. El dirigente de la JAP aportaba su definición del fascismo no como ideología o doctrina política, sino como modo de organización marcial de un grupo político, con sus rituales, sus canciones y sus salutaciones características; su característica parte «externa».

El día después del congreso de El Escorial, *Heraldo de Madrid* calificaba a AP como «la organización política más turbia y equívoca», ya que se «declara no fascista y adopta toda la guardarropía y atributos de las organizaciones fascistas»[145]. Los medios republicanos denunciaban la ambigüedad de los discursos del «neogüelfo» y «populista» de

144. Casares Sánchez, Francisco: «Cómo va a ser el acto que celebrarán en El Escorial las Juventudes de Acción Popular», en *Blanco y Negro* (15-IV-1934), pp. 51-52.
145. «Gil Robles nos dice que no cree en la revolución socialista ni en la fascista», en *Heraldo de Madrid* (21-II-1934), p. 16.

Gil Robles. Al tiempo que negaba ser fascista, defendía el modelo de Engelbert Dollfuss en Austria, que había disuelto el parlamento y prohibido las manifestaciones públicas de las organizaciones socialistas[146]. La ambigüedad en el discurso de AP que denunciaban los periódicos de izquierdas también era señalada por los de derechas. El acto de El Escorial había sido un éxito, congregando a más de 20.000 militantes. Sin embargo, los medios antirrepublicanos no estaban satisfechos con el contenido de las intervenciones de Gil Robles y con la falta de respuesta ante la huelga general convocada en Madrid contra el acto. El mismo vicepresidente de las JAP se comprometió a que «si mañana surgiera una huelga revolucionaria, nuestras juventudes se sentarían automáticamente en los lugares de trabajo. No faltaría agua, ni gas, ni electricidad. (…) La vida de la ciudad sería normal»[147]. El editorial posterior al acto de Acción Popular en el Escorial de *El Siglo Futuro* elogiaba la organización y la buena marcha del acto, pero consideraba que las declaraciones de Gil Robles, no ya negando ser fascista, sino añadiendo que la República nada habría de temer de sus partidarios, era una abdicación ante las fuerzas de oposición: «Cuanto de sano hay en esa organización de Acción Popular va a injertarse en el tronco del sistema cuyas raíces están podridas y de cuya savia viciada no puede esperarse ningún fruto sano». El editorial exponía su desacuerdo con el líder cedista por su compromiso republicano, siendo en su opinión «el germen del régimen liberal, democrático y parlamentario fracasado, desprestigiado» y «cubil» de la revolución puesta en marcha por

146. En relación a los güelfos que, en las guerras de la Italia renacentista, apoyaban a los papas contra los gibelinos, partidarios del emperador. En el editorial de *Luz*, fechado el 20 de abril de 1931, se recurría a este término para designar satíricamente a la formación católica Acción Popular. Por su parte, la vía Dollfuss era rechazada por los falangistas por considerarla no revolucionaria, popular. En *F.E.* se trataría de forma ambigua la figura del dictador austriaco, que apenas duró un año en el poder. Desde el desprecio a la política social demasiado conservadora de los partidos populares, al elogio por su política «imperial»: «Los Habsburgo se levantan como sombras detrás de cada una de las pisadas del canciller» (9: 5).

147. Casares Sánchez, Francisco: «Cómo va a ser el acto que celebrarán en El Escorial las Juventudes de Acción Popular», en *Blanco y Negro* (15-IV-1934), pp. 51-52.

el marxismo[148]. Esa sociedad republicano-marxista, que no era tal en 1934, ya que el PSOE, de la mano de Largo Caballero y de la Federación de Juventudes Socialistas, se había distanciado de la República «burguesa» del 14 de abril, era la nominación del enemigo común; de un régimen que incubaba el desorden, la rebelión, en definitiva, la subversión en su legislación fundadora. Pese a que el acto del Escorial había sido un éxito, las palabras amables de Gil Robles hacia la República y los disturbios de Madrid, donde fue declarada una huelga general antifascista, eran recogidas por la prensa antirrepublicana como una muestra de cobardía. Existía una organización de miles de partidarios que, sin embargo, no habían plantado cara en la calle al «marxismo» en su exitoso paro pleno de servicios municipales y cierre de los comercios madrileños. *La Nación* sostenía que la sociedad, identificada con las derechas, «advirtiendo que todo se reduce a expansiones oratorias y a un poco de exhibición, que cuando llega el momento de la energía y de las actitudes inexorables carece de toda eficacia, se siente un poco acobardada.» El marxismo impondría la dictadura del proletariado y no se pararía en contemplar la vía democrática y parlamentaria, por lo que respuesta de las fuerzas antagonistas debería ser adoptar «las mismas actitudes dictatoriales»[149].

¿Cómo eran recibidas estas discusiones sobre la llegada del fascismo en España por el nuevo partido Falange Española? En un contexto en que las «derechas» no eran suficientemente fascistas –o solo en su parte «externa»–, ¿podía ganarse a esos sectores descontentos con el discurso de Gil Robles, «de expansiones oratorias y un poco de exhibición», pero «que cuando llega el momento de la energía y de las actitudes inexorables carece de toda eficacia»? ¿Cómo intervenir en la retórica fascista y antifascista que empañaba el debate entre la CEDA y sus adversarios? La revista *F.E.* se hacía eco de todas las polémicas sobre el fascismo de sus rivales de AP, el partido hegemónico. Con objeto de erosionar la credibilidad de sus rivales en la representación del fascismo, denunciaba

148. «El acto de El Escorial: Al servicio de la República», en *Siglo Futuro* (23-IV-1934), p. 1.

149. «El pueblo acobardado, sometido a una tiranía insensata», en *La Nación* (23-IV-1934), p. 1.

la ambigüedad e indefinición de una fuerza que recogía las portadas de los medios republicanos y obreristas como el enemigo señalado. La propaganda de Falange distinguía entre falsos fascismos reaccionarios, asociados con Gil Robles, y los auténticos movimientos de radio universal, cuya traducción en España eran José Antonio y su movimiento.

¿Qué era Falange como partido fascista con respecto a sus rivales inmediatos de las «derechas»? Saz [2002] establece que «el ultranacionalismo falangista, revolucionario y palingenésico, constituía […] el núcleo y la razón de ser de la ideología fascista de Falange. Aquello que servía, además, para diferenciarla nítidamente de la de sus adversarios conservadores o reaccionarios. Pero esto, a tal fin necesario, no era en modo alguno suficiente» [202]. Para distinguir Falange del resto de sus rivales «conservadores», resulta problemático recurrir al uso de epítetos como «reaccionario» o «nacionalista» ¿Cómo es posible usar como herramientas de análisis de las propagandas sus elementos retóricos si estos vienen de un vocabulario polémico entre grupos antagónicos coetáneos, no para definirse positivamente, sino para limitar negativamente los apoyos coyunturales, votos y base militante del contrario? El discurso de Falange no era el de un movimiento alternativo a las «derechas» por la radicalidad de su retórica o por su propuesta programática, sino por rivalizar con esas mismas derechas en el «campo magnético» del «fascismo». La disensión entre FE y sus adversarios difícilmente puede ilustrarse con el enfrentamiento entre una derecha radical frente a otra moderada, conservadora o burguesa. Kevin Passmore [2002] sostiene junto a Martin Blinkhorn que estas etiquetas serían producto de distinciones elaboradas a posteriori a partir de la dialéctica de sus protagonistas. El intercambio de epítetos entre fuerzas hostiles en relación con su derechismo, conservadurismo o clasismo eran un juego del lenguaje político coetáneo. En referencia al uso de estos calificativos en el contexto de entreguerras, Passmore afirma:

> When protagonists did use terms such as radical and conservative, they often meant something different to us. What matters is how the terms were «used». When activists claimed «Fascism is this» or «Nazism is that», and accused their opponents of «deviations», such

> as having a «conservative» or a «bourgeois spirit», we must ask what they meant [2002: 74-75].

Estos términos, que definen a un colectivo político o a sus dirigentes, tienen un carácter retórico que solo puede comprenderse en la dialéctica del momento y, por lo tanto, son inútiles como categorías de análisis neutral y extemporáneo ¿Cómo diferenciar los diferentes sectores de un determinado arco político si este es producto del desenvolvimiento de su lenguaje polémico? Citando de nuevo a Schmitt, se trata de términos para delimitar el campo aliado y el antagonista de poco valor si no se sabe a quién se trata de negar, afectar o combatir.

En *Fascismo y franquismo*, Saz afirma que el discurso de Falange Española trataba de presentarse «en la forma más semejante posible al de otras fuerzas de derecha» [2004: 47], disputándole, sin éxito, el espacio político a Gil Robles. ¿Interpelaba Falange al votante de las «derechas»? FE se postuló como la plataforma de una revolución auténtica, alternativa a la del 14 de abril y a las derechas que seguían, según la retórica falangista, siendo las mismas fuerzas «demoliberales» de la Restauración. Desde luego, no fueron el único movimiento político de militantes dispuestos a enfrentarse físicamente al régimen republicano y a los enemigos socialistas. Falange se consideraba un movimiento, demandaba la abolición de los partidos políticos y el establecimiento de una dictadura totalitaria en la que, manteniendo el régimen de propiedad privada, las fuerzas productivas se integraran en un gran sindicato nacional. Sin embargo, más allá de diferencias programáticas con otros partidos de las derechas, el partido coincidía en muchos de sus puntos en la necesidad eliminar la disensión de los partidos marxistas y separatistas bajo una fórmula totalitaria que conciliara los intereses privados y los estatales ¿Revolucionarios? ¿Derechistas? ¿Ambos? En el primer número, fechado el 7 de diciembre de 1933, uno de los miembros del triunvirato, Julio Ruiz de Alda, justificaba la abstención de su partido en los comicios de 1933 porque lo fundamental era no debilitar las posiciones parlamentarias de las derechas con el fin de evitar una reedición del bienio anterior. Uno de los beneficiados de la mayoría parlamentaria de las derechas sería José Antonio, que obtendría un escaño al presentarse por la provincia de Cádiz en una lista electoral

monárquica. Cuando Falange acusaba a sus adversarios de derechas de conservadores, aburguesados o democráticos o falsos fascistas lo hacía con el objeto de distinguirse políticamente para hegemonizar la anulación del republicanismo en las instituciones y la eliminación del marxismo.

Acción Popular y Falange fueron organizaciones rivales, pero con discursos que pertenecían a un mismo espacio político y que rivalizaban sobre cuál era el partido «verdaderamente nacional». Recurriendo a diferentes estrategias de negación del adversario, el partido de Primo de Rivera y la formación de Gil Robles se disputaron términos asociados al fascismo, al catolicismo, al liberalismo, al republicanismo o al socialismo para reafirmar, matizar o modificar su discurso en cada una de las contingencias de 1933 y 1934. En último término, Falange era una organización apoyada política y financieramente por los alfonsinos de Acción Española, los cuales exploraron múltiples vías de negociación con otros grupos de las derechas para acelerar el final de la República y debilitar políticamente a la CEDA, que, a su entender, se resistía a una ruptura fulminante con el régimen a través de una táctica gradualista de dominación de los resortes estatales.

Siendo el fascismo parte de una dialéctica preexistente que protagonizaban otros bloques hegemónicos, la formación minoritaria desarrolló un discurso sobre la novedad del falangismo y la necesidad de un movimiento de estas características. El semanario *F.E.* abordó la dialéctica fascismo y antifascismo, enfatizando las diferencias genuinas del falangismo con las formaciones que se identificaban o que eran asignadas al fascismo por los partidos y los periódicos de izquierdas. Sirva de ejemplo el editorial del número 5 de *F.E.*, que presentaba bajo el título «Nuestros enemigos» a los dos grandes grupos en los que se dividía el «antifascismo»: los primeros, los que «dicen que el fascismo existe y que es un peligro enorme, por lo que hay que movilizar fuerzas contra él, todas las fuerzas de seguridad y de policía del Estado». A los que se unían en fraterna alianza «todos los periódicos de izquierda con su inflado aspaviento» y «la movilización de delincuentes profesionales». Se trataba de los antifascistas militantes, un «primer grupo (…), el más zafio, bronco y elemental (…), necesario para ventilar la pugna entre la

España y la anti-España» [5: 1][150]. El otro grupo lo integraban aquellos que negaban el fascismo y cuya prensa silenciaba su importancia ante «el clamor aparatoso y desproporcionado» de los periódicos de significado antifascismo. «Como regla general puede afirmarse que solo se dice con empeño que no existen las cosas que indudablemente existen» [5: 1]. En este grupo de antifascistas estarían Gil-Robles y la CEDA, los cuales renegaban de la etiqueta de fascista que les asignaban los grupos de izquierda y hacían una exposición constante de sus diferencias por complejo de ser tratados como tales.

El especialista en el catolicismo político de la década de los treinta, Vicent Comes Iglesia, trata «las fronteras políticas» del espacio ocupado por la CEDA [2009: 199]. El autor cita las impresiones de Niceto Alcalá Zamora, presidente de la República durante 1931-1936, sobre la CEDA y las sensibilidades políticas que acogía la confederación, a la que calificaba de «heterogéneo conglomerado», a cuyos márgenes se situaban, por un lado, católicos dispuestos a colaborar con la República y, en el otro extremo, «una hueste de impulsos, métodos y fórmulas fascistas» [op cit. Comes Iglesia, 2009: 200]. Según Comes, este primer grupo reflejaba la orientación de dirigentes como Luis Lucia, vicepresidente de la CEDA, quien, durante el periodo republicano, demandó la reorganización de los militantes católicos en un periodo de cambios al que tendría que habituarse de acuerdo con la doctrina del accidentalismo, a saber: el respeto a la forma de Estado, monarquía o república, y la defensa de los principios doctrinales de la Iglesia católica. El segundo grupo, el de los «fascistizados», en tensión con el primero, abogaba por la instauración de una dictadura corporativa. En relación a los «extremistas» de la CEDA, las propagandas de las diferentes fuerzas de las izquierdas tildaban a este grupo desde «ambiguos» y «monárquicos embaucados» hasta «reaccionarios» o llanamente «fascistas». Los de otras derechas rupturistas, como mencioné en el caso de los diarios *Siglo Futuro* o *La Nación*, de «republicanos», «democráticos» y «cobardes». En *F.E.* se describía a la CEDA y a sus juventudes de la JAP con calificativos del discurso de los periódicos de derechas más beligerantes

150. Cito la edición de facsímil de *F.E.*, Madrid, Editora Nacional, 1943.

con el accidentalismo, pero también de la izquierda revolucionaria. *F.E.* juzgaba a AP como un elemento más del régimen republicano de acuerdo con los principios liberales y democráticos. Por otro lado, había similitudes con el discurso del socialismo revolucionario al definir al partido católico como «viejo», «burgués», «decadente», «contrarrevolucionario» y «masón». Pongo por caso las crónicas sobre la actualidad política que trataban el ejercicio de la política en las instituciones democráticamente elegidas como el resabio de una sociedad decimonónica en descomposición –un tema ya tratado en el primer capítulo dedicado al fascismo de Giménez Caballero–, un desfile de «fantasmas de cadáveres y reminiscencias crueles» [4:12]. Pero, además, *F.E.* se refería a AP como partido fascista, pero de un fascismo encorsetado y mal comprendido; «frío» y «técnico».

En el artículo titulado «De la sociología en conserva al fascismo fiambre» se ridiculizaba la ambigüedad del discurso de AP. El texto comienza con la réplica de Gil-Robles a las acusaciones de fascismo de la prensa de izquierda contra su persona y su partido: «Nosotros no queremos una organización corporativa; no creemos en el parlamento; consideramos indispensable una reforma social honda; detestamos a los parásitos; creemos en la tradición española… pero ¡Nada de fascismo! ¡Nosotros no somos fascistas!». Si el fascismo es la suma «de unas cuantas cosas, todas las cuales, una a una, gustan al señor Gil Robles» –apelación al corporativismo, al antiparlamentarismo, a la «tradición española»–, «¿por qué le disgusta el fascismo?». A pesar de que la coalición católica coincidía en sus partes fundamentales con el fascismo, renunciaba a una equiparación con el significante que mejor interpelaba a aquellos sectores opuestos al marxismo simplemente por miedo o complejo. Según *F.E.*, Gil Robles negaba la mayor por su compromiso con el liberalismo y el agonizante régimen republicano. La razón de tal negativa era la imitación de otros partidos conservadores –«partidos populares europeos»– que se integraban «por una serie de personas circunspectas, suaves, castas, imperceptiblemente sonrientes, madrugadoras, ordenadas y amantes de la estadística». Estos partidos formados por cuadros de técnicos y estadísticos pretendían hacer del fascismo lo mismo que hicieron los socialdemócratas revisionistas y antirrevolucionarios con el socialismo marxista: «Prefirieron "poner a

enfriar" al socialismo, e inventaron una especie de socialismo blanco, sociología en conserva, muy técnico y muy estadístico, en el que se iban aceptando una a una todas las peticiones obreras sin el calor auténtico de una revolución popular». Del mismo modo, «todas las inquietudes espirituales de Europa han sido sometidas por los partidos populares a ese proceso de refrigeración». Mientras el fascismo era «un movimiento caliente y alegre», a partidarios de este tipo de movimientos les estaba «prohibido emocionarse». El partido de Gil-Robles «se apropia toda la técnica del fascismo, pero sin captar su emoción», algo que es «respecto del fascismo, lo que la sociología en conserva respecto del socialismo» [5: 3]. AP había puesto al «fascismo en conserva». Era pura doctrina, pero sin el espíritu y la emoción, la poesía, en definitiva, a la cual los falangistas decían deberse:

> En nuestro movimiento, donde técnica y economía, doctrina y disciplina sociales tanto cuentan, la primera palabra ha sido poesía, pero poesía entendida como cruda madre del heroísmo y de la sátira hasta lograr su apogeo civilizado y clásico de edificación e ironía: poesía eterna de España, que hoy se bate y canta en nosotros con su ritmo tumultuoso de génesis y que no ha de parar hasta solidificarse en una nacional arquitectura y hasta hacerse fluida en un río sonante de emoción patria [1: 2].

En cierto modo, *F.E.* interpelaba a todo un aparato de cuadros organizados con una «poesía» y unos símbolos propios ya existentes: la rama juvenil de AP, las Juventudes de Acción Popular. Aquellos que en su himno cantaban estrofas como: «De entusiasmo los pechos alientan / y en Oriente amanece otro Sol, / que se pongan en pie los que sientan / el orgullo de ser español[151]. La acusación de fascismo fiambre a los populares formaba parte de un intercambio de golpes entre dos fuerzas que venían a representar la «emoción» de los patriotas españoles, frente a la aplicación impostada y fría de doctrinas foráneas como el marxismo. *El Debate* decía que Falange no era un partido nacional, sino de patrón extranjero. La réplica falangista aparecía en el primer número

151. «Los populistas se excitan», en *Luz: Diario de la República* (20-IV-1934), p. 1.

de *F.E.*: «El marxismo es una invención alemana, el comunismo, rusa. En cuanto al Partido Popular Italiano, era una traducción del Centro alemán, y el Partido de Acción Popular español, la traducción de una traducción, corregida y vigilada desde fuera». Una acusación que respondía a otra sobre la imitación del fascismo italiano: «Cuando estemos con menos prisa nos tomaremos la fatiga de explicar la génesis auténticamente universal y española de nuestro movimiento desde el Imperio y la Contrarreforma». Era en cambio el «fundamento inequívoco español» lo que caracterizaba a otros movimientos a los que les faltaba la «vastísima tradición, que a nosotros llega por la vía directa de nuestra historia» [1: 1]. La más larga tradición de este tipo de movimientos en Francia o en Italia no era sino el reconocimiento de otros países a la más inmensa tradición del falangismo en España. Algo que Primo de Rivera señalaba en el discurso de unidad de Falange y las JONS de Onésimo Redondo y Ledesma Ramos:

> Dejemos que nos digan que imitamos a los fascistas. Después de todo, en el fascismo, como en los movimientos de todas las épocas, hay, por debajo de las características locales, unas constantes, que son patrimonio de todo espíritu humano y que en todas partes son las mismas [1938: 37].

El número 8 respondía a las declaraciones de Gil Robles en el *Heraldo de Madrid*, medio en el que negaba ser fascista porque el fascismo iba en contra del catolicismo, el elemento fundamental de unidad popular de la CEDA. En la pequeña entrevista en el *Heraldo*, Gil Robles afirmaba no ser fascista, replicando al entrevistador y a su medio por qué le calificaban como tal:

> –Gil Robles: Yo no soy fascista, contra lo que ustedes opinan.
> –Reportero: Nosotros opinamos así porque lo dice todo el mundo.
> –G. R.: Pues le aseguro que no es verdad. Nada más lejos de mí que el fascismo.
> –R.: Nosotros ya hemos dicho más de una vez que usted no era fascista, porque es católico.
> –G. R.: Así es, en efecto.

> –R.: Pero, sin embargo, el diputado comunista Bolívar nos ha dicho que usted es fascista, y que el ser católico no impide ser fascista, como demuestra Mussolini.
> –G. R.: ¡Pero si Mussolini no es católico ni lo ha sido nunca! Siempre ha sido un ateo, y por eso ha creado el fascismo, que es contrario a todo dogma católico.
> –R.: ¿Cree usted en el afianzamiento del fascismo en España?
> –G. R.: Tampoco creo en él. Por lo menos en el que quieren presentarnos ahora como fascismo. El fascismo, ni en España ni en ningún sitio, pueden traerlo los señoritos: eso de ninguna manera lo conseguirán. Si aquí llega el fascismo será porque se ponga al frente de esas falanges un tránsfuga del socialismo o del sindicalismo, como fue Mussolini y más tarde Hitler… Pero los señoritos no podrán nunca hacer nada[152].

El líder cedista abordaba dos cuestiones espinosas sobre el fascismo en España que tenían que ver con su condición asignada por la izquierda del líder de un movimiento análogo y con la aparición de un movimiento, Falange, que pretendía representar ese campo político y competir contra AP. Ante la primera oponía el catolicismo al fascismo, por ser un movimiento intrínsecamente ateo. Sobre la segunda, argüía que el fascismo, tanto en Alemania como en Italia, era un apéndice de las organizaciones obreristas de izquierdas –socialismo o sindicalismo– y que sus líderes provenían de la representación política de la clase obrera. La Falange practicaba el intrusismo y la impostura propias de «señoritos» de la clase burguesa sin prédica entre las masas socialistas o anarcosindicalistas. Una vez más, el fascismo es investido negativamente por el líder de las «derechas» para limitar los elementos coincidentes con su adversario. Siendo el jefe de una fuerza anticomunista que proponía la superación de la República en una fórmula corporativa –un régimen político cercano a lo que se ha analizado de otros insertándolos en la categoría de *fascismos de entreguerras*–, Gil Robles entendía que el vocablo *fascismo* comprendía ciertos elementos de exclusión de su electorado nacionalista y católico, ajenos a su autorrepresentación como partido defensor del «orden» y de la «civilización»:

152. «Gil Robles nos dice que no cree en la revolución socialista ni en la fascista», en *Heraldo de Madrid* (21-II-1934), p. 16.

su discurso «patriótico» y, sin embargo, su origen foráneo –lo que viene a ser una contradicción para cualquier fascismo fuera de Italia–; su desconexión inicial de la tradición religiosa y política cristiana, y, consecuencia de esto último, un cierto carácter subversivo de movimiento obrerista hermano de la revolución bolchevique, hijo de los «desórdenes» de la posguerra mundial[153]. El discurso de distanciamiento de Gil Robles acusaba los orígenes problemáticos del fascismo y desatendía los componentes de movimiento anticomunista afianzado en los años 30, defensor del catolicismo y de la civilización contra la subversión marxista; retórica que jalonaría la alianza entre Franco y el régimen fascista italiano en la guerra de 1936. Una aproximación retórica al fascismo que no se diferencia demasiado de la instrumentalización que Ishay Landa [2010] observa en los juegos del lenguaje de nuestra política contemporánea: «The attempt is frequently to dis-own fascism, to make it the affair of someone else, preferably of one's political and ideological antagonists» [321].

F.E. rebatió las palabras del líder popular sobre el carácter anticristiano del fascismo y sus orígenes obreristas, extraños a aristócratas como José Antonio Primo de Rivera. En el número del 1 de marzo, la revista contraargumentaba que el fascismo no era pagano, ya que el mismo papa Pío XI lo reconocía como baluarte del credo católico; un «hombre dado a la Italia por la Providencia divina». La misma consideración, por otra parte, que tenían los miembros de la JAP de su jefe de partido. Ya en uno de los últimos números del semanario se afirmaba que la manera de proceder en política de los cedistas era la «entronización del relativismo» [14: 8], de inspiración luterana. En este sentido, Falange no solo se refería a AP como un fascismo fiambre o copiado, sino que discutía la misma identidad del partido asimilándolo a la antítesis del catolicismo.

El artículo «El señorito Gil Robles está nervioso» ofrecía un retrato satírico del prototipo cedista y de sus Juventudes de Acción Popular,

153. Mussolini llegó a defender al fascismo contra el «cristianismo marxista». Véase Benito Mussolini, en *Il Popolo d'Italia* (12-XII-1919).

«aristócratas» acomodados en la corrupción del sistema parlamentario para sostener el *statu quo* republicano y democrático:

> La cosa es clara: todos ustedes llevan cuello, corbata y gemelos en los puños; muchos van envueltos en trajes impecables; los marqueses y los condes no faltan entre ustedes. Ustedes son, pues, señoritos (…). El señorito Gil Robles está nervioso con esto del fascismo, porque teme que le quite masas (…), le impida algún día reposar las nalgas en el banco azul entre radicales moderados y agrarios conversos [8:3].

Falange respondía afirmando que la CEDA y las JAP –quienes se afiliarían en masa a Falange tras el estallido de la Guerra Civil– pertenecían a una casta aristocrática decadente colaboradora del *statu quo* republicano. Este discurso contradecía el de los socialistas y comunistas sublevados en 1934, que entendían que el régimen republicano estaba superado y que las instituciones, tras la mayoría cedista en las elecciones del año anterior, estaban en manos de la reacción burguesa y del fascismo, productos completamente intercambiables en sus discursos. En cambio, para los falangistas, la reacción, identificada con lo viejo de la Restauración, las formas políticas caciquiles y el parlamentarismo democrático-republicano eran lo opuesto al fascismo; o, al menos, al fascismo «no fiambre». Falange escenificaba su rechazo al *statu quo* atacando a la CEDA, a «su burguesía» y a «sus señoritos», pero también a las instituciones democráticas republicanas que se sostenían en una concepción rousseauniana del pueblo soberano concebido como mayoría electoral.[154] Las derechas utilizaron un lenguaje de sentido común antiburgués para contrarrestar la retórica de las formaciones antagónicas. Las mutuas acusaciones de «señoritos», «reaccionarios», «burgueses» o «aristócratas» eran términos de desacreditación del adversario y de su hipocresía farisaica moral e ideológica.

154. José Antonio Primo de Rivera asumió un discurso contra la organización del Estado a partir del voto de las mayorías que puede observarse con más extensión y profundidad en los artículos del tradicionalista Víctor Pradera y Larumbe (1872-1936), publicados en *Acción Española*, que integrarían su ensayo *El Estado Nuevo* (1935).

El Congreso de la JAP del 22 de abril en El Escorial tuvo todos los ingredientes de un acto castrense, organizado por jóvenes escuadristas que exigían el poder absoluto para «Jefe». Las palabras de líder de la CEDA decepcionaron a buena parte de la prensa derechista deseosa de una declaración rupturista. *F.E.* ironizaba sobre el éxito de la concentración de los «jóvenes fascistas» «deshechos» «entre la nieve»; helados, no solo por las inclemencias de la Sierra de Guadarrama, sino por las palabras tan poco alentadoras de Gil Robles [12: 4]. Las JAP presumían de juventudes que no eran tan «juventudes», ya que –nótese el tono irónico– solo se admitía a «jóvenes» entre 45 y 60 años. Una buena parte de los números del semanario posteriores al acto mencionarían el fracaso del movimiento de masas de AP y sus «japoneses» –como se referían despectivamente a los cuadros de las JAP–. Para Falange, el movimiento de Gil-Robles no lograría nada en la solución de los problemas políticos de España, resumidos por sus causas en el marxismo, la masonería y el separatismo.

Del discurso de Falange contra AP se pueden extraer las siguientes conclusiones: en la emergencia de retóricas fascistas y antifascistas en España, el falangismo se postuló como un fascismo poético y auténtico frente al tecnicismo frío de los partidos que imitaban el fascismo. Las derechas de Gil-Robles, mediante sus acciones políticas, habían demostrado que no eran más que un movimiento frío, «materialista, donde la poesía no tiene valor y lo son todo las estadísticas y los números». La pretensión de AP de hacerse con los resortes del poder lentamente, «sin prisas», lo desacreditaba por completo para efectuar la acción enérgica que le demandaban otros sectores situados en las derechas. Y no lo hacía porque AP pertenecía a la misma gerontocracia que, desde el siglo XIX, había gobernado en España generando, precisamente, lo que decía combatir: «la España cubierta de polvo de tantos años de aburguesamiento» [14: 8]. Falange proclamaba la diferencia entre su alternativa a la República, representada por nuevos «señores», y el continuismo de los «señoritos» que parasitaban en los residuos de la política decimonónica y cuya acción solo beneficiaba a las viejas clases caciquiles. Por último, pese a que Acción Popular decía representar los intereses de los españoles católicos, desarrollaba acciones políticas ineficientes a través de canales políticos y bajo doctrinas ideológicas ajenas a España, negando

las concomitancias entre el fascismo, como el nuevo catolicismo, y la tradición política y cultural española, a las que había traicionado en sus devaneos parlamentarios con los traidores a la nación.

Los antifascistas contra qué fascistas: La «alianza» entre cedistas y socialistas

Muy lejos estaría Falange de rivalizar con la militancia de JAP, que ya en 1934 se cifraba en más de 200.000 miembros. No sería hasta la primavera de 1936, tras la victoria del Frente Popular, cuando las Juventudes de Acción Popular se pasarían en masa a las filas del partido. Todavía en 1934, año de la Revolución de Octubre, la actividad de los falangistas, ante el casi nulo reconocimiento de su doctrina política y teórica, se enfocó en publicitar los enfrentamientos violentos con las otras juventudes más numerosas de España: las Juventudes Socialistas. La «entronización del relativismo» a través de la acción de las cortes republicanas –que los falangistas asociaban al oportunismo y al politiqueo decimonónico, esencialmente antifascista– era lo que sus antagonistas, los socialistas revolucionarios, vaticinaban como el inicio inevitable de una dictadura netamente fascista impuesta gradualmente a través de los mecanismos de la República burguesa. Desde el órgano de prensa de los jóvenes socialistas, *Renovación*, se predicaban las resoluciones del V Congreso, la ruptura con los partidos republicanos y la República burguesa y la proclamación de la vía revolucionaria. La FJS llamaba a luchar contra el fascismo, asociado al parlamentarismo reaccionario y a la farsa democrático-burguesa republicana. Según los jóvenes socialistas, el fascismo se instalaría cómodamente en las instituciones de la República para, una vez controlados los mecanismos represivos del Estado, oprimir al proletariado y clausurar sus partidos. La única alternativa posible para los trabajadores era tomar por la fuerza el poder y fundar la primera dictadura socialista española –una Unión de Repúblicas Socialistas Ibéricas–, propósito para el cual era un lastre la colaboración con la «masonería republicana» y los socialistas «centristas» y de «derechas» anclados en la nostalgia de la coalición del primer bienio. La política del parlamento burgués, dominado por los radicales

y los cedistas, era la manifestación de la contrarrevolución temerosa de la acción revolucionaria de la juventud proletaria en las calles.

El 17 de febrero de 1934, *Renovación* publicaba un decálogo para el militante socialista que conminaba a sus jóvenes afiliados a guardar una disciplina marcial de obediencia «ciega» a los jefes. Los grupos que desfilaban por las calles debían reconocerse mutuamente mediante una salutación obligatoria–«saludar con el brazo en alto –vertical– con el puño cerrado, que es un símbolo de hombría y virilidad». Se recomendaba la necesidad de efectuar acciones callejeras continuas para generar «una atmósfera de miedo y respeto» en el espacio público. El último punto se referiría a la necesidad de que el militante tuviera claro que la finalidad del socialismo era la toma violenta del poder, ya que los medios democrático-burgueses ya se habían experimentado sin éxito: «La única idea que hoy debe tener grabada el joven socialista en su cerebro es que el Socialismo solamente puede imponerse por la violencia, y que aquel compañero que propugne lo contrario, que tenga todavía sueños democráticos, sea alto, sea bajo, no pasa por ser de un traidor, consciente o inconscientemente». Ante la inevitable contienda violenta contra las fuerzas enemigas del proletariado, se exigía al joven socialista hacerse con armamento de fuego «como sea, donde sea» y «por los procedimientos que sean». Marxismo o fascismo; no había otra alternativa posible[155].

Esta dialéctica sería asumida de buen grado por los falangistas. Eran ellos y los socialistas los que se batirían en la batalla final que se avecinaba tras la «pantomima» parlamentaria de los radicales y los falsos fascistas. Samuel Ros reflejaba este antagonismo en el artículo «El pulso de la vida», en el que denunciaba la falsa contradicción entre monárquicos y republicanos. Como *El hombre de los medios abrazos*, el desconsolado lisiado de la novela de Ros, España se encontraba enferma, «tendida en la cama de un hospital, respirando afanosamente los últimos alientos

155. «Decálogo del joven socialista», en *Renovación* (17-II-1934), p. 1. La cuestión del rechazo al socialismo democrático y los republicanos masones por las juventudes socialistas, a la vanguardia de las tesis leninistas de Largo Caballero puede verse el ensayo del entonces miembro de la FJS Segundo Serrano Poncela: *El partido socialista y la conquista del poder* (1935). Véase Huerta Bravo [2021].

de vida», mientras izquierdas y derechas representaban su propia farsa: «¡Salvemos a la República!», gritan algunos ateneístas con polilla de biblioteca. «¡Restauremos la Monarquía!», gritan algunos aristócratas con polilla de jardín. Y España, sola en su cama de hospital, se muere». Republicanos, «ateneístas con polilla de biblioteca», y conservadores, «aristócratas con polilla de jardín», representan la dialéctica demoliberal que Ledesma Ramos decía superada o lo viejo a lo que Giménez Caballero se oponía desde las páginas de *La Gaceta Literaria*. Frente a la masa conformista y los políticos de un lado y de otro, que veían languidecer el corazón de la patria, se encontraban los falangistas y los socialistas revolucionarios. Las vías de aquellos que no querían «salvar la República ni restaurar la Monarquía». Estos eran «los marxistas y los antimarxistas»:

> Nadie piense que se puede librar de la contienda; es preciso alistarse en una u otra parte, porque la forma más segura de sucumbir será la de permanecer en el puesto de espectador. Hay cosas que no se pueden presenciar sin dejar la vida, y puesto que se hace preciso arriesgar la vida, piense cada español cuál es su deber y en dónde suena la voz que le llama [7:11].

Había que alistarse en uno de los dos bandos antagónicos –Falange o los marxistas– o permanecer expectante junto a los republicanos y los radical-cedistas. Las Juventudes Socialistas eran la némesis de Falange, ya que defendían una doctrina «tiránica», «materialista» y «antinacional». Sin embargo, ambas formaciones «juveniles» interpelaban a una masa de españoles que ganaba protagonismo en las calles abiertamente rebeldes y contrarias a una solución transitoria dentro de los cauces «democrático-burgueses». Las dos organizaciones predicaban la ruptura con la República del 14 de abril, pero los falangistas oponían a sus enemigos internacionalistas y «soviéticos» su revolución «nacional» [Arbeloa, 2015; Souto Kustrín, 2013].

A pesar de ello, los falangistas no eran para los jóvenes socialistas la contraparte de esta batalla final entre el «marxismo» y el «fascismo». Al contar con la mayoría parlamentaria en las denominadas Cortes de la «reacción», Acción Popular y Gil Robles eran los «fascistas» que se apropiarían de las instituciones burguesas para imponer su dictadura

del terror. En esta dialéctica, los falangistas eran tan solo sus mamporreros, una «banda de criminales» financiada por las extremas derechas, pero accesoria. AP y las JAP habían demostrado su fuerza en una manifestación masiva a las afueras de la capital, mientras que los falangistas limitaban sus apariciones públicas a pequeños actos en lugares de provincias y a los funerales de los «caídos», donde se reunía su escasa militancia. Las principales proclamas antifascistas del diario de los posteriores líderes de la Juventud Socialista Unificada –la unión de las organizaciones juveniles del Partido Comunista de España y del PSOE–, Santiago Carrillo y Segundo Serrano Poncela, iban destinadas a sus principales enemigos fascistas. La FJS preparó un gran acto antifascista en respuesta a El Escorial, con un gran despliegue logístico, muy similar al de las JAP, que terminó en la ya mencionada huelga general declarada en el centro de la capital. Un mes antes de su celebración, los jóvenes socialistas vaticinaban que este sería «el primer choque serio entre el fascismo y la clase obrera» –es decir, la batalla final entre la gran burguesía reaccionaria frente al proletariado–, «el primer episodio de la guerra civil»[156]. Los falangistas apenas tenían trascendencia en el gran conflicto final que vaticinaban unos y otros.

Sin embargo, las JAP no aparecieron en el centro de Madrid la tarde del acto de El Escorial para enfrentarse a las Juventudes Socialistas, como tampoco Gil Robles pronunció el discurso de ruptura con la República esperado, razón por la cual diarios como *La Nación* censuraban la falta de predisposición al combate de la derecha, «que cuando llega el momento de la energía y de las actitudes inexorables carece de toda eficacia, se siente un poco acobardada». El 26 de abril de 1934, *F.E.* atacaba el discurso de sus adversarios «fascistas» sosteniendo que el acto de El Escorial era «la mejor justificación de nuestra existencia política y revolucionaria». Poco podían hacer las viejas derechas católicas disfrazadas de milicias armadas, los, en sentido irónico, «formidables "fascistas" (¡!)» de la JAP, en este combate al que tampoco acudieron las «juventudes rojas» del PSOE. El semanario minimizaba la participación de las Juventudes Socialistas en una huelga que se había delegado

156. «La manifestación de El Escorial», en *Renovación* (3-III-1934).

en los trabajadores afiliados a los sindicatos «marxistas» –en referencia a la Unión General de Trabajadores–. Según los falangistas, los fascistas de los que los marxistas alertaban no eran aquellos de El Escorial, sino sus «equipos nacionales auténticos»:

> Todavía no saben los marxistas españoles lo que va a representar para ellos la presencia organizada y resuelta de equipos nacionales auténticos. Entonces advertirán la diferencia entre un peligro real y uno meramente dialéctico como el que a diario forjan con sus confusonarias [*sic*] divagaciones en torno al fascismo [12: 8].

El artículo concluía que los socialistas estaban creando un fantasma especular en el fascismo como excusa para llevar a cabo una revolución marxista. Sin embargo, esos «fascistas» no iban a ser los de El Escorial, sino aquellos dispuestos a usar con eficacia el lenguaje «de la violencia» y «de la lucha armada». Los falangistas que, «a su hora», presentaran «las razones» [12: 8][157].

Comenzaba un periodo de intercambios violentos entre Falange y los socialistas, de víctimas y asesinos como acción de propaganda, que no se detendría ya. La distribución y venta de *F.E.* por los militantes falangistas atraía a más socialistas que a entusiastas del «verdadero» fascismo español. El primer obituario de los falangistas se dedicó a Francisco de Paula, asesinado en el corazón de Madrid por dos miembros de la FJS: «La muerte le ha traído a nuestras filas. (…) Su sangre ha escrito sobre el suelo de España su cédula de inscripción». Bajo el epígrafe del obituario, la exclamación «¡Presente!» dedicada a los mártires del movimiento falangista. Sería el primero de otros, como Matías Montero, el falangista *protomártir* del Movimiento Nacional que sería abatido a tiros por las Juventudes Socialistas como represalia al asesinato de un joven en el asalto a la Asociación Profesional de Estudiantes de Medicina, controlada por la FUE. «Víctimas del odio, los nuestros no cayeron por odio, sino por amor» [7: 9]. En las páginas que recogían el reportaje gráfico

157. La Comunión Tradicionalista y Renovación Española recibieron financiación del régimen fascista italiano ese mismo mes de abril de 1934. Véanse Álvarez Rey [1993], Blinkhorn [2009] y Vincent [1996].

del funeral de Montero, se enfatizaba en este concepto de martirologio del caído en Falange, cuya sangre lograría unir a los españoles: «Haz que la sangre de los nuestros, Señor, sea el brote primero de la redención de España, en la unidad nacional de sus tierras, en la unidad social de sus clases, en la unidad espiritual en el hombre y entre los hombres» [7: 9]. Lo que difería del crimen por odio que auspiciaban derechas e izquierdas, movidos por doctrinas e ideologías sin «espíritu».

El corazón de esa «juventud marxista» se alojaba en los sindicatos universitarios. Mencioné en el capítulo anterior la importancia de la Federación Universitaria Escolar en la movilización estudiantil contra la dictadura y por la República, así como, ya en pleno régimen republicano, su posterior alineamiento con el antifascismo. Falange trataría de contrarrestar la influencia del sindicato estudiantil, ahora vinculado a la izquierda revolucionaria, con la creación del Sindicato Español Universitario (SEU). A finales de enero de 1934, publicaba *Renovación* que «los fascistas» –en referencia a militantes del SEU– habían «asaltado la Secretaría de la FUE de [la facultad] de Medicina, hiriendo a un camarada. Debe ser la última vez que cae uno de los nuestros en estas luchas ¡Hay que atacar sin piedad a la canalla fascista!»[158]. *F.E.* daría su versión de lo sucedido, justificando los disparos de los fascistas por la violencia con la que habían sido atacados por los fueistas [González Calleja, 2005a]. El número del 8 de febrero de 1934 ofrecía la transcripción del discurso de José Antonio Primo de Rivera en las Cortes sobre la Federación Universitaria Escolar, su carácter partidista –antifascista y marxista– y la violencia en las aulas. En opinión del líder falangista, la FUE «ha derivado abiertamente hacia la política» y es «la primera que ha ejercido un régimen político de violencia». Según Primo de Rivera, la FUE se convertía en una organización que no se dedicaba, como en el pasado, a las necesidades de los estudiantes, sino a la propaganda «marxista» en la Universidad Central de Madrid. En 1933, el sindicato estudiantil había decidido la expulsión inmediata de los fascistas. Pero el líder falangista iba más allá: denunciaba una persecución ideológica solamente por profesar un determinado tipo de ideología: «Es decir, que

158. *Renovación* (27-I-1934), p. 1.

la FUE, resucitando los procedimientos de la Inquisición, pero todavía más sutiles (…), se mete a indagar no lo que hacen los estudiantes fuera, sino lo que llevan en la cabeza»[159].

Se perseguía a aquellos individuos no por su «actividad fascista», sino por profesar «ideas fascistas» (6: 9). *F.E.* propagaba la imagen colectiva de los falangistas como una minoría de defensores de la nación perseguidos por un gobierno de derechas pusilánimes y una banda criminal organizada de izquierdas, ambos hostiles abiertamente al fascismo y a sus seguidores en España. Primo de Rivera hacía referencia a la persecución sufrida por la Dirección General de Seguridad, que concebía su movimiento «como una partida de la porra», cuando «el fascismo es una inquietud europea, […] una manera nueva de concebir todos los fenómenos de nuestra época e interpretarlos con sentido propio». Las intervenciones gubernamentales, las redadas de la policía en sus locales, las suspensiones de los periódicos y la muerte de sus militantes eran su carta de presentación de víctimas del sistema y de un gobierno conservador que los maltrataba con más dureza, si cabe, que a los marxistas revolucionarios. Primo de Rivera denunciaba en el Congreso que «cada número de esa revista que se llama *F.E.* […] cae en manos del fiscal y suscita su cólera» [6: 10]. El semanario *F.E.* está sufriendo la persecución del gobierno conservador solamente por sus ideas. La imputación de organización violenta no tenía ningún apoyo documental, ya que eran los falangistas los que habían sufrido la violencia «por pistoleros que o pertenecían a la Juventud Socialista o recibían muy de cerca sus

159. La analogía entre los procedimientos de la FUE y los de la Inquisición resultaba sorprendente, ya que la institución era utilizada más profusamente por las izquierdas como referente histórico negativo asociado, por sus métodos coercitivos y su origen católico, al fascismo, a las derechas, la dictadura o al capitalismo. En un artículo de principios de 1933 publicado en *La Tierra*, Narciso Grau rendía culto al mártir anarquista de Casas Viejas Francisco Cruz Gutiérrez, apodado Seisdedos, caído en la lucha contra el capitalismo: «Bello es morir por un ideal de redención, es elevarse por encima de la nada. Así sabían morir los Giordano Bruno, los Miguel Servet; así sabían morir en la hoguera del fanatismo religioso. Así han conquista la eternidad. La inquisición capitalista también hace sus mártires», «Héroes de la revolución: Seisdedos» (24-III-1933), p. 4.

inspiraciones». La violencia venía de un solo lado: «Nosotros hemos sufrido hasta ahora todas las víctimas y las hemos sufrido en silencio» [6: 10]. En definitiva, los falangistas sufrían la opresión de un enemigo más numeroso y de unas derechas que les perseguía con mayor celo que a las izquierdas en una violencia preexistente a la que los falangistas respondían con abnegación y sin contrapartidas.

En este contexto se denunciaba la pasividad del gobierno de derechas ante la revolución marxista en marcha y su única obsesión con Falange. Ante esta coyuntura, el discurso de Falange se sostendría en su identificación con el verdadero movimiento nacional –el fascismo no podía representarlo AP ni las JAP, por su colaboración con un gobierno republicano, burgués y democrático. FE era la revolución «verdadera», «nacional», y no la «antinacional marxista». La única vía posible frente al marxismo de «las JAS (Juventudes de Asesinos Socialistas)» [15: 5]. La juventud tenía en Falange una alternativa a la gerontocracia de los partidos políticos –«los Partidos viven de sus jóvenes, chupan su corazón como parásitos» [15: 3]– y a las ideas decimonónicas materialistas del liberalismo y el marxismo. En último término, Falange se concebía a sí misma como un movimiento ajeno a los viejos antagonismos que superaría la división insalvable entre clases y partidos políticos. Si en anteriores apartados he analizado el fascismo por el rechazo a las derechas del *statu quo* –el fascismo fiambre– y a las izquierdas marxistas antinacionales, que se concretaba en el lema «ni izquierdas, ni derechas», a continuación abordaré el discurso positivo de unidad de Falange y la reacción que tuvo en la esfera pública.

Ni de izquierdas ni de derechas

Diversos autores han hecho mención a la admiración, manifestada generalmente en privado, que sentía José Antonio por los líderes del republicanismo y del socialismo no marxista, Manuel Azaña e Indalecio Prieto respectivamente, que habían hecho gala, pese a la resistencia de sus partidarios, de un discurso integrador, contra la lucha de clases auspiciada por el «egoísmo de las derechas» y el «rencor de las izquierdas». También se ha señalado que el elogio a estas figuras del republicanismo

inicial causó el rechazo absoluto de aquellos que veían en Falange una fuerza hostil al régimen del 14 de abril y un contrapeso eficaz a la violencia de las organizaciones obreristas.[160] El discurso falangista defendía que el partido no respondía a las viejas categorías de izquierda y derecha porque se situaba fuera de la dialéctica, agitada por partidos de uno u otro signo, que dividía a la sociedad en clases sociales y sentimientos regionales:

> FE no es un movimiento de derechas, ni es un movimiento de izquierdas, ni es un movimiento de centro, porque se coloca, fuera y por encima, contra la misma pugna estéril [1: 1].

Los falangistas se consideraban por encima de esas dos tendencias: «En la causa suprema de la libertad de España, estamos solos y estamos a la misma distancia de Gil Robles que Largo Caballero» [3: 2]; es decir, del líder de las derechas insolidarias y del de las izquierdas rencorosas.

El 6 de junio de 1934 en las Cortes, Primo de Rivera hacía un balance retrospectivo de los últimos años de la monarquía, de la dictadura de su padre y de la República. En su locución parlamentaria, el líder falangista asimilaba estos dos últimos episodios históricos por presentar los componentes necesarios de una revolución: su amplio apoyo popular y la ruptura con lo preestablecido. La primera, la revolución promovida por su padre en 1923; la segunda, la República del 14 de abril de 1931, impuesta revolucionariamente tras una elección a concejales municipales. Según el hijo del dictador, ambos proyectos políticos, de fuerte inspiración nacional, habían sido abortados por el resurgimiento episódico de disputas internas de carácter partidista que tenían como trasfondo los problemas sin resolver de la nación: el separatismo regional y la lucha de clases. Ambas revoluciones habían acumulado las esperanzas del pueblo; ambas las habían frustrado con su fracaso. Según Primo de Rivera, la dictadura no había adquirido las bases de

160. En la sesión parlamentaria celebrada en junio de 1934, el discurso *integrador* de José Antonio para con la izquierda revolucionaria que abandonase el marxismo había causado el «desprecio» y el «enfado» de «los diputados derechistas y ultraderechistas presentes» [Thomàs, 2017: 191].

un movimiento fascista, aún en estado embrionario en otras partes de Europa; tampoco la afección ni la comprensión de la generación más joven y de los intelectuales, sin los cuales «un proceso de transformación política» se antojaba una empresa imposible. España tenía dos losas que la oprimían y ninguna de las dos revoluciones fallidas se había librado de ellas. Por arriba, «la falta de toda ambición histórica» y, por abajo, «la falta de justicia social» [13: 8].

Según Primo de Rivera, la revolución del 14 de abril había tenido una «buena música», «sobre todo en aquel memorable manifiesto de Ortega y Gasset y Pérez de Ayala» [13: 8]. Dos meses antes de la proclamación de la República, Ortega publicaba junto a Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala el manifiesto de la Agrupación al Servicio de la República, en el que llamaba a los intelectuales y a los universitarios, en especial a la juventud, a unirse a la causa republicana. La República había de ser un estado nuevo, opuesto al modelo parasitario que había creado la monarquía de Sagunto[161]. El 6 de diciembre de 1931, pasados varios meses de la movilización popular del 14 de abril y días antes de aprobarse la Constitución de la República, Ortega sentenciaba en el cine de la Ópera el fracaso del nuevo régimen. En tan solo unos meses, una República que había nacido «con plenitud y sin discordia» había derivado en otra arropada en «propósitos, preferencias, credos políticos particulares, que no eran coincidencia nacional». Urgía «rectificar» el perfil partidista de la República por un proyecto que aunara los intereses de todos, lo cual demandaba

> el surgimiento de un gran movimiento político en el país, un partido gigante que anude, de la manera más expresa, con aquel ejemplar hecho de solidaridad nacional, portador de la República, que interprete esta como un instrumento de todo y de nada para forjar la nueva nación, y haciendo de ella un cuerpo ágil, diestro, solidario, actualísimo, capaz de dar su buen brinco sobre las grupas de la fortuna histórica, animal

161. En referencia al pronunciamiento militar de Arsenio Martínez Campos que, en 1874, finiquitó la Primera República Española y restauró la monarquía. Marañón y Posadillo, Gregorio, Ortega y Gasset, José y Pérez de Ayala, Ramón. «Agrupación al Servicio de la República», en *El Sol* (10-II-1931), pp. 12.

> fabuloso que pasó ante los pueblos siempre muy a la carrera. En suma, señores, que frente a los particularismos de todo jaez, urge suscitar un partido de amplitud nacional[162].

El fracaso de la República era, por consiguiente, debido a la división entre intereses dispares que no convergían en un solo interés nacional. Esta situación de divergencia había provocado un gran desencuentro sentimental entre aquellos que en sus inicios apoyaron con entusiasmo el proyecto republicano. La receta de Ortega para rectificarlo era la creación de un partido de unidad nacional que debía imponerse a «los particularismos de todo jaez». El *entusiasmo* de los españoles en la República se había tornado en «decepción» y debía recuperarse el espíritu del renacimiento nacional republicano en una formación política de amplio alcance nacional ¿Cómo organizar la República española? ¿Cuáles eran los fundamentos sobre los que construir la unidad frente los particularismos, el gran partido de amplitud nacional?

Conviene revisar los estudios dedicados a la idea nacional de Ortega previos a la proclamación de la República. En *España invertebrada* el filósofo madrileño introducía una breve disertación sobre los orígenes y la formación de la nación española. El fundamento nacional de España no encontraba su origen en un determinado núcleo racial, es decir, en una base biológica o antropológica que lo diferenciara del resto. España, como lo fue Roma en la Antigüedad, era «un vasto sistema de incorporación» [1921: 8], la articulación de «colectividades distintas en una unidad superior» [1921: 9]. De este modo, la nación española se originó por efecto de la asimilación de diferentes colectividades, no con ánimo de fusión o asimilación de sus componentes particulares para edificar otra nacionalidad distinta, sino en torno a un «proyecto sugestivo de vida en común» [1921: 11]. La finalidad de la coexistencia de esos grupos no valía por sí misma, sino por formar «una comunidad de propósitos, de anhelos, de grandes utilidades» [Ortega, 1921: 11]: «No conviven "por estar juntos", sino "para hacer juntos" algo» [Ortega, 1921: 11]. Si su dimensión territorial era indeterminada, indefinida

162. Ortega y Gasset, José: «Rectificación de la República», en *Ahora* (8-XII-1931), pp. 5-6.

por los caracteres particulares de un territorio, también lo era su completitud en el tiempo. La nación española sería «un programa para el mañana» [Ortega, 1921: 12] y, como tal, lo contrario a un hecho diferencial que se produjera en un pasado concreto. La experiencia histórica demostró cómo la pérdida de las últimas colonias de ultramar conllevó el fracaso del proyecto universal de España y, al retraerse en sus disputas internas, también su desmembración. Al perderse su misión expansiva se sumergió en un ensimismamiento nacional del que surgieron diferentes tendencias centrífugas: los regionalismos. Según el autor de *España invertebrada*, la causa de la desvertebración de España no era otra que la ausencia de un proyecto expansivo ilimitado en tiempo y espacio. De no llevarse a cabo el programa para el mañana, la nación acabaría autodestruyéndose entre las cuitas particulares de sus territorios[163].

El discurso sobre la «Rectificación de la República» aludía a algunos de los elementos de la teoría proyectiva de la nación de Ortega como comunidad de futuro o destino. La República se sumía en contradicciones partidistas y, para rectificarla, se antojaba necesario un gran partido con un proyecto nacional de realización constante: «la gran arquitectura del porvenir» o «la gran unidad de nuestro destino y de nuestro porvenir»[164]. Sobre esta idea surgió el Frente Español. El diario *Luz* nacía en los inicios de 1932 auspiciado por Ortega y antiguos colaboradores de *El Sol*. Ortega daba salida al periódico con un manifiesto que, en líneas generales, continuaba desarrollando lo expuesto en «Rectificación». Si en el anterior alegato contra el devenir del proyecto republicano Ortega enfatizaba la supeditación de los intereses particulares a otro nacional, en este afirmaba que la República debía ser un proyecto positivo, es decir, que no se basara en su antagonismo al régimen precedente, que no fuera una antimonarquía, sino que afirmara su forma de ser: «Se es "anti". Por consiguiente: no se es, se es "anti-es": no, no es interés lo que hay que crear, sino espíritu. Un nuevo Estado no se afirma, sino que se suscita un nuevo espíritu»[165]. Dos meses después, *Luz* publicitaba

163. Sobre la teoría de la nación de Ortega, véase Bagur Taltavull [2016]
164. Ortega y Gasset, José: «Rectificación de la República», en *Ahora* (8-XII-1931), pp. 5-6.
165. Ortega y Gasset, José: «Antimonarquía y República» en *Luz* (7-I-1932), p. 1.

la creación del Frente Español, cuyo manifiesto venía respaldado por María Zambrano o el posterior falangista García Valdecasas, entre otros intelectuales vinculados a la Universidad Central de Madrid, todos ellos seguidores de las tesis de rectificación de Ortega. La pérdida de la oportunidad histórica del renacimiento republicano y la decepción por una constitución elaborada por partidos «que no representan la voluntad ni las necesidades de España», y que «han ignorado que el interés de España está por encima de las combinaciones de partido», enfangados en el conflicto entre católicos y republicanos, era la razón de ser del Frente Español. El manifiesto contenía una mayor concreción en el rechazo a las vías políticas actuales. Se planteaba sin ambages la ejecución de un proyecto alternativo a la «democracia parlamentaria» y «a la dictadura de clase». A diferencia de los manifiestos políticos de Ortega, que hacían referencia a una unidad nacional en la que se desarrollaran el capitalismo sin la interferencia del Estado con arreglo al reconocimiento y respeto de las demandas del movimiento obrero, el Frente Español se oponía a cualquier tipo de materialismo, ya fuera capitalista o comunista, y condenaba «el ateísmo repulsivo» de las organizaciones de *clase* y su «negación de toda jerarquía espiritual». Los cinco puntos de su programa «no acabado» se basaban en la supeditación de todo interés al Estado, el anticapitalismo, la separación entre un único interés nacional sobre los regionales y los dos más interesantes por su similitud con lo que posteriormente planteará Falange: la «sindicación de los productores» elevando los «Sindicatos a organismos de gestión Social-Económica del Estado» y el «cumplimiento de la misión histórica de España»[166].

Un año después, Primo de Rivera, en el discurso fundacional de Falange Española en el Teatro de la Comedia de Madrid de 1933, subrayaba el carácter de Falange como «antipartido», un movimiento que no es de derechas ni de izquierdas:

> Nuestro movimiento por nada atará sus destinos al interés de grupo o al interés de clase que anida bajo la división superficial de derechas e izquierdas [1938: 21].

166. «Un movimiento político de juventud: Frente Español», en *Luz* (7-III-1932), p. 10.

De modo similar al manifiesto de Ortega, llamaba a la superación del particularismo de los intereses a un lado y otro del espectro político, de los programas políticos concretos, a favor de una «irrevocable unidad de destino». El líder de Falange tomaba el testigo de la filosofía sobre la nación orteguiana en su apelación a España como una unidad de destino en lo universal. La superación de esas luchas particulares solo podría hacerse mediante la constitución de un gran movimiento que pusiera en marcha un programa en el mañana. Falange era el movimiento y no el partido que destruiría el desengaño de los intereses políticos y llevaría a su concreción la gran unidad de destino, lo que Ortega definiera como una «comunidad de propósitos». Meses más tarde, tras efectuarse la unidad de Falange y de JONS, el partido de Ledesma y Onésimo Redondo, el líder de Falange hacía mención a una triple división que ponía en peligro la unidad de destino: «los separatismos locales, la lucha entre los partidos y la división entre las clases» [1938: 31]. Es en la primera división de intereses en la que José Antonio refiere explícitamente a las tesis de Ortega sobre la naturaleza de las naciones:

> Una Patria no es aquello inmediato, físico, que podemos percibir hasta en estado más primitivo de espontaneidad. Que una patria no es el sabor inmediato de esta fuente, no es el color de la tierra de estos sotos: que una Patria es una misión en la Historia, una misión en lo universal [1938: 31].

La arquitectura nacional no es un proyecto acabado que pueda someterse a la reducción cultural de sus componentes, a su núcleo, sino que es un proyecto de incorporación de colectividades. Es la diferencia entre los pueblos en un estadio «primitivo» y los que tienen una misión en el mañana; los dos modelos opuestos de nación que Ortega pergeñó en *España invertebrada*[167].

167. Sobre la relación ambigua entre Ortega y Falange, véase José-Carlos Mainer [2013].

El fascista solitario

La patria como unidad *transversal* de destino fue la base teórica del discurso en las Cortes del 6 de junio de 1934 sobre las dos revoluciones fallidas del líder falangista. Primo de Rivera elogiaba la revolución del 14 abril por su carácter transversal. El PSOE y los republicanos habían pactado un programa nacional por encima de los intereses de partido: «La incorporación de los socialistas a una obra de Gobierno no exclusivamente proletaria. Esta sí que era una posición interesante: los socialistas por una vez interrumpían su rumbo de movimiento de clase, de movimiento exclusivamente proletario, y se matriculaban en un movimiento que tenía todo un aire nacional». Además, atacaba la derecha, su gobierno y su mayoría parlamentaria como parte del régimen de la Restauración, nada que pudiera aportar un régimen nuevo: «La República se está gobernando exactamente en el mismo tono conservador con que se gobernaba en el año 1921». Pero ambos bandos seguían en su particularismo, y, mientras las derechas no aceptaban un programa de justicia social, las izquierdas, continuaban con su «interpretación marxista, antinacional, absolutamente fría ante la vida española» [13:9].

La utilización de los planteamientos de Ortega y el Frente Español no contribuyó al crecimiento y popularización de la formación fascista. La estrategia política del discurso *revolucionario* de Primo de Rivera era una coalición que integrara a los «reaccionarios» y «equidistantes» del PSOE –adjetivos de la Juventudes Socialistas contra el sector no revolucionario del socialismo español– en un Estado monopolizado por un solo partido. Sin embargo, el discurso de rectificación y del Frente Español en Falange, que pudiera haber parecido una acción estratégica de acumulación de fuerzas para ampliar el escaso alcance del proyecto falangista, no solo no acercaría partidarios «ni de izquierdas ni de derechas» al falangismo, sino que provocaría el efecto contrario: división, ruptura y marginación por las derechas «fascistizadas» y más antifascismo por las izquierdas. La apelación a la «revolución nacional» en el parlamento por parte del líder falangista en un momento de ruptura, casi de división, del Partido Socialista, aquellos que los jóvenes

socialistas definían los «derechistas» del PSOE, no recibió reconocimiento público por parte de los socialistas «reaccionarios».

La prensa del día siguiente –en especial los medios vinculados a la alternativa autoritaria a la República y que interpelaban al antimarxismo– acusaban al líder falangista de aliarse con el enemigo político. *El Socialista* mencionaba la mala impresión que causó entre los monárquicos: «Las damas monárquicas que asistían a la sesión desde la tribuna también comentaban desfavorablemente el discurso del señor Primo de Rivera»[168]. *ABC* reflejaba el rechazo de los diputados de Renovación Española al discurso de apelación al socialismo: «No había nada acertado en su peroración del diputado fascista, entendiendo algunos que habiendo sido el móvil de todos los movimientos fascistas de Europa la guerra al marxismo, es bien extraño que el que se titula jefe fascista español esté de completo acuerdo con las maneras del partido socialista de nuestro país». Primo de Rivera, defendía, «exteriorizó conceptos gratos a los socialistas»[169]. *El Siglo de Futuro* afirmaba que había «dedicado palabras de halago al partido socialista, de donde salen los tiros contra los afiliados de Falange Española, que los amigos del señor Primo de Rivera van a enterrar levantando el brazo al paso del férreo. Ese brazo fascista, ya lo sabemos, no se alza en amenaza; se alza para descender suavemente en caricia»[170]. Los tradicionalistas acusaban a José Antonio de complacencia con el socialismo. Los fascistas no podían ser el contrapeso violento del marxismo debido a su falta de animosidad hacia el socialismo. Otro ejemplo de utilización del significante *fascismo* en un sentido de antagonismo y disociación entre fuerzas que, en un futuro próximo, combatirían en la misma trinchera y se articularían bajo el nombre de Falange. Desde el otro lado de la trinchera, *El Heraldo de Madrid* calificaba irónicamente al líder falangista de *führer* ibérico, el aprendiz de dictador que quería emular al padre: «En septiembre del 23 nos prometieron mucha justicia social». Por un lado, las izquierdas relacionaron el discurso del hijo del dictador

168. «Discurso de Primo de Rivera causa mal efecto entre los monárquicos», en *El Socialista* (7-VI-1934), p. 6.
169. *ABC* (7-VI-1934), p. 23.
170. «Todos en el caos», en *El Siglo Futuro* (7-VI-1934), p. 1.

con la demagogia «fascista». Por otro, las derechas lo asociaron con el socialismo y a las revoluciones propias, según los reacios a identificar la «auténtica» tradición política española con un movimiento «extranjero», del fascismo.

¿Derechistas contra revolucionarios?

Los que habían promovido un proyecto positivo de articulación de fuerzas en torno al fascismo le acusaron de querer pactar con los enemigos del fascismo y de una actitud «intelectual» propia de un «antifascista». En este sentido, los denominados alfonsinos –la derecha antiparlamentaria de más larga trayectoria política que promovió la Unión Patriótica Nacional de Miguel Primo de Rivera y, ya en la República, Acción Española y Renovación Española, que habían financiado y promovido la creación del partido fascista– fueron los principales actores de las críticas contra Primo de Rivera. Sin embargo, el discurso de «rectificación», tan criticado por los medios afectos a estos sectores, no fue tanto la desacreditación de supuestas ideas «socialistas» como la desarticulación de un artefacto político, Falange Española, poco operativo y que había tomado un perfil independiente no esperado. Los patrocinadores de FE habían recuperado un icono político en el exilio desde abril de 1931, José Calvo Sotelo[171], que quería unirse a Falange. José Antonio se negó a que el exministro de la dictadura de su padre se afiliara al partido fascista. Durante la primavera y el verano de 1934 protagonizó varios desencuentros con miembros de Renovación Española en congreso, generando desafección hacia Primo de Rivera entre los propios militantes de Falange. Prueba de ello es que el nuevo partido de Calvo Sotelo –el Bloque Nacional– integró a exfalangistas

171. Calvo Sotelo había revisado el ideario de los monárquicos con el objetivo de superar las disputas internas entre tradiciones políticas de la derecha antirrepublicana sobre la restauración del anterior régimen «sobre el suelo pantanoso y movedizo del sistema liberal» o la instauración de un Estado nuevo. Véase Arrarás Iribarren, Joaquín: «Las ideas y los hechos: actualidad española», en *Acción Española* (16-VI-1934), pp. 65-76.

como el marqués de Eliseda[172] –Francisco Moreno Herrera y el aviador Juan Antonio Ansaldo, que había ingresado en marzo como jefe de Objetivos; esto es, organizador de los grupos paramilitares de la denominada Falange de la Sangre para perpetrar acciones armadas contra los jóvenes socialistas–[173].

Una de las causas de esta ruptura con el tradicionalismo hubiera sido la concepción laica de Falange con respecto a la religión católica, cuestión desarrollada en este capítulo cuando se abordó el enfrentamiento dialéctico entre AP y Falange. Según Thomàs [2017], «irritaba (…) la cuestión de la separación de la Iglesia y el Estado, y el énfasis en el papel de este molestaba especialmente a los católicos, que veían en ella una "idolatrización" del mismo» [201]. La laicización de Falange en el programa de noviembre de 1934 habría provocado la marcha del marqués de Eliseda al partido de Calvo Sotelo, alegando que «el artículo 25 del programa», en el que se abordaba la cuestión religiosa,

172. González Cuevas [1996] analiza los fundamentos ideológicos del *aristocratismo* político que, durante la República, defendería el proyecto político-cultural de Acción Española. El consejero nacional de Falange vio en el fascismo «la actualización del tradicionalismo ideológico» [108]. Según González Cuevas, discrepaba en materia de estatismo, intervencionismo y religión.

173. Militante de Acción Española, rechazó la línea política de Primo de Rivera. Movilizó a parte de la militancia contra él e, incluso, trazó un plan para asesinar a Primo de Rivera y hacerse con el mando de la organización. Después del fallido golpe, fue expulsado. En 1935, comandó las Guerrillas Españolas del Bloque Nacional. González Cuevas hace referencia a una carta de Ansaldo –sin fecha, aunque presumiblemente de la segunda mitad de 1933– en la que hace referencia al control político y financiero de «JONS» y del «fascio»: «El fascismo es de mucho más porvenir que las JONS, pero por esa causa creemos que nos hace falta injertamos en él, pues como partido político puede ocurrir que al desarrollarse y tener vida propia prescinda de nosotros y nadie sabe a dónde puede ir a parar si el éxito enardece un poco a sus caudillos. Hoy nos puede servir y nos servirá corro grupo de acción, pero hay que pensar en su evolución y crecimiento de tal suerte que no se pierda nuestra tutela y amparo» [1996: 105]. Del mismo modo que la unificación de Falange Española de las JONS sería protagonizada por sus financieros alfonsinos, también lo sería el abandono de los jonsistas a principios de 1935.

era «francamente herético»[174]. El artículo en cuestión sostenía que el nuevo Estado incorporará «el sentido católico –de gloriosa tradición y predominante en España– a la reconstrucción nacional», pero que «la Iglesia y el Estado concordarán sus facultades respectivas, sin que se admita intromisión alguna que menoscabe la dignidad del Estado o la integridad nacional». No obstante, la suma de los acontecimientos desde el retorno de Calvo Sotelo hace inferir que la razón no era la laicización de Falange, ya que desde que Primo de Rivera le negó la entrada en el partido se multiplicaron las referencias negativas a Falange en la prensa derechista. Al contrario, el partido sostenía un programa muy similar al de la formación de Calvo Sotelo. Un año antes, Goicoechea, líder de Renovación Española durante el exilio del político gallego, lanzaba una carta-programa que, en referencia a la cuestión religiosa, suscribía la misma posición en la relación Iglesia y Estado que los falangistas. A diferencia de la concreción sintética del programa falangista, Goicoechea desarrollaba sus planteamientos: «En lo religioso, somos católicos, y no por eso pretendemos una confusión inadmisible en los campos en que se mueve la Iglesia y el Estado; ni una vinculación exclusivista y dañosa […]. Por el contrario, propugnamos, como fórmula acertada y salvadora de relaciones entre Iglesia y Estado, una separación administrativa y económica entre ambos que emancipe y libere a la jerarquía eclesiástica de toda inmisión en el gobierno de sus peculiares asuntos»[175]. La posición de Falange en este sentido era muy similar a la de otras fuerzas que utilizaron la religión católica como un elemento central de interpelación a sus seguidores, por lo que su desacreditación como partido *laico* o *estatista* formaba parte de la retórica de esa nueva derecha antirrepublicana articulada en el Bloque. Los ataques a Falange por ser un fascismo idolátrico ya no venían de AP, sino de

174. «El marqués de Eliseda se aparta de Falange Española», en *ABC* (30-XII-1934), p. 34.

175. Goicoechea Cosculluela, Antonio: «Carta-programa», en *Acción Española* (16-I-1933), pp. 286-93. A diferencia del conservadurismo de Goicoechea, Calvo Sotelo defendía una «alternativa» actualización del tradicionalismo español en concordancia con los movimientos fascistas europeos [González Calleja, 2008: 110].

aquellos que apoyaban la concentración de fuerzas de Calvo Sotelo a través del recién creado Bloque Nacional y que criticaban la negativa de Primo de Rivera a participar en la misma. Afectar, negar y combatir las posiciones del Bloque causaron la marginalización y estigmatización de Falange por aquellos que la habían apoyado. Desde el nuevo rotativo de la formación tras la clausura de *F.E.*, *Arriba*, se inició la misma campaña contra los fascistas fríos y técnicos, esta vez dirigida a los fascistas impostados y «ultraderechistas» del Bloque Nacional [Gibson, 1980]. La justificación del falangismo a favor de Primo de Rivera seguiría su periplo marginal por 1935 utilizando la estrategia retórica de los revolucionarios contra los fríos técnicos de la extrema derecha.

Otra de las causas de la ruptura presentes en los discursos de los protagonistas referiría a la intersección del partido fascista entre un posicionamiento conservador –el de Primo de Rivera– o revolucionario –el de los jonsistas. Las declaraciones de Ledesma, el líder del jonsismo, del 18 de enero en el *Heraldo de Madrid* argumentaban la ruptura entre un fascismo revolucionario, representado por el jonsismo, y otro movimiento conservador, liderado por un aristócrata demagogo, de «mentalidad feudal» y «amigo del parlamentarismo», apoyado por «grupos oligárquicos de la fortuna heredada», la «Alta Banca y los grandes terranetientes andaluces»[176]. Los jonsistas decían abandonar Falange para «extender los ideales nacionalsindicalistas en los sectores populares». En una nota publicada el 22 de enero, Falange censuraba las declaraciones como «completamente falsas», bajo el epígrafe del republicano *Heraldo de Madrid* que relataron los días de ruptura entre falangismo y jonsismo: «El fascismo español, partido por gala en dos»[177]. Los falangistas, valiéndose de los términos de desacreditación de los jonsistas, contestaron que estos se encaminaban «a granjearse la protección de grupos políticos diametralmente opuestos al sentido

176. «El fascismo español, partido por gala en dos: Primo de Rivera y Ledesma se han colocado frente a frente», *Heraldo de Madrid*, 18 Ene. 1935, p. 16.

177. «El fascismo español, partido por gala en dos», *Heraldo de Madrid* (22-I-1935), p. 2.

revolucionario nacional sindicalista»[178]. Este es un ejemplo de la compleja trama derivada de la ruptura sobre la especificidad ideológica y política del falangismo y el jonsismo fundada en vocablos de identificación y exclusión de los protagonistas. Ledesma discrepó con Primo de Rivera por no acumular fuerzas con las derechas «fascistizadas», aquellas que, ahora en el Bloque, proveyeron a FE de las JONS de los medios económicos necesarios para sus actividades propagandísticas y la fundación del sindicato CONS. Este proyecto de fascistización encabezado por Calvo Sotelo fue el que posteriormente elogió Ledesma en *¿Fascismo en España?* Según Thomàs [2017], la pérdida de la fuente de financiación alfonsina, ahora destinada al nuevo proyecto de Calvo Sotelo, para sostener la prensa y la débil actividad sindicalista de Falange fue una de las causas de la salida de los jonsistas más destacados: Ledesma y Onésimo Redondo[179].

Conclusión: de la división a la unidad *por*/*contra* el fascismo

En este capítulo traté el vocablo *fascismo* como un elemento de atomización de fuerzas republicanas, socialistas, anarquistas, católicas, alfonsinas y tradicionalistas. De este modo, como se observa por lo dicho desde una anarquista como Federica Montseny –que denunciaba «la levadura fascista que han representado siempre los conventos y los alumnos de los conventos en esta tierra nuestra»[180]– hasta el líder de los católicos, Gil Robles –que negaba ser fascista por su componente anticatólico, opuesto a la tradición española–, la utilización del fascismo en los discursos de la prensa y las organizaciones reflejó una variedad de significaciones dispersas sobre el mismo y su aplicación en España. En las filas del antirrepublicanismo, los tradicionalistas carlistas, más reacios a la mímesis programática y terminológica foránea asimilaron

178. «Una nota del Jefe de Falange Española de las JONS», en *La Nación* (14-I-1935), p. 6.
179. Véase también «F.E. de las J.O.N.S.: recapitulación de notas», en *La Época* (18-I-1935) p. 1.
180. Montseny Mañé, Federica: «Glosas: fascismo católico», en *La Revista Blanca* (8-VI-1934), p. 480.

fascismo y socialismo. Por su parte, Primo de Rivera atacó al fascismo técnico o fiambre de Gil Robles[181]. Este conjunto de discursos incoherentes reflejó la dispersión del significante *fascismo* dentro de un juego político extremadamente plural y fraccionario. Falange actuó en un contexto, el de 1934, en el que el fascismo no construyó los consensos necesarios para una acción política –y militar– operativa. La negativa a colaborar con el proyecto de Calvo Sotelo dio inicio a un periodo de descalificaciones por sus antiguos patronos y militantes, causando una grave escisión que dejó al partido en una situación de precariedad y marginación mediática.

Tras la Revolución de octubre de 1934, la fragmentación entre fascistas y antifascistas de diversa procedencia se salvaría paulatinamente por la construcción de bloques más homogéneos. El enfrentamiento y la negociación entre los actores políticos que concurrieron a las elecciones de 1936 produjo lo que Laclau [2005] denomina «articulaciones no ortodoxas» [159]. A partir del estallido de la Guerra Civil, las izquierdas comunistas y socialistas adoptaron un mensaje «patriótico» de reacción al «chovinismo» de los «falsarios» fascistas, de defensa de una «democracia» «popular antifascista», tan en contra de dictaduras «terroristas» e «imperialistas» como de «descabellados» proyectos revolucionarios de «sectarios provocadores al servicio del fascismo» en nombre de la clase obrera. El rechazo al fascismo fue el componente nodal de la unidad de fuerzas que limitaron a mínimos sus proyectos programáticos autónomos. Por su parte, las derechas también apartaron las cuestiones

181. Se trata del juego de las diferencias entre partidos destinados a luchar por un mismo nicho electoral o a atraer un perfil determinado de militantes. Una lucha identitaria en la cual cada uno de los partidos se atribuía un sentido original/nacional al tiempo que acusaba al contrario de nutrirse de un *idearium* foráneo. Según observa David Alegre Lorenz, esta rivalidad se dio en otra partes del viejo continente: «Tal era el caso de Falange de las JONS, o de NaS [el partido noruego Nasjonal Samling, o Encuentro Nacional], por citar dos ejemplos, que en un intento por vencer el escepticismo de las fuerzas políticas tradicionales de la derecha tenían que hacer bandera de la supuesta originalidad de su espíritu y del carácter irrepetible de su programa, sobre todo para defenderse de sus adversarios, que solían acusarles de seguir doctrinas extranjerizantes» [2022: 66].

doctrinarias que, avaladas por diferentes tradiciones ideológicas, impedían su unidad –el dilema entre república o monarquía y, dentro de los partidarios de su restauración, el debate entre alfonsinos y jaimistas; o las consideraciones parciales sobre el fascismo– para sincretizar todos los elementos de dispersión en una sola «cruzada» por la «civilización», contra la masonería republicana y el marxismo. La configuración de la unidad del discurso de las derechas que apoyaron la sublevación de julio de 1936 y su materialización en la Falange unificada de Franco será objeto de análisis del siguiente capítulo. Abordaré el enfrentamiento polémico de los discursos y su articulación en diferentes significantes identitarios sobre el pueblo y su enemigo externo en relación con la contingencia de la Guerra Civil a través de la revista *Vértice*.

V. Los anti-antifascistas: *Vértice* y la novela de Edgar Neville en la Guerra Civil

En el capítulo siguiente abordaré el discurso de la unificación de *Vértice: Revista Nacional de la Falange* durante los dos últimos años de la Guerra Civil (1937-1939). Con este objeto, analizaré la homogenización de las identidades políticas de la contienda entre dos bandos enfrentados –los leales y los nacionales– desde la primavera de 1936 hasta la constitución política de los sublevados en el partido Falange Española Tradicionalista de las JONS. Tras estallar la Guerra Civil, la multiplicidad de discursos políticos de los años precedentes tendió a unificarse en uno solo cuyo elemento fundamental era la confrontación entre la patria, como comunidad popular, y un enemigo externo: a) las fuerzas del comunismo ateo y judío internacional, en el caso de los nacionales; b) el fascismo colonial extranjero, en el de los republicanos [Saz, 2003]. Según Rafael Cruz [2006], el comienzo de la contienda civil dio paso a «un proceso de naturaleza cultural en el que sobresalió la competencia para resaltar, marginar e imponer distintas definiciones en torno a quiénes eran los contendientes, de qué clase de lucha se trataba y cuál era la manera de ganarla» [264]. Las dos identidades antagónicas definieron el sentido de la guerra en torno a los términos compartidos de patria, pueblo, cultura o civilización, asignando al enemigo su opuesto –barbarie, incultura, minoría, etc.– y atribuyéndose la representación total del conjunto de elementos identificativos de la comunidad nacional.

El discurso de unificación –o articulación de demandas– del bando nacional condensaba elementos relativos al orden, la nación, el catolicismo y el falangismo/fascismo por oposición a un enemigo que representaba los elementos antagónicos del «caos», la destrucción de la nación española, la civilización cristiana y el orden social. En este capítulo trataré el proceso de alineación de estos elementos ideológicos en el bando nacional a través de una selección de contenidos publicados en la revista *Vértice*. Analizaré la propaganda del Movimiento o bando nacional y su definición del conflicto como un enfrentamiento entre el marxismo –definido como «caos» y «esclavitud»– y el «orden» y la «revolución» –en su sentido positivo y negativo– abordando y desarrollando los siguientes puntos: 1) la unificación en el falangismo de los ideales negativos del bando nacional: la destrucción del comunismo, la anarquía, el caos y anticristianismo (anti-España) en la revista y su relación con los discursos de oposición precedentes al estallido de la contienda; 2) la hegemonía por el sentido de la lucha y la creación de propagandas populistas –una definición amplia del pueblo frente a otra reducida del «antipueblo»: el enemigo–; 3) La articulación de elementos provenientes de distintas tradiciones políticas en una misma interpelación a sectores heterogéneos en un discurso de sentido común fundamentado en el «caos republicano-marxista» y en el antifascismo; 4) la identificación del bando nacional con el Orden Nuevo nazi-fascista y la réplica de la propaganda antifascista republicana que identificaba a los «fascistas» insurrectos con la barbarie y la incultura, 5) y, por último, la desconexión ideológica y retórica con los fascismos del régimen «franquista» –una adjetivación de sus adversarios– una vez derrotado el eje Roma-Berlín por las potencias democráticas[182].

182. Véase la definición gramsciana de sentido común –«senso comune è la concezione del mondo diffusa in un'epoca storica nella massa popolare»–. Según Cortés [2018], «el sentido común refiere a la disputa ideológica por la interpretación de la realidad social –"sentido", entendido como la significación de la que necesariamente está revestida la realidad social» [60]– basada en preconceptos y saberes no necesariamente sedimentados en el pasado, «sino distintos elementos del mismo presente: fragmentos, signos, discursos […] que se entrelazan en esa gran mixtura» [62].

Vértice: la revista de la unificación

Vértice: Revista Nacional de la Falange fue una publicación de gran formato y alta calidad reprográfica impresa por la Nueva Editorial S.A. en San Sebastián[183]. Revista mensual a cargo de la Delegación de Prensa y Propaganda, estuvo dirigida, en orden de sucesión, por Manuel Halcón, Samuel Ros y José María Alfaro. Antonio Lara de Gavilán, alias Tono, junto al escritor y dibujante Miguel Mihura, fue el encargado de la dirección artística de la revista, que además contaba con las ilustraciones de los pintores José Caballero y Carlos Sáenz de Tejada –en palabras de Mainer, «traducción pictórica del estilo literario falangista» [2013: 115]–. En *Vértice* colaboraron escritores como Agustín de Foxá, Carmen de Icaza, Edgar Neville, Dionisio Ridruejo y Federico de Urrutia, entre otros[184]. Junto a los habituales retratos de Franco y José Antonio Primo de Rivera, la simbología del bando nacional –falangismo y tradicionalismo– compartía espacio con la de las potencias extranjeras aliadas: Alemania, Italia y Portugal. La revista propagandística publicaba además variados contenidos literarios, de opinión, reportajes gráficos, en un formato similar al del dominical de *ABC*, *Blanco y Negro*. El primer número de *Vértice* coincidió con la unificación político-militar de los nacionales en 1937, por lo cual la revista mensual pasaría a subtitularse: *Revista Nacional de Falange Española Tradicionalista y de las JONS.*

183. Debido al elevado coste de producción, la revista se puso a la venta entre las 3 y las 4 pesetas, un precio prohibitivo para la mayoría en las condiciones de 1937.

184. A Carmen de Icaza, dirigente del Auxilio Social de Mercedes Sanz Bachiller, se le atribuye el eslogan de la propaganda falangista «ni un hogar sin lumbre ni un español sin pan». La novela de Icaza en la década de 1940 destaca por su rechazo a la sociedad conservadora y a los roles sociales impuestos a las mujeres. Véanse al respecto: G. Andreu, Alicia: «La obra de Carmen de Icaza en la difusión de un "nuevo" concepto de nación española»; Soler Gallo, Miguel: «Vencer a Medusa: El modelo de mujer angelical en la primera novela rosa de Carmen de Icaza»; «No Happy Endings: Avila, Debbie: «Carmen de Icaza's (Anti)Romance Novels».

Más allá de la unificación

En el anterior capítulo abordé los discursos de división de las derechas y del fascismo como vocablo de discordia –el fascismo fiambre de las derechas católicas, el señoritismo de los falangistas, el carácter aristocrático de sus líderes, etc.– que desembocaron en el periodo de marginalidad y exclusión de Falange en 1935. En los meses previos a la insurrección militar de julio de 1936, la popularidad de Falange se vio reflejada en el giro retórico de la prensa conservadora a partir de la primavera de ese mismo año. En 1936, diferentes sectores de la derecha política representada en el parlamento y de la jerarquía militar y eclesiástica compartían su oposición al Frente Popular, coalición que para la prensa de derechas representaba la destrucción del Estado, del orden económico, de la identidad española y de la religión cristiana [Vincent, 1996]. El 16 de junio, el líder de Renovación Española, Calvo Sotelo, declaraba desde la tribuna de las Cortes republicanas que su idea de Estado, contraria al desorden y la anarquía imperante, era fascista y que él mismo se declaraba fascista[185]. La intervención de Calvo

185. Tras el parte de Gil Robles sobre los actos violentos contra edificios eclesiásticos, instituciones públicas, centros políticos de la oposición, Calvo Sotelo centró su intervención en las vejaciones y los asaltos contra los agentes del orden por la «turbamulta». Desde la publicación clandestina de Falange, *¡No importa!*, Primo de Rivera acusaban a Calvo Sotelo de hacerse pasar por «fascista» cuando los sacrificios habían corrido a cuenta de los falangistas. Desde la cárcel, Primo de Rivera prevenía a los militantes falangistas de participar en planes junto a otros grupos derechistas no aprobados por la dirección. Lo cierto fue que, al tiempo que se descabezaba la organización, aumentaban los cuadros en todas las provincias españolas. En muchas de ellas, la dirección local actuaba de forma independiente, coordinándose con los potenciales insurrectos de otras formaciones derechistas y de los cuerpos de seguridad de Estado [Gil Pecharromán, 1994]. Descalificando al «fascista» de Calvo Sotelo como «Madrugador», decía Primo de Rivera: «Así, en nuestros días cuando la Falange […] recoge los primeros laureles públicos […] el «Madrugador» saldrá diciendo: «¡Pero si lo que piensa la Falange es lo que yo pienso! ¡Si yo también quiero un Estado corporativo y totalitario!… Incluso no tengo ningún inconveniente en proclamarme «fascista» [op cit. Thomàs, 2017: 284). De nuevo, se manifestaban las mismas divisiones retóricas «en el fascismo» entre el fascismo «revolucionario»

Sotelo suponía la primera declaración abierta de un líder político con alta representación parlamentaria a favor del fascismo e inauguraba un periodo de afirmación, asunción y unión de fuerzas en torno al significante para las fuerzas antirrepublicanas[186]. Se comprendía que el anterior caudillo de Acción Popular, Gil Robles, escamoteando las vías violentas necesarias para el establecimiento de la prometida dictadura corporativa, no era el «Jefe»[187]. El derechista auténtico vilipendiado por el izquierdista no era un simple fascista por analogía, sino que se identificaba con el fascismo como un acto de reafirmación de sus convicciones previas, esta vez defendidas por las armas y no por las fútiles vías demoliberales[188]. Las Juventudes de Acción Popular se pasaron

---

de Falange y el fascismo «conservador» de Calvo Sotelo y el Bloque Nacional. Enfrentamiento en los mismos términos que tuvo lugar en 1935 entre Primo de Rivera y Ledesma. En respuesta a la intervención de Calvo Sotelo declarando ser fascista en la sesión parlamentaria del 16 de junio, un diputado de la oposición respondió irónicamente: «¡Qué novedad!», «Discurso del Sr. Calvo Sotelo», en *ABC* (17-VI-1936), pp. 23-29.

186. La prensa conservadora adopta una postura más cercana a FE tras la ilegalización del partido y la inclusión de Primo de Rivera en las candidaturas derechistas para las elecciones al parlamento por la provincia de Cuenca en mayo de 1936. La ilegalización del fascismo es vista por *El Siglo Futuro* como el decreto de defunción de la democracia, del parlamentarismo y de los principios liberales. Véanse «La lealtad en juego», en *El Siglo Futuro* (1-IV-1936), p. 10, y «El liberalismo ha hecho "crac"», en *El Siglo Futuro* (20-IV-1936), p. 5.

187. En el diario *La Época*, órgano oficioso del Bloque Nacional de Calvo Sotelo, tildaban a Gil Robles como «el J», sátira del que había sido denominado por sus partidarios como el «Jefe» –«La primera maniobra del J», en *La Época* (20-III-1936), p. 1–. La derrota en las elecciones supuso la caída del caudillo Gil Robles –el Jefe que no se equivoca–, el que, según las propagandas electorales de Acción Popular en 1936, barrería la vieja política y el marxismo.

188. En el momento de máxima popularidad del falangismo, Primo de Rivera en la cárcel trataba de mantener la hegemonía ganada por el partido ante la amenaza de una apropiación del movimiento por un «fascismo conservador»; fascismo reactivo antiizquierdista que estaba detrás de los reclutamientos masivos de jóvenes militantes sin ideales propiamente falangistas. Payne [2019] refiere al oportunismo de las derechas que antes negaban ser fascistas. Estas declaraciones son el origen de toda la mitificación posterior de un falangismo ideal de los primeros tiempos contrario al arribismo de los ingresados durante la Guerra Civil:

en masa a Falange [Blinkhorn, 2009: 132]. La formación mutó en la antítesis descrita por las negativas crónicas derechistas de hacía apenas dos años, aquellas que ridiculizaban a Primo de Rivera y su Funeraria Española –llamada así por el número de militantes muertos sin represalia de Falange a manos de las organizaciones enemigas–. En 1936, Falange sería el partido defensor de los valores tradicionales contra el Frente Popular y la República marxista, masónica y antiespañola.

Al comienzo de la guerra, FE se erigió en partido-milicia de los sublevados, y sus símbolos y rituales –yugo y flechas; marchas marciales; salutaciones; cánticos, etc.– protagonizaron las manifestaciones y desfiles en la zona nacional. En abril de 1937, todos los partidos quedaban suprimidos por ley en el bando nacional y una formación unificada –Falange Española Tradicionalista de las JONS– pasaría a ser el partido único[189]. Así saludaba *Vértice* la unificación en el primer número:

> Las disposiciones recientísimas del JEFE DE ESTADO [*sic*] unificando a la Falange y al Requeté, que habrán conmovido a todo el ámbito nacional en un profundo sentimiento de españolismo, nos han

---

los denominados *camisas nuevas*. En Saz, *España contra España*: «Casi todo el mundo había pasado a ser, al menos superficial y retóricamente, más católico y más fascista que nunca» [2002: 161].

189. La anteriormente expuesta ruptura con Calvo Sotelo y los fascistizados de Renovación Española debilitó las posibilidades de un movimiento fascista articulado por Primo de Rivera y Falange Española. Privados de las ventajas económicas de su alianza con los alfonsinos, los falangistas iniciaron una retórica revolucionaria característica del primer fascismo de Giménez Caballero o de *La Conquista* de Ledesma al tiempo que llevaban en secreto planes de insurrección armada con militares derechistas que no terminaron por concretarse [Payne, 1999; Preston, 1998]. Su oposición a la Acción Popular de Gil Robles se extendió a la extrema derecha reaccionaria que había financiado al partido durante su primer año de existencia. El fascismo fiambre de la CEDA ahora tenía un nuevo compañero de viaje en el Bloque Nacional de Calvo Sotelo, que patéticamente trataba de emular la terminología fascista [Payne, 1999: 130]. En el año de 1935, se agudizó la competencia por representar el fascismo o el movimiento fascistizado de oposición violenta al régimen de 1931. No sería hasta 1936 cuando se produciría el vertiginoso ascenso de FE. De ser un partido marginal paso a ser el partido del régimen de Franco.

> sorprendido con el primer número de *Vértice* a punto de salir a la calle (…), la gran revista nacional, honra y orgullo de nuestra nueva España [1937: 1][190].

El bando nacional absorbía todas las corrientes derechistas –desde los mayoritarios de Acción Popular hasta los tradicionalistas– y extremistas –Falange y todos los derivados *fascistas* de la República: albiñanismo, jonsismo, falangismo, etc.– (… Los nacionalismos, Saz, etc.). El autodenominado Estado totalitario de Franco conjugaría el entramado político derechista de la dictadura de Primo de Rivera y la República con los aliados del Eje Roma-Berlín[191]. Según la propaganda, la unificación era la culminación de una España alejada de las viejas

190. Debido a que los números de *Vértice: Revista Nacional de Falange Española y Tradicionalista de las JONS* no tienen numeración de páginas, citaré los contenidos de la revista por año y número de publicación.

191. Las derechas católicas tradicionalistas tendrían más presencia ideológica en el nuevo Estado y en FET de las JONS que aquellos que militaron en Falange y en el partido de Ledesma Ramos. Entre los nombres que integraban el gobierno de la unificación se encontraban políticos que habían desarrollado una actividad prolífica en la dictadura de Miguel Primo de Rivera. Dictadura despreciada por Giménez Caballero en *La Gaceta Literaria* por ser burguesa, decimonónica y liberal –cuando el fascismo de Gecé interpelaba a las élites culturales progresistas españolas, desde los noventayochistas hasta el vanguardismo. Gil Pecharromán define a este grupo como *conservadores subversivos*, antirrepublicanos llegados del tradicionalismo y del maurismo en sintonía con los anticomunismos de entreguerras, que participaron activamente en las conspiraciones para derrocar el régimen de 1931. Los más representativos fueron Tomás Domínguez Arévalo, conde de Rodezno; Andrés Amado, hombre de confianza del asesinado Calvo Sotelo; Pedro Sainz Rodríguez, opositor a Franco tras la guerra; Severiano Martínez Anido, auspiciador de los Sindicatos Libres, o Somatén, contra sindicalismo anarquista a principios de la década de 1920, y Gómez Jordana-Sousa, que perteneció a la Asamblea de Primo de Rivera. El único miembro fundador de Falange, Raimundo Fernández Cuesta, había pasado de un régimen penitenciario en diferentes puntos de la zona republicana, ajeno a la organización del partido, a ser ministro de Franco. El primer gobierno de la unificación no era representativo de falangistas y carlistas, sino de toda la acción estratégica, política e ideológica desarrollada en diferentes periodos de los años veinte y treinta: desde la Unión Patriótica al Bloque Nacional de Calvo Sotelo.

significaciones políticas; un antipartido que acabaría con la división secular entre españoles. FET de las JONS se erigía como representante de la identidad de los españoles –el sentido común de «la España de bien»: familia, religión, libertad y propiedad, señalada arbitrariamente como *facciosa*– contra la negatividad del republicanismo-marxismo –el antifascismo, limitado a un significado lo más restrictivo posible– en torno los símbolos de Falange y el caudillaje de Franco –epítome del bando *nacional* y de la nación española– y un espíritu transnacional –fascista–.

Las distintas identidades de la unificación que antes formaban parte de partidos rivales –Acción Popular, Comunión Tradicionalista, Bloque Nacional o Falange– se integraron discursivamente en una cultura metapolítica de alcance universal: el espíritu totalitario y fascista contra el materialismo judeomarxista[192]. Tomando como ejemplo a Italia y Alemania, las propagandas de *Vértice* prometían la realización de un Estado totalitario y una regeneración del cuerpo social en la España nacional. En esta línea ideológica, el número 5 de *Vértice* –septiembre-octubre de 1937– recogía las palabras de Hitler sobre «la comunidad de ideales de las revoluciones fascistas y nacionalsocialistas», que se había «transformado en comunidad de acción» contra «el bolchevismo, teoría política que legaliza y predica las mayores atrocidades y las disimula por la mentira». Una nota al pie de una fotografía del caudillo alemán bajo el epígrafe de reportajes gráficos «Retina» describía al dictador como el hombre que había «sabido dar a Alemania la tranquilidad necesaria para que todos los ciudadanos trabajen por el engrandecimiento de la nación» [5: 1937].

La fascistización tendría su origen en un espíritu internacional antimarxista que se cristalizó en lo que Federico Finchelstein denomina

192. En «Falangismo, nacionalsocialismo y el mito de Hitler en España (1931-1945)», Xosé Manoel Núñez Seixas analiza las coincidencias programáticas e ideológicas entre el nacionalsocialismo y las derechas españolas. El antisemitismo de los medios tradicionalistas y católicos se expresa en la dialéctica de los enemigos de España, una alianza entre capital financiero y marxismo; ambos, al servicio de una conspiración judía universal para destruir el cristianismo y su baluarte en Occidente.

«fascist feeling» [2017: 39]. Este *fascist feeling* se tradujo en los múltiples derivados anticomunistas durante la época de entreguerras, decayendo en el ocaso de la Segunda Guerra Mundial, y se articuló a través de la creación de un antagonismo absoluto fundado en un ideal negativo: el judeomarxismo y la anticivilización. La Guerra Civil sirvió a tal objeto de manera decisiva. Organizaciones de toda Europa confluyeron en torno a la cruzada contra el bolchevismo que se estaba librando en suelo español. La *lucha final* contra el comunismo unió a diferentes organizaciones anticomunistas de toda Europa más allá de sus particularidades regionales y religiosas [Alegre Lorenz, 2022: 82]. En España, fuerzas anteriormente enfrentadas por cuestiones programáticas o estratégicas asumieron como propio el *espíritu* antimarxista y el mito de la «cruzada» transnacional contra el bolchevismo. De manera similar a lo que ocurrió en el campo republicano –un bloque de partidos y organizaciones unidas contra el fascismo en un Frente Popular de radio internacional–, partidos y grupos que habían rivalizado en la República se unieron contra el antifascismo.

Saz, Box, Morant y Sanz [2019] basan su tesis de la unidad del fascismo y los fascistizados en el concepto de cultura política:

> This concept enables us to include within the scope of our analysis those elements who, on the other side, had a shared vision of the world and interpreted the past, read their present and conceived the future in similar terms, and who, on another, also shared and accepted a series of representations made up of –and, in turn, expressed in– particular forms of discourse, rituals and forms of sociability (…). The focus on political cultures permits us to highlight the specific elements of each example –their cultural roots, ideological foundations, social and political practices, symbolic codes– together with their capacity to construct identities, their role in the establishment of regimes, their changes and permutations over time and the relationships and transversal similarities between movements [Saz, Box, Morán y Sanz, 2019: 6-7].

La cuestión sería si es posible discriminar estos elementos de distintas culturas políticas subordinados a una gran ideología fascista. El fascismo fue hegemónico con la hibridación y confusión de los elementos

de convergencia de las distintas culturas políticas de manera que las incompatibilidades identitarias e ideológicas quedaran suspendidas en pos de la unidad contra el enemigo. Durante la guerra de 1936, el fascismo hegemónico en España –falangismo– no solo incorporó elementos propios de las culturas políticas derechistas y católicas, sino elementos indefinidos –o significantes vacíos– que en el transcurso del conflicto disputaron a sus enemigos republicanos: *orden*, *perdón*, *libertad*, etc. Atendiendo a los textos históricos, se puede observar que la precisión conceptual y doctrinal del falangismo se exacerba en los momentos históricos de disensión interna y marginalidad política –antes de la guerra y en la posguerra– y es más *vaga* –como anticomunismo programáticamente indefinido– es su momento de auge, durante la Guerra Civil. El objetivo de la propaganda falangista era promover una imagen del bando *nacional* como alianza mayoritaria –hegemónica– frente a un adversario poderoso, aunque *minoritario*, antifascista. Con la derrota y disolución del fascismo en Europa, las diferentes culturas políticas harían retornar sus elementos de identificación a estrategias prefascistas –en el caso del franquismo, el tradicionalismo de finales del xix– o se integrarían en otras hegemónicas –por ejemplo, el conservadurismo anticomunista de la Guerra Fría– a fin de distanciarse de la que había dejado de ser el *espíritu*, o *fascist feeling*, contra el enemigo marxista.

Robert O. Paxton [1998] sostiene que el camaleonismo retórico y la volatilidad programática de los fascismos hacen imposible determinar un *minimum* fascista. Al contrario, la limitación del análisis a sus componentes internos y excepcionales produce una especie de *animalario* fascista: «Like medieval naturalists, they present a catalog of portraits of one beast after another, each one portrayed against a bit of background scenery and identified by its external signs» [10]. Es por ello que la generalización de los fascismos es inevitable en su momento de mayor popularidad internacional: «It [fascism] spreads "politics in a new key" through much of Europe, assembling the nationalists who hated the Left and found the Right inadequate» [9]. Mi tesis se basa en la concepción del fascismo español –en su momento de apogeo– como estrategia contingente de absorción de diversos elementos compartidos por otros actores rivales o antagónicos. En este análisis contextual

adquiere más relevancia el proceso que una presumible esencia fascista [1998: 10]. Paxton establece cinco etapas en el proceso de implantación, desarrollo, culminación y decadencia de los fascismos: «1) the initial creation of fascist movements; 2) their rooting as parties in a political system; 3) the acquisition of power; 4) the exercise of power; 5) and, finally, in the long term, radicalization or entropy» [1988: 11]. Si en los periodos iniciales los partidos fascistas presentaron sus elementos más característicos, su ascenso y establecimiento en el poder fue facilitado gracias al consenso y la aquiescencia de amplios sectores político-sociales. Proceso de hegemonización que culminó, precisamente, con la marginación de los elementos más radicalmente diferenciados del *statu quo*. Finalmente, en la etapa de decadencia previa a la división, implosión y derrota definitiva de los fascismos, se produjo un movimiento reactivo de pureza y regreso a los orígenes que señalaba a aquellos sectores conservadores que habían traicionado el movimiento.

En último término, la estrategia de captación de mayorías fascistas no se entiende sin que los términos derivados y sus símbolos tuvieran un grado de aceptación en las derechas similar al de extremo rechazo de las izquierdas. En esta estrategia hegemónica es fundamental el grado de fusión de los fascismos con lo nacional –entendido como discurso de captación de mayorías más allá de los componentes exacerbados: militarismo, chovinismo extremo, etc.–[193].

Fascista por vestir bien: *Novela de revolución de julio en Madrid*, por Edgar Neville

Además de los elementos simbólicos e ideológicos más característicos de los contendientes –el carácter religioso de la contienda contra un conglomerado de fuerzas internacionales antiespañolas dirigidas por Moscú y los círculos masones y judíos en el autodenominado bando

193. En la misma línea, González Calleja [2001] subraya las deficiencias de una etiología del fenómeno basada en un psicologismo reductivo que buscaría la causa primigenia en «un factor social amorfo» [21] – demagogia, irracionalismo, alienación–, en especial desde la interpretación totalitarista –Arendt–.

nacional [Cruz 2006]–, la propaganda de guerra se fundamentó en una serie de lugares comunes referentes al patriotismo, a un compromiso con un orden de justicia social más o menos definido y a una unidad interclasista en peligro mortal ante un antagonista antisocial y destructivo[194]. En este sentido, se observan una serie de dispositivos ideológicos

194. El rechazo a los excesos revolucionarios y la apelación a la pequeña burguesía antifascista fue parte de la contrapropaganda republicana. Véase «La pequeña burguesía no ha de asustarse: su misión histórica se halla junto al proletariado», en *Solidaridad Obrera* (8-VIII-1936), p. 1. Las propagandas preelectorales del Frente Popular no solo apelaban a los obreros, sino a las clases medias antifascistas contra la acción de los gobiernos del bienio *negro* (1933-1936). En una entrevista en el diario republicano *La Libertad*, Manuel Cordero pedía el voto a favor del Frente Popular para «hacer desaparecer la legislación que lesiona los intereses del proletariado, la clase media y los pequeños campesinos» –«Declaraciones de Don Manuel Cordero», en *La Libertad* (1-I-1936), p. 5–. El triunfo de las elecciones de febrero de 1936 fue visto por los periódicos republicanos como la resurrección de la República y de un espíritu de hermanamiento entre las multitudes obreras y de clase media. Véase «La España de hoy», en *Heraldo de Madrid* (2-III-1936), p. 1. Sobre la manifestación ante la Presidencia del Consejo de ministros del 3 de marzo de 1936: «Después del triunfo ciudadano, que tuvo su instrumento legal en las urnas, tanto el mitin como la manifestación a que nos referimos son la exteriorización del júbilo popular y el acicate cordial para la labor del Gobierno. Es el proletariado y es la clase media madrileños quienes estuvieron unidos públicamente: todos los matices ideológicos del Frente Popular encarnados en la multitud». Las apelaciones a la clase media de los partidos marxistas integrados en el Frente Popular eran objeto de burla en *Gracia y Justicia* –«La fetén con gabardina: Aquí lo bonito es que hagamos cisco con los faroles», en *Gracia y Justicia* (18-I-1936) p. 4–: «El enemigo auténtico y feroz de la clase media, tanto industrial como comercial, es la repugnante y adinerada burguesía. Un dependiente de comercio, o un empleado de escritorio, viven como viven gracias a que los marxistas seguimos sin vislumbrar el Poder. Pero esta situación terminaría a los quince minutos de haberse implantado el marxismo con barba. Porque nosotros, nada más instalamos en los «autos oficiales» y haber digerido un cubierto de sesenta pesetas, ¡zas!, suprimimos de un zambombazo todos los comercios y todas las industrias que ahora funcionan, dejamos en mitad de la calle, ¡libres y felices!, a todos los empleados dependientes y subalternos que hoy laboran al servicio de la burguesía, ¡y se acabó la explotación! ¿Es bonito o no es bonito, chato?». En el mismo tono irónico refería *El Siglo Futuro* –«Quisicosas», en *El Siglo Futuro*,

en el uso convencional y pragmático; un conjunto de «generalizaciones de la experiencia» –en palabras de José Nun [2015: 174]– sobre la Guerra Civil que se integraron en los discursos de los sublevados y sus adversarios. Según el mismo Nun, «una ideología funciona como un metalenguaje del lenguaje ordinario de la vida cotidiana, y su eficacia depende, justamente, de su capacidad de conectarse con un amplio espectro de paradigmas diferentes» [Nun, 2015: 270][195]. En este apartado analizaré estos paradigmas populares/populistas en la propaganda

(11-II-1936), p. 7– a la apelación a la clase media por las izquierdas: «Por cierto, que estos bárbaros, los de hoy, han amainado un poco en sus amenazas, han puesto sordina a sus bravuconerías. La pequeña propiedad, la clase media… No vamos a la guerra, si no nos provocan… ¡Qué prudentes se han vuelto! Prudentes a la fuerza. Creían los bravos de barrio que la calle era suya, y ven que ni la calle, ¡ni las urnas! Las urnas, porque el pueblo, todo el pueblo, alto y bajo, tiene presentes los incendios, los enchufes, los trigos, los petróleos, los tubos de la risa, los autos, los chalets, los parados, los incendiarios, los asesinos y los ladrones. ¡Asturias!, y claro, ¿cómo va a votar que vuelvan sus verdugos y explotadores que han arruinado su hacienda, han puesto en peligro su vida y han ultrajado su conciencia al mismo tiempo que han destrozado a la Patria?». Una vez iniciada la Guerra Civil, el diario *La Unión* de Sevilla –«Lo que se obliga a decir a la Prensa madrileña»– denunciaba una campaña comunista de proselitismo a favor de la clase media y los pequeños comerciantes «curándose en salud ante la rotunda derrota final»: «La *coba* se transparenta más en estas palabras de *Mundo Obrero*: "a esos ciudadanos, baluarte de la clase media, no debe molestárseles con determinadas exigencias". ¡¡Qué bondadoso está *Mundo Obrero*!! ¿No denuncia tan falsa bondad temores secretos de una inmediata derrota?».

195. Basándose en las categorías ideológicas de H. H. Price –que «creencia» y «creencia en»–, Nun [2015] comprende el peronismo como una ideología de sentido común a través de la cuál divergentes y contradictorias posiciones éticas y políticas pueden manifestarse: «Desde el punto de vista del público, es inevitable, entonces, que la adhesión ideológica implique un modo de "creencia en" apoyado en una variedad de "creencias que". Pero, en nuestro caso, lo que llama de inmediato la atención es la gran heterogeneidad (y el carácter muchas veces contradictorio) "de las creencias que" en las cuales se sustenta una misma "creencia en" el peronismo […]; ellas abarcan desde la creencia que este supone un mayor bienestar económico en el interior de un orden establecido hasta la creencia que su objetivo principal es la transformación profunda de este orden, por medios constitucionales o no» [271].

de los *nacionales* que trascendieron los límites de la identidad nacional –o nacionalcatólica–.

La labor literaria y cinematográfica de Edgar Neville Romrée ejemplifica un tipo de propaganda que asimilaba algunos de los elementos discursivos republicanos para a su vez contrastarlos con la propia experiencia en el campo republicano. La descripción ideológica del escritor y cineasta resulta una tarea escurridiza. Fue un aristócrata que, como tantos otros de su generación, recibió positivamente el advenimiento de la II República. Pese a ello, Neville siguió la política con el distanciamiento irónico característico de otros futuros camaradas de su generación –la llamada «otra generación» del 27–. El bagaje de estos escritores por revistas como *Muchas Gracias* o *Gutiérrez* les situaba lejos del perfil sociológico del reaccionario y puritano tipo representativo de fascista que se erigió en los años 20. En el periodo que comprende la victoria del Frente Popular en las elecciones de febrero y la sublevación de julio de 1936, el conde de Berlanga del Duero viró sus posiciones políticas –o apolíticas– [Torreiro, 2009: 79]. Tras el estallido de la contienda, logró salir de Madrid gracias, según nos cuenta Ríos Carratalá, a sus contactos con militantes de Izquierda Republicana y, en especial, a una buena relación con Julio Álvarez del Vayo. Estaría en Londres como secretario de la embajada durante los primeros meses de guerra[196]. En 1937, regresó a España para unirse al aparato de propaganda de los falangistas en San Sebastián, en donde coincidió con los más afines a

196. Neville ingresó en el cuerpo diplomático en 1924. En 1928 se trasladó a Washington DC de tercer secretario de embajada [Ríos Carratalá, 2007: 14]. Volvería a la carrera diplomática el 6 de septiembre de 1936, siendo nombrado como secretario de 1.ª clase interino en la embajada española en Londres. En octubre de ese año se trasladó a Francia desatendiendo la orden del Gobierno de regresar a Madrid. En este periodo actuó como espía al servicio de los sublevados. El 31 de diciembre fue expulsado del cuerpo diplomático republicano y, a comienzos del año siguiente, el 8 de febrero de 1937 solicitó, desde París, su ingreso en el cuerpo diplomático del bando insurgente. Véase Franco Torre, C. [2006]: «La correspondencia inédita entre el cineasta Edgar Neville y Dionisio Ridruejo (1937-1945)», en Hernández Socorro, M. R. (dir.) *La Multiculturalidad en las Artes y en la Arquitectura, Las Palmas de Gran Canaria*, Canarias, Anroart Ediciones, 2006, pp. 655-664.

su credo ideológico y artístico: Enrique Jardiel Poncela, Antonio Lara Gavilán –Tono– y su inseparable Miguel Mihura. Los biógrafos del director madrileño le han atribuido una postura, si no republicana, más heterodoxa e integradora que la de otros intelectuales y artistas vinculados al aparato de propaganda nacional debido a su pasado republicano.

En líneas generales, los bandos basaron su unidad en un antagonismo que enfrentaba a la comunidad nacional contra un enemigo minoritario externo. A partir de 1937, cuando se unificó el bando nacional en torno a Franco y Falange Tradicionalista de las JONS y el republicano disolvió los últimos reductos revolucionarios del nordeste peninsular, se agudizó la disputa por el sentido del conflicto y, fundamentalmente, por la representación exclusiva de la patria. Disuelto en la retórica del Frente Popular el discurso de clase, la propaganda republicana apeló a todos los patriotas, que más allá de su procedencia social, partidos e, incluso, de sus creencias religiosas, defendieran la independencia de España del colonialismo extranjero fascista. La finalidad era dividir a un enemigo cuyo edificio propagandístico se sostenía sobre la defensa de la integridad territorial, el orden y el credo religioso más arraigado. De manera similar, en el bando *nacional* se desarrolló otro discurso de *integración* del adversario que apelaba a aquellos tras las líneas enemigas que, pese a su anterior filiación republicana –cabe señalar que inicialmente los golpistas lanzaron proclamas con vivas a la República–, vieran las fallas de un sistema republicano agonizante sometido al poder de los sindicatos y la Internacional Comunista. Estos eran las fuerzas del orden (Guardia de Asalto y militares republicanos), los legisladores, los militantes republicanos anticomunistas o, en un sentido más amplio, todos aquellos ciudadanos que sufrían las privaciones de la guerra y que anhelaban una solución final del enfrentamiento. A estos sectores se dirigía gran parte de la producción propagandística de Neville, cuya obra escrita y filmada demostraba un conocimiento minucioso del sustrato ideológico-político del republicanismo y de las contradicciones internas del bando enemigo[197].

197. El republicanismo conservador, o moderado, cuyo exponente periodístico era el diario vespertino *Ahora* de Manuel Chaves Nogales. La denuncia de la

Uno de los lugares comunes en la propaganda *nacional* consistió en la denuncia sistemática de las penalidades de la vida cotidiana y los crímenes en la retaguardia de los descontrolados del bando republicano. La descripción de una población hambrienta y expoliada, sometida a los excesos y arbitrariedades de las milicias[198]. En el número 4 de *Vértice* –julio-agosto de 1937– apareció *Novela de revolución de julio en Madrid*. Un relato corto que precedió a otros títulos como *Madrid, de corte a checa* –de Agustín de Foxá (1938)– o *Checas de Madrid* –de Tomás Borrás (1940)– sobre el terror rojo en Madrid[199]. El relato se inicia con el desfile de niños entonando un antipatriótico: «Patria no, Rusia sí; Patria no, Rusia sí»[200]. A su paso, la multitud congregada aplaude fríamente. Entre ella, Neville describe «una masa sucia que se

---

polarización y la intransigencia no solo fue contemplada por los relatos de los horrorizados por la violencia política de unos y otros –la novela paradigmática del citado periodista, *A sangre y fuego*–, sino que también fue objeto de atención de las propagandas de los contendientes. Republicanos y nacionales denunciaban la intransigencia y el fanatismo de las retaguardias enemigas al tiempo que propagaban, en radio y prensa, la integración del adversario arrepentido dispuesto a arrojar al invasor de España. Véase Unamuno, Miguel de: «¿Masonería?», en *Ahora* (21-II-1936), p.5.

198. Entre las causas de la Guerra Civil, Michael Seidman señala en *Republic of Egos* [2002], los factores individual, intrafamiliar y local en una guerra de supervivencia ante la falta de suministros básicos, especialmente en las trincheras y retaguardia republicanas (7). De un esquema similar parte el ensayo sobre los desertores en la Guerra Civil de Pedro del Corral: *Desertores, la guerra civil que nadie quiere contar*. La propaganda del bando *nacional* exageró las ya de por sí pobres condiciones materiales del lado republicano, asociándolas a su vez a la violencia anárquica fruto de una turba descontrolada y a un plan premeditado de la URSS (y las logias masónicas) de destrucción y expolio de los recursos económicos nacionales.

199. *Novela de revolución de julio en Madrid* se publicaría en 1941 junto a otros relatos de ficción incluidos en *Frente de Madrid* –título homónimo de la película de 1939 dirigida por el mismo Neville– bajo el título *FAI*. Véase Burguera Nadal, María Luisa [2001].

200. La propaganda del terror rojo en Madrid se fraguó durante los primeros meses del conflicto. El periodo de mayor represión en el bando republicano se dio en el cerco de Madrid por el bando nacional durante el otoño de 1936 [Casanova, 2010].

Fig. 4. Antonio Lara y Miguel Mihura: «El oportunismo de la educación de las masas», *Vértice* [1937: 4].

esforzaba por parecerlo más, y con un tono de voz soez, a veces buscado» y otra de «hombres que no pueden ocultar su distinción a pesar de no llevar corbata y sombrero» y señoras «consternadas de sentirse al aire sin sombrero» [1937: 4]. De manera resumida, el comienzo de la novela aporta una cosmovisión del Madrid rojo: la capital ha sido conquistada por una potencia extranjera e incivilizada que impone a los madrileños unos códigos éticos y cívicos subversivos.

El proceso de subversión de la novela de Neville se anticipaba ya en la prensa de derechas en la primavera de 1936. La turba, erigida en poder militar e ideológico, impone una subversión de las conductas que los ciudadanos deben acatar para evitar el escarnio y el fusilamiento. Estos se ven obligados a adoptar la proletarización de los códigos de comportamiento, que afectan al vestuario y a las interacciones sociales, prohibiéndose cualquier manifestación burguesa/fascista al respecto –«llevar corbata y sombrero» o no intercambiar palabras soeces. En el mismo número 4 de *Vértice*, Antonio Lara Gavilán y Miguel Mihura –bajo el pseudónimo Tomi-Mito– representan la subversión de la sociedad madrileña en «El oportunismo de la educación de las masas». Relato cómico que narra las peripecias de un fugitivo en el Madrid rojo que, con el objetivo de burlar a las turbas rojas, ingresa en la Universidad de la Evasión (fig. 4). En ella, el personaje aprende el lenguaje de los milicianos en «un cursillo de blasfemias» para ser «miembro

de la liga Antifascista» [1937: 4][201]. Análogamente, la novela de Neville se ambienta en un Madrid en el que portar símbolos religiosos, no haber votado a las candidaturas de izquierdas o no asumir la subversión de los protocolos de sociabilidad –«pasaban señoras con rubias ondas, consternadas de sentarse al aire sin sombrero», indumentaria propia de burguesas –o fascistas–, podía acarrear la pena capital. La palabra *fascista* en boca de los antifascistas se tornaba en un símil de la España decente, indefensa ante los registros, las expropiaciones, las detenciones irregulares frente un mínimo elemento delator –un recorte de un periódico de derechas o un crucifico– que acarreaba las terribles prisiones improvisadas –las checas– y, finalmente, los asesinatos extrajudiciales en la periferia de la ciudad –los temibles *paseos*–.

De igual manera que otras propagandas del bando nacional, *Novela de revolución* apela a una clase media vejada por una masa o turbamulta que ha subvertido el orden social y moral –como describía Calvo Sotelo

201. Antonio Lara Gavilán, fue dibujante y escritor encargado de la dirección artística de *Vértice*. Durante la guerra, edita *La Ametralladora*, revista de humor que precedió a *La Codorniz*. En San Sebastián, colaboró con Miguel Mihura en varias publicaciones, entre las cuales se encuentra *Vértice*. Sobre Lara y el humor del bando nacional, véase Corderot, Didier: «Tono y sus tonerías, la vanguardia artística al servicio de la propaganda rebelde». En 1938, Nueva Editorial publica un libro de caricaturas sobre el enemigo titulado *Cien tonerías de Tono*. En relación al humor del bando nacional, menciónese a Antonio Pérez Madrigal –político que militó durante la República en el Partido Radical-Socialista, el Partido Radical y la CEDA para terminar uniéndose a la causa *nacional*. Pérez Madrigal es autor de títulos como *El miliciano Remigio pa la guerra es un prodigio* (1937), conjunto de narraciones emitidas previamente en su sección de Radio Nacional de España que consistían en la invención de instrucciones y directrices del bando republicano en tono absurdo y burlesco: «Miliciano –¡Por tu vida!– no digas jamás «¡Estoy en muy buena posición!». Pueden tomarte por burgués y te fusilan» [11]. Otra refiere irónicamente a un cambio del callejero por los *marxistas* «a fin de desterrar en absoluto de la conciencia popular antiguos hábitos y poder acallar en ella la resonancia de ciertos conceptos y condenables tópicos»: «Plazuela de los Desamparados». Esos ya no existen. Deberá ser: «Plazuela de los Redimidos». –«Travesía del Conde Duque». Reparar la injusticia: «Travesía de su Lacayo». –«Calle Real». Concretar la especie: «Calle de las dos gordas y media». –«Calle de la Verónica»… [15].

en sus intervenciones parlamentarias de mayo y junio, antes de ser asesinado el 13 de julio de 1936, a las masas republicano-marxistas que habían quemado conventos y atacado a agentes de la autoridad en los primeros meses de gobierno del Frente Popular–.[202] Este discurso de la subversión social y la disolución de la moralidad pública, asociadas a la destrucción de la nación española, fue constante en la prensa de derechas desde la Revolución de Asturias de 1934[203]. Ya en prisión, en una misiva clandestina dirigida a los militares españoles, José Antonio

202. Tras el parte de Gil Robles sobre los actos violentos contra edificios eclesiásticos, instituciones públicas, centros políticos de la oposición, el líder del Bloque Nacional centró su intervención en las vejaciones y los asaltos contra los agentes del orden por la *turbamulta*. El 6 de mayo en las Cortes, Calvo Sotelo intervenía para denunciar la violencia «infrahumana» y «zoológica» de «las turbas» en la primavera de 1936: «Y para terminar en esta rapsodia de matices verdaderamente inconcebible, trágica y dolorosa, no falta el matiz más criminal, el más infrahumano, un matiz zoológico, de brutalidad inimaginable, que se ha revelado en los hechos que el señor conde de Gamazo exponía con tan sobria elocuencia y que consiste en la muerte a puñetazos, mordiscos y palizas de las turbas, de turbas que se amontonan en círculo alrededor de una víctima defensa, que unas veces es, como en Lebrija, un teniente de la Guardia Civil de paisano e inerme, y otras son, como anteayer en Madrid, pobres mujeres (alguna de las cuales están moribundas –una ha muerto, según me dicen–) y que, rodeadas de una maraña de arpías y de fieras, van poco a poco muriendo, desangrándose, desgarradas, sin un gesto de humanidad en nadie, precisamente por esa falta de autoridad a que antes he aludido». Galinsoga y Serna, Luis de: «Actualidad Española», en *Acción Española* (V-1936): pp. 363-73.

203. La visión de la disolución de la moral pública en la Revolución de Asturias se puede ver en la revista tradicionalista *Ellas: semanario de las mujeres españolas*: «Según ellos, cada obrero, cada hombre tenía derecho a una mujer; pero solo a una. El matrimonio, tanto civil como canónico, era una institución burguesa y despreciable. En la nueva república socialista los hombres eran libres para elegir sus mujeres, sin compromiso de soportarlas siempre. Cuenta el vecino de Barruelo que me proporciona estas noticias que en ese momento empezaron a oírse en la habitación donde estaban reunidos las peticiones de los mozos del pueblo. –¡Yo me llevaré a la Nieves, la del tío Celedonio¡– ¡La Petra, para mí! El amor libre quedaba proclamado» –«Balance de la revolución socialista: en Barruelo proclamaron el amor libre», p. 8–.

Primo de Rivera describía así el sentido del movimiento subversivo en marcha:

> Los gritos los habéis escuchado por las calles: no solo el «¡Viva Rusia!» y el «¡Rusia, sí; España, no!», sino hasta el desgarrado y monstruoso «¡Muera España!» (…) El *sentido* del movimiento que avanza es radicalmente antiespañol. Es enemigo de la Patria (…). Menosprecia la honra al fomentar la prostitución colectiva de las jóvenes obreras en esos festejos campestres, donde se cultiva todo impudor; socava la familia, suplantada en Rusia por el amor libre, por los comedores colectivos, por la facilidad para el divorcio y para el aborto [1964: 624].

Los marxistas estaban incitando a las masas a practicar rituales orgiásticos, a socavar los valores familiares, a profanar e incendiar los edificios del clero[204]. Este fragmento de la carta del líder falangista, fechada en mayo de 1936, contenía los principales ingredientes de la ulterior propaganda de guerra contra la vida cotidiana en el bando republicano: la necesaria rebelión ante la ruptura física y moral de la nación, la regresión a una barbarie colectivista, zoológica, provocada por la invasión de los comunistas rusos y los excesos de una minoría capitalista, masónica, anticatólica y antifascista. En esta línea, un editorial de ABC del mes siguiente describía la homóloga alianza del Frente Popular en Francia como una «coalición monstruosa de burgueses millonarios como Blum, con los enemigos de una estructura que permitió que se amasaran, abusivamente, esos millones y se creara un supercapitalismo de cuyos excesos los plutócratas aliados y favorecedores del comunismo son su máximo exponente»[205]. Por un lado, la disolución moral de una clase

204. En la misma misiva, Primo de Rivera denuncia una ocupación de «Rusia» del territorio español a través del Frente Popular en un plan de disgregación «en repúblicas soviéticas independientes» [Thomàs, 2017: 277]. La laxitud en las costumbres morales que habría precedido la ruina nacional es el tema de Sánchez Cuesta, Manuel «Mirabal»: «El orden legal, el orden moral y el orden material», en *El Siglo Futuro* (14-III-1936), p. 5.

205. Véase «Moscú contra el mundo» en *ABC* (7-VI-1936), p. 33: Los Frentes Populares habrían creado «una coalición monstruosa de burgueses millonarios» y de «los enemigos de una estructura que permitió que se amasaran,

obrera envenenada por el marxismo. Por otro, la colaboración de la plutocracia foránea o extranjerizada con el comunismo para destruir la civilización occidental[206].

La turbamulta estaba dirigida por una minoría comunista y masónica para iniciar una subversión marxista internacional que iba más allá de la sempiterna oposición entre clases sociales. Los nacionales usaron determinados vocablos en disputa propios del lenguaje de las izquierdas obreras –burgués, aristocrático o proletario– para subrayar las contradicciones del adversario: el siniestro capital financiero en contubernio con las masas proletarias envenenadas por el marxismo. Según la propaganda, la masa que llegaba desde los arrabales de la ciudad animada por los capitalistas judeomasones –ataviados con ropas miserables– y la Internacional Comunista era una nueva burguesía impostada[207]. La alianza antinatural resultaba en una amalgama socialmente indefinida

---

abusivamente esos millones y se creara un supercapitalismo de cuyos excesos los plutócratas aliados y favorecedores del comunismo son el mejor exponente».

206. Sevillano [2016] analiza el contenido de la campaña de las derechas en el recuerdo de la Revolución de Octubre, el desorden y la anarquía provocadas por los partidos marxistas y de izquierda republicana, la imposición de un régimen de tipo soviético. El Frente Nacional antirrevolucionario, coalición de partidos de derechas para las elecciones de 1936, tenía como lema: España y orden, contra la revolución, contra la anti-España. Según la prensa de derechas, la derrota en las elecciones significaría la reedición de la Revolución de Octubre de 1934, episodio de la destrucción de la nación, de la civilización cristiana y de todo orden social. Los partidarios del bloque republicano o Frente Popular estaban al servicio de Moscú y planeaban la desmembración de la nación española y el sometimiento de su población a una tiranía marxista/anarquista. Estos revolucionarios iban acompañados de otros burgueses de izquierdas, cuyo carácter antinacional, judío y masónico revelaba que su colaboración con los revolucionarios era solo la excusa para acabar con la civilización cristiana en España, adueñándose de su baluarte occidental. En resumen, gran parte de los ingredientes de la propaganda del bando *nacional* en la Guerra Civil y en el franquismo sobre una conspiración internacional masónica, judía y marxista contra España ya estaban publicados en la prensa anterior a las elecciones de 1936.

207. Mary Vincent [1996] señala las propagandas antisemitas de revistas católicas como *Estrella de Mar* durante la República.

de burgueses disfrazados de proletarios y de pseudoproletarios –lúmpenes o delincuentes comunes sin oficio– suplantando a aristócratas. En el capítulo segundo analicé la creación de una especie de aristocratismo republicano por la prensa de derechas: los republicanos, aunque decían venir del pueblo, eran la élite económica y política. Pese a tener la democracia como bandera, imponían la dictadura. Ya en los inicios de la República, la prensa de derechas cuestionaba a los socialistas por ser defensores de los trabajadores que no trabajaban, supuestos obreros que vivían en la opulencia o agitadores revolucionarios sin hoja de servicio –es el ya citado caso de Prieto, caricaturizado en las revistas humorísticas como *Gracia y Justicia* por su sobrepeso y su gusto por la buena vida–. Este tipo representativo de republicano-marxista se observa en *Novela de la revolución…*, cuando se describe a los milicianos «que bebían cerveza a la puerta de los cafés con el fusil entre las piernas y con aspecto cansado para que creyeran que venían del frente». A esta nueva clase aburguesada tenían que someterse los «hombres que no pueden ocultar su distinción a pesar de no llevar corbata y sombrero», de clase media pero valores aristocráticos; humildes compatriotas maltratados por las políticas sociales y económicas del Frente Popular[208].

208. En el contexto previo a las elecciones de febrero de 1936, que darían la victoria al Frente Popular, Gonzalo Latorre pedía a la coalición de derechas una política a favor de la clase media, ya que «la clase obrera» estaba «irremisiblemente perdida para los grandes y pequeños burgueses»: «odian, en el fondo y muchas veces en la forma, a los que no somos como ellos, a quienes no pertenecemos a su ramo, aunque seamos tan obreros como ellos y nos abrumen en ocasiones mayores agobios (…). Mientras los obreros están conquistados ya, la clase media está abandonada en mitad del arroyo, deseando que alguien la acoja y la redima»; «Notas de la calle: hay que dedicar un esfuerzo a la clase media», en *La Nación* (1-I-1936), p. 3. En su novela titulada *La economía en el siglo XXI*, el economista Enrique C. Basora –colaborador en la revista *El Economista,* publicación sobre economía de tendencia antisocialista y contraria a la intervención del Estado. Véase al respecto Perdices de Blas, Luis y Ramos Gorostiza, José Luis. «Prensa económica, 1874-1936: el caso de "El Economista" Universidad Complutense de Madrid»–denuncia el olvido de la clase media por los discursos demagógicos de los partidos obreros. Los dos fragmentos de la novela mostrados a continuación contienen elementos de interés sobre «la sufrida clase media»

Se puede observar este tipo representativo del enemigo *marxista* en el artículo de Antonio Obregón, «Nuestros verdugos», publicado en *Vértice* en noviembre de 1937. El autor de *Hermes en la vía pública* describe al proletariado madrileño a las órdenes del Frente Popular como una masa cuyo rencor no era producto de la injusticia social característica de las zonas rurales del país, sino de su mediocridad, inaptitud y miseria moral: «En Madrid no existía la masa ciega y analfabeta de otras regiones, enfurecida por el hambre, sino un proletariado señorial y castizo, de copa y puro, de buenos jornales, de pantalón ancho, cine partida de dominó y folleto marxista en el bolsillo» [1937: 6]. Masas

---

y la predisposición psicológica de las masas (obreras) violentas. Comentarios en boca del protagonista de este relato de ficción, Sr. Craus: «Hoy no existe opresión. Las leyes amparan al obrero. Solo la clase media, la sufrida y postergada clase media, es la pagana. Porque sus ingresos disminuyen, al par que aumenta el coste de la vida. Las exigencias del proletariado no son razonables. Cada imposición injusta deja en el arroyo a muchas familias y el ejército de los parados va engrosando (…). Sin embargo, estamos viendo que el estrago satisface a los contratistas de la justicia social, ya que sus fines son expoliar a la burguesía, sin pensar en las consecuencias económicas generales (…). No es posible continuar así–decía–; si el mal no se corta, la desolación y la ruina serán muy pronto una realidad. Ya lo dijo Sighele en *La muchedumbre delincuente*, al afirmar que las multitudes se hallan predispuestas, por una ley fatal de aritmética psicológica, más al mal que al bien; de igual modo que una reunión de hombres, cualquiera que sea su clase, da evidentemente un resultado intelectual inferior al que debiera dar la suma de todos ellos. De la muchedumbre exaltada siempre se teme, Craus pensó en Schopenhauer cuando asegura que en los levantamientos del pueblo es donde se ve resurgir el egoísmo y la crueldad. La masa, en el fondo, es dúctil y de sentimientos humanitarios; pero exacerbada, lanzada como una jauría por los que la dirigen, es turbulenta y fatal. Después recordó el profesor los trabajos de Hobbes, Taine, Lombroso y Laschi, sobre el mismo tema. Unos dicen que las tendencias al hurto y al homicidio, que viven en estado embrionario en todo sujeto mientras está aislado, se agigantan de un golpe al contacto de los demás, doblemente cuando carecen del freno de la educación. Otros aseguran que hay predisposición congénita de la colectividad al delito. Es –como dijo un autor– la resurrección atávica de los instintos, que se hallan ocultos en el alma, igual que el fuego entre la ceniza, esperando la chispa que los ha de hacer estallar»; Basora, Enrique C: «La economía en el siglo xxi», en *El Financiero*, (11-VII-1936), p. 2.

de *mediocres* que lideraban unos pocos militares «contra el Ejército y contra España» y que aspiraban a emular a la peor de las burguesías: «Del burgués cien por cien envidiaban su molicie y su vida parasitaria e inútil, que para ellos era la total perfección» [1937: 6]. Estas no eran proletarias, sino huestes de asalariados acomodados –«El repartidor de telégrafos», «el dependiente de mercería», «el escribiente de Seguros»…– que ansiaban «vengarse en la Revolución de sus defectos y miserias […], Si queréis conocer a nuestros verdugos, ahí los tenéis. Son las hordas del resentimiento mesocrático». En otro artículo dedicado a los refugiados en Francia que regresaban a la «España nacional», «Los primeros naufragios», el mismo Obregón retrataba a los refugiados venidos de Francia con apariencia espectral –«de mirada quieta, andar vacilante y ojos húmedos»–, pero, a diferencia de las masas *mesocráticas* antifascistas, conservaban su carácter señorial:

> Se veía que eran sombras bien nacidas, espectros de buena casa, de vida antes confortable y grata. Fantasmas, pero de castillo noble y ducal, no duendes cualesquiera de populachería de Barrio [1937:5].

A partir de la disputa de términos de representación y definición política positivos –como *pueblo* o *nación*– o negativos, de desacreditación y exclusión, –*burguesía* o *dictadura*– se crearon nuevos derivados mixtos[209]. Atendiendo a las diferencias entre las propagadas republicanas

209. La marcha del gobierno republicano a Valencia ante el cerco de Franco a Madrid en el otoño de 1936 reforzó a las organizaciones socialistas, anarcosindicalistas y comunistas que controlaban el poder militar, ejecutivo y judicial de Madrid. Pero una fuerza hasta entonces testimonial en número de votos y afiliados adquiriría relevancia sobre las otras: el Partido Comunista de España. Ante el Pacto de No Intervención firmado por las potencias de Europa occidental, la URSS se convirtió en el único apoyo estratégico y militar de peso de la República. Las filiales comunistas en todo el mundo organizaron grandes contingentes de voluntarios para pelear contra el fascismo, la Comintern trasladó a España a sus cuadros políticos –Togliatti y Stepanov– y los soviéticos enviaron ayuda militar y suministraron medicinas y víveres al bando republicano. Los comunistas fueron fundamentales en el proceso de unificación e institucionalización de las fuerzas que resistieron al golpe de Estado, participando en los gobiernos y promoviendo la absorción de las milicias en el Ejército

y nacionales, se observa que el significante *pueblo* y su antagonismo (*antipueblo*) de la propaganda republicana –el pueblo republicano y socialista que se ha alzado contra la miseria generada por una aristocracia terraniente fascista que acapara/acaparaba los medios de producción– se resignifica a través de lo que Laclau denomina *cadena equivalencial alternativa*. De este modo, la propaganda del bando nacional reformuló el antagonismo reacción fascista-pueblo de los

---

Popular. Los comunistas iniciaron un proceso de nacionalización del sentido del conflicto para abordar la unidad heterogénea de republicanos, socialistas, comunistas, anarcosindicalistas y regionalistas que se opusieron al golpe de Estado de julio de 1936 en único sentido político y militar [Cruz 2006]. En términos de propaganda, el proceso de construcción del sentido de la guerra lo hegemonizó el Partido Comunista de España. El PCE y sus organizaciones unificadas –JSU y PSUC– trataron de articular un discurso basado una idea alternativa de patria basada en el 14 de abril y en la tradición liberal del siglo XIX español [Faraldo y Núñez, 2009]. La defensa de la patria por encima de la clase distaba mucho de lo defendido por las organizaciones obreristas durante los años precedentes, entre ellas el entonces marginal Partido Comunista. El patriotismo de guerra republicano estaba en línea con las tesis del Séptimo Congreso de la Internacional Comunista (1935): contrarrestar el *chovinismo fascista* formulando un relato alternativo de nación como sujeto político plural e interclasista amenazada por una fuerza invasora: el fascismo extranjero, de orden y defensa del *statu quo* republicano. La propaganda republicana trató de combatir la definición del adversario que calificaba a los republicanos como los representantes de la anti-España y la revolución marxista. En este sentido, se dio la llamada de *primero la guerra* para amortiguar el discurso de luchas de clases de las organizaciones obreristas. Esta operación se aceleró después del éxito de la resistencia de Madrid y de la disolución del Consejo de Aragón, que, de la mano de los antiestalinistas del POUM y de los anarcosindalistas de la CNT, había aplicado un programa de colectivización de la industria, el comercio y la agricultura en Cataluña y Aragón [Sevillano, 2016]. La propaganda republicana tuvo como principales lemas la defensa de la cultura, la democracia, la independencia, el progreso, la patria, el pueblo y la tradición –elementos que solían aparecer en forma de epítetos y que se formulaban en múltiples combinaciones: las tradiciones democráticas, la democracia popular, la patria progresiva o las tradiciones progresivas–. Y todo ello, opuesto al enemigo que venía a esclavizar a España. El fascismo era intercambiable por la barbarie, la anticultura, el antipueblo, el despotismo feudal, el esclavismo y la regresión.

republicanos –a partir de 1937, fascismo extranjero-patria– apelando a un contubernio antifascista contra el pueblo nacional. En este antagonismo democrático-popular, las élites las integrarían un grupo de neófitos comunistas, que vivían como burgueses, y sus turbas, contra un pueblo que se moría de hambre en las condiciones más indignas[210]. La guerra enfrentaría al pueblo español –concretado en el ciudadano

---

La propaganda republicana vinculó el antifascismo con la defensa de la cultura. Sin embargo, el fascismo no solo estaba del otro lado de las trincheras, sino también operando en la retaguardia, a través de los quintacolumnistas y los provocadores fascistas; sectarios izquierdistas que demandaban hacer la revolución con el único objeto de debilitar la República y favorecer a los enemigos extranjeros. En este sentido, el fascismo fue además una herramienta retórica para deshacer la competencia interna y resignificar el verdadero sentido de la guerra en favor de las tesis de los liberales republicanos, los socialistas prietistas o centristas y los comunistas, interesados en la neutralización del mensaje revolucionario de los socialistas caballeristas y anarcosindicalistas: la guerra no se hacía por una clase o por otra, se hacía por España contra los enemigos fascistas extranjeros. La acción del Partido Comunista de España, que contaba con la línea geoestratégica y político-ideológica más clara de todas las fuerzas prorrepublicanas, fue la llamada de la unidad de todos los patriotas antifascistas en partidos unificados. Las organizaciones que propagaban el odio entre clases sociales y la revolución socialista habían pasado a ser sectarias y a servir como agentes provocadores del fascismo. De este modo, en mayo de 1937 fueron purgados los fascistas del POUM, organización comunista cuya afiliación y dirigentes estaban en Cataluña. En el transcurso de la guerra, la propaganda del Frente Popular se fue haciendo cada vez más transversal. El buen comunista no era el revolucionario dispuesto a sacrificar su vida para subvertir el injusto orden capitalista, sino todo español, con independencia de sus ideas, que estaba dispuesto a dar su vida contra el invasor extranjero alemán e italiano. El fascismo extranjero, espoleado por la aristocracia caciquil que había dominado España en sus etapas históricas más oscuras, pretendía esclavizar a los buenos patriotas españoles, acabar con la democracia e imponer una dictadura imperialista desde Berlín. Los españoles, como en 1808, se habían levantado en armas en defensa de su patria y de su independencia.

210. En otro de los relatos de ficción publicados en *Vértice* –*Don Pedro hambre*–, Edgar Neville relata la historia –de ficción– de un anciano huido a Francia que sobrevive en París cazando palomas callejeras. La novela corta fue adaptada a la televisión por Antonio Giménez Rico dentro de la serie de cortometrajes *Cuentos y leyendas*: *Don Pedro Hambre* (1974).

común, de clase media y creencias religiosas– contra una oligarquía roja y judeomasónica –alianza perversa de comunismo y capitalismo financiero del Frente Popular. Estos términos aislados –*rojo*, *judío* y *masón*– o compuestos –*judeomasón*– se utilizaron como epítetos intercambiables, sinónimos de lo antinacional[211].

Al referirme al antagonismo democrático-popular lo hago en el sentido que Laclau lo desarrolla en *Politics and Ideology in Marxist Theory*, a saber: como categoría epistemológica que define la confrontación entre una élite y un pueblo, presente en toda estrategia política hegemónica independientemente de su carácter ideológico democrático o autoritario.[212] Por otro lado, lo que en *La razón populista* denomina «modulación de los viejos temas populistas» [2006: 170] también puede observarse en la propaganda del bando nacional, de la derecha antirrepublicana y en los testimonios de los desafectos con la situación revolucionaria de 1936. Durante la Guerra Civil, pueblo y clase media pasaron a ser elementos ideológicos flotantes; es decir, términos de pertenencia en disputa entre dos cadenas equivalenciales o discursos

211. Sobre el concepto cadena equivalencial alternativa, el mismo filósofo argentino plantea la siguiente cuestión en *La razón populista*: «¿Qué ocurre si la frontera dicotómica, sin desaparecer, se desdibuja como resultado de que el régimen opresivo se vuelve él mismo hegemónico, es decir, intenta interrumpir la cadena equivalencial del campo popular mediante una cadena equivalencial alternativa, en la cual algunas de las demandas populares son articuladas con eslabones totalmente diferentes? (…) Esto genera una autonomía de los significantes populares diferente de la que hemos estudiado hasta ahora. La cuestión ya no radica en que el particularismo de la demanda se vuelve autosuficiente e independiente de cualquier articulación equivalencial, sino en que su sentido permanece indeciso entre fronteras equivalenciales alternativas. A los significantes cuyo sentido está "suspendido" de este modo les denominaremos significantes flotantes» [2006: 165]. En este caso, Laclau analiza la absorción de las retóricas radicales y populistas por los conservadores en EE. UU. y Reino Unido a partir de la segunda mitad del siglo xx. El obrero depauperado de la retórica populista de izquierdas pasó a ser el hombre común frente al establishment político-estatal.

212. Véase Laclau, *Politics and Ideology in Marxist Theory*: «Our thesis is that populism consists in the presentation of popular-democratic interpellations as a synthetic-antagonistic complex with respect to the dominant ideology» [1977: 173].

antagónicos alternativos: el de los republicanos –la unidad de la clase obrera y de la clase media patriótica contra el fascismo– y el de los nacionales –el pueblo nacional unido contra el comunismo–[213].

Del mismo modo que con la definición de clase del bando republicano –la turbamulta movida por intereses capitalistas (judeomasónicos) y comunistas–, la subversión se expresa en las originarias propagandas previas a la contienda de forma contradictoria: como la anarquía derivada la falta de autoridad; o como la criminosa planificación de una élite tiránica *republicano-marxista*. Estas descripciones indefinidas del poder/caos se ejemplificaban con numerosos testimonios gráficos y escritos sobre la corrupción física-fisiológica y moral de las turbas –infrahombres, bestias, sádicos– que perpetraban violaciones sexuales, profanaciones, robos, etc. –de manera similar a las imágenes escatológicas sobre el enemigo por la propaganda nazi que Klaus Theweleit trata en el ensayo *Male Fantasies*–. De la turbamulta venían los milicianos, ejecutores del terror rojo; guerreros sin guerra; delincuentes comunes ejerciendo de policías políticos para robar y asesinar[214]. En *Novela de la revolución…*, Neville expresa el carácter mefistofélico de los chequistas en el episodio en el que Antonio es juzgado por uno de los improvisados tribunales del Madrid rojo. A su alrededor, el protagonista observa «grandes cestos y líos de ropa con objetos de plata, alhajas robadas en las

213. La modulación y adaptación de motivos *populares* compartidos cuestiona las interpretaciones de la teoría marxista –ortodoxa– sobre la apropiación y adulteración de los elementos de la clase obrera por el fascismo. Estas tesis se fundamentan en la taxonomía de ideologías asignadas a grupos sociales históricos específicos –por ejemplo, la equivalencia entre patriotismo chovinista y pequeña burguesía–. Obsérvese la crítica de Laclau a Nicos Poulantzas en *Politics and Ideology in Marxist Theory* [1977: 51-142].

214. La representación del perverso y anárquico chequista rojo se contrapone a la representación del humilde miliciano que se adhiere entusiásticamente a la disciplina castrense del Ejército Popular de la novela de Arconada, *Río Tajo* (1938). Si se atiende al desarrollo de la propaganda en el campo republicano, la representación del enemigo de clase va ligándose a la del extranjero que viene a robarle a los españoles su patria para colonizarles y esclavizarles. Los españoles lucharían, por encima de su clase, por la defensa de sus *tradiciones democráticas*, violadas por la presencia del fascismo alemán e italiano.

casas particulares». Ante el comité de milicianos, Antonio se atribuye un delito común para librarse de la condición de preso político –«un robo con escalo que había sucedido en el mes de julio» [1937: 4]. El falso testimonio del joven falangista, inmediatamente desenmascarado, provoca la carcajada general del jurado: «Los del Comité se echaron a reír mirando al presidente, que dijo: "Ese robo lo hice yo ayudado por estos compañeros", y dirigiéndose a un grupo que estaba en la puerta, añadió: "–Llevarse a este a dar el paseíto"» [1937: 7].

El mal de la turba se reflejaba en la propaganda nacional en la indiferencia hacia sus víctimas –muchas de ellas indiferentes a la sublevación del 18 de julio y a la política–. Estas se elegían arbitrariamente entre la población, dando prioridad a aquellas que en algún momento votaron a las derechas o que solían portar símbolos de significación católica: una medalla o un rosario. Era en la persecución a los católicos y a sus símbolos por las turbas cuando se reflejaban los componentes más perversos de las mismas. En un artículo de título gráfico –«El tiro de gracia»– Tomás Borrás relataba la historia real de un cura vizcaíno «que no predicó odio a España», que no había participado en la campaña de normalidad de los republicanos –respeto a la clase media y al clero– y que, asimismo, «no hizo simulacros de misa para las fotografías de los periódicos extranjeros». Tras ser ejecutado por un pelotón de fusilamiento, sobrevivió al tiro de gracia en el rostro, «cortando el nervio óptico» y quedando ciego. Este sería «uno de los tantos hechos que se recogen por toda la España que poseyó la Bestia bermeja», dedicada a «la destrucción sistemática de templos, el asesinato de once obispos y diez y siete mil sacerdotes y religiosos; el saqueo de todos los conventos y capillas; el incendio de las iglesias, el fusilamiento de quien poseía una medalla, la ausencia total de cultos, el escarnio y la mancilla» [1937: 3][215].

215. El relato de Tomás Borrás va específicamente dirigido a los nacionalistas vascos –«separatistas vascos»– cuyos apoyos se encontraban en gran parte de la población católica del País Vasco. Borrás denunciaba así la violencia de los *separatistas* contra los clérigos no afectos a sus doctrinas, igual en crueldad a la practicada por las milicias anarcosindicalistas y socialistas: «La hipocresía de los separatistas vascos ha sido una obra maestra y su refinamiento –¡ellos, tan toscos!– parece obra de los más depurados maquiavélicos florentinos. Para

La *anti-España*, con sus violencias y arbitrariedades, había destruido la vieja sociedad de antaño, pacífica y apolítica, preocupada solo del desempeño de sus quehaceres y de sus tradiciones y de su vida ociosa. Este pasado es recreado en *Novela de revolución…* por Antonio. En busca de refugio, logra esconderse ayudado por su antigua niñera Carmen. Con ella mantiene una conversación nostálgica en la que rememora su infancia en la capital a principios de siglo xx:

> Aquella época remota sin odios, sin exasperaciones, en la que la gente se sonreía […], aquel Madrid plácido, con albañiles de blusa blanca y bigote, soldados multicolores, sombreros, hongos y coches de caballos. –Entonces nadie hablaba de política, no se sabía si Silvela estaba a la derecha o a la izquierda de Moret, y se vivía bien, no se deseaba más de lo que se podía tener.

Antonio idealiza los paseos en la plaza de Oriente, junto al Palacio Real, ejemplo paradigmático de una sociedad sin rencores en la cual se desenvolvían alegremente «los niños, las niñeras, los soldados, los jardineros municipales y unos viejecitos con capa que leían su diario al sol»[216]. La España de la dominación roja contrasta con la de antaño. La sociedad de principios de siglo, la del Madrid de la Restauración y de Alfonso XIII, ya no era la misma. Madrid se tornaba en un infierno de

---

engañar a los extranjeros, para encubrir sus fines, la artimaña que han usado es extender sobre su mercancía bastarda el manto del catolicismo (…). Han asesinado a los curas de aldea cuando no les sumaban a sus campañas, lo mismo que los detritus humanos de la CNT o de la UGT. Estos eran gorilas en cueros y los separatistas vascos gorilas en traje a la inglesa» [1937: 3]. En el momento de la publicación, las tropas *nacionales* habían tomado la capital vizcaína –Bilbao– y continuaban la campaña de conquista de la franja cantábrica en manos de los republicanos –desde Guipúzcoa hasta Asturias– en los inicios de la contienda. La guerra en el norte terminaría con la toma de Gijón de octubre de 1937.

216. Véase Mechthild, Albert: «La guerra y el hogar: Iconografía e ideología en la revista *Vértice* (1937-1939)». La revista ofrece una representación de la mujer asociada al espacio del hogar y la familia como microcosmos social de la comunidad nacional (y religiosa). Esta concepción se puede observar en otra revista tradicionalista destinada al público femenino: *Ellas: Semanario de las Mujeres Españolas* (1932-1934), dirigida por José María Pemán.

comisarías irregulares y comités obreros improvisados. En aquel «viejo Madrid» de la Restauración, las clases sociales vivían armónicamente bajo la música de los «organillos que llenaban el barrio de alegría». Pero, de pronto, llegó la política del enfrentamiento social seguida indefectiblemente de la instauración del régimen soviético en España[217].

A través de sus propagandas, ambos bandos recurrieron a «territorios compartidos que eran al mismo tiempo territorios en disputa» [Cruz, 2006: 164]. Estos territorios compartidos se concretaron en las apelaciones a la clase media urbana, a la ciudadanía de orden, sin filiaciones políticas de carácter radical. Según las propagandas nacionales, el enemigo no solo perseguía a los más significados ideológica y políticamente –falangistas y votantes de derechas–, sino también al ciudadano común, pasivo ante las violencias o apolítico en la disputa de ideas y discursos partidistas. En *Novela de la revolución…*, Neville representa a ciudadanos que no están significados con las grandes ideologías en disputa –fascismo

217. Se observa la diferencia entre el escarnio de lo viejo de la Restauración por el fascismo de Ledesma y de Giménez Caballero –precedidos e inspirados por las críticas de Unamuno y los regeneracionistas de la anquilosada y conformista sociedad española– y la idealización de los tiempos del turnismo político que hace Edgar Neville. Francisco Silvela fue ministro en varias ocasiones con el Partido Conservador en las últimas décadas del siglo XIX, mientras que Segismundo Moret, que pertenecía a los liberales, tuvo varios cargos ministeriales desde 1870 hasta 1910, entre ellos, ministro de Gobernación. A través de los personajes de *Novela de la revolución de julio en Madrid*, Neville rememoraba nostálgicamente el periodo «pacífico» de la Restauración al tiempo que apelaba a la regeneración política. La visión favorable de la España de principios de siglo dista de los planteamientos originales de Giménez Caballero o Ledesma Ramos. Mientras que *La Gaceta Literaria* era la punta de lanza contra el demoliberalismo y el anquilosamiento institucional de la España de principios de siglo, desde *La Conquista del Estado* –«La España que deshace: el ABC»– iban contra los conservadores nostálgicos de la Restauración canovista; aquellos que defendían «entre toses y monerías, la sagrada y perpetua restauración y apoteosis de sus alifafes, mediocridades e intereses» (4: 5). Según José-Carlos Mainer, «el ámbito de *Vértice* pareció inclinarse más por las nostalgias burguesas, las evocaciones del pasado próximo –los felices años finiseculares– y las bellas elegías culturales sobre una España y una Europa cuyas realidades presentes estaban muy lejos de los términos de la nostalgia» [2013: 117].

o comunismo–, pero que sufren de igual modo la violencia inusitada de los presuntos republicanos –en realidad, extranjeros o esbirros de Moscú–. En este sentido, el relato no solo alude a los conservadores perseguidos por los rojos, sino que se refiere también a las víctimas de un otrora republicanismo de orden sorprendido por el caos de 1936. El ejemplo representativo de este tipo de víctimas es el del desafecto con el devenir del orden republicano, desengañado ante el incumplimiento de las promesas de regeneración nacional y justicia social que prometía el 14 de abril de 1931[218]. De este modo, en el relato corto de Neville se observan diferentes personajes atribulados ante el terror rojo de los milicianos, que los consideran enemigos fascistas, aun siendo políticamente indecisos entre las izquierdas y las derechas, liberales no ortodoxos o, incluso, republicanos. Estos últimos también son perseguidos por los que fueron supuestamente aliados en el pasado. Todos ellos –apolíticos o militantes, sin fuertes convicciones ideológicas o con ideas propias– son perseguidos simplemente por hablar bien, por profesar ideologías no sectarias o por cualquier otra causa que los identifique como fascistas. Es el caso del viejo profesor de Antonio, escondido junto a otros maestros

218. Tras el golpe de Estado de 1936, el general sublevado Queipo de Llano afirmaba que el movimiento era «netamente republicano» y su objetivo consistía en «restablecer el orden subrectado por la intromisión de poderes extranjeros» y «salvar a España de la lepra moscovita». La misiva asociaba «español y republicano» opuesto «hordas marxistas» («El propósito y el pensamiento del general Queipo de Llano» 1). En un principio, los sublevados se definieron defensores del orden (republicano) y de *España* –apropiándose de la nación– frente a los rojos y al marxismo. Esta apelación a los *republicanos patriotas* se hacía en un momento de debilidad y de acumulación de fuerzas militares e intelectuales de los rebeldes. La definición del conflicto incipiente por las propagandas sublevadas se centraba en los elementos contradictorios ya señalados en el resumen de la prensa derechista de la primera mitad de 1936 –desorden y tiranía; anarquía y comunismo; capitalismo (judío y masón) y socialismo–. El conglomerado político-militar opuesto que haría llamarse Movimiento Nacional. Después de los primeros meses de guerra, la República se ligaría a la cadena marxista-masón-extranjero tal y cómo había sido definida por la derecha católica tradicionalista en los cinco años del régimen democrático del catorce de abril. El republicanismo-marxismo sería en la propaganda un compuesto antónimo de lo nacional.

en una oficina del último piso del Ministerio de Hacienda –«detrás de una muralla de expedientes»– por miedo a los milicianos rojos. Antonio, contrariado, pregunta a este último el porqué de su situación, ya que en otro tiempo había sido republicano: «–Pero usted era republicano, demócrata, un verdadero liberal», a lo que contestaba el profesor: «¡Calla, hijo, que no te oigan! Y lanzó una mirada de recelo hacia unos milicianos que pasaban». Este es uno de los ejemplos en los que Neville refleja a caracteres ficticios no necesariamente militantes de Falange o de organizaciones derechistas, sino apolíticos o significados previamente con las izquierdas, y que en la guerra son perseguidos por fascistas[219].

En otro relato corto de Neville –«Las muchachas de Brunete», publicado en el número de julio de 1938– el pueblo resiste unido el

219. Véase «Por nosotros y por los que nos miran», en *Ahora* (14-VII-1936), p. 3. Tras los asesinatos del teniente José del Castillo –vinculado al Partido Socialista– y de Calvo Sotelo: «Pero ya hemos llegado a un punto en el que no basta la execración del crimen ni su persecución y castigo, individualizando las delincuencias, sino que es necesario fijar una línea de conducta en que a la máxima garantía para el hombre de orden acompañe la máxima sanción para el que lo perturbe». El editorial defendía la permanencia de la legalidad republicana, pero manteniendo el orden público frente a los alborotadores de uno u otro signo. En la batalla propagandística contra los rebeldes de Franco, los republicanos se erigieron en defensores de la ley, la patria y sus tradiciones democrático-populares contra la rebelión de los fascistas. Las propagandas de los nacionales también asimilaron algunas de las líneas editoriales de la extinta prensa de centro, sobre todo aquellas que apelaban al orden ante los desórdenes y crímenes de los revolucionarios marxistas. No se debe confundir el centrismo político republicano con la defensa del *statu quo* de 1936 o la neutralidad ante los enfrentamientos. Obsérvese la propuesta de Miguel Maura de una «dictadura nacional republicana» como dique de contención de las olas de violencia provocadas por los extremistas. Una solución dictatorial para superar odios cainitas que también proponía Pío Baroja: «En estos momentos soy partidario de una dictadura militar que esté basada en la pura autoridad y que tenga fuerza para dominar los instintos rencorosos y vengativos de la masa reaccionaria y de la masa socialista» [Trapiello, 1994: 208]. La disolución del centro político republicano –representado por Niceto Alcalá Zamora y Maura– de la estrategia posibilista de la derecha en la República es objeto de estudio de Álvarez Tardío, Manuel. «Un momento decisivo: La estrategia de la CEDA ante las elecciones de 1936».

cerco de las tropas enemigas enviadas desde la capital junto a un contingente de blindados rusos. Pese a la heroica oposición, se impone la superioridad militar del adversario y las milicias rojas asaltan el pueblo. Una vez tomada la plaza, los comunistas se dirigen al hospital en busca de víctimas propiciatorias y objetos valiosos con los que apaciguar su sed de sangre y riquezas. A la entrada del edificio donde se encuentran los heridos de guerra, un médico sale al paso de los soldados comunistas, recordándoles que «esto es un hospital». El oficial rojo contesta: «–Sí, un hospital de facciosos, ya lo sabemos» [1938: 12]. Como en otras propagandas, se mostraba cómo la etiqueta de fascista o faccioso, emitida por la *turba* roja, era una palabra vacía de significado aplicada indiferentemente a todo aquel ciudadano común que respetaba las costumbres y tradiciones o que simplemente no se identificaba con los *rojos*. De este modo, el oficial republicano sentenciaba a muerte a los heridos: «Los fascistas no son ni heridos ni enfermos ni médicos, son siempre fascistas y hay que tratarlos como tales» [1938: 12].

De vuelta a *Novela de la revolución de julio…,* se observa que la identificación con los *nacionales* y Falange del protagonista –Antonio– se produce a través de sucesivos encuentros con distintos personajes de variadas identificaciones políticas, incluso antagónicas en otro tiempo a la suya, pero, en las circunstancias actuales, aliadas en su rechazo a las hordas republicano-marxistas. La novela transmite la idea de que la tiranía roja no solamente afectaba a aquel que votaba a las derechas católicas, sino también a los propios republicanos de orden, que eran identificados como fascistas por los rojos. Neville presenta una serie de figuras típicas y apuntes anecdóticos a través de las que el personaje principal reconoce a sus enemigos absolutos y comprende la gravedad de la contienda, como refleja en el episodio del metro. Despreocupado por un instante en el vagón, Antonio «silboteaba» el himno de la Legión, sin percatarse de la presencia de un guardia de asalto en el convoy. Contra todo pronóstico, el guardia, al servicio del poder republicano, no reaccionó negativamente al escuchar la melodía. Al salir Antonio del vagón y reanudar su marcha el tren, el policía le dedicó «una especie de saludo desapareciendo con su sonrisa por el túnel». Para contextualizar la anécdota, cabe recordar que la Guardia de Asalto era el cuerpo de seguridad del Estado creado durante la República, leal al régimen,

mientras que gran parte de los oficiales de la Legión habían sido desafectos al régimen desde su implantación, participando activamente en el intento de golpe de Estado de 1932 –Sanjurjada– y en la sublevación del 18 de julio de 1936. La complicidad del guardia con Antonio y su simpatía ante el himno del cuerpo del ejército más identificado con los sublevados se presenta como otra de las muestras de confraternización entre antiguos enemigos, ahora unidos contra el verdadero antagonista absoluto: el marxismo extranjero[220].

Otro reconocimiento de estas características tiene lugar cuando Antonio conversa con dos hombres de ley adheridos inicialmente al régimen republicano, pero ahora perseguidos, obligados a esconderse para no ser delatados: «Don Pedro Valdecilla, magistrado del Supremo» y «don Felipe Torroba, abogado republicano». La conversación que sigue apela a *republicanos de orden* contra los «asesinos» y «ladrones» *marxistas*:

> –Esto no es una guerra civil ni una guerra política, es un caso de justicia y ladrones, son las personas decentes de un país que se sublevan contra los asesinos y los ladrones, eso es todo. Estas bandas que saquean y asesinan no tienen ningún fin político ni social (…). –¿Pero usted no creyó en la República? –Sí señor, y solo hice mal a medias, gracias a ella ha surgido la tercera solución, Falange. En Falange está resumida la parte sana de las aspiraciones que teníamos los que quisimos la República; ahora… que hemos tardado en comprender [1937: 1].

La subversión de los enemigos de la patria ha unido a los viejos enemigos por una causa común: la salvación de la comunidad nacional y el

220. De manera similar, el largometraje de Neville *Frente de Madrid* (1939) muestra también escenas de funcionarios y partidarios del bando republicano desafectos con sus correligionarios –como la de Fabricio, viejo miembro del *partido*, denunciando los asesinatos indiscriminados en la retaguardia: «Un asesinato es lo que es, y por eso perderemos la contienda». Otro personaje, Amalio Fernández, que trabaja para el SIM –Servicio de Información Militar de la República–, comparte los planes de defensa de Madrid con los agentes de la quinta columna. La secuencia final de la película muestra al protagonista y a un joven miliciano republicano yaciendo juntos sobre los escombros de la Ciudad Universitaria, muriendo en combate como *hermanos*.

restablecimiento del orden[221]. Los hombres de leyes simbolizarían a los intelectuales arrepentidos por la significación antifascista y marxista del régimen republicano, una vez frustradas las *esperanzas* del 14 de abril.[222] La ficción de Neville sobre la desidentificación de los viejos republicanos, del profesor *liberal* y el guardia de asalto del régimen *comunista*

221. En la celebración de los *25 años de paz* –1964–, el régimen franquista presentó la imagen de una España en continuo desorden hasta el golpe militar del 18 de julio. El alzamiento era necesario ante un proceso revolucionario dictado por la Comintern, de cuya participación se excluían hasta a los inicialmente republicanos. Una película de época como *Posición avanzada* –Pedro Lazaga (1965)– muestra a los soldados del frente de Madrid de uno y otro bando amigablemente enfrentados, aprovechando los momentos de tregua para conversar, intercambiarse cigarrillos y pescar en el río Jarama. La confraternización llega a su fin cuando los milicianos republicanos españoles son sustituidos por una reserva de brigadistas internacionales. El largometraje representa la Guerra Civil inicialmente como un conflicto entre hermanos hasta que se produce la injerencia militar de los rusos. La contienda interna se transforma entonces en una guerra por la *liberación* de la patria. Hubo actos similares de confraternización entre los enemigos a lo largo de la guerra, aunque expresamente prohibidos por los altos mandos de ambos bandos [Corral, 2006]. Seidman [2002] relaciona la proliferación de los contactos entre líneas enemigas con las carencias alimenticias de los republicanos, producidas por la escasez e inflación del precio de los productos básicos, así como con el hartazgo por la extensión de la guerra tras dos años de intensos combates. Alfonso Lazo Díaz [1995] señala que la propaganda directamente vinculada a la Iglesia católica dentro del primer franquismo fue las más hostil a la integración de los otrora militantes en el campo republicano que la falangista, negándose siquiera al reconocimiento simbólico de las figuras más destacadas de la cultura desde la generación del 98 –aun aquellas, como Unamuno o Baroja, extremadamente críticas con el Frente Popular; véanse las revistas *Ecclesia* o *Signo*– o a la contribución de la masa de excombatientes republicanos en la construcción del Nuevo Estado sino a través de penas y trabajos forzosos.
222. Gracia [2014] recoge los testimonios de desafección de los intelectuales otrora republicanos y su posicionamiento ambiguo, cuando no de denotada simpatía, hacia el bando *nacional*. Observa Gracia sobre Gregorio Marañón en el exilio: «Desde que sale de España, Marañón emplea muchas páginas en argumentar su nueva posición pública [contra los republicanos]: no entiende su papel como el de desertor sino que ha sido la República sojuzgada por comunistas y revolucionarios la que ha abandonado la razón liberal» (56).

actual –todos ellos, censurados, observados y perseguidos por los antifascistas– puede comprenderse también como parte de una estrategia populista –de sentido común– de desacreditación de un antifascismo asociado por la propaganda republicana a los valores de la cultura, la paz, la justicia social, la humanidad, etc.

El «antiantifascismo» fue la contrapropaganda de los ideales de la República y el Ejército Popular. En el número que conmemora la liberación de Cataluña por los nacionales –marzo de 1939– se publica «La cheka de Vallmajor», en el que Neville describe pormenorizadamente los métodos de tortura practicados en el que fuera convento de los Agustinos, en Barcelona: las duchas de agua helada, las reclusiones en las angostas verbenas –pequeñas jaulas de madera donde el preso no podía sentarse ni erguirse, sometido al ininterrumpido reflejo de una luz cegadora y al ruido constante de un «zumbador eléctrico»– o la simulación de fusilamiento en el muro –«la muerte no importaba a los del S. I. M., preferían la tortura, el martirio»–. El escritor denunciaba una práctica sistemática de terror organizada por el Estado republicano, más allá de los incontrolados y de las organizaciones políticas revolucionarias:

> No eran los incontrolados, esto hay que repetirlo; no eran ni siquiera los partidos políticos, ni las milicias socialistas, ni los grupos de la F. A. I. Las Chekas eran cosa del Estado, dependían del Servicio de Información Militar, o S. I. M., y por lo tanto sus procedimientos de tortura, sus crueldades inauditas, su estilo infrahumano estaban respaldados por el Estado, por el Gobierno de la República, por el Parlamento, por el Tribunal de Garantías, por el Ministerio de Justicia y por ende por todos aquellos países que mantenían relaciones cordiales, defendían y autorizaban aquellos gobernantes.

El artículo denunciaba a la República y sus apoyos internacionales defensores de la democracia, la libertad y los sentimientos humanitarios, mientras «los malos tratos, el hambre y el terror» eran cotidianos en las chekas:

> De esto no se enteraba el embajador de Francia» o «todos estos lamentos, todos los gemidos, todo el dolor que se escapaban de estas Chekas

> no llegaban al Ritz, en donde se ofrecían banquetes a los parlamentarios de los países democráticos, a la duquesa de Atholl, al mayor Athlee, Hemingway. Estos turistas de la democracia solo oían los discursos que a los postres pronunciaban los directores responsables de estas chekas; discursos que hablaban de libertad y de sentimientos humanitarios (…). Mientras se torturaba a los presos, mientras se inventaba para ellos martirios que sobrepasan los que se atribuyen a la Inquisición, en los países democráticos se bailaba el *Lambeth walk*, y solo había oído para su ritmo.

En suma, los dramáticos encuentros imaginados por Neville denunciarían los extremismos y excesos de los antifascistas con el objeto de interpelar a un *republicanismo patriótico* perseguido por las *hordas* antifascistas[223]. La República habría sido un proyecto fallido –a imagen de

223. En la sección dedicada al bando republicano de *Las armas y las letras: literatura y Guerra Civil (1936-1939)*, Andrés Trapiello [1994] recoge los testimonios de la Guerra Civil de los escritores que, en el otoño de 1936, mantuvieron una posición de distancia y escasa simpatía ante los abusos cometidos por las autoridades interinas y los milicianos de la capital sitiada. Trapiello contrasta el entusiasmo de los escritores adscritos a la Alianza de Intelectuales Antifascistas por la Cultura –José Bergamín, Rafael Alberti o León Felipe– con las crónicas de otros literatos identificados con la España leal, pero gradualmente desafectos con la situación revolucionaria en «los días en que un simple sombrero o una corbata significaban delaciones inapelables» [99-100]. Algunos de los títulos que cita Trapiello sobre las experiencias de los intelectuales huidos del Madrid *rojo* denunciando el desorden, las arbitrariedades y los crímenes, son: *Guerra en España: Prosa y verso (1936-1954)*, de Juan Ramón Jiménez; *Vida en claro: Autobiografía*, de José Moreno Villa; o *Memoria presentada al Gobierno de Chile correspondiente a mi labor al frente de nuestra embajada en Madrid durante la Guerra Civil, 1937, 1938, 1939*, de Carlos Morla Lynch, entre otros. Testimonios que denuncian a los comunistas *disfrazados de obreros* que se *mantuvieron seguros en la retaguardia*: «Fue Bergamín el único literato en toda la guerra a quien Salazar Chapela recuerda vestido de miliciano, con un mono "que parecía recién salido del almacén. No había en su uniforme ni la más mínima partícula de polvo de ningún combate: paño flamantísimo, correaje barnizado, portapistolas de cien reflejos, lo mismo que las chisteras…". Y sabemos por muchos testimonios que el mono fue el uniforme de los que no pisaron el frente» [Trapiello, 1994: 125]. Trapiello parte de una concepción

los republicanos perseguidos por la propia República –y había degenerado en un régimen controlado por el comunismo internacional. Falange absorbería un conglomerado de sensibilidades políticas unidas en la necesidad de derrotar a un enemigo común, prometiendo la disolución de los viejos antagonismos –la triple división proclamada por

---

de la «cultura» como estadio ético –de encuentro y conciliación; de *diálogo* entre distintos– al margen del enfrentamiento y los radicalismos (fascista o comunista). La guerra la habría rebajado al ámbito inferior de la disputa incivil por los intelectuales al servicio del poder de uno u otro bando. En la guerra, la cultura, como máxima expresión «pacífica» de la nación y la civilización, fue instrumentalizada explícitamente por el republicano, a través de la Asociación Internacional de Escritores en Defensa de la Cultura. Defensa de la cultura como ámbito universal, pero también concreto, popular y nacional, ante la amenaza destructora de un enemigo exógeno a la par que incivil y belicoso –el fascismo–. Esta sería una de las propagandas de mayor repercusión y éxito nacional e internacional durante la guerra y las décadas venideras. El bando nacional contraatacó denunciando la destrucción física y el tráfico en el extranjero del patrimonio artístico, enfatizando el carácter *bárbaro* de la *revolución roja* y la corrupción moral de sus dirigentes.

El aparato cultural de la guerra fue uno de los que constituyó uno de los núcleos internos de disidencia. Si los republicanos exiliados denunciaron el erial y la pérdida irreparable de científicos e intelectuales vinculados a la República tras la victoria de Franco, la sección cultural de Falange, apartada en 1942, acusó a Franco de la defenestración del sector intelectual del Movimiento [Ridruejo, 1973] –entre ellos, Gonzalo Torrente Ballester, Pedro Laín Entralgo y Dionisio Ridruejo–. En ese momento de la posguerra, tras la crisis de gobierno provocada por los atentados de Begoña, comenzaría el *erial* cultural del franquismo. Muchos de ellos se sumarían a la oposición al franquismo y los escasos movimientos de oposición en la década de 1950 por la democratización de España. Más allá de sus rivalidades puntuales y antagonismos insalvables, los opositores a Franco continuaron la asociación fascismo-franquismo-anticultura. Iniciativas como el Congreso por la Libertad de la Cultura (1950) –de la que formaba parte activa el exlíder del POUM, Juan Gorkín– promovieron la extensión de la cadena asociativa al comunismo (soviético) –enemigo totalitario de la cultura libre y democrática– una vez derrotado el fascismo. A ella se adscribieron intelectuales españoles no comunistas exiliados –Américo Castro, Juan Ramón Jiménez o María Zambrano–, opositores internos –Enrique Tierno Galván– y exfalangistas como José Luis López Aranguren, Pedro Laín Entralgo y Dionisio Ridruejo. Véase también Amat [2009].

Primo de Rivera: clases, partidos y regiones–. No obstante, estas propagandas de absorción del republicanismo o de reconciliación de los viejos enemigos no tenían tanto un carácter definido –un posible programa o gobierno basado en una conciliación de intereses entre, por ejemplo, republicanos, socialistas y derechistas–, sino populista, es decir, una estrategia retórica, indefinida programáticamente, de absorción de identidades heterogéneas contra un antagonista irreconciliable[224]. En la estrategia populista del bando nacional desempeñaría un rol de suma importancia la representación del antifascismo republicano-marxista como fenómeno sociopolítico minoritario y sectario. Los odiadores del fascismo, o antifascistas, desacreditarían con el epíteto *fascista* a todos los ciudadanos por el mero hecho de serlo, incluidos aquellos que en el pasado simpatizaron con la República. De este modo, los antifascistas sectarios de las turbas habrían provocado que la mayoría no antifascista, indefensa y depauperada, adoptara las posiciones de salvación del orden de Falange y del bando nacional, perdiendo el miedo a ser denominados fascistas o facciosos en tanto en cuanto esos epítetos despectivos eran directamente sinónimos de españoles comunes.

El episodio de los liberales de la novela de Neville hostigados por los milicianos es la representación –en orden a los parámetros selectivos e interesados del bando propagandista– de los intelectuales que por «abstenerse de la guerra», desvinculándose de radicalismos sectarios, sufrieron el ostracismo de sus otrora aliados (Preston, *Las tres Españas del 36*, 16-20). Uno de los marginados por ambos bandos habría sido el periodista Manuel Chaves Nogales, cuya novela *A sangre y fuego: Héroes, bestias y mártires de España* (1937) es el paradigma de la visión condenatoria de la guerra como experimento de ideas radicales producidas en los «laboratorios de Moscú, Roma y Berlín» (4). A través de varios cuadros ambientados en el Madrid republicano, Chaves Nogales recrea los excesos de los chequistas en la retaguardia, que

224. Véase la conocida propuesta de gobierno de concentración por José Antonio Primo de Rivera, preso en Alicante, para evitar la Guerra Civil, formado por Ortega, Marañón y Martínez Barrio, en el que se integraban algunas de las demandas republicanas –reforma agraria– con otras derechistas –el restablecimiento de la educación católica– [Primo de Rivera, 1964; Thomàs, 2017].

identificaban fascistas de todas las clases sociales e ideologías simplemente por no significarse como comunistas –como también describe los crímenes de los *nacionales* que calificaban de *rojo* al que no compartía sus posturas unívocas y ortodoxas–. Fuera de estas dos tendencias marcadas quedarían excluidas aquellas intermedias, ajenas a las dos ideologías *dictatoriales* o a las denominadas «dos Españas», abocadas a un enfrentamiento secular. Tendencias que vendrían a integrar lo que posteriormente se conocería como «tercera España». Históricamente, el concepto de tercera España surge en mitad de la contienda, alentado por intelectuales católicos exiliados ajenos al bando *nacional* –ya por entonces llamado por sus enemigos *franquista*– que exigían el fin de la guerra y una paz consensuada (*Nosotros, los abajo firmantes…*, 36-42). Si se atiende a la evolución en el sentido común del término, la tercera España sería aquella desvinculada emocionalmente de los bandos de la guerra o que, aun adherida a la causa republicana o falangista/*nacional*, manifestó divergencias puntuales con sus aliados que paulatinamente se tornaron en posturas irreconciliables. Tras la victoria de Franco y el mantenimiento del régimen a lo largo de casi cuatro décadas, este sector político-social protagonizaría una solución basada en la *concordia* y en la *superación de odios* pasados para la transición a una *democracia homologable* a las europeas.[225]

225. Sobre el concepto de la tercera España, véase Juliá, Santos: *Nosotros, los abajo firmantes: Una historia de España a través de manifiestos y protestas (1896-2013)*. En la introducción a este compendio de manifiestos a lo largo de la historia de España, Juliá expone las tensiones entre los intelectuales católicos en París, conocidos como la «La troisième Espagne» (39), y la jerarquía eclesiástica española, con el cardenal Isidro Gomá a la cabeza. Gomá rechazó la mediación del arzobispo Giuseppe Pizzardo para «una solución pacífica del conflicto armado» y respondió con la *Carta colectiva de los obispos españoles a los de todo el mundo*, fechada el 1 de julio de 1937 (40). Véase también Riera Ginestar, Joaquín: *La Guerra Civil y la Tercera España: De cómo unas minorías extremas nos llevaron a la guerra*. En *Las tres Españas del 36*, Preston sostiene: «Quizá sería ampliar demasiado la definición [tercera España], pero permanece el hecho de que Azaña y Prieto, e incluso José Antonio Primo de Rivera, encarcelado, no entran en la categoría convencional de extremismos» (23). Primo de Rivera, Manuel Azaña, Salvador Madariaga o José María Gil Robles, pese a sus militancias iniciales,

Evidentemente, durante la guerra ninguna de las propagandas anticipó lo que ocurriría después, y aunque la tercera España es un concepto más tardíamente desarrollado e instrumentalizado políticamente, las propagandas de concordia nacional fueron un recurso de ambos contendientes para debilitar al adversario, apelando así a los individuos que en uno y otro bando dudaban sobre la causa de sus aliados o simplemente no aguantaban las condiciones derivadas de la guerra –escasez, distanciamiento familiar, enfermedades, etc.–. Estas propagandas de conciliación político-social se intensificaron, sobre todo, una vez que el conflicto se prolongó, especialmente a partir de 1938. En términos de propaganda, A. P. Foulkes [2003] distingue entre agitación –por la transformación radical del sistema de valores y creencias– e integración –que afirma y refuerza el sistema previo de valores y creencias. En este sentido, las propagandas de integración se pusieron en práctica por ambos contendientes, evitando la alusión a grandes antagonismos sociales para crear un nosotros lo más amplio posible. En ambas se proyectaba una concordia futura entre españoles de todas las clases, excluyéndose aquellos identificados con el enemigo absoluto: ya fuera comunismo, para los nacionales, o fascismo, según los leales.

Finalmente, añadiría que el sentido de la guerra no tuvo tanto que ver con la radicalización de las posturas políticas de los contendientes, sino con la asunción por estos mismos antiguos radicales –en relación a sus anteriores posiciones políticamente marginales: por ejemplo, la entonces tildada como propuesta histriónica de los comunistas de crear soviets a la española tras las movilizaciones masivas del 14 de

---

habrían optado, según Preston, por la superación de los extremismos que polarizaban la nación y, en consecuencia, serían parte de la tercera España. Sobre la tercera España, el IV Congreso del Movimiento Europeo, en Múnich, 1962 –o *contubernio* de Munich, según la propaganda franquista– y la transición a la democracia, prosigue Preston: «Algunos de ellos» [Gil Robles y Madariaga, entre otros opositores al franquismo] «se encontraron con socialistas y nacionalistas vascos y catalanes exiliados –dirigidos por Madariaga– en Múnich en el IV Congreso del Movimiento Europeo, del 5 al 8 de junio de 1962. El Congreso de Múnich fue en muchos aspectos un ensayo para la pacífica transición a la democracia» (20).

abril– de las estrategias hegemónicas de izquierda y derecha de 1931 a 1936. De este modo, fuerzas como el Partido Comunista de España o las Juventudes Socialistas Unificadas se erigirían como los defensores del orden pacífico, la democracia y la República en la Guerra Civil. Por su lado, la Falange de la guerra pasaría de ser un movimiento extremadamente minoritario de impugnación del orden republicano promovido por Renovación Española, al partido mayoritario de la España de *bien*, de *orden,* perseguida y asesinada masivamente por el comunismo.[226] Con ella, el régimen naciente proyectó la sombra del comunismo por todo el campo enemigo como ideal negativo capaz de unir a antimarxistas de variadas ideologías. La propaganda, junto a la omnipresente simbología totalitaria, pretendió asimismo templar el radicalismo y fanatismo asociado a las ideologías anticomunistas de entreguerras. Para ello se valió en parte de los discursos de aquellos que, como Chaves Nogales, acusaban a fascistas y antifascistas de sumir a la población, en su mayoría moderada, en una espiral de violencia irracional. Estos últimos habían elaborado todo un lenguaje que motejaba cualquier acto disidente como fascista. El fascismo era el objeto de odio de los llamados a destruir la civilización así como un sambenito recurrente para anular todo individuo o propuesta que se saliera de sus estrechos y ortodoxos marcos ideológicos. Así, el fascista, como tipo sociológico violento y despótico –recordemos el tartarinesco

226. En las proclamas iniciales del bando nacional –desde el fracaso del golpe en las principales capitales hasta la resistencia de Madrid– eran frecuentes las exaltaciones de la República con *honra* –imitando el lema de los militares revolucionarios de 1868– y las promesas de confraternización con el proletariado y el resto de republicanos ajenos al marxismo. La prolongación del conflicto exacerbó los componentes excluyentes de la justificación del *alzamiento*: la homología anticatólica entre marxismo, anarquía y República –una antiEspaña de doctrinas ideológicas diferenciadas con un *gen* destructivo común– propagada por el tradicionalismo –alfonsino y carlista– y asumida en menor o mayor grado por las formaciones minoritarias fascistas desde 1931 –JONS, Partido Nacionalista Español o Falange Española–. Véase Baisotti, P. A.: *Fiesta, política y religión en España (1936-1943)*: (49-63). Sobre la la propaganda republicana y patriótica de los comunistas, véase Faraldo José M. & Núñez, Xosé M.: «The First Great Patriotic War: Spanish Communists and Nationalism, 1936-1939».

Mussolini de Unamuno como insulto a Millán Astray y al africanismo que representaba– pasó a definir un ciudadano corriente, de clase media, alérgico a la violencia y apegado a su pequeña propiedad tanto como a su tradición y convención. Un discurso que más que fascista o profascista podría denominarse como *antiantifascista* en la medida en que su finalidad era derribar el mito antifascista de la lucha por la democracia y la cultura para asimilarlo a su antitesis: la dictadura y la barbarie más descarnadas.

Franquismo y falangismo ¿Fascismos?

La naturaleza ideológica y política del régimen de Franco –no fascista, fascista por cuestiones coyunturales o por convicción– enfrenta a los historiadores del franquismo [Alonso Ibarra, 2017: 135]. La primera interpretación niega la homologación entre el fascismo y el franquismo, más cercano al espacio reaccionario de las derechas españolas –tradicionalismo, conservadurismo católico, militarismo, etc.– que a un movimiento netamente modernista y revolucionario «que aspiraba a construir un marco social de nueva factura y manifestaba a las claras su profundo desprecio por las reliquias aún existentes de un mando pasado» [Ferrary 334]. En *Fascism in Spain: 1923-1977*, Payne colige que en España no se dieron las condiciones históricas y económicas que propiciaron los fascismos. Ni su composición sociológica se asimilaba a las masas nacionalistas y revolucionarias que auparon a Hitler o a Mussolini, ni su partido, Falange Española, tuvo un gran respaldo electoral, siendo la organización de estas características más escuálida en número de votos y militantes de Europa. En relación al régimen franquista, su carácter católico y tradicionalista lo distanciaba del fascismo laico y modernista (*Fascism in Spain…,* 469-71).[227] En este sentido, el

227. Julián Sanz Hoya [2013] analiza las interpretaciones historiográficas sobre el fascismo español, resumidas en dos tesis contrapuestas: 1) basándose en un concepto amplio del fascismo –ideología cuyo común denominador era su antidemocratismo, antiliberalismo y anticomunismo–, el franquismo fue un régimen fascista; 2) basándose en una definición más restringida de los fascismos, el franquismo únicamente imitó sus elementos más superficiales, y no así

fascismo o falangismo, absorbido por Franco durante la Guerra Civil, habría sido un elemento coyuntural y accesorio del mismo modo que su retórica revolucionaria, un instrumento al servicio de los intereses de los militares y las derechas católicas.[228] El proceso de absorción dejó a

---

de fondo, dado su carácter tradicionalista y religioso. Ambas tesis se sostienen en el énfasis de sus numerosas conexiones o amplias divergencias, respectivamente. El régimen de Franco, erigido y consolidado en el clímax de los fascismos en Europa, emprendería por razones geoestratégicas un proceso retórico de «defascistización» a partir del final de la Segunda Guerra Mundial [42-44]. En este proceso, parte de sus elementos ideológicos y simbólicos, vinculados explícitamente a una suerte de espíritu fascista internacional en la Guerra Civil, serían desligados del fascismo mediante una estrategia de desplazamiento retórico y de asimilación de las posiciones hegemónicas. Si, en un primer momento, la propaganda sostenía que España siempre había sido fascista –siglos antes del fascismo–, con el triunfo de los países democráticos –adjetivo que definía la alianza entre las democracias capitalistas y comunistas contra el nazismo–, la propaganda de Franco negó su compromiso con el fascismo –España nunca había sido fascista– definiendo el régimen como una democracia orgánica con sus características propias.

228. Los escasos simpatizantes del falangismo tras la década de 1970 se basaban en la teoría del carácter *conservador* para desligar a esta ideología del régimen de Franco. La especificidad revolucionaria y antirreaccionaria del partido, así como en las ya citadas simpatías de Primo de Rivera hacia algunas figuras representativas del republicanismo y el socialismo, demostrarían su incompatibilidad con el franquismo conservador –San Román: «La Falange que quiso ser de los rojos-rojos y de las JONS», en http://www.patriasindicalista.es (21-III-2019)–. Tras ser condenado a muerte, José Antonio llegaría a «condenar la falsedad del fascismo» [Martín Otín, 2005: 73]. El autor de *El hombre al que Kipling dijo sí* afirma que nunca fue fascista –basándose en las notas en prisión previas a su ejecución: «Para sustentar que no lo era basta con un par de razones entre muchas: la doctrina joseantoniana, cuajada en el 35, está fuera de la doctrina social del fascismo (suya es la más didáctica crítica del corporativismo al que llama buñuelo de viento). Por el gesto se aproxima en el saludo, pero también los apaches y los iberos desplegaban la palma al saludar y nadie les llamó fascistas. Y no era fascista porque él decía que no era fascista. Basta con eso. José Antonio no mentía» [Martín Otín, 2005: 73]. Este es un ejemplo de la mitificación de un Primo de Rivera ajustado al sentido común democrático, asimilándolo a otros movimientos de tercera vía no necesariamente fascistas. Una revisión psicologista del personaje y su ideario distanciándolo del fascismo, del que habría

los falangistas de primera hora –los *camisas viejas* que formaron parte de la organización en sus primeros pasos– en minoría ante un contingente de cientos de miles de nuevos militantes –los *camisas nuevas* ingresados con la guerra en marcha– ajenos a los ideales revolucionarios y fascistas de los falangistas.[229] Saz denomina el proceso político-cultural de la forzada unificación entre fascismo y conservadurismo con el franquismo:

> Una especie de ceremonia de la confusión según la cual la, sincera o no pero en cualquier caso inevitable, aceptación de los cada vez menos cuestionables valores católicos y tradicionales debía coexistir con unos objetivos fascistas que casi a modo de compresión debían reiterarse hasta la saciedad [2002: 185][230].

---

formado parte accidentalmente, o contra su voluntad, o contra su propio carácter de intelectual despreciado por la derecha y odiado por la izquierda.

En sus últimas notas escritas en el presidio de Alicante, Primo de Rivera –«Cuaderno de notas de un estudiante europeo» [Martín Otín, 2005: 73]– critica el carácter idolátrico de «exterioridad religiosa sin religión» [Primo de Rivera y Urquijo, 1996: 174]. La nota precede el comentario sobre el destino del fascismo en cuanto a fenómeno ecuménico y universal –Alemania como reproducción del imperio de Carlos I– o etnográfico y nacionalista. Es el sentido ecuménico de los fascismos el que Primo de Rivera considera debe prevalecer para la creación de una gran unidad europea.

229. Ya en plena guerra, entre los nuevos falangistas también se encontraban antiguos militantes de organizaciones obreristas que se refugiaron en el partido por temor a perder la vida, muchos de los cuales sufrieron postreramente el señalamiento de las autoridades rulares y de sus convecinos por su pasado republicano-marxista [Corral, 2006].

230. Saz [2002], como otros autores, no señala cuáles son los elementos de exclusión y diferenciación objetivos del falangismo y conservadurismo-tradicionalismo. Por ejemplo, en su análisis de las tensiones internas del primer franquismo, el autor puntualiza que «revolución y palingenesia eran, de todos los terrenos compartidos y disputados, los más específicamente falangistas, los más fascistas» [186] para, a continuación, afirmar que estos atributos más *específicamente falangistas* eran palabras de «ensalmo», de «conjuro», «un resorte mágico» sin fines objetivos definidos [188]. ¿Cómo podría concretarse entonces el programa positivo auténticamente falangista si su especificidad se basaba en fórmulas mágicas y términos indefinidos? Análogamente, Alfonso Lazo [1996] presenta un catolicismo camaleónico, fascistizado por mor de la necesidad, que «camufla

La segunda interpretación cuestiona el proceso de absorción de un fascismo originario, que en el caso español sería el de los falangistas de primera hora. Miguel Alonso Ibarra cuestiona la «narrativa del fracaso y de la instrumentalización» que supone la apropiación del *revolucionarismo* fascista por un conservadurismo católico ajeno al sindicalismo falangista [2017: 145]. Según Ibarra, el planteamiento de la instrumentalización de la Falange surge de una definición limitada del fascismo

---

en buena parte ese pensamiento reaccionario bajo una terminología fascista». Véanse los casos del marques de la Eliseda o Julián Pemartín, ideólogos de la conciliación entre tradicionalismo y fascismo [76]. Javier Pradera –*La mitología falangista (1933 a 1936)*– expone las bases de la doctrina social revolucionaria falangista. La armonización del corpus social de Falange suponía la subordinación de los intereses de los proletarios y los patronos a una jerarquía despojada de intereses *materialistas* –en el sentido negativo del término acuñado por la doctrina social de la Iglesia católica. La elevación espiritual promovida por las jerarquías llevaría a las amorfas y animalizadas masas proletarias, a su humanización, es decir, a la recuperación de su individualidad, religión y comunidad *natural* –familia y municipio–. Esta visión moral de la crisis social y económica ya estaba en los programas y propagandas de otros partidos y organizaciones basados en la doctrina social de León XIII –*Rerum novarum* (1891)–. Como se observó en las primeras páginas del capítulo, las crónicas y artículos de las derechas y de Falange sobre las revoluciones de 1934 y 1936 coincidían en la denuncia de una disolución moral de la sociedad. Según Pradera, contrarrevolucionarios no falangistas y revolucionarios falangistas compartían la visión católica del problema social, por lo cual ¿No habrían sido los revolucionarios deudores de la teoría contrarrevolucionaria? Empero, más allá de los camaleonismos discursivos de los diferentes grupúsculos y organizaciones del primer franquismo –derechas católicas accidentalistas, integristas o falangistas–, la propaganda del bando nacional enfatizó el discurso de sentido común de la primavera de 1936 –la necesidad de orden: respeto a la propiedad y al Estado– llevado al antagonismo fascismo-antifascismo. En este sentido, si el VII Congreso de la Internacional Comunista redujo el fascismo a un fenómeno minoritario de la gran burguesía más terrorista y reaccionaria –en oposición a la definición amplia del socialfascismo –socialdemocracia– disfrazado de ropajes democráticos y sociales–, la estrategia hegemónica del bando nacional consistió en la hiperbolización de un antifascismo minoritario que amenazaba a todos, puesto que todos eran acusados de fascistas por motivos mínimamente vinculantes a un credo religioso o político –incluso accidentales y arbitrarios–.

como movimiento revolucionario y anticonservador que ignora que los partidos hegemónicos de esta índole en Europa y en otras latitudes pactaron con otros grupos de distintas ideologías para hacerse con los resortes del poder [2017: 140]. Según Alonso Ibarra, al comparar los fascismos europeos con el caso español:

> Se puede observar cómo la narrativa del fracaso y de la domesticación del fascismo español, reducido a Falange, hace, a mi juicio, un uso maximalista del propio concepto de fascismo, en la medida en que exige unos requisitos que no se cumplen para otras experiencias fascistas, cuyas historiografías apuntan precisamente a la imposibilidad de esos regímenes de imponer una política de cumplimiento absoluto de los objetivos planteados» [Alonso Ibarra, 2017: 169][231].

El análisis de Saz sobre la impostada retórica pseudofascista o fascistizada de los tradicionalistas puede verse desde otra perspectiva. Así, toda operación de cohesión política de grupos anteriormente dispersos o enfrentados implicará en mayor o menor medida una ceremonia de la confusión mediante palabras de ensalmo –o significantes vacíos–. La República optó por el discurso democrático y popular –que aunaba la retórica del republicanismo, el socialismo, el comunismo y el anarquismo–, mientras que el Movimiento Nacional asimilaba discursivamente el catolicismo de Acción Popular, los tradicionalismos –alfonsino y carlista–, los fascismos internacionales –nacionalsocialismo, fascismo e incluso integrismo, con sus contradicciones y peculiaridades locales– y un republicanismo anticomunista ya disgregado o en el exilio. Por último, el nacionalsindicalismo, como proyecto económico vinculado a Falange fue una parte fundamental en el Sindicato Vertical del Estado franquista, única central que existió desde 1940 hasta 1977, pese a la realización *incompleta* que denunciaron algunos falangistas posteriormente. Por su parte, la vuelta a las corporaciones gremiales que proponían algunos tradicionalistas no tuvo ninguna aplicación práctica.

231. Según Roger Eatwell [1998], los últimos fascistas italianos y los neofascismos posteriores a la Segunda Guerra Mundial denunciaron un pacto con las élites conservadores, lo cual se tradujo en la traición a los ideales originales del movimiento: «Thus post-1945 intellectual fascists have sometimes claimed that inter-war fascism exhibited "inmaturity and incoherent ideology" (…). Moreover, fascism in Italy during its closing stages sought a return to the early movement's radicalism, and some of the more thoughtful European neo-fascists

En este caso, la teoría de la domesticación por las élites tradicionales también impone una visión restringida de la Iglesia, el Ejército o los partidos derechistas como entes uniformes cultural y políticamente, lo cual estaría lejos de la realidad [Saz *et al*., 2019: 12]. Comprender el fascismo en los límites de un nacionalismo revolucionario opuesto al conservadurismo derechista y al *statu quo*, no se atiene a las experiencias de contextos concretos. Según analicé en el capítulo anterior, las distinciones entre revolucionarios y conservadores se desenvolvían en un juego retórico de acusaciones mutuas entre organizaciones rivales. De este modo, traté cómo, en el periodo de proliferación retórica del fascismo y el fascista en la esfera pública, determinados epítetos –conservador, señorito, demoliberal, etc.– se atribuían con asiduidad, siendo parte del lenguaje polémico de partidos enfrentados entre sí por el voto antimarxista. La diferenciación taxativa entre conservadurismo y fascismo se contradice con los procesos de cambio constante de los discursos y de las alianzas contingentes de los *fascistizados* durante la República hasta llegar a la unificación de Franco, ya en la guerra [Gallego Margaleff, 2012]. Como ejemplo, en el capítulo anterior, analicé cómo el falangismo se definió, precisamente, en la coyuntura de fascistización y división de las derechas en la que se fundó. En esta primera fase, fechada entre finales de 1933 y la primera mitad de 1934, la Falange de José Antonio estaba aliada con los alfonsinos –que luego serían considerados por el mismo líder falangista como extrema derecha–. Los falangistas se decían «los poetas» frente a los técnicos de la derecha católica y su política impostada, de fascismo sin pulso, de gente de orden, fiambre, etc. Por su parte, Gil Robles sostenía que FE no era un partido propiamente fascista, ya que sus líderes eran señoritos aristócratas ajenos por completo a las organizaciones obreras. Este juego de las diferencias entre auténticos y falsos fascistas tenía como fondo la batalla entre los accidentalistas de Acción Popular –dispuestos a cambiar el régimen por los procedimientos legales– y los alfonsinos, cuyo propósito era llegar al poder por la fuerza y derribar el régimen de

---

have held that both the Hitler and Mussolini regimes betrayed, or deformed fascism by accommodating more conservative groups» [189].

1931. A partir del verano de 1934 comenzó a fraguarse la ruptura entre Falange y los conservadores subversivos –como se refiere el historiador Gil Pecharromán a los monárquicos alfonsinos–. Tras la negativa de Primo de Rivera al ingreso de Calvo Sotelo en el partido y la ruptura con el grupo de Juan Antonio Ansaldo y de Paco Eliseda, los antiguos socios usaron sus tribunas mediáticas para acusar a Falange de no ser un partido fascista. A finales de 1934 dio lugar a la campaña de la prensa derechista contra Falange y su líder, del que decían era más pródigo a cuestiones de índole intelectual que al caudillaje de un grupo de acción directa (violenta) contra el marxismo. Asimismo, fruto de la marcha de los capitales alfonsinos, Ramiro Ledesma Ramos escindió sus CONS de Falange, acusando a sus antiguos camaradas de banda de la porra de la extrema derecha y a su líder, José Antonio, de señorito y aristócrata. En su *Fascismo en España*, acabaría concluyendo que Falange era una mala copia del fascismo y que el movimiento receptor del espíritu de su época lo comandaba Calvo Sotelo[232]. Ramiro Ledesma llegó a afirmar que el espíritu fascista estaba más presente en la extrema derecha del Bloque Nacional y no en el fascismo por mímesis de Primo de Rivera. Otro ejemplo más de la competencia entre fascistas que negaban mutuamente su identidad como tales atribuyéndose los males de los viejos partidos –señoritismo, conservadurismo, artificialidad, copia o impostura–.[233]

---

232. Los fascistas españoles se integraron en un nuevo espíritu o *new spirit*, como solía denominarse al movimiento transnacional de organizaciones fascistizadas anticomunistas [Griffiths, 2000: 81].

233. Para negar la autenticidad de la marca disidente –fuera esta la Falange de Primo de Rivera, las JONS de Ramiro Ledesma o el Bloque Nacional de Calvo Sotelo– se la asociaba con la ultraderecha *caduca*, con la aristocracia o con el fascismo del neófito por conveniencia. José Antonio Primo de Rivera decía del nuevo fascismo de Calvo Sotelo: «El Bloque Nacional luce suntuosamente. Este trae ya palabras nuevas para que no se diga: ¡habla de unidad de mando, de Estado corporativo y de otras cosas fascistas! ¡En seguida les van a creer!» (en Pradera 74). Por su parte, Ledesma, desde su tribuna en Barcelona, *La Patria Libre*: «Es sabido que Primo de Rivera, para hacer frente a los estragos que le ocasionó la ruptura jonsista, se dedicó a extender por el partido la mayor insidia que podía esgrimir contra las JONS: la de que él, ¡¡¡Primo de Rivera!!!, representaba

La misma diferencia entre fascistas y no fascistas se plantea en los análisis del primer franquismo cuando se distingue entre un sustrato político-social conservador o católico y un armazón retórico y estético fascista. La cáscara fascista y revolucionaria encubriría los intereses de las élites tradicionales. Según Payne, Francisco Franco, erigido caudillo del bando nacional, se valió de la retórica y de los símbolos del falangismo/fascismo –«picked up the language of "totalitarianism"» [1999: 447]– para imponer una dictadura a su imagen y semejanza: militar, conservadora y católica, más propia de las tesis del tradicionalismo de su referencia intelectual: Víctor Pradera. Sin embargo, la misma competencia y desacreditación interna entre antimarxistas revela que esta distinción no fue tan taxativa. Tras la puesta en escena de Falange Española en el Teatro de la Comedia el 29 de octubre de 1933, el tradicionalista Víctor Pradera –considerado ideólogo del franquismo– publicó en *Acción Española* un artículo escépticamente titulado «¿Bandera que se alza?», réplica del mesiánico manifiesto de Primo de Rivera en la misma revista: «Una bandera que se alza» –transcripción del discurso del 29 de octubre–. El autor de *El Estado Nuevo* –obra magna del pensamiento tradicionalista reeditada durante la guerra, en 1937– planteaba que buena parte de las ideas de Primo de Rivera sobre la oposición al sufragio, la concepción espiritual de la nación y el rechazo a los partidos políticos ya estaban incorporadas en el ideario tradicionalista. Pradera observaba con cierto escepticismo el adanismo de un movimiento fascista español que repetía las «verdades» del discurso tradicionalista para irrumpir en la esfera pública. En la bandera alzada por Falange no había «nada que no estuviese inscrito en el Tradicionalismo con mayor perfección», ya que, en referencia a la crisis del demoliberalismo, «años y años hace que el Tradicionalismo

---

al nacional-sindicalismo, y nosotros, ¡¡¡nosotros!!!, éramos los derechistas» (*La Patria Libre* 5, 16-III-1935). Según Ledesma, Falange era «banda de la porra de la extrema derecha», y afirmaba: «El falangismo se lo dejamos voluntariamente entero a Primo de Rivera. Para que, nuevo Albiñana [en referencia al líder del Partido Nacionalista Español que desapareció de la escena pública tras el fallido golpe de Sanjurjo de 1932], siga creyéndose también salvador en potencia de todas las Españas» (*La Patria Libre* 6, 23-III-1935).

dijo cosa parecida». En los mismos términos de Payne –«Franco picked up the language of totalitarianism»– podría interpretarse que Primo de Rivera se habría valido del *lenguaje* del tradicionalismo para pasarlo por *totalitario*[234].

En conclusión, la hibridación y heterogeneidad de los componentes ideológicos y políticos de los proyectos y partidos *cercanos* al fascismo, así como la reacciones y las improvisaciones dialécticas a cada coyuntura, distan de un contenido teórico y programático lineal del fascismo español: desde Gecé a Primo de Rivera; desde Ramiro Ledesma a Franco. Bien es cierto que las culturas políticas próximas al fascismo compartieron una serie de elementos transversales, una forma de ver el mundo y un espacio de relaciones culturales, sociales y económicas, especialmente en el caso español [Saz *et al*., 2019]. Sin embargo, los años de entreguerra –aunque no solo, evidentemente– fueron ejemplo de cómo, aun manifestándose amplias coincidencias ideológicas y programáticas entre organizaciones de culturas políticas hermanas, cualquier diferencia estratégica, incluso personal, causaba cismas de repercusiones universales –desde los fascismos a los antifascismos–. En España, la coyuntura de división previa a las alianzas antifascistas y fascistas enfrentó a organizaciones y grupúsculos de tradiciones ideológicas compartidas. Por el contrario, la polarización entre fascistas y antifascistas, que se agudizó en 1936, asentó alianzas entre partidos

234. Franco prologó las obras completas de Víctor Pradera con una semblanza del político tradicionalista y de sus ideas, que hermanaba con las de Primo de Rivera. Valiéndose de los artículos publicados en *Acción Española* –«Una bandera que se alza», *Acción Española* (1-XI-1933), pp. 363-69, y «¿Bandera que se alza?», de Primo de Rivera y Pradera, respectivamente– el dictador trazaba las semejanzas entre las concepciones antiliberales, antipartidistas y organicistas del tradicionalismo y del falangismo. Según Franco, ambos artículos anticipaban la ulterior unificación. Evidentemente, en el prólogo de 1946 no se hacen referencias a las partes en las que Pradera cuestionaba la necesidad y novedad del partido fascista. En este sentido, el discurso de Primo de Rivera en el Teatro de la Comedia no fue «elogiosamente reseñado» [Mainer, 2013: 52] por Pradera, sino revisado y comparado con sus preceptos políticos, coincidentes en la medida en que Falange no añadía novedad al pensamiento tradicionalista.

heterogéneos anteriormente irreconciliables[235]. Los ejemplos expuestos sobre la verdadera naturaleza del fascismo, que podrían llevarse también a las dialécticas entre los grupos de izquierda obrera, aun con la diferencia de sostener unos posicionamientos políticos y doctrinales más definidos, llevan a la reflexión sobre el problema de dotar de una linealidad teórica y programática sistemática, lineal y coherente al fascismo español.

En *Politics and Ideology in Marxist Politics*, Laclau sostiene la imposibilidad de abordar la coherencia ideológica o programática de la interconexión de elementos de interpelación –ejemplo la *tradición* y la *revolución*–, sino la capacidad de cada uno de estos elementos de condensar a todos [1977: 102]–. Durante la guerra, el Movimiento representaba un imaginario compartido por diferentes tradiciones políticas –carlismo, tradicionalismo alfonsino, falangismo o catolicismo cedista– en torno al «Imperio» y la «Cruzada» anticomunista[236]. El mínimo común del Movimiento se basó en el ideal negativo –antimarxismo– y se valió de un lenguaje manejado por las derechas y por ciertas corrientes y prensa republicanas contrarias al Frente Popular –la denuncia del caos de 1936, la necesidad de imponer el orden y la unidad, etc.–. En último término, para la propaganda el sentido del Movimiento sería salvar a todos aquellos españoles torturados por el marxismo. En el caso de las novelas de guerra de Neville, la denuncia del antifascismo como señalamiento arbitrario de ciudadanos que solo

235. Griffiths [2000] expone el caso Doriot, síntoma de un contexto internacional en el que era omnipresente la retórica del fascismo y del antifascismo. El entonces dirigente comunista francés propuso una alianza antifascista con la socialdemocracia previa a la adoptada por los Frentes Populares y el VII Congreso de la Comintern, por lo que fue acusado de fascista. Tras ser expulsado y formar otro partido, el Partido Comunista Francés promovió la alianza con los anteriores socialfascistas.

236. Según Laclau [1977], «the ideological unity of a discourse is perfectly compatible with a wide margin of ideological inconsistency but the ability of each interpellative element to fulfill a role of condensation with respect to the others. When a familial interpellation, for example, *evokes* a political interpellation, a religious interpellation, and when each of these isolated interpellations operates as a *symbol* of the others, we have a relatively unified discourse» [102].

quieren vivir en paz es el elemento condensador del dispositivo de sentido común propagado por los nacionales.

Breve epílogo sobre la desfascistización

Antes de la derrota definitiva de la Alemania nazi y la Italia fascista en 1945 se inició un proceso de desfascistización del régimen de Franco: una desconexión retórica y simbólica del régimen del sustantivo fascismo que se comprende dentro de la readecuación al contexto geopolítico de 1945, tras el triunfo de las potencias aliadas. Este *aggiornamento* paulatino se puede seguir desde 1943, tras la crisis de gobierno del verano del año anterior, en la que Serrano Suñer dimitió como ministro de Asuntos Exteriores. Desde que José María Alfaro se hizo con la dirección de *Vértice*, apenas se ofrecieron contenidos sobre los acontecimientos internacionales, más allá de los reportajes gráficos –«Actualidad internacional»–, limitados a la descripción de los avances aliados en el frente de guerra. La capitulación de los nazis y el fin de la guerra mundial fueron suficiente motivo para uno de los escasos comentarios de opinión política en *Vértice*. El editorial «La paz: voces rectoras ante el mañana», se deshacía en halagos a las potencias vencedoras y a la neutralidad de España. Al pasar revista a las naciones aliadas, se dedicaba el siguiente comentario a la Francia católica: «Esta nación es vieja de siglos y para ser fiel a sí misma urge recordarlo. Ochocientos ha le nacen en su suelo la canción de Gesta, el arte Gótico y el espíritu de Cruzada». España, como Portugal, había sido pionera garante de la paz: «Mantuvo el Jefe del Estado entre nosotros, con clarividencia a la vez que con ánimo sereno, la neutralidad que retrajo a España del conflicto. Debemos a Franco la paz de España, que, juntamente con la de Portugal, ha sido el preludio venturoso de la paz de Europa a que tantos pueblos se acogen con extremos de júbilo estos días» [78: 4][237]. *España nunca había sido fascista*[238].

237. A diferencia de los primeros ejemplares de la *Vértice*, los números de 1945 están paginados.

238. Acerca de la imposibilidad de determinar unos elementos protofascistas o nazis, reflexiona Žižek [2003]: «Not only are such mass performances not inherently

El giro anticoalición tripartita trajo consigo la caída de los partidarios del Eje, que pasaron a nutrir con los años las filas de la oposición no comunista, democrática y europeísta. Los enfrentamientos entre los católicos proneutralidad, cuando no directamente comprometidos con la causa británico-norteamericana, y de los defensores de Europa resucitaron el conflicto identitario suspendido con la unificación entre revolucionarios y conservadores. En el cuarto aniversario del fusilamiento de Primo de Rivera, un artículo de Juan Martínez de Oria publicado en la profascista *Legiones y Falanges* recordaba la influencia de los anejos en un principio a la República –Ortega o Unamuno– y el rechazo a la Falange de José Antonio, así como su desplante a la *reacción*:

> Al nombre evocador de su padre no faltaron conservadores que ofrecieran su apoyo a José Antonio para la Falange naciente. […] Mas supo desengañarles, dándoles a entender que nada tenían que ver ni con la dictadura ni con la reacción[239].

Estas apelaciones al espíritu original sellarán ideológicamente el mensuario, que continuará su apología del fascismo italiano hasta el año en el que Mussolini sea destituido por el Gran Consejo Fascista y posteriormente arrestado. En otra pieza dedicada al XX aniversario de la Marcha sobre Roma se observa un alegato profascista que homologa conservadores plutócratas con bolcheviques en clara sintonía con el discurso pronazi de la alianza contra Europa:

> Las personas «conservadoras», de «orden», han hecho una definición bastante original de fascismo: «Los fascistas, dicen, son unos jóvenes

---

fascist; they are not even "neutral", waiting to be appropriated by left or right. It was Nazism that stole them and appropriated them from the workers' movement, their original site of birth. None of these «proto-fascist» elements is *per se* fascist. What makes them «fascist» is only their specific articulation – or, to put it in Stephen Jay Gould's terms, all these elements are "ex-apted" by fascism. There is no fascism *avant la lettre*, because it is the letter itself that composes the bundle (or, in Italian, *fascio*) of elements that is fascism proper».

239. Masoliver Martínez de Oria, Juan Ramón: «En las nieblas de los primeros años», *Legiones y Falanges* (20-XI-1940), pp. 10-11.

> desarrapados e insolentes que siguen a un antiguo socialista llamado Mussolini, alborotando el país […]. Por lo demás, la verdadera definición la saben, pero no se atreven a decirla. El fascismo se les presenta como algo mucho peor que cualquier doctrina de tipo marxista. Y es que, en el fondo, estos señores no son conservadores más que de su egoísmo desenfrenado[240].

El discurso anticonservador respondía a las tensiones internas derivadas de la guerra mundial. El concurso de países capitalistas con la Unión Soviética justificaba la analogía entre el materialismo individualista de los conservadores y el colectivista de los bolcheviques. Por otro lado, como en otras publicaciones pro-Eje, *Legiones y Falanges* defiende una idea de Europa unida frente a sus enemigos anglosajones, por occidente, y bolcheviques, en el oriente. El mensuario continuaría su proselitismo del fascismo y de Europa hasta junio de 1943, un mes antes del arresto del Duce[241].

Sin embargo, otras voces del falangismo no se posicionaron y alentaron un discurso más acorde con la neutralidad. Pilar Primo de Rivera llamaba a sus cuadros a guardarse de cualquier equívoco con otra clase de vocabularios políticos. Para ello, se valió de las palabras de su hermano

> cuando nos dijo: «Todo eso hace que a la Falange le suene la palabrería de sus pretendientes como un lenguaje extraño y sospechoso». Lo que entre nosotros se comunica en media palabra, queda oscurecido en torrente de vocablos ajenos. Este estilo de los recién llegados se denuncia a la legua por lo mismo que cuidar el estilo fue nuestra permanente preocupación (…). Ahora mismo oímos todos los días «el

240. «En el xx aniversario de la Marcha sobre Roma: Breve recuerdo de aquellas jornadas», *Legiones y Falanges* (X-1942), pp. 8-9.

241. Moret Messerli, Francisco: «Europa: Eje espiritual del mundo», *Legiones y Falanges*, VI-1943, pp. 23. En la revista son constantes las apelaciones a Europa entre las destaca la promoción de manufacturas e ingeniería europeas en la campaña. En el mismo número se puede leer la propaganda: «Europa puede vivir por sí misma: cerebros y brazos europeos preservan a Europa del bolchevismo».

> ejército», «antimarxismo», «estado totalitario», «me declaro fascista» y centenares de cosas más (Primo de Rivera, Pilar, 1942: 12)[242].

En este sentido, se da una desvinculación paulatina entre Falange y aquellas ideologías de semejanza simbólica y ritual justificada por el estilo sobrio y español del Movimiento. Dando un giro de ciento ochenta grados al discurso de los partidarios de la alianza tripartita contra los oportunistas conservadores, los recién llegados pasaban a ser los fascistizados y los auténticos camisas viejas, aquellos que rehuían de ideologías extranjeras. Esta actitud de distanciamiento prudente se tornó en apenas dos años en una hostilidad explícita comprendida en una declaración de principios y valores oriundos contra la enajenación provocada por el nazifascismo foráneo. Obsérvese el editorial «Ni comunismo ni fascismo» publicado en *El Español* en enero de 1944. El siguiente fragmento es un paradigma del nuevo rumbo contrafascista:

> Desprendida de la situación española toda vinculación de carácter internacionalista y de bandería ideológicas ha quedado insertada exclusivamente en su auténtica raíz y en la clave espiritual e histórica del destino español (…). Esclarecida suficientemente la línea política del Estado español fuera de todos los internacionalismos diplomáticos e ideológicos, comprobada por una serie de realizaciones y medidas de gobierno, ya no hay posibilidad alguna para confundir nuestro sistema y nuestro pensamiento políticos con cualquier patrón de exportación. Brevemente podríamos reducir el rumbo actual en los siguientes términos: «Ni comunismo ni fascismo, política española[243].

Hagamos acopio de los términos que abundan en el texto –«unidad», «espíritu», «emoción patriótica religiosa», «paz», «autoridad», «orden», «justicia» o «libertad»– para mostrar la transformación del lenguaje político del régimen de Franco. Idéntico arco de grandes palabras se encuentra en el discurso de la guerra de «liberación» de la alianza de tripartita en los inicios de la conflagración mundial. El cambio operado

242. Primo de Rivera, Pilar: «Discurso en Granada», *Y* (I-1942), p. 12.
243. «Ni comunismo ni fascismo: Política española de posguerra», *Duero*, 19-I-1944, p. 5.

afecta al uso peyorativo del término *fascismo*, que se sabe condenado antes de que Alemania, derrotada en el Este, se rinda definitivamente ante las potencias vencedoras. El fascismo viene a significar ahora internacionalismo para homologarlo al bolchevismo como ideología extranjera que penetrara en naciones ignorantes de sus consecuencias. La propaganda del régimen no únicamente se distanciaba del significante, sino que iniciaba su proceso de desacreditación del fascismo en pos de un Movimiento que mantendría su simbología y rituales importados –entre ellos el saludo romano–, pero libres de toda significación «no española»[244]. Un proceder no muy distinto al que en otras latitudes repitieron los partidos de la llamada extrema derecha, que matizaron su ideología y negaron vínculo alguno con el odiado significante pese a conservar buena parte de sus preceptos sociopolíticos y rituales paramilitares.

Los futuros disidentes del régimen que en su momento apoyaron al bando sublevado relatarían las dialécticas políticas de diferentes momentos coyunturales a través de nuevas concepciones normativas sobre la política y la ideología asimiladas al fin de la Segunda Guerra Mundial. De este modo, el disidente Juan Antonio Ansaldo afirmaba en sus memorias que seguía «luchando en su nueva emigración por los mismos ideales» –monárquicos– que el Bloque Nacional de Calvo Sotelo [1951: 94]. Se trataba de representar a los caídos antes y durante de la guerra –el mismo Primo de Rivera, Calvo Sotelo o el propio Sanjurjo, que murió en el avión pilotado por Ansaldo mismo– como víctimas del franquismo y de los fascismos. Ansaldo, que había sido responsable de las acciones más violentas de la Falange de Sangre

244. Obsérvese el ataque a Gil Robles por su labor desestabilizadora *contra España*. El que ahora se aliaba con los «rojos» era el mismo que había formado su militancia en un «filofascismo derechista» para, en último término, colaborar con el régimen republicano: «Después de un viaje a Berlín desbordado por la espectacularidad de una concentración *nazi*, el señor Gil Robles intentó enclavar en la República un sistema de filo-fascismo derechista que se concretó en aquella serie de juveniles despliegues con saludos, camisas, gritos de «Jefe, jefe, jefe», movilizaciones cívicas y demás escenografías *made in Germany*» («Gil Robles contra España», *Duero*, 6-V-1944, pp. 1-4).

durante la primavera de 1934, relataba que Primo de Rivera se había visto «precisado a abrazar aquellas bárbaras doctrinas fascistas». Estas, «por mucho que sea el oropel filosófico con que se vistan, muestran siempre en su fondo los básicos sentimientos de crueldad, barbarie, violencia y tiranía que les dieron vida» [1951: 81]. Además, identificaba franquismo y fascismo, oponiendo a ambos un movimiento monárquico liderado por el asesinado Calvo Sotelo. En este sentido, se observa cómo la adopción de un nuevo lenguaje democrático aceptado internacionalmente de rechazo del fascismo y del totalitarismo, que había subsumido a la tiranía de Franco en el franquismo-fascismo, iniciaba una lucha por la apropiación de términos políticos. El aviador se refería a Gil Robles como «democracia católica, en el real sentido de la democracia, en todo diferente al que la prensa franquista atribuye al régimen personal y autocrático que la controla y esclaviza» [Ansaldo, 1951: 60]. La propaganda democrática de sus otrora aliados era una farsa. No así la supuesta democracia cristiana que representaban Calvo Sotelo y Gil Robles. Esta es una de las numerosas revisiones del pasado de los excluidos o apartados del régimen de Franco en la coyuntura posterior a la Segunda Guerra Mundial. Por otro lado, vemos cómo estas controversias en la objetivación de ideologías presentes y pasadas partieron de la «democracia». En el caso de la oposición a Franco, el franquismo iba aparejado a su antagonismo «democrático» y todos sus colaboradores internos o externos se subsumían en el mismo. En los años posteriores, los grupos en el exilio se referirían al franquismo no únicamente para atacar al aparato objetivo del Movimiento, sino también para minar las organizaciones y tácticas adversarias de otros considerados también antifranquistas. Así, a finales de 1940 y en las décadas siguientes se denunciarían un buen número de «tapaderas» dedicadas a labores de zapa en la lucha contra el régimen del 18 de julio y de propagandas financiadas por un nuevo fascismo imperialista, bien pagado por los belicistas americanos, con su aliado, el no menos «fascista» titoísmo yugoslavo, o por los «totalitarios» soviéticos[245].

245. En la década de los 50, el PCE arremeterá contra los nacionalistas y los titoístas como otra especie de fascistas surgidos de la «traición» al socialismo del

La desarticulación del espíritu el fascismo internacional tras la caída del régimen mussoliniano y la derrota de Alemania ante los aliados, forzó al régimen fundado militarmente en el apoyo político y económico potencias del Eje a redefinirse en el nuevo contexto geopolítico de los países democráticos contra un fascismo asociado a la guerra, la barbarie y el genocidio. La paulatina disociación del régimen con los fascismos se efectuó al mismo tiempo que la propaganda se aliaba con otras naciones civilizadas contra el comunismo. Uno de los ideales con el que se había articulado el discurso del Alzamiento se había desmoronado –el espíritu de Occidente contra el judeomarxismo–. El propio régimen asimiló el vocablo *fascista* como término de desacreditación, ante el aislamiento y acoso internacional ante la última nación antidemocrática de Europa[246]. En una entrevista para la agencia United Press en 1944, Franco negaba toda vinculación a lo nazi o fascista, ya que España era simplemente católica [Preston, 1998: 3][247]. Si a principios de la década de 1940, los ideólogos fascitizados del franquismo interpretaban el resurgimiento de la «Civilización», la «Hispanidad» y el «Imperio católico» en el «Nuevo Estado» como una versión original, desarrollada

líder yugoslavo. Véase «Titismo y franquismo, una sola y misma cosa: fascismo, terror, miseria y guerra», en *Mundo Obrero* (1-I-1952), p. 9.

246. Una noticia de la Agencia EFE, publicada en el diario oficial *Duero: Órgano de Falange Tradicionalista y de las JONS* – «España es defendida en el extranjero», en *Duero: Órgano de Falange Tradicionalista y de las JONS* (4-IX– 1945), p. 4– alertaba sobre «los enemigos de España», que estaban haciendo del «mote fascista» (4) un sinónimo de cristiano.

247. El proceso de desvinculación del falangismo y el fascismo se inicia con la caída de Mussolini en el verano de 1943 [Preston, 1998: 615]. En mayo de 1946, Franco declaró en sesión plenaria de las Cortes: «Intentan presentarnos al mundo como nazifascistas y antidemócratas. Si un día pudo no importarnos la confusión por el prestigio de que gozaban las naciones de esta clase de régimen ante el mundo, hoy, cuando se han arrojado sobre los vencidos tantos baldones de ignominia y crueldad, es de justicia destacar las muy distintas características de nuestro Estado» [*op. cit*. Abella, 2019: 301-302]. Esta renuncia a identificarse paulatinamente, primero, con el fascismo, después, con el falangismo, y más tarde con el mismo franquismo, sería el motivo de denuncia del *aggiornamento* de las élites franquistas por los que más tarde formarían parte de las organizaciones de extrema derecha posfranquista.

y perfeccionada de aquello que pretendía ser el fascismo –un fascismo a la española más fascista que el mismo fascismo; «la religión de la religión» fascista según las interpretaciones de José Pemartín [*op. cit*. Lazo, 1996: 102]–, tras la derrota del Eje estos mismos componentes civilizatorios, hispánicos y católicos pasaron a integrar las propagandas retroactivas del no fascismo del Movimiento Nacional con el objeto de establecer las necesarias alianzas para su supervivencia[248].

Federico Finchelstein propone la siguiente definición lingüística para definir el fascismo: «To borrow a Saussurean metaphor, fascism was to be understood as a specific code, a language of political interpretation and action that had a changing sets of signifiers attached to a less malleable signified» [2017: 39]. Sin embargo, ¿el giro político del régimen de Franco y la resignificación de sus elementos ideológicos en la nueva coyuntura de la Guerra Fría no resultaría en la definición inversa, a saber: un conjunto de significantes que en diferentes contextos se adaptaron a distintos significados[249]?

248. «Londres recoge los comentarios de *Abc* y *Arriba*», en *Duero* (13-V-1944), p. 4: «El Estado falangista no es ni liberal, ni totalitario, ni fascista; que España está edificando un Estado de características genuinamente españolas y que garantiza su neutralidad en la presente guerra de ideologías».

249. Acerca de la adaptación del fascismo al tradicionalismo, véase también Saz [2002].

Epílogo: el fascismo sin fascistas

A través de las páginas precedentes he analizado el fascismo en clave de significante vacío mediante el cual, y contra el cual, se articularon múltiples y heterogéneos discursos e identidades. Se han tratado las diferentes estrategias populistas de las iniciativas fascistas expuestas: desde las apelaciones a los movimientos culturales del primer cuarto del siglo xx en *La Gaceta Literaria* hasta la concentración de fuerzas derechistas contra la República en *Vértice*. A través de estas estrategias, estas propagandas mostraron territorios compartidos con los adversarios políticos del fascismo –la patria, la revolución, el orden, etc.–. En lo referente al caso español, se han cuestionado los marcos de análisis de un fascismo minoritario y muy reducido, tratándose, en sentido contrario, dentro de un proceso híbrido de identificación y exclusión muy amplio. El *fascismo* se desenvolvió como un vocablo polémico que se adaptó a múltiples discursos a lo largo del periodo estudiado: desde las pequeñas formaciones marginales que trataban de emular un fascismo a la española hasta la creación de un gran partido unificado durante la guerra civil –FET de las JONS– o la organización de las grandes derechas antirrepublicanas –CEDA–. Su máximo apogeo se dio con la identificación voluntaria por la propaganda de la España del bando nacional contra los antifascistas. En este proceso, los nacionales lo asimilaron como propio, lo adaptaron a sus doctrinas y lo rechazaron apelando a idénticos contenidos. De este modo, se ha observado cómo el discurso de los sublevados contra la República no mutó significativamente, mientras que sí lo hizo su relación con el vocablo *fascista*

durante los procesos de «desfascistización» de las derechas occidentales tras la desconexión con el del Nuevo Orden derrotado en la Segunda Guerra Mundial.

La metodología de la presente investigación ha consistido en el análisis y contraste de múltiples fuentes e interpretaciones, de la circulación reflexiva de distintos discursos –en términos de Werner: «the reflexive circulation of a discourse» [2005: 91]– sobre el fascismo. Este proceso internacional, que generó múltiples analogías entre el fascismo y otros movimientos –lo que el historiador Emilio Gentile ha venido a denominar *fascismo analógico*–, se desenvolvió independiente de las doctrinas y propagandas de los dirigentes del fascismo histórico. La recepción e impacto en España de este trajo consigo su asimilación a las ideologías y partidos ya existentes, que comenzaron a situarse en la dialéctica política universal fascismo *vs*. antifascismo. La asociación voluntaria –y sobre todo la involuntaria, de desacreditación del adversario– con el vocablo polémico mundial popularizó el uso de diversos epítetos derivados del *fascista*; desde el *faccioso* al *facha*: prototipo del reaccionario dispuesto a dar la batalla contra las ideologías y organizaciones subversivas. El estudio de las conexiones entre el fascismo y otros agentes muestra una gran variedad de usos analógicos, comenzando con la asociación que hacía el editorial de noviembre de 1922 de la revista *España* referido en la introducción. Este reconocía un «fascismo español» «profundamente reaccionario» en el integrismo carlista del siglo xix: «Acaso el antecedente histórico haya que buscarlo en el carlismo español». Se afirmaba que los «boinas rojas» eran a España lo que los «camisas negras» a Italia; un «fascismo latente» –una premonición de la unificación del carlismo y el falangismo en FET de las JONS–. De este modo, «entre el fascista y el faccioso» habría «más analogías que las puramente auditivas»[250]. Un proceso que continuó con la burla de las páginas de *La Gaceta Literaria* a los intelectuales conservadores de «gris fascista» –o con la denuncia del fascismo «frailuno» por los anarquistas– durante la dictadura de Primo de Rivera, la República, la Guerra Civil, el franquismo y la Transición, periodo en el que se popularizó

250. «El fascismo español», en *España* (4-XI-1922), p. 5.

la figura histriónica del «facha». Sirva de ejemplo el personaje de tebeo creado por Joaquim Aubert Puiganau –alias Kim– en 1977 para la popular revista de humor *El Jueves*: Martínez, el Facha. Las aventuras de este personaje –que guardaba un sorprendente parecido físico con Giménez Caballero– consistían en disparatados complots contra el reciente régimen democrático para restablecer el viejo orden. El tebeo caricaturizaba la masa social profranquista de finales de 1970, agrupada en el partido Fuerza Nueva, que se resistía a las reformas y a los cambios sociológicos que trajo la Transición[251].

Durante el régimen franquista –un apellido puesto por la oposición al finalizar la guerra con claras resonancias del epíteto omnipresente–, y sobre todo en las dos primeras décadas, el vocablo desapareció de la escena política. En 1960, cuando se inicie la revisión de los «25 años de paz», las referencias a la relación con el Eje se limitarán al célebre encuentro entre Franco y Hitler en Hendaya. La investigación hemerográfica nos da muestra de la enorme presencia que el «fascismo» y sus derivados adjetivos aplicados a diversos partidos, personalidades y tipos sociológicos tuvo durante la República y la Guerra Civil y, a la vez, de la enorme variedad de significados que adquirió en boca de la multiplicidad de voces entonces existentes. En cambio, terminada la Segunda Guerra Mundial, los resultados son muy poco satisfactorios: las entradas con la palabra maldita se reducen a la defensa contra las «calumniosas» acusaciones de las potencias vencedoras, así como el reclamo de una *España* entre los Estados defensores de la civilización occidental adversarios del comunismo. Y no es de extrañar. Cualquier manifestación política o cultural con ánimo de repercusión y aceptación social no solo no se identificaría con el mismo, sino que trataría de asignar cualquier elemento circunstancial «fascista» a su rival. El anticomunismo asociado a la defensa de los valores occidentales y democráticos ya no requería para sí abrazar unas experiencias asociadas a la guerra, el genocidio y la barbarie. En España, tendría que llegar la

251. En sentido contrario, las novelas de Vizcaíno Casas satirizaban el transformismo ideológico y retórico de los antiguos filofascistas que, tras la muerte de Franco, se integraron oportunistamente en el nuevo *statu quo* –véase la novela *De camisa nueva a chaqueta vieja* (1976)–.

Fig. 5. José María González de Castillo, alias Chumy Chúmez: «Verano y fascismo», *Hermano Lobo* (5-VI-1976).

Transición y la legalización de los partidos políticos para que el «fascismo» volviera a nutrir los discursos políticos. Sirva como ejemplo la portada de la revista satírica *Hermano Lobo* publicada en el verano de 1976, titulada «Verano y fascismo» [fig. 5]. En ella se puede ver el breve diálogo de dos bañistas junto al mar: «–Hay veranos que duran cuarenta años. –O más»[252]. El «franquismo» y el «fascismo» pervivieron como

252. *Hermano Lobo*, n.º 213, verano de 1976, p. 1. En el editorial del semanario se observa la recurrencia de golpes de Estado de derecha en España a lo largo de los

acicate para alentar la disputa interna[253]. Sus herederos de izquierda, centro y derecha en la naciente democracia tuvieron que lidiar con la calificación en las sesiones del Congreso desde las primeras elecciones libres hasta la actualidad [Santiago Guervós, 2018: 109-112]. Algunos de ellos, como el primer presidente de la democracia Adolfo Suárez, ocultaron su más reciente biografía gráfica y renovaron su imagen pública a la manera del protagonista de la novela de Vizcaíno Casas, *De camisa vieja a chaqueta nueva*[254].

Fascismos y fascismos

Durante el tardofranquismo y la transición, el hinchamiento del término no habría sido posible sin el concurso de la academia a ambas orillas del Atlántico: desde *La personalidad autoritaria* (1950), de Theodor W. Adorno, Frenkel-Brunswik, Daniel Levinson y Nevitt Sanford hasta *Capitalismo y esquizofrenia* (1972), de Deleuze y Guattari. Estas lecturas de referencia en la historia del pensamiento contemporáneo hicieron del *fascismo* un vocablo que nombraba un perfil psicosociológico problemático extendido por lo más amplio de la sociedad. Una patología potencial que, sin atisbo de su simbología y sus rituales característicos, se encontraría en las relaciones humanas más básicas: desde la configuración de la personalidad del infante hasta instituciones represivas como la familia, la escuela, la Iglesia, el trabajo, el deporte, la policía y un largo etcétera. Ejercer la autoridad del poder sería intrínsecamente

---

siglos XIX y XX durante el periodo estival: «Se puede comprobar que la derecha ibérica, con una rara cadencia, siempre ha dado sus golpes en verano o al menos en los aledaños del calor. Se ve que, cuando llega la canícula y el sol de justicia cuece los cerebros, a la gente de derechas de este país le da por querer salvar a la patria» (p. 3).

253. Lorenzo Espinosa, José M.: *Entre la espada y la pared: De Franco a la Constitución*, Bilbao: Beta III Milenio, 2017.

254. Un interesante estudio sobre la imagen televisiva de Suárez durante el tardofranquismo y la Transición lo constituye Fuentes, Juan Francisco: «Adolfo Suárez: Telegenia, carisma y democracia», en VVAA: *Carisma e imagen política: Líderes y medios de comunicación en la Transición*, Valencia, Tirant Humanidades, 171-198.

fascista. Y así, a partir de la década de los 60 del siglo pasado, no es difícil comprobar en la literatura y en el cine imbuidos de estas concepciones a fascistas celosos y censores de cualesquiera manifestaciones de cariño, libertad y felicidad cargados con la mochila vital de un pasado de férreas restricciones morales impuestas por unos padres intransigentes o una experiencia sexual temprana forzada por un adulto –véase la filmografía de Bernardo Bertolucci en cintas como la basada en la obra de Alberto Moravia *El conformista* (1970)–. La finalidad de toda psicología adulta sería librarse de las pulsiones libidinales de un fascismo incubado desde los estadios más precoces de la infancia. Sin embargo, la revisión antiestructuralista añadiría más dificultades al necesario proceso de «desfascistización» de la sociedad occidental. Siguiendo estas pautas, cada operación de la psique, aun siendo «revolucionaria», se revelaría a través de territorialidades, disciplinas y normatividades reaccionarias. Emergería un fascismo en persistente ejercicio psíquico. La misma ciencia psicoanalítica que vendría supuestamente a extirparlo con su *verdad* sería otro síntoma de sus males; la búsqueda de una estructura y de un propósito, la marcha inexorable al totalitarismo; o la mera militancia en una organización antifascista, de todo punto insuficiente para desprenderse de los efectos de aquello que nos vertebra, aunque digamos combatirlo. A este respecto decía Foucault en la introducción al *Anti-Edipo*: «¿Cómo hacer para no volverse fascista incluso cuando (sobre todo cuando) uno cree ser militante revolucionario?»[255]. Pese a todos sus esfuerzos por purgarlo, también hay quien contempló que dicho movimiento posmarxista-antifascista respondía a un neofascismo del deseo[256].

Con el transcurrir de las décadas, si bien el monopolio de la acusación lo tendría principalmente la izquierda diseminada en múltiples

255. En «Introducción a la vida no neoliberal», Esther Jordana invita al lector a intercambiar *fascismo* por *neoliberalismo* con el objeto de reinterpretar la lección del filósofo francés. Véase *Para una crítica al neoliberalismo: Foucault y el nacimiento de la biopolítica*, Castro, Rodrigo y Chamorro, Emmanuel Eds., Madrid, Lengua de Trapo, 2021.

256. Clouscard, Michel (1973): *Neofascismo e ideología del deseo*, Quito, Edithor, 2019.

siglas, tendencias y marcas regionales, según se extendió el término en un sentido amplio de violencia y totalitarismo, la derecha también lo reclamaría contra la izquierda «totalitaria». Esta otra inflación se debe a las contribuciones teóricas de F. A. Hayek –*Camino a la servidumbre* (1944)– o de Hanna Arendt –*Los orígenes del totalitarismo* (1951)– que equiparaban fascismo y socialismo real por su propósito de anular al individuo. Una interpretación explotada por la izquierda antisoviética en organizaciones con filial en nuestro país como el Congreso por la Libertad de la Cultura y su órgano intelectual *Cuadernos* (1953-1965). Si a entender de las izquierdas, el ataque a las minorías étnicas, sexuales y lingüísticas sería propio del fascismo, en opinión de las derechas, la defensa e imposición al cuerpo social de ideologías destinadas a proteger o promover las mismas resultaría un síntoma de totalitarismo nazifascista. Los argumentos repetidos a lo largo de las últimas décadas siempre han contemplado elementos parciales que coincidían con la experiencia histórica de estos fenómenos: así, el animalismo ya se habría aplicado con celo en el nazismo y sus leyes de bienestar animal efectivas desde 1933; o, en el argumentario de las izquierdas, las políticas de retroceso de los derechos de las minorías impulsadas por la extrema derecha se reflejarían en aquellas dispuestas por los regímenes anticomunistas del periodo de Entreguerras. En lo venidero, comer carne sería tan fascista como la promoción de productos artificiales que simularan el sabor de un bistec de ternera. *Fascista* y *comunista* se asimilarían al tiempo que, para otros, *comunismo* sería intercambiable por democracia y derechos humanos contra el *fascismo* de esos países mal llamados socialistas –la URSS de Stalin, la Rumanía de Ceaucescu, la Corea de la dinastía Kim y un sinfín de otros ejemplos–.

Pese a que los historiadores traten de preservar un significado limitado a las experiencias de entreguerras con definiciones menos aplicables a la realidad contemporánea que hacen hincapié en el escuadrismo o en el carácter de religión política, lo cierto es que los discursos del fascismo no dejan de reproducirse y su significación continúa permeando ámbitos que ni la inventiva de Giménez Caballero habría concebido. Parece que mientras unos contribuyen a la inflación, otros tratan de limitar la producción y deshacerse del excedente a fin de que el valor histórico quede preservado. Sin embargo, no puede negarse

la contribución de la historiografía en la extensión de la red semántica del fascismo y, en suma, en su valor de intercambio masivo como signo agraviante. A lo largo de un siglo, las teorías liberales, católicas, marxistas y posmarxistas aportaron tan numerosas como contradictorias definiciones, propulsando el despegue semántico que indigna a los expertos. Buena parte de estas interpretaciones incurrieron en una etiología de las causas de la enfermedad contemporánea. Aun absteniéndose de todo compromiso militante, la mera responsabilidad social de la autoría exige identificar el mal y proponer remedios a sus pasadas, presentes o futuribles catástrofes. Ayudar a sacarlo de uno mismo o a prevenirlo. Con el propósito de diagnosticar el origen del virus, directa o indirectamente se arrojó el término al enemigo político, al que se identificó con el agente infeccioso. Veamos por ejemplo la interpretación católica de Jacques Maritain, que establecía que el totalitarismo era efecto de la pérdida de los valores y de «la unidad espiritual e intelectual de la cristiandad» [Grande Sánchez, 2022: 18]. Por su contra, la teoría ya mencionada del psicoanálisis marxista suponía que el efecto de esos valores judeocristianos en la conciencia eran el germen necesario del individuo autoritario. Y, como colofón, según el antipsicoanálisis posmarxista, cualquier principio de unidad espiritual –entre ellos, los marxistas o freudianos– lo causaría. Dependiendo del marco epistemológico, filósofos como Nietzsche se situaron en el bando fascista y en el antifascista[257].

Subrayemos algunos ejemplos de la historiografía determinada por estos discursos: «Fascism touches on fundamental questions about the nature of the society we currently live in and the destructive potential it contains» [Neocleous, 1997: x]. Por un lado, Mark Neocleous reconoce la sobredeterminación del fascismo como ideología: no es un paréntesis de la modernidad, sino que se trata de un conjunto ideológico asentado en ideas previas. Por otro lado, la frase enfatiza el adverbio *actualmente*, dando a entender que hay un potencial destructivo fascista en nuestra

257. Véase el primer volumen de la recopilación de textos del fascismo mussoliniano editado por Pedro José Grande Sánchez: *Fascismo: En el centenario de la Marcha sobre Roma. Doctrina* (tomo I), Madrid, Sierra Norte Digital, 2022. En la introducción se encuentra un ilustrativo cuadro de teorías sobre el fascismo (17-21).

sociedad –considerando una suerte de mundo global políticamente interpelado–. En tercer lugar, justifica el uso del fascismo por extensión: «Any argument about fascism therefore necessary involves a confrontation with the nature of modernity and, concomitantly, a confrontation with the nature of capitalism and democracy». No obstante, el término se limita a las sociedades en las que vivimos: grupos sociales o Estados que debiera especificar el autor o aclarar si, en cambio, se refiere a todo un conjunto universal. De todos modos, sobreentendemos que se refiere a las sociedades capitalistas europeas y norteamericanas de finales de la década de 1990. Por ello es «necesario» no olvidar que el fascismo es causa y consecuencia del desarrollo de estas sociedades modernas desde el siglo XIX: «Failing to see that fascism is a feature of modernity, it fails to see that fascism has not died» [Neocleous, 1997: xi].

Neocleous encuentra en pensadores como Gobineau, Pareto, Bergson o Sorel la geneología del fascismo. Cuando vamos al origen histórico de la ideología fascista nos encontramos con una que pudiera satisfacer al lector ávido de conclusiones históricas: «Fascism was a reaction to the communist and socialist forces which sought to mobilize the working class against private property and for a project of human emancipation» [Neocleous, 1997: 4]. El problema que presenta es la omisión de las luchas intestinas dentro del movimiento obrero que se acusaban de ir precisamente en contra de sus aspectos programáticos: la emancipación de la humanidad y la lucha contra la propiedad privada. Así, tras la llegada de Mussolini al poder en Italia, los bolcheviques acusaban a los socialistas de contribuir a la guerra y a la política armamentística de la burguesía. Si se quiere citar lo que un pensador fascista de entonces, afirmaríamos que el fascismo fue una reacción contra el comunismo y el socialismo que en sus programas decían defender a la clase obrera y su emancipación, pero que en realidad no lo hacían –un juicio negativo, por otra parte, sobre el «fariseísmo» de una sección de la socialdemocracia que no era precisamente una novedad ni de los fascismos ni de sus primitivas organizaciones europeas, sino que fue el comienzo de la disgregación del movimiento «emancipador» y de la definición de grupos enfrentados por representar la lucha de la clase de obrera [Lenin, 1902]–. Si, por el contrario, el análisis es externo, no se puede asumir que socialdemocracia y comunismo defendían por igual a

la clase obrera. Ambas formaciones estuvieron claramente confrontadas desde 1922 hasta entrada la década de los 30 acusándose mutuamente de aliarse con su enemigo [Gentile, 2019]. En este caso, habría que definir qué es la emancipación de la clase obrera, tomando partido *a posteriori* por un proyecto específico de liberación. Neocleous no lo hace, por lo que consideramos que su antagonismo se basa en la gran lucha de las fuerzas democráticas contra el fascismo. El gran discurso de unidad del Frente Popular en Francia y el que aunó a los partidos y sindicatos contra el colonialismo italiano y alemán durante nuestra Guerra Civil. La falta de análisis de las fuerzas contrafascistas y sus antagonismos provoca que su ambiciosa genealogía de la ideología del odio peque de unilateralidad.

En *Politics, Ideology and Marxist Theory* (1977), Laclau refutaba las teorías previas que no analizaban determinaciones históricas más complejas y se quedaban en una simple oposición entre fuerzas antagónicas. Según el filósofo argentino, el fascismo provenía de una sobredeterminación de elementos ideológicos de la clase obrera y de la pequeña burguesía, añadiendo que estos mismos elementos heterogéneos interclasistas no eran necesariamente propiedad de una clase o de otra, ni podían identificarse unilateralmente. En consecuencia, ideologías como la fascista o la comunista no partían de unos componentes intrínsecos e intransferibles, sino que su individualidad se asentaba en la manera en que estos elementos estaban articulados, en el significante que los sobredeterminaba y en la oposición generada. Por ejemplo, el autoritarismo o el militarismo no fueron monopolio de la burguesía imperialista ni de una determinada ideología. Esta crítica bien podría hacerse a Neocleous al afirmar que la guerra es el universal fascista –«the fascist universal» [1977: 17]– y a tantos otros que asumen unilateralmente estas afirmaciones sin poner en contexto o desarrollar dialécticamente el término *guerra* sobre las discusiones de los partidos y de los intelectuales de la época.

Esta articulación compleja del fascismo –y del fascismo analógico– la omiten ejemplos de teoría aplicada al caso español como el de Nil Santiáñez y su ensayo *Topographies of Fascism: Habitus, Space, and Writing in Twentieth-Century Spain*. El autor asume una linealidad fascista entre la empresa colonial de Marruecos desde mediados

del siglo xix hasta la insubordinación de Franco. Según Santiáñez, la génesis histórica del *habitus* fascista se ubicaría entre la guerra de África (1859-1960) y la creación del Protectorado de Marruecos en 1912. Asimismo, el autor establece una equivalencia entre colonialismo, militarismo, guerra y fascismo –«colonialism, war, and fascism» – [2013: 63] en la que prevalecen juicios de valor del tipo «characteristic fascist fashion» [2013: 62]. Por otro lado, nos topamos con las señaladas filosofías políticas de Deleuze y Guattari sobre la territorialización y desterritorialización aplicadas a la empresa colonial en el Rif. Esto lleva a afirmaciones rotundamente falsas sobre la población local previa a la colonización española del territorio marroquí. Por ejemplo, a los colonizados marroquíes se les considera una comunidad articulada por una constelación de reglas fluidas que no observan un principio regulatorio común –«people articulated by a constelation of fluid rules lacking a common regulating principle» [2013: 65]–. Una afirmación inasumible de todo punto. ¿Acaso la religión islámica no entraría en estos principios reguladores comunes? ¿De dónde se extrae que las cabilas insurrectas contra la dominación española se organizaran de manera horizontal y sin jerarquías? Santiáñez parte de un estereotipo del sujeto colonizado idealizado desde sus propios presupuestos deleuzianos sin desarrollarlo en su cultura y contexto específicos. Por otro lado, la lectura de *Notas marruecas de un soldado*, de Giménez, sobre estos pilares intelectuales le indisponen a comprender que en esta obra se encuentran algunas de las ideas de su fascismo posterior por razones opuestas a las que se exponen. Es decir, Giménez Caballero precisamente se identifica con el africano que se revuelve contra la dominación política y cultural noreuropea, y es por ello que un Unamuno, referente de las «fuerzas del progreso» hasta entrados en la República, elogió su libro. En cuanto al conjunto de la obra de Santiáñez, es obvio que la amalgama de ideas que configuran el discurso del bando nacional está sobredeterminado por el discurso militarista y colonizador de la segunda mitad del siglo xix. El problema es el antagonismo ahistórico que estructura este ensayo: una simple contradicción entre un proyecto estatal «fascista» de dominación y regulación del Protectorado marroquí y unos nómadas fluidos fuera de la disciplina del Estado colonial.

La base de estas interpretaciones, como hemos dicho, parte de una concepción extensiva del fascismo como una gran enfermedad civilizatoria que aqueja a un cuerpo homogéneo de Estados occidentales. Y esta atraviesa gran parte de análisis contrapuestos, como los ya citados de un fascismo identificable por sus elementos primarios u otro por ser resultado de la articulación de significantes vacíos. En este sentido, la teoría del populismo nos ha sido de gran ayuda en la gnosis de la concepción del fenómeno como articulación de demandas populares. Sin embargo, el estudio del fascismo analógico y la pluralidad de los antifascismos no nos permiten asumir sus conclusiones sobre el mismo. Sobre todo, en lo que respecta a la denominación eventual del conjunto, esto es: la presunción de una posible «fascistización» de una determinada articulación de demandas ¿Estableciendo un populismo de tipo «fascista» no refuta su propia gnoseología al identificar una serie de fenómenos resultantes como tales? ¿No es ello efecto de una teleología distinta a la que denuncia el mismo Laclau en Marx y Hegel, esto es, la democracia como el espíritu absoluto de la política? Al designar el peligro de una solución «fascista» o «estalinista» como intelectual comprometido, reconoce una vía falsa del pueblo homogéneo a otra verdadera de la articulación de demandas populares en democracia. De ello se extrae que el fascismo es una especie de ideología *in aeternum* que, aun conformado sobre la apartidaria base de las interpelaciones populistas, sería en esencia la supresión de todas ellas. La conclusión dista de la de aquellos que denunciaban un fascismo presentando con máscaras y disfraces pequeñoburgueses o democráticos; también de la de quienes encontraban elementos de politización y procesos de subjetivización inequívocamente fascistas, pero anticipa, independientemente de su externalidad, un «peligro fascista» latente que se manifestaría en múltiples combinaciones con un mismo fin antipolítico o antidemocrático y que, al ser reconocido como tal, definiría eventualmente una certeza sabida de antemano. Por otro lado, las experiencias históricas que tratamos refutan la concepción ideal de la ideología como una totalidad cerrada –no se debe confundir el dintorno y el contorno, o tomar la palabra del «fascista» cuando conviene adecuarla a una definición idónea–. Laclau sostiene que la contingencia y la indefinición son dos características de la articulación populista de la *plebs* –necesariamente

democrática– frente a la concepción del pueblo homogéneo y sin divisiones internas. Sin embargo, ¿no radica en la contradicción la refutación a su teoría del populismo? ¿Si la tensión de la articulación populista es «inerradicable» [2005: 279], cómo es posible suturarla sino mediante una construcción ideal de un totalitarismo propia, precisamente, de los idealistas de esta solución política? Si el horizonte histórico final que plantean tanto fascismo como marxismo es falso, ¿por qué el filósofo argentino determina que el cierre del antagonismo político es una posibilidad? ¿No compartían también una teología de la liberación de «marcos societarios preestablecidos» [2005: 305] mediante técnicas y prácticas políticas concretas en un capitalismo véase globalizado, financiero o imperialista? Y, por último, ¿no trasciende los procesos y las prácticas concretas la formulación de un horizonte emancipatorio, democrático, progresista, etc., a su vez irrealizable, como suma de una serie de voluntades incontables? La criticada metafísica de la historia se torna en otra más confusa de procesos inmanentes, no computables, no definidos y emancipatorios frente a una suerte de técnica antipolítica o, en el reverso tenebroso del populismo, una derivación «fascista» de las mismas articulaciones populares espontáneas[258].

258. Véase su comentario final a las tesis sobre la filosofía política y el concepto de pueblo de Jacques Rancière: «Pienso que Rancière identifica demasiado la posibilidad de la política con la posibilidad de una política emancipatoria, sin tomar en cuenta otras alternativas, es decir, que los incontados construyan su incontabilidad en formas que son ideológicamente incompatibles con aquello que Rancière y yo podríamos defender políticamente (por ejemplo, en una dirección fascista)» [Laclau, 2005: 306]. Sobre el debate del populismo como fórmula política que requiere de la identificación primaria, véase Žižek, Slavoj: «In populism proper, however, this "abstract" character is always supplemented by the pseudoconcreteness of the figure that is selected as the enemy, the singular agent behind all threats to the people […] in its very notion, it displaces the immanent social antagonism into the antagonism between the unified people and its external enemy, it harbors in the last instance a long-term protofascist tendency» [2006: 556-557]. El «peligro» es el desplazamiento del antagonismo inmanente a otro vago basado en la identificación de tendencias protofascistas. La religión política y el fascismo como epítome de la teología laica moderna en Espósito, Roberto: «[El fascismo posee] la capacidad perversa de llenar idolátricamente el

El conocimiento cerrado del fascismo solo puede anticiparse mediante una metafísica de la historia que, en esencia, comparten tanto las visiones categóricas como las analógicas: a) las primeras resumen un hecho histórico con un principio y un fin explicado por una definición genérica –Griffin–; b) las segundas rechazan la tesis anterior de un fascismo finalizado en la historia, pero reconocen un fenómeno identificado en diferentes formas frente a un antifascismo atento para contrapesarlo. Ambas comparten la conciencia de una ideología positivada, o por positivarse, y una metafísica del hecho histórico determinable. El método que proponemos no se opone a la epistemología de las ideologías que trata de, a través de enunciados positivos, comprender el fascismo –siempre y cuando no resulten demasiado difusas–, sino que posee una perspectiva y propósito diferentes. Las definiciones genéricas historiográficas de la ideología –«el fascismo es sangre y nación», «un odio al diferente extendido a lo largo del tiempo» o «una ideología palingenésica y violenta contextualizada en las grandes convulsiones de entreguerras», etc.– nos son de utilidad en cuanto a su uso connotativo, lo que cada una de estas definiciones conllevan en su uso analógico y su alcance semántico. Para este propósito no es necesario ni evaluar la historicidad de planteamientos como el de Santiáñez ni los de otros teóricos. Simplemente hay que seguir el efecto propio del adjetivo *fascista* como rechazo y oposición. De ello eran conscientes muchos de los asociados con el fascismo antes y, por supuesto, después de la gran conflagración mundial de 1939. Este es el sentido actuante del fascista como gran significante: la acción que desempeña es de censura y escarnio; expulsa a la persona o cosa calificada de tal manera del discurso público. Es lo que recientemente denominamos cancelar. En las múltiples agrupaciones antifascistas es recurrente la exclamación «¡Fuera fascistas!». En términos de discusión pública, el fascista está

vacío de relaciones determinado por la modalidad específica que ha asumido la laicidad moderna, es decir, justamente la del desarrollo totalitario» [1998: 241]. La idea de comunidad inoperante frente a la cerrada y definida «totalitaria» y la obsesión nostálgica «fascista» en Jean-Luc Nancy [1986].

ya fuera y la orden de expulsión es reiterativa[259]. El ya convencional «¡Fuera fascistas de la universidad!» de un grupo de estudiantes repite el mismo mandato de exclusión e incide, también de forma repetitiva, en el carácter contrario del espacio social enunciado –la universidad como el lugar más elevado de la cultura, el conocimiento, el diálogo, la democracia, etc.–. Generalmente, el personaje o grupo insultado que busca la aprobación social recurre a su defensa contra sus agresores compartiendo con ellos el sentido actuante del epíteto. De este modo, muchos de los acusados como tales argumentan que los verdaderos «fascistas» serían los «supuestos antifascistas», que no respetan la diversidad de ideas en un espacio de diálogo y tolerancia como es el universitario, sobrentendiendo que toda manifestación política violenta es intrínsecamente fascista. Todo aquellos que se opone a la universidad, la cultura, la ciencia, el diálogo, la paz mundial, etc…[260].

---

259. «¿What is Fascism?: Introduction to Speech Act Theory», por el canal de YouTube *Then and Now*, analiza el fascismo de la mano de J. L. Austin en *How To Do Things With Words* [1962]. Según el lingüista británico, el lenguaje tiene dos dimensiones: descriptiva y realizativa (*performative*). En el tema del fascismo, la dimensión descriptiva (locucionaria) trataría aquellos elementos que fascistas, antifascistas e historiadores han dicho que el fascismo es: una ideología ultranacionalista y palingenésica [Griffin]; un conjunto de negaciones, objetivos y estilos [Payne]; los catorce mínimos de Umberto Eco, etc. En cambio, la función «realizativa» (ilocucionaria), que consiste en el efecto que produce el término en su uso social, de la palabra *fascista* contiene la acción de expulsión.

260. Véanse Gascón, Daniel, «Fuera fascistas de la universidad»: «Esta semana, la carpa de la asociación constitucionalista S'ha Acabat! ha sufrido un ataque de radicales independentistas en la Universidad Autónoma de Barcelona. La seguridad privada no logró contener a los asaltantes. Los Mossos no acudieron a la llamada porque las autoridades no quieren que entren en la Universidad. Después de asaltar y derribar la carpa, los activistas cantaban «Pim-pam-pum, que no en quedi ni un», en *El País* (9-IX-2022); «Irrumpen al grito de "fuera fascistas de la universidad" un acto con Leopoldo López y Yúnior García en la Complutense», en *El Independiente* (13-XII-2021); Ramos, Miquel: «La universidad no es el cortijo de los fascistas», en *Público* (4-IX-2022); Blanco R., Patricia: «Rosa Díez: Quienes gritan desde fuera son los fascistas», en *El País* (19-II-2008).

La fuerza actuante del término de rechazo y oposición supera los límites de definiciones ortodoxas del fenómeno en su uso contemporáneo de escarnio y censura. De la misma manera se puede entender esa misma fuerza en sus inicios, con su implantación en Italia y variantes en otros tantos países europeos. Tal y como indica el columnista de *Abc* Andrés Révész en un artículo publicado en 1922, el alcance del término va más allá de su significado. Su traducción a los idiomas locales le haría perder su «encanto»:

> El fascismo español y el *feixisme* catalán deberían traducirse en español *hacismo*; pero empleando esta palabra perdería gran parte de su encanto. Lo mismo ocurrió con el partido de Lenin, que conservando su forma rusa, *bolchevique*, tiene un aspecto amenazador, mientras que su traducción exacta, *mayoritario*, parece casi burgués (…). En cuanto a la palabra *soviet*, el capitalismo occidental seguirá empleándola en su forma rusa mientras le convenga tener alejada a Rusia de la comunidad europea: pero cuando se decida a explotar a Rusia sometiéndose a las nuevas leyes, encontrará que la terrible palabra rusa significa *consejo*, palabra inocente[261].

El uso actuante del fascismo era similar al de soviet o bolchevique. Bien es cierto que tanto los anticomunistas como los propios comunistas españoles nunca usaron el plural «consejos» para referirse a una presumible república socialista. Por su parte, el término *fascismo* sí que logró españolizarse gracias al falangismo. Sin embargo, su nacionalización no rebate las palabras de Rèvèsz, que siguen teniendo vigencia en el presente: «Traducir la palabra *fascista* significaría traicionarla, quitándole su aire místico». En el periodo posterior a la Primera Guerra Mundial, la atracción por el fascismo en otras latitudes europeas no provenía tanto del significado como de la atracción, aunque fuera ignorante, del significado. Por ejemplo, según nos cuenta el mismo Rèvèsz, Esteban (István) Friedrich, «uno de los jefes del fascismo húngaro»

> demostró en un discurso parlamentario que ni siquiera conocía la significación de la palabra, afirmando que derivaba del latín *facere*;

261. Rèvèsz, Andrés: «El fascismo fuera de Italia», *Abc* (24-XI-1922), pp. 3-4.

> según su teoría, un fascista es un «activista», un individuo que obra con energía, en vez de pronunciar discursos. Pero la ignorancia del jefe no importa; solo importa la fuerza de atracción que ejerce sobre las masas la palabra extraña y desconocida, y el misterio que envuelve el rito fascista[262].

El fascismo sobrepasaba su etimología y simbología, que ya jalonaba desde los edificios de la República francesa hasta la escultura de Lincoln en Washington DC. Los fasces romanos están presentes en la heráldica revolucionaria, democrática y liberal decimonónica de gran parte de las repúblicas americanas. Por su parte, la ignorancia del simpatizante a la que refiere Rèvèsz está más cerca del sentido dotado por los intelectuales fascistas: acción frente a la no acción que atribuían a los representantes de la «vieja política» frente al imparable «bolchevismo». El apellido *de combattimento* se amolda mejor a las teorías de aliados y antagonistas que el sentido multívoco de fascios que encontramos en los ejemplos ya descritos o en los fascios obreros y de trabajadores presentes en Italia desde finales del XIX.

Estudiamos cómo desde sus inicios el impacto del término fue difícil de asumir incluso para los convencidos de fundar un proyecto similar en España. Personajes identificados por la historiografía del pensamiento fascista español como Ledesma Ramos o Primo de Rivera eran conscientes del rechazo que generaba apenas diez años después de su aparición en la prensa española. Posteriormente, la dictadura de Franco se contrajo ante el aluvión de acusaciones internacionales de ser su último bastión en Europa y su oposición creció con el impulso de suponer a su vez la última resistencia partisana. El franquismo no deja de ser otro derivado del fascismo creado por la oposición y que la prensa oficial nunca contempló para referirse al régimen o al Movimiento. Siendo el franquismo un agente necesario para el proceso de transición

262. István Friedrich (1883-1951) ostentó varios cargos gubernativos –entre ellos, el de primer ministro– y su acción política estuvo influida por diversas ideologías nacionalistas, monárquicas y democristianas desde finales de la Primera Guerra Mundial hasta su defenestración en tiempos de Horthy y definitivo arresto por el gobierno comunista de Rákosi en 1951.

a la democracia, estirar el término y aplicarlo a realidades lejanas a aquellos años no iba resultar muy complicado para determinados grupos anticonstitucionales y subversivos[263]. ETA señalaría a sus víctimas militares y civiles con un «fascista» impreso en las parades del domicilio familiar o en el lugar de trabajo del extorsionado. Por otro lado, en los años de desgaste de la denominada por los abertzales «lucha armada», la prensa nacional colocaría la etiqueta a la organización terrorista con la excusa del racismo etnolingüístico[264]. En las dos primeras décadas del siglo xxi el fascismo analógico no pararía de crecer, sobre todo tras la llegada del partido Vox al parlamento nacional en 2019, cuya presencia en la vida pública ha generado múltiples debates sobre la vuelta o permanencia del franquismo y, por extensión, del fascismo a España. Pero también se ha alertado de fascismos neoliberales, izquierdistas, populistas, regionalistas o rojipardos[265]. El *procés* fue puesto por los antinacionalistas en el espejo de la acción protofascista de Dencás y el Estat Català en los 30. Por parte de los independentistas, la actuación policial en el referendo de 2017 y el proceso abierto contra sus promotores probó el cariz antidemocrático y dictatorial del Estado español[266].

---

263. Celhay, Pierre: *Consejos de guerra contra Euskadi: fascismo contra Euskadi*, Ruedo Ibérico, 1976: «No hace falta decir que el Estado español es distinto al resto de los Estados capitalistas europeos. En el Estado español el capitalismo adopta formas fascistas. En un estado así se acentúa la formación anticomunista y nacionalista de los miembros del ejército. El anticomunismo y el nacionalismo son los pilares básicos del fascismo» [86]; Fernández-Savater, Fernando: *El gran fraude: sobre terrorismo, nacionalismo y progresismo*, Madrid, Aguilar, 2005.
264. Olabarria Agra, Juan: «Fascismo vasco», *El País* (13-X-1995).
265. Guamán, Adoración; Aragoneses, Alfons; y Martin, Sebastián (ed.): *Neofascismo: la bestia neoliberal*, Madrid, Siglo xxi, 2019; Maestre Hernández, Antonio: «La izquierda lepenista y la nostalgia de un ensueño», (25-V-2021); Rodríguez Pardo, José María et al.: *Podemos: ¿Comunismo, populismo o socialfascismo?*, Oviedo, Pentalfa, 2016; Saló, Aleix. *Todos nazis: cómo España se llenó de «fascistas», hasta que llegaron los fascistas*, Penguin Random House: Reservoir Books, 2020; Urbán Crespo, Miguel: *El viejo fascismo y la nueva derecha radical*, Barcelona: Sylone 4 Iberia, 2015.
266. Oliva Martínez, Daniel: «Cataluña y los riesgos de un fascismo consciente», *Crónica Popular* (2-XI-2019).

¿Y qué decir del islamofascismo terrorista y la islamofobia fascista?[267] ¿O la ola antifascista feminista y el feminazismo[268]? «Democracia» y «fascismo» son los polos positivo y negativo del imán que han utilizado discursos de antagónica significación. A todo lo anterior se le suma la publicación por un reconocido juez de la enésima disertación sobre los disfraces del fascismo o la comunicación del presidente Sánchez contra una «fachoesfera» que produce «bulos» y «desinformación»[269]. A este respecto, la historización de los discursos acerca del fascismo y los derivados que han circulado desde hace un siglo en España, tanto en los medios de comunicación como en la producción cultural española de los siglos XX y XXI, marcan una prometedora línea de investigación futura. Para ello, animo al investigador a no librarse de prejuicios, sino a convocar el máximo número posible y ordenarlos.

267. Cué, Carlos E.: «Palabra de Aznar» (18-II-2007); Traverso, Enzo: «Islamophobia, "Islamo-leftism", (post)fascism», en *Verso*, (9-III-2021).

268. Díez Gutiérrez, Enrique Javier: *Pedagogía antifascista: Construir una pedagogía inclusiva, democrática y del bien común frente al auge del fascismo y la xenofobia*, Barcelona, Octaedro, 2022; Ramos, Miquel: *Antifascistas: Así se combatió a la extrema derecha española desde los años 90*, Madrid, Capitán Swing, 2022.

269. Garzón Real, Baltasar: *Los disfraces del fascismo: Cuando la sumisión, la represión y el autoritarismo se imponen al diálogo*, Barcelona: Planeta, 2022.

Bibliografía

Abella, Rafael: *La España falangista: un país en blanco y negro: 1939-1953*, Madrid: Arzalia, 2019.

Albert, Mechthild (2007): «La guerra y el hogar: Iconografía e ideología en la revista *Vértice* (1937-1939)», Jean-Louis Guereña (ed.), *Image et transmission des savoirs dans les mondes hispaniques et hispano-américains*, Tours, Presses universitaires François-Rabelais.

— (2003): *Vanguardistas de camisa azul: la trayectoria de los escritores Tomás Borrás, Felipe Ximénez de Sandoval, Samuel Ros y Antonio Obregón entre 1925 y 1940*, trad. Cristina Díez Pampliega y Juan Ramón García Ober, Madrid, Visor.

Albiñana, José M. (1930): *Después de la Dictadura: Los cuervos sobre la tumba*, Madrid: Compañía Iberoamericana de Publicaciones.

Alonso Ibarra, Miguel (2017): «Los límites del fascismo en España. un recorrido crítico por conceptos, interpretaciones y debates de la historiografía reciente sobre el franquismo», *Studia Historica: Historia Contemporánea* 35, pp. 135-70.

Álvarez Rey, Leandro (1993): *La derecha en la II República: Sevilla (1931-1936)*, Universidad de Sevilla.

Álvarez Tardío, Manuel (2020): «Un momento decisivo: la estrategia de la CEDA ante las elecciones de 1936», *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne* 51, 53-68.

— y Villa García, Roberto (2017b): *Fraude y violencia en las elecciones del Frente Popular*, Madrid, Espasa.

Amat, Jordi (2009): «Europeísmo, Congreso por la Libertad de la Cultura y oposición antifranquista», *Historia y Política* 21, pp. 55-72.

Anderson, Andrew A. «Herky, Kerky: Playing Fast and Loose in Giménez Caballero's *Hércules jugando a los dados*», Maria T. Pao and Rafael Hernández (eds.), *¡Agítese bien! New Look at the Hispanic Avant-Garde*, Newark, Juan de la Cuesta, 2002.

Anderson, Benedict (1983): *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Washington DC, Verso, 2016.

Andreu, Alicia (1998): «La obra de Carmen de Icaza en la difusión de un "Nuevo" concepto de nación española», *Revista Hispánica Moderna* 51.1, pp. 64-71.

Anónimo (1933): «1930-1933: Galán y García Hernández», en *Heraldo Madrid* (14-XII), p. 1.

Ansaldo, Juan Antonio (1951): *¿Para qué…? De Alfonso XIII a Juan III: Memorias de un «caniche»*, Buenos Aires, Editorial Vasca Ekin.

Araquistáin Quevedo, Luis (1980): *Marxismo y socialismo en España*, Barcelona, Fontamara.

Arbeloa, Víctor Manuel (2015): *El quiebro del PSOE (1933-1934) Del gobierno a la revolución* II, Madrid, ACCI.

Aróstegui Sánchez, Julio (2013): *Largo Caballero: el tesón y la quimera*, Sabadell, Debate.

Aubert, Paul and Desvois, Jean-Michel. «Libros y medios de comunicación de masas», *Los felices años veinte: España, crisis y modernidad*. Ed. Serge Salaün and Carlos Serrano. Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 55-90.

Austin, John L. (1962): *How to do Things with Words*, Oxford University Press.

Avila, Debbie (2011): «Carmen de Icaza's (Anti)Romance Novels», *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos* 35.3, pp. 491-512.

Azaña Díaz, Manuel: *Obras completas II*, México: Oasis, 1967.

Bagur Taltavull, Juan (2013): «La idea de nación en Ortega y Gasset: Estado de la cuestión», *Ab Initio* 7, pp. 125-60.

Baisotti, Pablo Alberto (2017): *Fiesta, política y religión, España (1936-1943)*, Madrid, Editorial Y.

Baker, Edward (1975): «Prólogo», Ernesto Giménez Caballero, *Yo, inspector de alcantarillas*, Madrid, Turner, pp. 9-30.

Balfour, Sebastián (2002): *Abrazo mortal: de la guerra colonial a la guerra civil en España y Marruecos (1909-1939)*, Barcelona, Península.

Barreiro Gordillo, Cristina (2007): «El diario *El Debate* en la II República ¿acatamiento a la legalidad?», Juan Cantavella y José Francisco Serrano Oceja (eds.), *Ángel Herrera Oria y el diario El Debate: Iglesia, política y prensa en España, de 1911 a 1936*, Madrid, Edibesa, pp. 103-48.

Bataille, Georges (1979): «The psychological structure of fascism», *New German Critique* 16: pp. 64-87.

Ben-Ami, Shlomo (1983): *Fascism from Above: The Dictatorship of Primo de Rivera in Spain, 1923-1930*, Oxford, Claredon Press.

Ben-Ghiat, Ruth. *Fascist Modernities: Italy, 1922-1945*, Los Angeles, University of California Press, 2001.

Berezin, Mabel (2019): «Fascism and Populism: Are They Useful Categories for Comparative Sociological Analysis?», *Annual Review of Sociology* 45.1, pp. 345-61.

— (1997): *Making the Fascist Self: The Political Culture of Interwar Italy*, Ithaca (New York), Cornell University Press.

Berman, Russell A (1989): *Modern Culture and Critical Theory: Art, Politics, and the Legacy of the Frankfurt School*, Madison, University of Wisconsin Press.

Blinkhorn, Martin (2009): *Carlism and Crisis in Spain: 1931-1939*, Cambridge University Press.

— (1990): «Conservatism, Traditionalism and Fascism in Spain, 1898-1937», Martin Blinkhorn (ed.), *Fascists and Conservatives: The Radical Right and the Establishment in Twentieth-Century Europe*, London, Unwin Hyman, pp. 118-37.

Bookchin, Murray (1978): *The Spanish Anarchists: The Heroic Years,1868-1936*, New York, Harper Colophon.

Burguera Nadal, María L. (2001): «Los relatos de guerra de Edgar Neville: Frente de Madrid (1941)», *XIV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas* III, Nueva York, pp. 109-16.

Cabrera Calvo-Sotelo, Mercedes (2006): «Proclamación de la república, constitución y reformas», en Santos Julía Díaz (ed.), *República y guerra en España (1931-1939)*, Espasa, pp.1-76.

Cambó, Francisco (1925): *En torno al fascismo italiano: meditaciones y comentarios sobre problemas de política contemporánea*, Barcelona: Editorial Catalana.

Casanova, Julián (2010): *The Spanish Republic and Civil War*, New York, Cambridge University Press.

Caws, Mary A. (2001): *Manifesto: A Century of Isms*, Lincoln, University of Nebraska Press, 2001.

Clavel Andrés, Vicente (1923): *El fascismo: ideario de Benito Mussolini*, Barcelona, Ed. Cervantes.

Comes Iglesias, Vicent (2009): «La CEDA: las grietas del bloque derechista», en Julio de la Cueva y Feliciano Montero (eds.), *Laicismo y catolicismo: el conflicto*

político-religioso en la Segunda República, Madrid, Universidad de Alcalá de Henares, pp. 197-222.

Connolly, William E. (1983): *The Terms of Political Discourse*, Princenton University Press.

Conrad, Sebastian: *Globalisation and the Nation in Imperial Germany*, London, Cambridge University Press, 2010.

Corderot, Didier (2016): «Tono y sus tonerías, la vanguardia artística al servicio de la propaganda rebelde», *Diablotexto Digital* 1, pp. 56-76.

Corral, Pedro (2006): *Desertores: La guerra civil que nadie quiere contar*, Barcelona, Debate, 2006.

Cortés, Martín (2018): «Interrupción y novedad. Sentido común y política en Antonio Gramsci», *Materialismo Storico* 2.V, pp. 58-72.

Cruz, Rafael. «Pueblo, parapueblo y contrapueblo en 1931», *Pueblo y nación: homenaje a José Álvarez Junco*. Ed. Javier Moreno Luzón and Fernando del Rey. Madrid: Taurus, 2013, 59-68.

— (2013a): *Una revolución elegante: España 1931*, Madrid, Alianza.

— (2006): *En el nombre del pueblo: Rebelión, república y guerra en la España de 1936*, Madrid, Siglo XXI.

— (1993): «Discurso político y literatura. Cesar Arconada 1930-1936», *Letras Peninsulares* 6.1, pp. 155-68.

Cueva Merino, Julio de la (2009): «Hacia la República laica: proyectos secularizadores para el Estado republicano», en Julio de la Cueva y Feliciano Montero (eds.), *Laicismo y catolicismo: el conflicto político-religioso en la Segunda República*, Madrid, Universidad de Alcalá de Henares, pp. 17-45.

Da Costa, M. (2023): *La España nazi: crónica de una colaboración ideológica e intelectual*, Madrid, Taurus.

Dennis, Nigel: «The Avant-Garde Oratory of Ramón Gómez de la Serna», Maria T. Pao y Rafael Hernández (eds.), *¡Agítese bien! New Look at the Hispanic Avant-Garde*, Newark, Juan de la Cuesta, 2002, pp. 77-117.

— (1990): «Ernesto Giménez Caballero and Surrealism: A Reading of *Yo, Inspector de alcantarillas* (1928)», Brian Morris (ed.), *The Surrealist Adventure in Spain*, Ottawa, Dovehouse Editions.

Divano, Diego: *Alle origini della «Fiera letteraria» (1925-1926): Un progetto editorial tra cultura e politica*, Firenze, Società Editrice Fiorentina, 2009.

Eatwell, Roger (1998): «The Drive Towards Synthesis», Roger Griffin (ed.), *International Fascism: Theories, Causes and the New Consensus*, London, Arnold, 1998, pp. 189-203.

Eley, Geoff: «Nations, Publics, and Political Cultures: Placing Habermas in the Nineteenth Century», Craig Calhoun (ed.), *Habermas and the Public Sphere*, Cambridge, MA, MIT Press, 1992, pp. 289-339.

Elorza, Antonio (1984): *La razón y la sombra: una lectura política de Ortega y Gasset*, Barcelona, Anagrama.

Esposito, Roberto (1999): *Lo impolítico*, Buenos Aires, Katz, 2006.

Faraldo, José M. & Núñez, Xosé M. (2009): «The First Great Patriotic War: Spanish Communists and Nationalism, 1936-1939», *Nationalities Papers* 37.4, pp. 401-24.

Finchelstein, Federico (2017): *From Fascism to Populism in History*, University of California Press.

Foard, Douglas W (1975): «The Forgotten Falangist: Ernesto Giménez Caballero», *Journal of Contemporary History* 10.1, pp. 3-18.

Foucault, Michel (2003): *Society Must Be Defended*: *Lectures at the Collège de France, 1975-1976*, Nueva York, Picador, 2003.

Foulkes, A. Peter (2003): *Literature and Propaganda*, New York, Routledge.

Franco Torre, C. (2006): «La correspondencia inédita entre el cineasta Edgar Neville y Dionisio Ridruejo (1937-1945)», Hernández Socorro, M. R. (dir.), *La Multiculturalidad en las Artes y en la Arquitectura*, Las Palmas de Gran Canaria, Canarias, Anroart Ediciones, pp. 655-664.

Gallego Margalef, Ferran (2012): «Fascistization and Fascism: Spanish Dynamics in a European Process», en *International Journal of Iberian Studies* 25.3, pp. 159-81.

— (2005a): «La realidad y el deseo. Ramiro Ledesma en la genealogía del franquismo», en Ferran Gallego y Francisco Morente (eds.), *Fascismo en España: Ensayo sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*, Madrid, El Viejo Topo, 2005, pp. 253-447.

— (2005b): *Ramiro Ledesma Ramos y el fascismo español*, Madrid, Síntesis, 2005.

Garriga, Ramón (1978): *Ramón Franco, el hermano maldito*, Barcelona, Planeta.

García, Hugo (2015): «¿La república de las «pequeñas diferencias»? Cultura(s) de izquierda y antifascismo(s) en España», Manuel Pérez Ledesma e Ismael Saz (eds.), *Del franquismo a la democracia: 1936-2013*, Madrid, Marcial Pons, pp. 207-237.

Geist, Anthony (1980): *La poética de la generación del 27 y las revistas literarias: de la vanguardia al compromiso (1918-1936)*, Madrid, Guadarrama.

Gentile, Emilio (2019): *Quién es fascista*, Madrid, Alianza.

Gibson, Ian (1980): *En busca de José Antonio*, Barcelona, Planeta.

Gil Pecharromán, Julio (1994): *Conservadores subversivos: La derecha autoritaria alfonsina (1913-1936)*, Madrid, Eudema.
Giménez Caballero, Ernesto (1930): director. *Esencia de verbena*.
— (1923): *Notas marruecas de un soldado*. Barcelona: Planeta, 1983.
Gómez de la Serna, Ramón: «Prólogo a Gabriele D'Annunzio: Quizás sí, quizás no: novela de aviación», trad. Julio Gómez de la Serna, Madrid: Biblioteca Nueva, 1925: pp. 5-14.
— *Disparates*. Madrid: Calpe, 1921.
— *Greguerías*. Valencia: Prometeo, 1919.
González Calleja, Eduardo (2008): «La violencia y sus discursos: los límites de la *fascistización* de la derecha española durante el régimen de la Segunda República», en *Ayer* 71, pp. 85-116.
— (2005a): «Rebelión en las aulas: un siglo de movilizaciones estudiantiles en España (1865-1968)», en *Ayer* 59, pp. 21-49.
— (2005b): *La España de Primo de Rivera: la modernización autoritaria 1923-1930*, Madrid, Alianza.
— (2001): «Los apoyos sociales a los regímenes fascistas en la Europa de entreguerras: 75 años de debate científico», en *Hispania* 207, pp. 17-68.
— y Rey Reguillo, Fernando del (1995): *La defensa armada contra la revolución: una historia de las guardias cívicas en la España del siglo XX*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
González Cuevas, Pedro C. (2009): «Las religiones políticas contemporáneas: su incidencia en España», en Julio de la Cueva y Feliciano Moreno (eds.), *Laicismo y catolicismo: el conflicto político-religioso en la Segunda República*, Madrid, Universidad de Alcalá de Henares, pp. 91-129.
— (2005): «Fascismo y literatura o el esquema de una inmadurez», en *Fascismo en España*, ed. F. Gallego y Francisco Morente, Madrid, El Viejo Topo, pp. 109-132.
— (2003): *Maeztu: biografía de un nacionalista español*, Madrid, Marcial Pons.
— (1996): «*Habitus* e ideología. El pensamiento político de Francisco Moreno y Herrera, Marqués de la Eliseda», en *Cuadernos de Historia Contemporánea* 18, pp. 83-114.
Gracia García, Jordi (2014): *La resistencia silenciosa: fascismo y cultura en España*, Barcelona, Anagrama.
Gramsci, Antonio (1977): *Quaderni del Carcere II*, Torino, Giulio Einaudi.
Gottfried, Paul E. (2016): *Fascism: The Career of a Concept*, De Kalb (IL), NIU Press.

Griffin, Roger (2007): *Fascism and Modernism*: *The Sense of a Beginning under Mussolini and Hitler*, London, Palgrave Macmillan.
— (1993): *The Nature of Fascism*, New York, Routledge.
Griffiths, Richard (2000): *Fascism*, London, Continuum.
Guillén Salaya, Francisco (1953): *Los que nacimos con el siglo*, Madrid: Colenda.
Gubern, Román (1999): *Proyector de luna: la generación del 27 y el cine*, Barcelona, Anagrama.
Guervós Santiago, Javier de (2018): *Léxico político de la transición española: la lengua de la Constitución de 1978*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
Hall, Stuart (1998): «Notes on Deconstructing *the Popular*», Storey John (eds.), *Cultural Theory and Popular Culture: a Reader*, Athens (EEUU), The University of Georgia Press, pp. 442-453.
Haro, Lea (2011): «Entering a Theoretical Void: The Theory of Social Fascism and Stalinism in the German Communist Party», *Critique* 39.4, pp. 563-582
Heywood, Paul (1990): *Marxism and the Failure of Organized Socialism in Spain, 1879-1936*, Cambridge University Press.
Highfill, Juli (2014): *Modernism and its Merchandise: the Spanish Avant-garde and Material Culture, 1920-1930*, University Park, The Pennsylvania State University Press.
Huerta Bravo, Ignacio (2023): «Visiones del deporte en la politización de la literatura de avanzada», *CILH*, 49: 233-256.
— (2021): «Del "faccioso" al "facha": sobre el uso analógico del fascismo en España», *Revista de Occidente*, 480: 51-67.
Juliá Díaz, Santos (2014): *Nosotros, los abajo firmantes: Una historia de España a través de sus manifiestos y protestas (1896-2013)*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
— (2013)»: «Desfacedor de mitos y leyendas», Javier Moreno Luzón and Fernando del Rey (eds.), *Pueblo y nación: homenaje a José Álvarez Junco*, Madrid, Taurus, pp. 23-38.
— et al (2006): *República y Guerra en España (1931-1939)*, Madrid, Espasa.
Krauel, Ricardo (2006): «Escatología, fetichismo y bestialismo en Yo, inspector de alcantarillas de Giménez Caballero», *Bulletin of Spanish Studies* 83.7, pp. 925-38.
Labanyi, Jo (1996): «Women, Asian Hordes and the Threath to the Self in Giménez Caballero's *Genio de España*», *Bulletin of Hispanic Studies* 73.3, pp. 377-88.
Laclau, Ernesto (2014): *Los fundamentos retóricos de la sociedad*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina.
— (2005): *La razón populista* Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2013.

— (1993): *Nuevas reflexiones de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2000.
— (1977): *Politics and Ideology in Marxist Theory*: *Capitalism, Fascism. Populism*, London, NLB.
Landa, Ishay (2010): *The Apprentince's Sorcerer: Liberal Tradition and Fascism*, Boston, Brill.
Lazo Díaz, Alfonso (1995): *La Iglesia, la Falange y el fascismo: (Un estudio sobre la prensa española de posguerra)*, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla.
Ledesma Ramos, Ramiro (1935): *¿Fascismo en España?: Discurso a las juventudes de España*, Barcelona, Ariel, 1968.
Linz, Juan J (2006): «El uso religioso de la política y/o el uso político de la religión: la ideología-sucedáneo versus la religión-sucedáneo», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* 114, pp. 11-35.
Mainer, José-Carlos: *Falange y literatura*, Barcelona, RBA, 2013.
— (2005): *Ernesto Giménez Caballero: Casticismo, nacionalismo y vanguardia [Antología 1927-1935]*, Madrid, Fundación Santander Central Hispano, 2005.
Mann, Michael (2004): *Fascists*, Cambridge University Press, 2004.
Martin, Steven H. (2014): *The Commonality of Enemies: Carlism and Anarchism in Modern Spain, 1868-1937*, Peterborough (Canadá), Trent University.
Martín Otín, José Antonio (2005): *El hombre al que Kipling dijo sí*, Madrid, Barbarroja.
Montag, Warren (2000): «The Pressure of the Street: Habermas's Fear of the Masses», Mike Hill and Warren Montag (eds.), *Masses, Classes and the Public Sphere*, New York, Verso, pp. 132-45.
Montero, Feliciano (2009): «La acción católica, Ángel Herrera y la Asociación Católica de Propagandistas», en Julio de la Cueva y Feliciano Montero (eds.), *Laicismo y catolicismo: el conflicto político-religioso en la Segunda República*, Madrid, Universidad de Alcalá de Henares, pp. 159-79.
Montero Díaz, Santiago (1985): «Estudio sobre Ramiro Ledesma Ramos», Trinidad Ledesma Ramos (ed.), *Ramiro Ledesma Ramos: escritos políticos*, Madrid, Herederos de Ledesma Ramos, 1985.
Morán, Gregorio (1998): *El maestro en el erial: Ortega y Gasset y la cultura del franquismo*, Barcelona, Tusquets.
Moreno-Caballud, Luis (2010): «Las relaciones interartísticas de vanguardia ante lo político. Un estudio sobre *La Gaceta Literaria* (1927-1932)», *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos* 3.34, pp. 429-49.

Moreno-Luzón, Javier (2012): *Modernizing the Nation: Spain During the Reign of Alfonso XIII, 1902-1931*, Portland, Sussex Academic Press, 2012.

Morente, Francisco (2013): «Rafael Sánchez Mazas y la esencia católica del fascismo español», Miguel Ángel Ruiz Carnicer (Coord.), *Falange, las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, pp. 109-141.

Mosse, George L. (1961): *The Culture of Western Europe: The Nineteenth and the Twentieth Centuries*, Boulder, Westview Press, 1988.

Nancy, Jean-Luc (1986): *The Innoperative Community*, University of Minnesota Press, 1990.

Neocleous, Mark (1997): *Fascism*, Minneapolis, University of Minnesota Press.

Nieland, Justus (2008): *Feeling Modern: The Eccentricies of Public Life*, Urbana, University of Illinois Press.

Nun, José (2015): *El sentido común y la política*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina.

— (1987): «Elementos para una teoría de la democracia: Gramsci y el sentido común», *Revista Mexicana de Sociología* 2.49, pp. 21-54.

Núñez Seixas, Manoel (2015): «Falangismo, nacionalsocialismo y el mito de Hitler en España (1931-1945)» *Revista de Estudios Políticos* 169 (2015), pp. 13-43.

Ortega y Gasset, José (1925): «Sobre el problema del fascismo», en *Obras Completas II*, Madrid: *Revista de Occidente*, 1963, pp. 503-504.

— (1921): *España invertebrada*, Madrid, Alianza, 1981.

Orwell, George (1968): *The Collected Essays, Journalism and Letters of George Orwell* IV, London: Secker & Warburg.

Pagès i Elies, Pere (1976): *El Frente Popular*, Barcelona, Planeta.

Pao, Maria T (2010): «Giménez Caballero's Fractured Fairy Tale: *El Rendetor mal parido* (1926)», Renée M. Silverman (ed.), *The Popular Avant-Garde*, Amsterdam, Rodopi, 2010, pp. 135-152.

Passmore, Kevin (2002): *Fascism: A Very Short Introduction*, New York, Oxford University Press.

Pastor Martínez, Manuel (1975): *Los orígenes del fascismo en España*, Madrid, Tucar.

Pateman, Carole (1988): «The Fraternal Social Contract», John Keane (ed.), *Civil Society and the State: New European Perspectives*, London: Verso, pp. 101-128.

Paxton, Robert O. (1998): «The Five Stages of Fascism», *The Journal of Modern History* 70.1, pp. 1-23.

Payne, Stanley (2003): «Soviet Anti-fascism: Theory and Practice, 1921-45», *Totalitarian Movements and Political Religions* 4.2, pp. 1-62.
— (1999): *Fascism in Spain, 1923-1977*, Madison, University of Wisconsin Press.
Penella Heller, Manuel A. (2006): *La Falange teórica: de José Antonio Primo de Rivera a Dionisio Ridruejo*, Barcelona, Planeta.
Perdices de Blas, Luis y Ramos Gorostiza, José Luis (2014): «Prensa económica, 1874-1936: el caso de "El Economista" Universidad Complutense de Madrid», *XI Congreso Internacional de la AEHE 4 y 5 de Septiembre* 2014, Madrid, Colegio Universitario de Estudios Financieros (CUNEF).
Pérez Madrigal, Antonio (1937): *El miliciano Remigio pa la guerra es un prodigio*, Ávila, Imprenta Católica.
Pino, José M. del (2004): *Del tren al aeroplano: ensayos sobre la vanguardia española*, Boulder (EEUU), Society of Spanish and Spanish-American Studies.
Pradera y Gortázar, Javier (2014): *La mitología falangista (1933 a 1936)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
Preston, Paul (1999): *Las tres Españas de la Guerra Civil*, Barcelona: Plaza & Janés.
— (1998): *Franco: Caudillo de España*, Barcelona, Grijalbo Mondadori.
— (1992): «Franco and Hitler of Hendaye 1940», *Contemporary European History* 1.1, pp. 1-16.
Primo de Rivera, José A. (1964): *José Antonio íntimo: epistolario y textos biográficos*, Madrid, Ediciones de Movimiento.
— (1938): *Discursos*, Santander: Delegación Nacional de Prensa y Propaganda de Falange Española Tradicionalista y de las JONS.
Primo de Rivera y Urquijo, Miguel (1996): *Papeles póstumos de José Antonio*, Madrid, Plaza y Janés.
Quiroga, Alejandro [2007]: *Making Spaniards: Primo de Rivera and the Nationalization of the Masses, 1923-30*, New York, Palgrave Macmillan.
Rabaté, Jean-Claude: «Introducción», en Miguel de Unamuno: *En torno al casticismo*, Madrid, Cátedra, 2005.
Ridruejo Jiménez, Dionisio (1973): *Entre literatura y política*, Madrid, Castilla.
Ríos Carratalá, Juan A. (2019): *Un franquismo sin franquistas*, Sevilla, Renacimiento.
— (2007): *Una arrolladora simpatía: Edgar Neville, de Hollywood al Madrid de la posguerra*, Barcelona, Ariel.
Romero Salvadó Francisco J. y Smith, Angel (2010): *The Agony of Spanish Liberalism: From Revolution to Dictatorship 1913-23*. New York, Palgrave Macmillan.

Ruiz-Manjón, Octavio (2006): «La vida política en el segundo bienio republicano», en Santos Juliá Díaz *et al*. (eds.), *República y guerra en España (1931-1939)*, Madrid, Espasa, pp. 77-128.

Ruiz Romero, Manuel: *Blas de Infante Pérez (1885-1936)*, Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2010.

Sala González, Luis (2017): *Indalecio Prieto: República y socialismo (1930-1936)*, Madrid, Tecnos.

Santiago Guervós, Javier de (1992): *Léxico político de la transición: la lengua de la Constitución de 1978*, Salamanca, Ediciones Universidad, 2018.

Sanz Hoya, Julián (2013): «Falangismo y dictadura. Una revisión de la historiografía sobre el fascismo español», Miguel Ángel Ruiz Carnicer (ed.), *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco* I, Instituto Fernando El Católico, 2013, pp. 25-60.

Saz Campos, Ismael *et al*. (2019): *Reactionary nationalists, fascists and dictatorships in the twentieth century*, Palgrave MacMillan.

— (2004): *Fascismo y franquismo*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València.

— (2003): *España contra España: los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons.

Seidman, Michael (2011): *The Victorious Counterrevolution: The Nationalist Effort in the Spanish Civil War*, University of Wisconsin Press.

— (2002): *Republic of Egos: A Social History of the Spanish Civil War,* University of Wisconsin Press.

Schmitt, Carl (1932): *El concepto de lo político*, Madrid: Alianza, 2009.

Selva Roca de Togores, Enrique (2005): «Gecé y la *vía estética* al fascismo en España», Ferrán Gallego y Francisco Morente (eds.), *Fascismo en España: Ensayo sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*, Madrid: El Viejo Topo, pp. 69-108.

— (2000): *Ernesto Giménez Caballero: entre la vanguardia y el fascismo*, Valencia, Pre-textos.

Sevillano, Francisco (2016): «Guerra de palabras. El discurso político de la derecha en las elecciones de 1936», *El Argonauta Español* 13.

Soler Gallo, Miguel (2015): «Vencer a Medusa: El modelo de mujer angelical en la primera novela rosa de Carmen de Icaza», *Verba Hispanica* 23, pp. 247-60.

Sorel, Georges (1919): *Reflexiones sobre la violencia*, Buenos Aires, La Pléyade, 1978.

Souto Kustrín, Sandra (2013): *Paso a la juventud: Movilización democrática, estalinismo y revolución en la República Española*, Valencia, PUV.
— (2005): «Entre el Parlamento y la calle: políticas gubernamentales y organizaciones juveniles en la Segunda República», *Ayer 59*, pp. 97-122.
Spackman, Barbara (1996): *Fascists Virilities: Rhetorics, Ideology and Social Fantasy in Italy*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
Suárez Cortina, Manuel (2014): *Entre cirios y garrotes: Política y religión en la España contemporánea, 1808-1936*, Santander, Universidad de Cantabria.
Stanley, Jason (2018): *How Fascism Works: The Politics of Us and Them*, New York, Penguin Random House.
Thomàs, Joan Maria (2017): *José Antonio: Realidad y mito*, Barcelona, Debate.
— (2016): *Franquistas contra franquistas: Luchas por el poder en la cúpula del régimen de Franco*, Barcelona, Penguin Random House.
Tilly, Charles (2002): *Stories, Identities, and Political Changes*, New York, Rowman & Littlefield Publishers.
Torre, Guillermo de (1925): *Literaturas europeas de vanguardia*, Madrid, Caro Raggio.
Torreiro, M (2009): «Un huésped poco deseable. Edgar Neville en Roma», *Secuencias: Revista de historia del cine* 29, pp. 78-87.
Trapiello, Andrés (1994): *Las armas y las letras: literatura y Guerra Civil (1936-1939)*, Barcelona, Destino, 2010.
Tuñón de Lara, Manuel (1972): *El movimiento obrero en la historia de España II*, Madrid, Taurus.
Unamuno, Miguel de (1895): *En torno al casticismo*, Madrid, Cátedra, 2005.
Urrutia, Manuel M (2009): *Evolución del pensamiento político de Unamuno*, Universidad de Deusto.
Villacañas Berlanga, José Luís (2014): *Historia del poder político en España*, Madrid, RBA.
Vincent, Mary (1996): *Catholicism in the Spanish Second Republic: Religion and Politics in Salamanca (1931-1936)*, Oxford, Claredon Press, 1996.
Werner, Michael (2002): *Publics and Counterpublics*, Nueva York, Zone Books, 2005.
Zambrano, María (1953): *Delirio y destino*, Madrid, Mondadori, 1989.
Žižek, Slavoj (2003): «Learning to love Leni Riefenstahl», en *These Times* (10-IX).
— (1994). «The Spectre of Ideology», Slavoj Žižek (ed.), *Mapping Ideology*, New York, Verso, 1994.